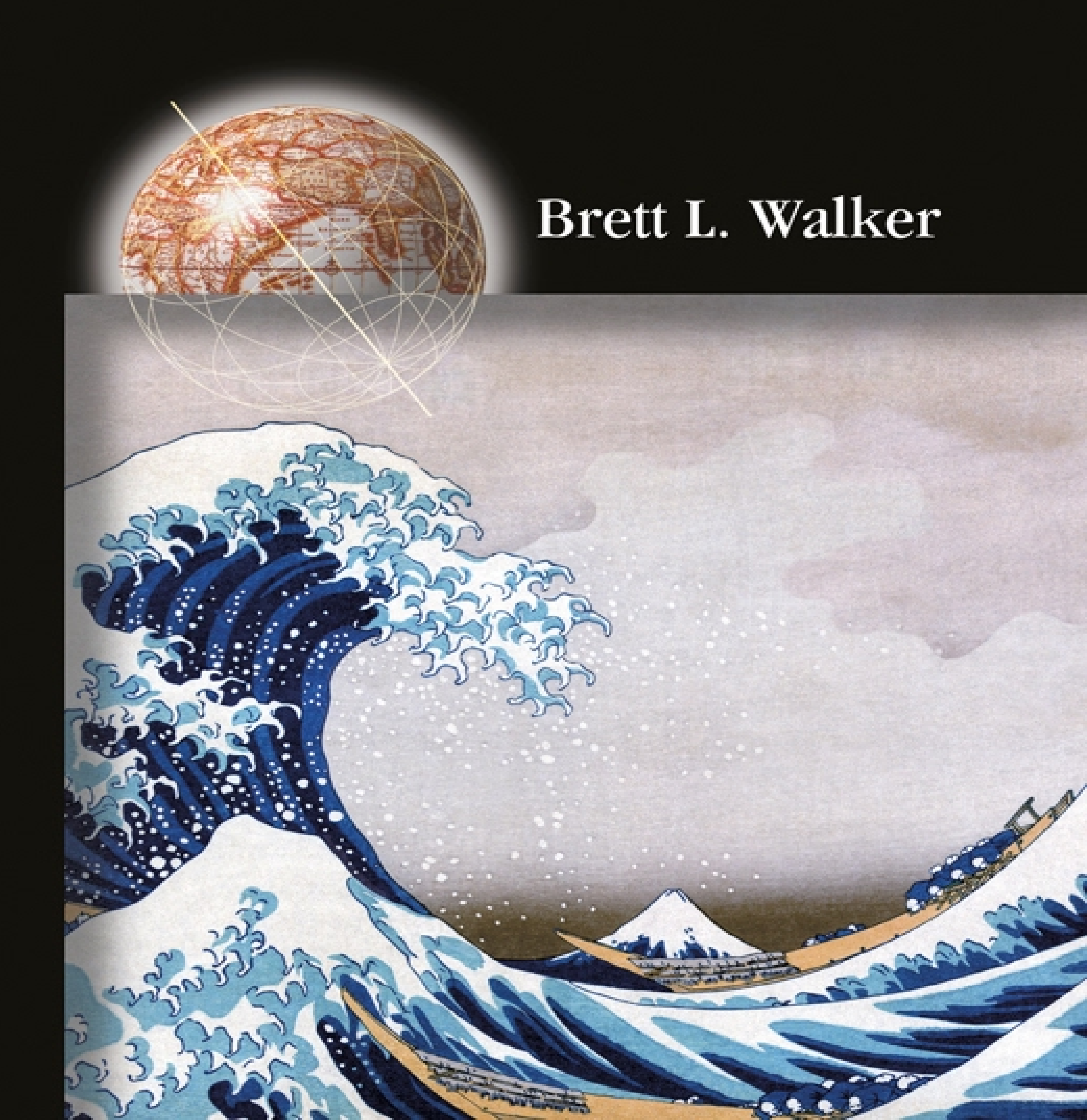
AKAL

HISTORIA DE JAPÓN

Brett L. Walker



AKAL

HISTORIA DE JAPÓN

Brett L. Walker



Akal / Historias

Brett L. Walker

HISTORIA DE JAPÓN

Traducción: Herminia Bevia Villalba



La presente obra nos ofrece un recorrido por la historia de Japón desde la perspectiva que el nuevo periodo en el que vivimos –lo que muchos geólogos han dado en llamar el Antropoceno– da al historiador de una nación sometida por igual a los cambios históricos y naturales. Desde la remota historia de la humanidad en el archipiélago a la crisis financiera de 2011, la obra de Brett Walker aborda temas claves como las relaciones de Japón con sus minorías, el Estado y el desarrollo económico, así como sus aportaciones a la ciencia, la tecnología y la medicina. Tras el estudio de los restos arqueológicos, el autor hace un recorrido por la vida en la corte imperial, el ascenso de los samuráis, los conflictos civiles, los encuentros con Europa y el advenimiento de la modernidad y el imperio, continuando con el análisis del ascenso de Japón a partir de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial para convirtirse en la nación próspera que hoy es, si bien inmersa en importantes preocupaciones medioambientales. Rico en detalles, de fácil lectura y revelador en su interpretación del complejo pasado de Japón, este libro está considerado por los expertos como el mejor repaso a la historia japonesa hoy disponible.

«Todos los capítulos son concisos, accesibles y se sustentan en las últimas investigaciones. No se me ocurre otro texto que cubra mejor todo el espectro del pasado de Japón.»

Ian Jared Miller, Harvard University

Brett L. Walker es catedrático emérito y profesor de la cátedra Michael P. Malone de Historia en la Universidad Estatal de Montana en Bozeman.

Diseño de portada
RAG

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
A Concise History of Japan

Publicado originalmente por Cambridge University Press, 2015

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4352-2

Para
LaTrelle

うたた寝に
恋しき人を
見てしより
夢てふものは
たのみそめてき
小野小町『古今集』より

Prólogo

Mientras escribía los últimos capítulos de este libro en el otoño de 2013, el supertifón Haiyan golpeó Filipinas con toda su furia. Muchos observadores consideraron que era la tormenta más poderosa jamás registrada, con vientos sostenidos de 325 kph y picos de 380 kph. Al mismo tiempo que los habitantes de Filipinas intentaban poner a salvo sus vidas, yo escribía sobre la «burbuja económica» y la «década perdida» en Japón, que abarca los años de estancamiento que van de 1990 a 2010. Sin embargo, la «monstruosa tormenta» cambió mis planes. Ya había visto suficiente. Decidí cubrir los trágicos sucesos del 11 de marzo de 2011, cuando Japón sufrió el «triple desastre»: la megasacudida de un terremoto y un catastrófico tsunami, seguidos de una peligrosa fusión nuclear en la planta de Fukushima Daiichi. Al contemplar cómo el supertifón Haiyan golpeaba las islas Filipinas me di cuenta de que los síntomas del cambio climático representaban el desafío más serio para el este de Asia, no el tibio crecimiento económico o el descontento juvenil, ni siquiera las disputas internacionales por las islas Senkaku (Diaoyu). Finalmente, descarté el último capítulo y redacté uno nuevo que incluía la historia de los cambios en el clima, la subida del nivel del mar, las grandes tormentas en el Pacífico y los desastres naturales en el contexto de lo que muchos geólogos han dado en llamar el Antropoceno. Representa una importante desviación de la manera convencional de narrar la historia japonesa y exige asumir por completo la idea de que las islas físicas conocidas como «Japón» son geológica e históricamente inestables.

Acerca del Antropoceno, la Geological Society de Londres ha declarado: «Se pueden aportar argumentos para considerarlo un periodo formal, ya que desde el comienzo de la Revolución industrial, la Tierra ha soportado suficientes transformaciones para dejar una firma estatigráfica distinta de la del Holoceno o las fases interglaciales del anterior Pleistoceno, incluyendo nuevos cambios bióticos, sedimentarios y geoquímicos». En efecto, la Tierra ha experimentado cambios «novedosos» cuya datación coincide con la llegada de la Revolución industrial. Sin embargo, una diferencia importante entre los cambios que condujeron al

Antropoceno y al Holoceno previo es que las causas principales ya no son el viento, la erosión, el vulcanismo u otras fuerzas naturales. Más bien son los seres humanos los que están provocando esos cambios. Mientras que las fuerzas naturales que dibujaron la superficie de la Tierra durante el Holoceno eran moralmente inertes, básicamente cambios sin importancia, que ocurrían sin más, detrás de las fuerzas del Antropoceno hay una intención y un diseño. La Revolución industrial, con todos los valores que acarrea, ha servido como motor de cambios bioestratigráficos y litoestatigráficos que están quedando grabados en nuestro planeta. Por ejemplo, si el clima, la altitud y la ubicación geográfica determinaban la distribución de las fábricas durante el Holoceno, como observó el famoso científico prusiano Alexander von Humboldt (1769-1859), en el Antropoceno el factor decisivo fueron nuestras necesidades agrícolas. Así que en vez de escribir una historia nacional al uso, una que concluya con los desafíos económicos, políticos y de política exterior a los que se enfrenta Japón, decidí rematar este libro con la amenaza mundial del cambio climático. He llegado a creer que ante el inminente y enorme espectro del cambio climático en nuestro horizonte planetario colectivo, escribir la historia nacional de una de las principales potencias industriales, que ha contribuido significativamente a las emisiones de efecto invernadero, sin prestar atención a las consecuencias ambientales a corto y largo plazo de las decisiones industriales de ese país, sería el equivalente a negar la evidencia. Considerémoslo de la siguiente manera: Japón se industrializó a finales del siglo XIX, lo que significa que ha disfrutado de los frutos de una sociedad industrial durante aproximadamente un siglo y medio. Si proyectamos nuestra mirada otro siglo y medio en el futuro, el mismo periodo de tiempo, hay quienes calculan que la temperatura subirá diez grados o más, lo que haría inhabitable la Tierra de acuerdo con los estándares contemporáneos. De repente, en el Antropoceno, el tiempo geológico se ha acelerado. Japón tiene un notable desarrollo costero, con millones de personas y miles de millones en inversiones diseminados a lo largo de las zonas bajas anegables. En un siglo y medio Japón sería un lugar muy diferente al que es hoy, con muchas de esas áreas sumergidas o inundadas con regularidad a causa del oleaje provocado por tormentas y tsunamis. Una lección de la ecohistoria, basada en el contexto de la *longue durée* histórica de Fernand Braudel (1902-1985), es que el estadio físico en el que se despliega nuestro pasado

es inestable y dinámico, al igual que las sociedades humanas que alberga y sustenta. Pero el cambio climático amenaza con amplificar varias veces ese proceso de transformación.

Dicho esto, nuestro libro no es *per se* una historia del medio ambiente, sino más bien lo que yo imagino que debería ser la historia en el siglo XXI: capas de hielo y glaciares que se funden, variaciones en los niveles del mar e incremento de las tormentas. Se trata de una historia escrita en el Antropoceno. Hago una exposición seria de los cambios sociales, políticos y culturales en Japón, ya que encarnan los valores que dirigen la interacción japonesa con el mundo, incluyendo la rápida industrialización a finales del siglo XIX. Esta obra combina enfoques diferentes de la historia –social, de género, cultural, político y biográfico–, porque representan un intento de exponer una narración más completa que permita una mejor comprensión de la evolución de Japón. Aunque Japón, y otro puñado de naciones industrializadas, cargan con la parte del león de las emisiones de efecto invernadero y el cambio climático de origen antropogénico, el peso del cambio en la Tierra será compartido por todo el mundo y por todas las especies, incluidas aquellas consideradas tradicionalmente sin historia. Enfoquémoslo de esta forma: el alce del Gran Ecosistema de Yellowstone, lo que llamo hogar, no ha desempeñado virtualmente ningún papel en el cambio climático terrestre, pero a medida que sus ecosistemas se calientan y se vuelven inhabitables –como el descenso en el número de alces en Yellowstone sugiere–, compartirán las consecuencias. El peso moral de la asunción de responsabilidad por esos cambios –quizá no por la extinción regional de los alces, pero sí por las continuas inundaciones en Indonesia–, y la comprensión de los retos que plantean a nuestros hijos, deberían formar parte de nuestras narrativas históricas, al menos al metanivel de las historias nacionales y mundiales. De ahí mi decisión de convertir el cambio medioambiental en una parte clave de la historia japonesa.

Para hacerlo, en este trabajo he partido de extraordinarios estudios de muchos colegas en historia medioambiental y de Japón. Uno de los grandes desafíos ha sido revisar y redescubrir buena parte de este saber académico que estaba cogiendo polvo en mis estanterías. Para dar las gracias a todas esas personas tendría que contar con muchas más páginas en una historia menos concisa que la que los editores de esta serie probablemente imaginan, pero la mayoría verán reconocidas su contribución y sus ideas en

este libro. Aprecio, como siempre, el generoso respaldo del Departamento de Historia, Filosofía y Estudios Religiosos de la Universidad Estatal de Montana, en Bozeman; de Nicol Rae, decano del College of Letters and Science de la Universidad de Montana; y de Rene A. Reijo-Pera, vicepresidente de Investigación y Desarrollo Económicos de la misma universidad. Su compromiso a la hora de generar nuevos conocimientos hace que sean posibles proyectos como este. Tres personas han leído atentamente este manuscrito: mi alumno de posgrado Reed Knappe; mi colega en el Departamento de Inglés, Kirk Branch; y mi compañera, LaTrelle Sherffius. Agradezco las muchas sugerencias y correcciones, que sin duda han fortalecido este trabajo. No obstante, a pesar de la combinación de esfuerzos, quedarán algunos errores, que me adjudico en exclusiva.

Brett L. Walker
Bozeman, Montana

Introducción
La historia de Japón

Hasta este día, la influencia japonesa desafía muchos supuestos sobre la historia mundial, en particular las teorías que tienen que ver con el ascenso de Occidente y el motivo por el cual, planteado de manera simple, el mundo moderno tiene la apariencia que tiene. No fueron la gran dinastía Qing china (1644-1911) ni el extenso Imperio maratha indio (1674-1818) los que se enfrentaron a las potencias estadounidense y europeas durante el siglo XIX. Fue Japón, un país de 377.915 km^2, aproximadamente el tamaño del estado de Montana (mapa 1). Esta pequeña nación insular no sólo mantuvo a raya a las grandes potencias de ese siglo, sino que las emuló y compitió con ellas por las mismas ambiciones mundiales, a menudo despreciables. Durante la segunda mitad del siglo XX, después de la Guerra del Pacífico, Japón fue reconstruido y se convirtió en un modelo de industrialización al margen de Estados Unidos y Europa, con empresas tremendamente exitosas como Honda y Toyota, ahora compañías nacionales. Tanto las madres de clase media estadounidenses como los yihadistas en Afganistán conducen vehículos Toyota. Japón se encuentra ahora en el ojo de un huracán mundial diferente. En los primeros años del siglo XXI se ha visto inmerso en los problemas de las economías industriales y el cambio climático, porque, como un país constituido por islas con un desarrollo costero extensivo, tiene mucho que perder como resultado de la elevación del nivel del mar y el creciente número de violentas tormentas en el Pacífico. Japón sigue situado en el centro del mundo moderno y de sus retos más serios.



Mapa 1. Japón.

Para familiarizarnos con el ritmo de la historia japonesa, tomemos las vidas de dos figuras destacadas. Fukuzawa Yokichi (1835-1901), un orgulloso samurái nacido en Osaka y criado en la isla de Kyushu, en el sur, ejemplifica muchas de las primeras experiencias de Japón en la era moderna. A lo largo de su vida contempló, no como observador pasivo, sino como uno de sus principales artífices, cómo su país se transformaba de un batiburrillo de reinos en una nación con un vasto alcance militar y aspiraciones económicas globales. Desde que era un niño samurái que recorría las polvorientas calles de Nakatsu, Fukuzawa albergó el sueño de romper las cadenas de las prácticas confucianas y viajar para descubrir qué diferenciaba al mundo occidental.

A la temprana edad de doce o trece años, Fukuzawa robó un papel con un talismán sagrado de su casa, que supuestamente protegía a su familia de calamidades como el hurto y el fuego. Entonces, hizo lo que para muchos habría sido impensable: «Deliberadamente lo cogí cuando no miraba nadie, pero no se produjo ninguna venganza celestial». No satisfecho con irritar a

las deidades sintoístas locales, tiró el talismán a la letrina. Siguió sin desatarse la rabia divina. Siempre dispuesto a desafiar las creencias japonesas, el recalcitrante Fukuzawa provocó aún más a los dioses reemplazando las piedras sagradas del altar Inari en el jardín de su tío por otras variadas escogidas por él mismo. Cuando llegó la temporada del festival de Inari, la gente acudió al santuario para orar, colgar amuletos en forma de banderines de tela, tocar tambores y cantar. Fukuzawa se reía entre dientes: «Ahí están esos idiotas, adorando mis piedras». Durante la mayor parte de su vida, Fukuzawa no sintió otra cosa que desprecio por sus tradiciones, sustentadas en la filosofía conservadora japonesa en lugar de en el progresista individualismo occidental. Este rechazo de la tradición, ejemplificado en su burla de las tradiciones de Inari y en su asunción de la modernidad ejemplificada por la determinación racional a la que las deidades de Inari no prestaban la debida atención, son emblemáticos de la experiencia japonesa en el siglo XIX.

Dentro de esa moda, Fukuzawa pisotea un supuesto sagrado tras otro. Durante su vida es testigo de la transformación de Japón de un país dirigido por hombres que portan espadas, visten pantalones que recuerdan a faldas *(hakama)* y llevan la cabeza afeitada *(chonmage)*, al único país asiático que desafió con éxito a Estados Unidos y al imperialismo europeo. Cuando Fukuzawa parte por última vez de la heredad de Nakatsu, «escupe en el suelo y se aleja rápidamente». En ciertos aspectos, eso es justo lo que Japón hace a mediados del siglo XIX después de la Restauración Meiji (1868): Fukuzawa y toda su generación escupen sobre siglos de asunciones políticas y culturales y, con un raro sentido de regeneración nacional, trazan un nuevo rumbo hacia la supremacía mundial y, en definitiva, la destrucción nacional y el eventual resurgir tras la guerra. Japón se enfrenta en la actualidad a una serie de desafíos nacionales que ni siquiera el inteligente Fukuzawa habría jamás imaginado. Algunos de ellos, como el cambio climático y el aumento del nivel de los mares, eclipsan las amenazas de los «barcos negros» estadounidenses del siglo XIX. Estudiando el pasado de Japón, quizá podamos aclarar cómo esta nación, tan dotada para el arte del renacimiento, podría abordar estas nuevos retos mundiales. Tal vez Japón podría encontrar un modelo de regeneración para todos nosotros.

La vida de Ishimoto Shidzue (1897-2001) comienza donde acaba la de Fukuzawa, al despuntar el siglo XX. Sus experiencias fueron similares,

aunque ella luchó contra un nuevo tipo de nacionalismo japonés y la fascista «ideología del sistema imperial». Ella vivió en una era diferente de renacimiento. Criada en una familia conservadora, mal preparada para rebelarse contra las tradiciones, Ishimoto no sólo cargaba con el legado de la norma samurái, sino también con la actitud confuciana hacia las mujeres. Como a cualquier joven acomodada, su madre le enseñó con diligencia que «primero era el hombre, la mujer detrás». Aunque fue educada a la «manera japonesa», recordaba que «las influencias occidentales se colaban en nuestra vida poco a poco». Sin embargo, en Japón también aumentaba la reacción conservadora. Ishimoto lo detectó astutamente mientras estaba en el colegio: los profesores enseñaban a los chicos a convertirse en «grandes personalidades», a las chicas las educaban para ser «esposas obedientes, buenas madres y leales guardianas del sistema familiar». A inicios del siglo XX, los cuerpos femeninos se transformaron en campos de batalla en los que los activistas políticos, los intelectuales públicos y los artífices de la política gubernamental libraban batallas campales por el legado de las reformas Meiji. En una reveladora narración, recuerda una visita a su escuela del emperador Meiji. «Al ser homogéneos desde el punto de vista de las tradiciones raciales, éramos una familia importante en el imperio insular encabezado por dirigentes imperiales», recordaba. Y se preguntaba: «¿Cómo podía una muchacha como yo nacida durante la era Meiji, cuando la principal expectativa política era la restauración del emperador, no emocionarse ante la fuerza espiritual que él simbolizaba?». Cuando el general Nogi Maresuke (1849-1912), héroe de la Guerra Rusojaponesa (1905), se suicidó en señal de sumisión junto con su esposa tras la muerte del emperador Meiji en 1912, Ishimoto mostró una callada reverencia. «Sentada en mi silenciosa habitación, en la que había colocado la foto del general sobre la mesa y quemado incienso, recé por su noble espíritu sin pronunciar una palabra», rememoraba. Como otros muchos, Ishimoto se rebelaba a veces contra el espíritu del nacionalismo Meiji, pero también le rendía culto ante su altar.

El culto al emperador representó el anclaje para la emergencia de Japón como una nación a comienzos del siglo XX, pero también lo hicieron formas de compromiso global con la modernidad. Mientras Ishimoto visitaba Estados Unidos en 1920, conoció a la feminista Margaret Sanger (1879-1966) y se convirtió en una activista a favor de las causas de las

mujeres, en particular de sus derechos reproductivos. Sin embargo, la Guerra del Pacífico desbarató temporalmente su campaña en pro de los derechos femeninos. En la década de 1930, en vísperas de la catastrófica contienda, Ishimoto hacía la siguiente consideración: «Recientemente, una reacción nacionalista contra el liberalismo ha barrido todo lo que le precedió en el imperio insular. El fascismo, con un fuerte regusto militarista, no es un defensor del feminismo y su intenso aliento humanista». Durante la vida de Ishimoto Japón mandó sus acorazados y portaaviones a librar una «guerra santa» contra Estados Unidos y los aliados, decidido a instaurar un «nuevo orden» en Asia. Según el argumento de muchos intelectuales japoneses, lo que estaba en juego en el Pacífico era la «salvación del mundo».

JAPÓN EN LA HISTORIA MUNDIAL

Si colocamos a Japón en el contexto de la historia mundial, nuestra historia reemplaza un mito persistente: que Japón tiene una especial relación con la naturaleza, no intervencionista, más subjetiva y a menudo benéfica, una relación que, con las divinidades sintoístas, considera el mundo natural algo vivo, interrelacionado con los continuos vitales del budismo y acotado por ritos confucianos. El mito insiste en que los japoneses no interpretan la naturaleza como un recurso inanimado y despersonalizado para la explotación industrial. Más bien se adaptan a la naturaleza generando holismo entre las esferas cultural y natural. El entorno natural del que dimanan los japoneses, que limita el desarrollo industrial sin alma y da forma a su compleja cultura nacional.

Este estereotipo lleva siglos en vigor. Hace tiempo, el sociólogo Max Weber (1864-1920) sostenía que a diferencia de la filosofía europea, que aspiraba a adecuar el mundo para adaptarlo a los requerimientos humanos, el confucianismo, filosofía central de Asia Oriental, busca el «encaje con el mundo, su ordenación y sus convenciones». En otras palabras, Europa Occidental adaptaba el mundo natural en su beneficio, mientras las sociedades confucianas se amoldaban pasivamente a él. Como sociedad confuciana, en ocasiones se considera que el Japón premoderno se adecua al ámbito natural, una sociedad en armonía con la naturaleza que no

violenta el medio ambiente para que se pliegue a sus necesidades económicas. Como resultado, Weber reitera que «el pensamiento sistemático y naturalista [...] no consigue madurar» en las sociedades confucianas. Para Weber, esta predisposición de servidumbre ante la naturaleza retarda el desarrollo y permite que las sociedades confucianas sean víctimas de los depredadores occidentales.

Como demuestra nuestra historia, la relación de Japón con el entorno natural ha sido con frecuencia intervencionista, exhaustiva, explotadora y controladora, similar a la europea después de la Ilustración. Satô Nobuhiro (1769-1850), un ecléctico filósofo moderno, entendía que la naturaleza estaba dirigida por fuerzas creativas, unas fuerzas animadas por las divinidades sintoístas. No obstante, al describir el papel de la economía en el contexto del desarrollo estatal recordaba más al economista escocés Adam Smith (1723-1790) que a un filósofo del sintoísmo nativo. Por ejemplo, cuando ilustra la función del gobierno en *Keizai yôryaku* (Compendio de economía, 1822): «El desarrollo de bienes es la primera tarea del gobernante». Satô sugiere que los humanos se organizan en Estados para explotar mejor los recursos y controlar la energía.

Es importante destacar que el desarrollo al que Satô aspiraba era en gran medida de diseño humano, la contribución de Japón a los primeros registros del Antropoceno, caracterizado por la omnipresencia del cambio inducido por el hombre en la Tierra. En su primitiva historia, los japoneses empezaron a descubrir y explotar el medio ambiente natural a través de la ingeniería de las islas. De hecho, Japón podría ser visto como un archipiélago construido, una cadena de islas consideradas como un espacio controlable, explotable, distinguible y casi tecnológico. Este proceso comenzó pronto en la historia de Japón. Según afirma un historiador, con la llegada de la agricultura llegó un «cambio fundamental en la relación entre los humanos y el mundo natural». Los humanos empezaron a «afectar a otros organismos» y a «rehacer el medio ambiente no vivo» para controlar mejor el acceso al abastecimiento de comida y la energía. La agricultura implicó la eliminación de especies indeseables, la creación de paisajes artificiales y un incremento de la productividad de las especies deseables mediante un mejor acceso al agua y la luz del sol. Los humanos transformaron los organismos que tenían a su alrededor gracias a la ingeniería genética de los cultivos y a la exterminación de especies

amenazadoras, como los lobos japoneses. A medida que creaban este paisaje agrícola, los humanos «pueden haber experimentado una sensación cada vez más fuerte de separación entre los mundos “natural” y “humano”», o un sentimiento de «alienación» de las condiciones naturales.

A la larga, esta alienación cosifica la naturaleza y hace más fácil un aprovechamiento indiferente de la misma. Los historiadores han identificado esta hipótesis de «muerte de la naturaleza» por cosificación con la cultura posterior a la Ilustración europea. No obstante, como veremos, la cultura japonesa experimentó un proceso de alienación similar. A lo largo del tiempo histórico, la naturaleza en Japón iba siendo lentamente destrozada, aunque filósofos y teólogos la reparaban de nuevo y le insuflaban la vida antropomórfica de las deidades sintoístas y budistas. La naturaleza se convirtió en una marioneta del ansia humana de recursos y energía, aunque los observadores han confundido durante mucho tiempo este deshilachado títere natural con una naturaleza viva y autónoma.

ESCRIBIR LA HISTORIA DE JAPÓN

«La consciencia histórica en la sociedad moderna se ha visto abrumadoramente enmarcada por el Estado nación», escribe un historiador. Aunque la nación es una entidad disputada, manipula la historia y garantiza la «falsa unidad del mismo sujeto nacional que evoluciona en el tiempo». Es la nación «que evoluciona en el tiempo» lo que, como japoneses, reclaman los cazadores prehistóricos del periodo Jômon (14.500 a.E.C.-300 a.E.C.) y los agricultores del periodo Yayoi (300 a.E.C.-300 E.C.), porque el aparente desarrollo evolutivo también puede ser leído en orden inverso. Estas narrativas acerca de la historia nacional casi siempre imponen una cadena evolutiva en el pasado. A este respecto, un historiador insiste en que «la nación es un sujeto histórico colectivo listo para realizar su destino en un futuro moderno». En otras palabras, estamos condicionados para leer las historias nacionales como anticipación del surgimiento del Estado moderno, como si su aparición fuese inevitable. Una importante nota de advertencia a la hora de narrar historias nacionales como esta: «En la historia evolutiva, se contempla el movimiento histórico como producido sólo por causas anteriores, en vez de por complejas transacciones entre el pasado y el

presente». En lugar de considerar la historia como un movimiento lineal y fluido desde una causa a la siguiente, que conduce constante e inexorablemente al surgimiento de la nación moderna, esta narración es más sensible a los debates políticos y culturales contemporáneos, y a los matices que enmarcan cuestiones impuestas en el pasado. Por supuesto, la historia trata con más frecuencia debates políticos y culturales del presente que del pasado. Un tema principal es el cambio medioambiental, porque ese es el desafío de nuestro tiempo.

Esta breve historia no descarta por completo la realidad del poder de la nación moderna en el tiempo y su capacidad para modelar las identidades de la gente a la que proclama como sus primeros miembros. Los cazadores Jômon no se veían a sí mismos como «japoneses», ni lo hacían sus sustitutos Yayoi. Los Heian consideraban sus posiciones en la corte mucho más importantes que «Japón», al igual que los posteriores samuráis, que se desplazaban de acuerdo con los ritmos de un sistema de estatus jerárquico. En este aspecto, la nación moderna es una «comunidad imaginada» reciente, inventada a través de museos, planes de estudio, vacaciones y otros eventos nacionales. Como escribe un antropólogo, la nación «es imaginada porque los miembros de incluso la nación más pequeña nunca sabrán de la existencia de la mayoría de sus conciudadanos, siquiera los conocerán u oirán hablar de ellos, aunque en la mente de cada uno de ellos pervive la imagen de su comunión». En las naciones modernas, ciudadanos y súbditos aprenden que comparten afinidades con personas a las que nunca han conocido. Como veremos, los japoneses conciben sus comunidades a través de discursos de un entono natural compartido, claramente delineado por los mares que los rodean, así como por una historia, un lenguaje y prácticas culturales comunes. En estas páginas oiremos hablar de muchos de ellos porque son importantes en la formación de Japón.

Sin embargo, esta historia no considera necesariamente a las naciones como «imaginadas». Las naciones no son meros fragmentos del imaginario cultural. Dado que uno de los temas de este relato son las relaciones de la gente con el medio ambiente natural, deja al descubierto la huella material de las poblaciones japonesas en el transcurso de su historia. Dibuja una presencia a la que han dado forma generaciones de cuerpos pudriéndose en el suelo, hombres y mujeres que han sacado peces de los mismos ríos y aguas costeras, han transformado paisajes que reflejan valores compartidos

de subsistencia e ideas transitorias transmitidas de unos a otros durante siglos y que determinan una manera clara de ser. Visto desde esta perspectiva, los primitivos habitantes Jômon, aunque no lo sabían, realmente pueden ser considerados como los primeros «japoneses». La hegemonía de esta nación a lo largo del tiempo se construye, de modo esencialmente material, sobre la gente que la precedió. En este sentido, la «tradición» no es forzosamente el chivo expiatorio de la modernidad, como aducen algunos historiadores. Se ha afirmado que la modernidad necesita la «invención de la tradición» para su propia demarcación histórica, pero los antiguos pobladores de Japón, personas a las que por conveniencia podríamos denominar «tradicionales», poseían usos importantes rastreables, prácticas grabadas con firmeza en Japón y que impregnan la vida moderna. Esas prácticas configuraron la evolución de Japón como nación moderna, no al revés. Etiquetar a un cazador Jômon con el título de «japonés» y adjudicarle luego los horrores de la masacre de Nanjing (1937) es endosarle cargas que habrían sido inimaginables para él. Pero los cazadores Jômon murieron y se pudrieron en suelo japonés. Su progenie y su relevo Yayoi adoptaron ideas y elecciones que estamparon en sí mismos, en sus organizaciones sociales, en sus sistemas políticos y en el paisaje. Esas huellas fundamentales modelaron a su progenie, a los descendientes de esta y así sucesivamente. Eventualmente, esas personas, guiadas generación tras generación por impulsores materiales y culturales, decidieron saquear la ciudad de Nanjing durante la pregonada «gran guerra de Asia Oriental».

Quizá la nación sea en parte imaginada, pero no a partir de la nada. Tampoco se trata de un fenómeno enteramente forzado. Eso es lo que sucede en el caso de la historia japonesa. Por esta razón, incluso frente a los nuevos dilemas globales del cambio climático, la nación moderna sigue siendo una categoría importante de análisis histórico.

1
Nacimiento del Estado Yamato (14.500 a.E.C.-710 E.C.)

El medio ambiente de Japón demostró ser mucho más que un simple escultor de la civilización japonesa, en la que el viento y la lluvia tallaron laboriosamente durante siglos los intrincados contornos de la vida nipona. Más bien fue un producto de la civilización japonesa. Los antiguos habitantes de las islas, desde la fase arqueológica Yayoi (300 a.E.C.-300 E.C.) en adelante, esculpieron, recortaron, quemaron y dieron forma con la azada a sus necesidades de subsistencia y sensibilidades culturales en las llanuras de aluvión, los bosques, las cadenas montañosas y las bahías del archipiélago, transformándolo, como un colosal bonsái, en una manifestación material de sus necesidades y deseos. Esa es la discordancia más profunda entre las etapas Jômon (14.500 a.E.C.- 300 a.E.C.) y Yayoi: la introducción de la cultura de Asia Oriental y su efecto transformador sobre el archipiélago. Este capítulo explora la aparición del más antiguo Estado japonés y cómo su desarrollo estuvo íntimamente conectado con la transformación medioambiental.

PRIMEROS CAZADORES-RECOLECTORES Y COLONIZADORES

El Pleistoceno, hace entre 2,6 millones de años y 11.700 años A.P., fue testigo de la primera oleada de primitivos homínidos, animales no humanos, y migraciones incidentales de plantas desde Eurasia al archipiélago japonés. Sin embargo, Japón no era un archipiélago en esa época. Estaba conectado al continente por el sur y por el norte a través de tierras bajas costeras, que formaban una media luna terrestre con el mar de Japón y constituían lo que debió de ser un impresionante mar interior. Aún es tema de debate si llegaron modernos homínidos de África y desplazaron a los antiguos o si los llegados primero evolucionaron para convertirse en modernos, pero 100.000 años A.P. muchos cazadores paleolíticos recorrían Eurasia y algunos de ellos fueron a parar a ese creciente terrestre persiguiendo presas

y otros recursos alimenticios. El descubrimiento en 1931 de un hueso de la parte izquierda de la pelvis sugiere que estuvo habitada en el Paleolítico, pero los ataques aéreos destruyeron el hueso durante la Guerra del Pacífico (1937-1945) y el hallazgo sólo fue reivindicado gracias a que posteriormente se desenterraron otros restos paleolíticos en Japón.

Estos cazadores paleolíticos, y luego mesolíticos, perseguían y cazaban grandes presas, incluyendo al elefante Palaeoloxodon y al ciervo gigante. Ellos y sus presas asistieron generación tras generación a la transformación de los rasgos geográficos de Japón, a medida que la fluctuante climatología y los niveles del océano permitieron que el continente reclamase ese creciente de tierra para sí y después lo perdiese, hace alrededor de 12.000 años A.P., cuando las aguas anegaron las tierras bajas costeras y crearon la cadena de islas. Los lingüistas señalan para esos primitivos cazadores tres grupos filogenéticos diferenciados, que marcan rutas de migración: uraloaltaico (japonés, coreano, lenguas del norte y este de Asia y turco), chino (tibetano y birmano) y austroasiático (vietnamita, jemer y varios idiomas minoritarios en China). En las etapas finales del Pleistoceno, los primitivos cazadores japoneses habían sobreexplotado a la mayoría de los mamíferos gigantes del archipiélago, confinados geográficamente con hambrientos homínidos, en la conocida como «extinción del Pleistoceno».

Fueran cuales fueran las lenguas que hablasen, no eran las únicas tribus cazadoras que vagaban por aquella media luna. Habían llegado, además, los lobos. Se han encontrado cráneos de lobo siberiano en todo Japón. A finales del Pleistoceno, esos lobos cazaban y se alimentaban en los bosques de coníferas del norte en Honshu, donde abatían enormes piezas como el bisonte estepario. Los bisontes eran grandes, con cuernos de hasta un metro de envergadura de un extremo a otro de su cráneo, pero el lobo siberiano también lo era. De manera oportunista, se desplazaban entre las manadas en busca de animales rezagados y heridos. Podemos aventurar que los homínidos no fueron los únicos cazadores responsables de la extinción del Pleistoceno, o al menos los únicos en apropiarse de las piezas. Al separarse el archipiélago del continente, hace unos 12.000 años A.P., los bosques de coníferas cedieron paso a especies de crecimiento caduco, devorando valiosos pastos para los grandes bisontes y sus hambrientos perseguidores. El clima varió y los cambios en la composición del bosque

contribuyeron a la extinción del Pleistoceno. Aislado ahora, con las presas grandes extinguidas, el lobo siberiano redujo su tamaño hasta convertirse en el lobo japonés, más pequeño, que a su vez se extinguiría a comienzos del siglo XX. En este periodo se produjo la emergencia de especies comunes de Japón, como el ciervo japonés, el jabalí y una serie de animales de menor tamaño. La turbulenta geografía de Japón, su transformación de una media luna terrestre en un archipiélago, orientó su historia –en el caso de los modernos homínidos, sus patrones de asentamiento, disposiciones de alojamiento y circuitos de caza; en el del lobo, la forma y tamaño de su cráneo–, pero los posteriores colonos humanos, en especial tras la fase Yayoi, demostraron ser más eficaces a la hora de modificar su hogar insular para adaptarlo a sus necesidades de subsistencia y culturales.

Alrededor de 12.700 años A.P., mientras el creciente terrestre pasaba a ser un archipiélago, los cazadores descubrieron, o se encontraron con (aún está pendiente de veredicto entre los arqueólogos), un monumental avance tecnológico: la alfarería. Los fragmentos más antiguos proceden de la cueva de Fukui, en el noroeste de Kyushu, una zona que sirvió de canal para el intercambio con el continente. Con el agravante de que nada tan antiguo ha sido desenterrado en China, e incluso podríamos decir que en ninguna otra parte. Los arqueológos se refieren a ese pueblo como Jômon (dibujo de cuerda), porque las piezas están a menudo adornadas con elaboradas marcas de cuerda en torno al borde y otras partes en las vasijas. Este adelanto tecnológico permitió que esos cazadores se hiciesen más sedentarios, ya que ahora podían preparar verduras y mariscos antes no comestibles, así como hervir agua del mar para obtener sal para el consumo y el comercio. Los cultígenos se convirtieron en recurso durante la última fase del periodo Jômon, pero la agricultura simple resultó más limitada que en otros grupos neolíticos. El primer hombre Jômon, el Adán japonés, descubierto en 1949 sepultado en posición flexionada en el conchero de Hirasaki, medía 163 cm de alto, aproximadamente 3 cm más que la media, y las mujeres eran considerablemente más bajas. Las muelas del juicio sin desgaste y otras evidencias sugieren una corta expectativa de vida, en torno a los veinticuatro años para las mujeres y quizá una década más para los hombres. A lo largo de los siglos, los estilos de la alfarería Jômon variaron, aunque continuó siendo ornamentada, con dibujos e impresiones en remolino, asas elaboradas y otros motivos decorativos, y formas delicadas

de base estrecha y poco práctica. Las bases puntiagudas habrían sido muy adecuadas para la vida nómada, ya que permitirían mantener en pie la jarra en tierra suelta o arena, pero poco prácticas para un hogar de suelo compactado. No obstante, la creciente sofisticación de la alfarería apunta a fines rituales y empleo doméstico, lo que nos ofrece un primer vistazo de la vida religiosa de los primitivos habitantes del archipiélago.

Los cazadores de la fase Jômon desarrollaron arcos, que lanzaban mortíferos proyectiles a mayor velocidad que las anteriores lanzas. Los perros salvajes, que probablemente migraron a la media luna creciente con los primeros cazadores paleolíticos, cazaban piezas pequeñas con los Jômon. Los restos de esqueletos de perros similares a lobos de los conchales de Natsushima, en la prefectura de Kanagawa, datan de 9.500 años A.P. Los arqueólogos han descubierto sofisticados sistemas de trampas en forma de pozos, sin duda utilizados para atrapar y empalar jabalíes y otras presas. Los Jômon también subsistían a base de frutos y nueces, bulbos y tubérculos amiláceos, moluscos, almejas y ostras, pescados como el besugo y otras fuentes de alimento. Cabezas de arpones y anzuelos de hueso de las pozas conchíferas de Numazu apuntan a que eran pescadores razonablemente habilidosos. Pero esto no era suficiente: los restos de esqueletos muestran que los Jômon vivían en un estado de malnutrición casi constante, en la cúspide de la inestabilidad reproductiva. Una dieta a base de frutos secos con elevado contenido calórico determina que los dientes de la mayoría se pudrían dolorosamente. En los asentamientos Jômon más grandes las viviendas estaban dispuestas según un plano circular, con un espacio común central para enterramientos, almacenamiento de alimentos y funciones ceremoniales. Las mejores moradas, con postes interiores que sustentaban tejados de paja, permitieron a los Jômon acumular más posesiones, incluyendo *dogû*, o figuritas de barro cocido (figura 1). Con frecuencia, estas figuritas representan mujeres con pechos exuberantes, lo que apunta a que su finalidad ritual tenía que ver con la reproducción y los partos seguros. Los objetos fálicos sugieren rituales de fertilidad. Los motivos en forma de cabeza de serpiente ofrecen tentadoras evidencias de ceremonias relacionadas con estos reptiles, tal vez conducidas por los chamanes de la aldea. Los esqueletos a los que faltan dientes adultos indican la extracción ritualizada de piezas, es probable que como un rito de mayoría de edad. Algunas de las vasijas más grandes de barro, llamadas

«ollas de placenta», contienen restos placentarios e incluso restos de bebés, lo que demuestra elaborados sistemas de enterramiento y ceremonia.



Figura 1. Figurita de la fase Jômon, prefectura de Miyagi.

Por muy sofisticada que llegase a ser la vida de los Jômon, siempre estaban en el límite de la supervivencia y su sociedad resultó estar mal preparada para los cambios del entono y la merma de la caza. En torno a 4.500 años A.P., un descenso en las temperaturas del globo provocó un aluvión de especies herbáceas que llevó a la reducción de las poblaciones de mamíferos y de frutos secos. Muy pronto, los Jômon fueron vulnerables a la escasez de comida y al hambre. Hasta para el fino olfato de los fiables perros de caza era difícil encontrar jabalíes y ciervos, por lo que los Jômon pasaron a matar piezas más pequeñas y muchos asentamientos del interior se desplazaron a áreas costeras para mejorar las posibilidades de recolección y pesca. Algunos sostienen que la población de 260.000 habitantes de Japón hace 4.500 años A.P. pudo descender a 160.000 en el transcurso del siguiente milenio. El pueblo Jômon había alcanzado los límites de su adecuación a la naturaleza cambiante de su tierra.

LA LLEGADA DE LA AGRICULTURA

Hablando en sentido estricto, han sobrevivido en el registro arqueológico evidencias de una incipiente agricultura neolítica desde el Jômon Medio (3000 a.E.C.-2400 a.E.C.). Los Jômon cultivaban ñame y taro, que probablemente provenían del sur de China; también manipularon el crecimiento de bulbos de lirio, castaños de Indias y otras plantas cruciales para su supervivencia. El almidón de los bulbos de taro y lirio cocido en bandejas de mimbre producía un pan básico, cuyos restos preservados han desenterrado los arqueólogos en la prefectura de Nagano. En la alfarería del Jômon Tardío (1000 A.P.-250 A.P.) los arqueólogos observan trazas de impresiones de granos de arroz. Así pues, el pueblo Jômon mantenía cultivos sencillos, pero no modificó el medio ambiente por motivos agrícolas más allá de la deforestación localizada. La ingeniería ambiental de los cultivos corresponde a la cultura de la fase Yayoi (300 a.E.C.-300 E.C.). Los primeros emplazamientos Yayoi fueron excavados en 1884 en el campus de la Universidad de Tokio; posteriores hallazgos en 1943 en la prefectura de Shizuoka ayudan a esclarecer los rasgos distintivos del periodo Yayoi.

Al inicio, la agricultura Yayoi se restringió probablemente al alforfón y la cebada cultivados en el sur, en la isla de Kyushu. Se cree que ambos cereales tuvieron su origen en el continente y fueron llevados por emigrantes Yayoi. A juzgar por los restos de cráneos, representan una nueva oleada de migración al archipiélago, ya conviviesen con los Jômon neolíticos o los desplazasen poco a poco. Al parecer eran originarios del norte de Asia, mientras que se cree que la mayoría de los Jômon procedían del Sudeste Asiático. Estos emigrantes eran más altos y tenían caras más largas, pero a lo largo de la fase Yayoi perdieron parte de su estatura, quizá como resultado de las persistentes deficiencias nutricionales. No obstante, una vez en el archipiélago se reprodujeron a un ritmo más rápido. De hecho, las tasas de reproducción de los Yayoi fueron tales que algunos opinan que 300 años después de su llegada al archipiélago constituían alrededor del 80 por 100 de la población. Sencillamente, resultaron ser más saludables y fecundos que los anteriores cazadores-recolectores.

Los nuevos colonos trajeron también los conocimientos y capacidades técnicas para el cultivo de arrozales. La fase Yayoi se corresponde con las

dos dinastías Han en China (206 a.E.C.- 220 E.C.), que en sus registros se refieren al archipiélago como el «reino de Wa». Con los nuevos emigrantes, las técnicas del cultivo del arroz se extendieron por el reino de Wa, abarcando aproximadamente el oeste y el centro de Japón. La primitiva ingeniería de los arrozales Yayoi era sofisticada: elaborados sistemas de canales de irrigación, presas, terrazas y compuertas de entrada y salida del agua garantizaban que el arroz fuese correctamente irrigado. Gracias a la agricultura del arroz, los arqueólogos estiman que la población Yayoi pudo oscilar entre 600.000 y 1 millón en los primeros siglos de la Era Común. Resulta interesante que algunos historiadores sostengan que la génesis de la esfera cultural de Asia Oriental se produjo entre 221 a.E.C. y 907 E.C., al mismo tiempo que el humanismo confucionista, la teología budista y la escritura *kanji* china se extendían por el continente y más allá. Podríamos incluir también los arrozales como una característica definitoria de la civilización de Asia Oriental. El confucianismo aún había de reestructurar el enfoque japonés de la familia, la sociedad y el gobierno, pero con la llegada de la agricultura del arroz, Japón quedó ya atrapado en la atracción gravitacional de Asia Oriental.

La influencia cultural Yayoi entró en el archipiélago a través de la península Coreana, como resultado de la conquista por parte de la dinastía Han del reino de Gojoseon (233 a.E.C.-108 a.E.C.). En el 108 a.E.C., el emperador Wu de la dinastía Han estableció en la península de Corea cuatro puestos avanzados para gobernar la región y a su gente, y el archipiélago se benefició de este nuevo canal abierto con China. Espejos de bronce chinos, objetos coreanos, fragmentos de armas de hierro y bronce apuntan a un comercio más o menos intenso con el continente. Se puede seguir la pista a los procedimientos japoneses para el cultivo de arroz hasta el delta del Yangtzé. Es probable que el arroz resultase atractivo para los agricultores Yayoi porque podía ser almacenado, tostado y consumido cuando hiciese falta. Fueron los Yayoi quienes diseñaron graneros elevados para contrarrestar las amenazas a los suministros almacenados de mohos, polillas y ratones. En los inicios de la fase Yayoi el arroz era una de tantas plantas cultivadas en el noroeste de Kyushu, en lugares como Itazuke en la prefectura de Fukuoka; durante el Yayoi Medio y Tardío estaba entre las cosechas dominantes. Estacas de madera señalaban los límites de los campos de arrozales en Itazuke y el emplazamiento está plagado de pozos

de almacenamiento característicos y enterramientos. Por esos asentamientos vagaban perros y algunos pequeños caballos, mientras que los huesos de jabalíes dan testimonio de la presencia de carne en la dieta Yayoi. El dique que rodea Itazuke pudo estar destinado a la irrigación de arrozales, o quizá sirviese como foso defensivo. Itazuke también ha revelado el enterramiento en vasijas, la mayoría ocupadas por niños. En el Yayoi Medio las vasijas se colocaban en posición horizontal; en el Yayoi Tardío adoptaron la posición vertical, con la boca hacía abajo. Obviamente, algunas de ellas eran de mayor tamaño y sugieren un alto grado de especialización. Cerca de estas tumbas los arqueólogos han descubierto tal abundancia de objetos chinos y coreanos que han especulado con la posibilidad de que el noroeste de Kyushu fuese el centro del legendario Yamato, el primer reino de Japón. Volveremos sobre esta cuestión en un momento.

Toro, una aldea junto al río Abe, fue otro desarrollado emplazamiento Yayoi. Contenía unos 50 arrozales, hasta que la inundación repentina del río los barrió. Este lugar con un alto grado de ingeniería contenía represas, acequias de riego, pozos e instalaciones de un tipo que recuerda a lo que más tarde fueron santuarios sintoístas. Los arqueólogos especulan con que la vida en Toro era en parte comunal: una casa excavada presenta una variedad de herramientas de madera y sugiere propiedad cooperativa de algún tipo. Pero la competencia por los enclaves más atractivos condujo a la guerra y los restos de esqueletos –una mujer de Nejiko, en la prefectura de Nagasaki, tiene una cabeza de flecha de bronce clavada en el cráneo– atestiguan enfrentamientos violentos. Algunos restos Yayoi procedentes de Yoshinogari, un asentamiento fortificado en el norte de Kyushu, apuntan la posibilidad de que la gente fuera decapitada (aunque esta evidencia está en entredicho). El bronce se convirtió en una importación decisiva. Más adelante se produjo metal local, con el que se forjaron armas y valiosas reliquias familiares como campanas. Los moldes de arenisca demuestran la fabricación de armas y campanas en el siglo I a.E.C. La producción del bronce presenta interesantes problemas logísticos, entre los cuales no es el menor la fuente del cobre. Los arqueólogos creen que los artesanos Yayoi reciclaban el bronce procedente del continente e importaban lingotes de plomo, ya que existen pocas pruebas de explotaciones de cobre en superficie en el archipiélago hasta el siglo VII.

LA VIDA YAYOI EN DOCUMENTOS

Las observaciones de enviados chinos han permitido una ojeada a la vida, los rituales y la forma de gobierno en la fase tardía del periodo Yayoi. La dinastía oriental de los Han despachó mensajeros al reino de Wa en el 57 E.C. y volvió a hacerlo en el 107 E.C. Graves revueltas en la dinastía china desembocaron en la pérdida y eventual recuperación de los puestos avanzados coreanos, que en otro tiempo habían sido una vía para el flujo de bronce, cultígenos y técnicas de ingeniería agrícola al archipiélago. El *Wei zhi* (Registros de los Tres Reinos, 297 E.C.) es la más reveladora de esas descripciones chinas. La dinastía Han Oriental, o Posterior, cayó en el siglo III E.C. y Cao Wei (220-265) gobernaba la mayor parte de China desde su capital en Luoyang. No sólo visitaron el reino de Wa los enviados de Wei, sino que en el año 238, dignatarios de Wa, más concretamente el gran maestro Natome y sus acompañantes, devolvieron la visita. Rindieron tributo a Cao Rui, emperador Wei, y recibieron a cambio un sello de oro que decía: «Himiko, reina de Wa, es amiga de Wei», una muestra de la posición que el reino de Wa ocupaba en el orden de subordinación para los dirigentes chinos. «En verdad, reconocemos esta lealtad y devoción filial», aclara el *Wei zhi*. Los generales de Wei animaron al gran maestro Natome a «hacer lo posible por traer paz y una vida más cómoda para la gente, y persistir en la devoción filial». Es obvio que a los habitantes del archipiélago empezaba a resultarles difícil resistirse al tirón gravitacional de Asia Oriental.

El principal conducto para los desplazamientos diplomáticos a Wa era a través de otra de las avanzadillas Han, la de Daifang, también en la península Coreana. Desde allí emprendieron viaje hasta el reino de Wa los delegados de Wei. En el año 297, representantes de unos 30 caciques de Wa fueron del archipiélago a la capital de Cao Wei y viceversa. Los enviados Wei cuentan que visitaron a varios jefes durante su periplo, incluida la reina de los wa, a la que se alude en el texto como «principal líder de Yamaichi». Muchos piensan que se trata de un error de trascripción y que sería algo más parecido a «Yamatai». El nombre de la reina era Himiko, quien nos ofrece un primer esbozo del sistema de reinado japonés.

Hay que tener presente la óptica cultural, definida por las relaciones tributarias, a través de la cual los mensajeros chinos contemplarían el

minúsculo reino de Wa, pero las descripciones son igualmente valiosas. Confirman, por ejemplo, la evidencia arqueológica de la Guerra Yayoi al referirse al «caos mientras combaten los unos contra los otros» y a un palacio «parecido a una empalizada, fuertemente protegido por guardias armados». En el año 247, la reina Himiko de Wa envió mensajeros a los puestos avanzados coreanos para informar de un conflicto con «Himitoko, el gobernante varón de Kona». La reina del país de Wa en persona se ocupaba del «Camino de los Demonios y mantenía todo controlado bajo su hechizo». Además, figura este fragmento acerca de la existencia de dirigentes de ambos géneros: «Un hermano más joven la ayuda a gobernar el reino». De hecho, el gobierno compartido por ambos sexos era común entre los primeros «grandes reyes» de Japón, los conocidos como *ôkimi*.

Uno queda impresionado por la evidente admiración del mensajero de Wei hacia el reino de Wa. «Sus costumbres no son indecentes», escribe el enviado. Y explica: «Tanto aristócratas como plebeyos [tienen] tatuajes en sus cuerpos y rostros». Los buceadores de Wa, prosigue, «decoran sus cuerpos con dibujos para que no les importunen los grandes peces y las aves acuáticas». Con el tiempo los tatuajes se hicieron más «decorativos» y distinguían entre categorías, «algunos [en] aristócratas y algunos [en] plebeyos, según la posición». Que no existiesen diferencias «entre padres e hijos o entre hombres y mujeres por sexo» iba en contra de las normas confucianas chinas, que ponían el énfasis en la devoción filial y la jerarquía. Lo mismo vale para la manera de saludar: es probable que los delegados de Wei enarcasen las cejas cuando los nobles juntaban sus manos en vez de arrodillarse o inclinar la cabeza. Pese a la ausencia de normas confucianas en las relaciones sociales, «las mujeres no son moralmente disolutas ni celosas». El reino de Wa es retratado como un sitio próspero, con graneros llenos y animados mercados bajo supervisión estatal. Existían distinciones de clase –cosa que también sabemos por los hábitos de enterramiento durante el periodo Yayoi–, al igual que formas de vasallaje.

Por último, el *Wei zhi* refleja una rica vida espiritual, expresada en prácticas adivinatorias y elaborados enterramientos, el más destacado de los cuales fue el de la propia Himiko. La adivinación predecía el futuro: «Es costumbre, con ocasión de un viaje o un acontecimiento, se trate de lo que se trate, augurar mediante huesos de los deseos la futura buena o mala fortuna. Las palabras son las mismas que para la adivinación con conchas

de tortugas. Se analizan los chasquidos del fuego en busca de signos». La referencia sitúa estas prácticas adivinatorias en un contexto propio de Asia Oriental, porque esta modalidad de adivinación ya era practicada en China durante la dinastía Shang (1600 a.E.C.-1046 a.E.C.). Es muy posible que llegase a Japón junto con los muchos objetos de bronce y las técnicas agrícolas transmitidas entre la península Coreana y el noroeste de Kyushu. Resultaba crucial para vaticinar el resultado de las guerras, los viajes y la agricultura. La habilidad para ejercer la adivinación de Himiko probablemente tuvo algo que ver con su reinado y, en consecuencia, con su legitimación política.

El *Wei zhi* también trata las prácticas de enterramiento Yayoi:

> En caso de muerte emplean un ataúd sin caja exterior de sellado. La tierra se dispone en un montón. Cuando acontece la muerte mantienen más de diez días de exequias, durante los cuales no comen carne. El plañidero principal se lamenta entre gemidos y otros cantan, danzan y beben sake. Después del enterramiento la familia se reúne para dirigirse al agua en busca de purificación, como en forma de abluciones.

El registro arqueológico guarda evidencias de vasijas de enterramiento en las comunidades Yayoi, pero los «ataúdes» del *Wei zhi* eran probablemente de madera. Atrae la atención la referencia al agua para la «purificación» justo después del duelo, porque esta práctica recuerda a posteriores rituales sintoístas. Junto con los graneros sobreelevados y los baños de purificación, evolucionaron en el contexto de la vida ritual Yayoi algunos de los primeros elementos de lo que después sería el sintoísmo.

Cuando falleció Himiko, «se levantó un gran túmulo de tierra de más de 100 pasos de diámetro. Se inmolaron más de 100 sirvientes, hombres y mujeres. Luego se nombró un dirigente varón, pero en las protestas que siguieron en el reino hubo un baño de sangre y fueron asesinadas más de 1.000 personas [...] Para sustituir a Himiko se nombró a un familiar de trece años de edad llamada Iyo (Toyo)». La fortaleza política del reino de Wa quedó reflejada en la elaborada tumba de la reina que, tras su muerte, conmemoró su vida relatando sus triunfos en la tierra y su vida en el más allá. La construcción de la tumba de la reina de Wa fue el preludio de la siguiente fase arqueológica importante en el archipiélago: el periodo *Kofun* o de las Tumbas (250-700).

LAS TUMBAS Y EL ESTADO YAMATO

Himiko emergió en la conflictiva fase tardía del periodo Yayoi como una reina unificadora, que sofocó años de enfrentamientos e inició relaciones tributarias formales con China. Los investigadores postulan muchas teorías sobre la llegada del periodo de las Tumbas y el ascenso de la Confederación Yamato (250-710), que se afianzó en algún momento cercano a la fecha de la muerte de Himiko. Una atrayente teoría hace alusión, una vez más, al cambio climático y el medio ambiente. Los historiadores saben, a través de registros chinos, que los convulsos cambios en el clima al final del periodo Yayoi y la fase inicial del periodo de las Tumbas, más concretamente en torno al 194 E.C., causaron hambruna, canibalismo y posiblemente una desilusión generalizada hacia las deidades protectoras. Himiko pudo haber estado al frente de dicha insurrección religiosa ante los dioses nativos, desechando armas y campanas asociadas con las viejas deidades para adoptar otras nuevas asociadas con espejos (figura 2). Al menos así es como se interpretan algunas de las evidencias arqueológicas. Himiko y los nuevos dioses, con los que se comunicaba mediante teurgia –su práctica de la brujería y el «Camino de los Demonios»–, se convirtieron en punto focal. La gente levantaba tumbas, adoraba espejos y, podríamos conjeturar, confiaba en la promesa de días mejores. En la prefectura de Hyôgo, por ejemplo, los arqueólogos descubrieron una campana rota en 117 piezas. Alguien la rompió con tanto cuidado que los expertos están prácticamente seguros de que fue hecho a propósito, como rechazo a los viejos e impotentes dioses asociados con campanas. Podemos especular también con que Himiko practicara la brujería como un medio de comunicación con las nuevas deidades, la principal de las cuales sería la diosa del Sol Amaterasu Ômikami, divinidad tutelar de la casa imperial.



Figura 2. Espejo de bronce del periodo de las Tumbas, prefectura de Gunma.

Además, Himiko representó la aparición de una nueva clase militar forjada en el conflicto bélico del periodo Yayoi Tardío. Esta elite militar prosperó gracias a los crecientes excedentes agrícolas de la sociedad Yamato, que se tradujeron en impresionantes pilas funerarias en forma de ojos de cerradura. Los herreros trabajaban el hierro y fabricaban mejores armas, muchas de las cuales siguieron a sus propietarios hasta sus tumbas. Los asentamientos del periodo de las Tumbas son más elaborados que los de la fase Yayoi, a menudo con estructuras de madera más grandes con fosos o barricadas de piedra. La agrupación de casas y viviendas-foso, parcialmente excavadas en el suelo y techadas, sugiere que cohabitaban familias extensas. Las mujeres jugaban un papel especialmente destacado en la política y la producción: casi la mitad de las tumbas descubiertas contienen restos femeninos, una prueba de su acceso a los recursos, incluidas las armas de hierro, y su peso político, quizá derivado de la práctica de formas de brujería con espejos. Las tumbas contienen joyas de oro, incluyendo pendientes y hebillas de cinturón.

Himiko encarna también el nacimiento de un nuevo tipo de regentes, que se convirtieron en pieza central del Estado Yamato y, como veremos, en los primeros emperadores de Japón. Cabría describir el reino de Yamato como una especie de confederación, en la que los soberanos ejercían control

sobre los jefes vasallos y donde la entrega simbólica de presentes y la homogeneidad ceremonial cimentaron las relaciones entre el centro y la periferia. Los estudiosos todavía debaten la ubicación exacta del núcleo de Yamato, pero es muy posible que estuviese en el oeste de Honshu o, menos probable, en el norte de Kyushu, quizá con el enclave militarizado de Yoshinogari como capital. Las tumbas en forma de ojo de cerradura, que dan nombre a este periodo, aportan pruebas enfrentadas sobre la sede del poder político Yamato. Menos contradictoria es la evidencia respecto al modo en que los reyes Yamato manipulaban los rituales de enterramiento para reafirmar su control sobre el reino y, suponemos, la otra vida. Un historiador ha definido esto como la «jerarquía de la tumba en forma de cerradura», o «jerarquía *kofun*», según la cual las tumbas más grandes y sofisticadas se construyeron en el centro de Yamato y las pequeñas y menos elaboradas en la periferia. La cuestión decisiva, no obstante, es que el estilo ojo de cerradura se usó de manera bastante consistente en todo el archipiélago, lo que apunta a cierto grado de homogeneidad en las sepulturas impuesta por el núcleo político. Esas primeras tumbas, como la de Makimuku Ishizuka en la prefectura de Nara, son un testimonio de la estratificación social en el archipiélago, la intensificación del comercio y el ascenso de reyes. De hecho, las tumbas escenifican la autoridad y el poder locales en la confederación Yamato y hacen pensar claramente que la prefectura de Nara, más que el norte de Kyushu, se erigió en núcleo político durante la fase Yamato.

Una sucesión de regentes fortaleció el poder del centro y las tumbas no fueron el único medio para lograrlo. Yûryaku, que gobernó en el siglo I, escribió en una carta al emperador chino que era el rey de Wa, y alardeaba de sus proezas marciales en su país y en la península Coreana. «Desde antiguo, nuestros antepasados se revistieron con armadura y casco y atravesaron los montes y cruzaron las aguas sin perder tiempo en descansar», escribe. «En el este, conquistaron 55 países de hombres peludos; y en el oeste pusieron de rodillas a 65 países de distintos bárbaros. Al otro lado del mar, hacia el norte, sometieron a 95 países.» Los reyes Yamato y sus predecesores se habían convertido en líderes militares. Inscripciones en espadas desenterradas en tumbas de la zona central de Japón, como la espada de Inariyama, revelan la relación de vasallaje de Yûryaku con los jefes locales. Esta inscripción en particular reza: «Cuando

la corte del gran rey Wakatereku estaba en Shiki, le ayudé a gobernar el reino y esta espada cien veces forjada registra el historial de mi servicio».

Junto con la cultura marcial y el vasallaje, destaca la regencia compartida por ambos sexos en el reino de Wa como pautas para el comportamiento real en Yamato. No sólo la reina Himiko reinó con su hermano, sino que grandes regentes posteriores, como Kitsuhiko y Kitsuhime, Suiko y el príncipe Shôtoku, Jitô y Tenmu, compartieron el gobierno. Presumiblemente, estas parejas de gobernantes situaron el reino de Wa en conformidad geomántica con los elementos opuestos del yin y el yang de la cosmología inspirada por China, que, a medida que aumentó el contacto con el este de Asia, se coló poco a poco en la mentalidad política de los Wa. Parece que las mujeres como Himiko desempeñaban tareas consideradas sagradas en el reino de Wa. No obstante, el incremento de los vínculos con Asia Oriental se tradujo en una mayor definición masculina de la regencia.

Una convincente prueba del desplazamiento del reino de Wa hacia el predominio masculino es el despliegue de Suiko del budismo como herramienta para combatir el patriarcado a principios del siglo VII. Suiko estudió el budismo, en particular textos como «El rugido de león de la reina Srimala», que habla de una brillante y piadosa reina india y explica que un Bodhisattva (ser de supremo conocimiento) habitó el cuerpo de una mujer. También dirigió la construcción del buda de Hôjôki (608), una representación de 5 metros de Shakyamuni (el príncipe indio que se transformó en el Buda). El texto debió resultar atrayente para una mujer cuyo gobierno confederado –la «sagrada corte» que presidía– cayó bajo el confucianismo, que restablecía nociones más patriarcales de política y poder sagrado. Suiko erigió la primera capital del reino de Wa en Oharida (603), con un sofisticado mercado, caminos hacia el interior e instalaciones portuarias.

Al mismo tiempo que Suiko exploraba el concepto budista de reinado femenino, el príncipe Shôtoku, con el que había compartido el gobierno de Wa, importaba los conceptos confucianos para fortalecer a los Yamato en el poder. Fue esta tendencia la que Suiko combatió. El príncipe Shôtoku redactó el borrador de la «Constitución de los diecisiete artículos» (604), que acentuaba la burocracia y los principios confucianos. Además, legitimaba la autoridad Yamato con la autoridad moral inherente en la

naturaleza. «El soberano es comparable al cielo», explicaba el príncipe Shôtoku, «y sus súbditos son comparables a la tierra». La Constitución también insistía en el «decoro» y el «bien público» que corresponden a la función burocrática. Este documento, en combinación con las posteriores reformas Taika (645) y los códigos Taihô-Yôrô (702 y 718), sentó los cimientos para la formación del sistema *ritsuryô* en Japón, que remite a una burocracia legal definida por códigos penales y administrativos. Esta norma de burocracia administrativa se introdujo en el reino de Wa durante los siglos VII y VIII.

Tenmu, que gobernó a mediados del siglo VII, era equiparado con un divinidad o «un verdadero dios», como lo describe uno de los poemas del *Man'yôshu* (Colección de las diez mil hojas, o Miríada de poemas, del siglo VIII). Otro poema dice: «Gobernó como un dios en el palacio Kiyomihara de Asuka», subrayando poco a poco la emergente divinidad de los gobernantes Yamato, un legado que persistiría hasta el siglo XX. Los reyes Yamato pasaron de ser meros controladores de lo sagrado a sagrados. Tenmu levantó el mayor centro ceremonial hasta esa fecha en Kiyomihara: contenía un jardín de sacerdotes, un salón del trono, una sala de recepciones y un pabellón interior. En el año 689, Tenmu promulgó los códigos Kiyomihara, que perfilaban la supervisión de las órdenes monásticas, las relaciones judiciales de vasallaje y la promoción de funcionarios. Jitô, que gobernó a finales del siglo VII, fue el primer rey al que se menciona como «soberano celestial», o *tennô*, título del emperador japonés. Jitô transfirió la sede ceremonial a una nueva capital a Fujiwara, al oeste de Kiyomihara, una ciudad modelada de acuerdo con las grandes capitales chinas y que se ajustaba a los principios filosóficos del clásico *Zhouli* (Los ritos de Zhou). En el centro de Fujiwara, cerca del imponente bulevar del Pájaro Rojo, se alzaba el palacio. En la nueva capital tenían lugar ceremonias con un marcado estilo teatral, como las celebraciones del Año Nuevo, el Festival de los Primeros Frutos y otros rituales. En el año 669 el reino de Wa pasó a ser conocido como Nihon, o Nippon, el actual nombre de Japón.

CONCLUSIÓN

En los albores del siglo VIII, Japón y sus soberanos celestiales emergieron de tierras sometidas a la ingeniera agrícola por una sociedad asentada. Aunque evolucionaron a causa de repentinos cambios en el clima, carestías de alimento, guerras entre jefes, caos e incluso agitación religiosa. Asimismo, deben mucho al contacto continuo con el este de Asia y la legitimidad que acumuló el título a partir de la relación con la corte china. Se engalanaron a sí mismos con mitos, enjoyados tocados y otros atributos; se rodearon de guardias armados y fortificaciones. Sus partidarios los enterraron, a ellos y a sus tesoros, en impresionantes tumbas en forma de ojo de cerradura, una extravagante exhibición de riqueza. Por último, se designaron a sí mismos con el título de soberanos celestiales y a su reino con el de Nihon («origen del Sol»). Los primeros códigos mencionados en este capítulo, como las reformas Taika del «sistema de tenencia de tierras», o «igual terreno», establecieron la propiedad estatal de las posesiones y el control de su transferencia, todo lo cual llevó a la formación de las primeras burocracias de Estado. En el próximo capítulo volveremos a aludir brevemente a estos códigos, además de tratar la planificación de las primeras cortes y las culturas con ellas asociadas, porque fueron cruciales para la fundación de los regímenes Nara (710-794) y Heian (794-1185).

2
La era de las Cortes
(710-1185)

Con el surgimiento del Estado Yamato y la aparición de su linaje imperial, Japón entró en los periodos Nara (710-794) y Heian (794-1185). La historia del incipiente régimen imperial guarda muchas similitudes con otras monarquías que nacían en todo el mundo: guerra de fronteras y conquista, imposición de burocracias judiciales y administrativas, planificación de la capital, monopolización de excedentes por parte de las elites y florecimiento de una enrarecida cultura cortesana. En Japón, esta era de las Cortes fue época del dominio del imaginario príncipe Genji, una creación literaria de la escritora Murasaki Shikibu (*ca.* 978-1014). El príncipe Genji, personaje de ficción de su época artística, escribe exquisita poesía y fantasea con bellezas tan trágicas como Yûgao («rostro del amanecer»), ensalza encuentros con currucas e insectos cantores y se mueve a través de los entresijos sociales de la corte Heian con habilidosa gracia. Su humor, perennemente delicado y melancólico, siempre está tocado por la tristeza de este mundo fugaz: una estética budista inspirada por lo efímero de las cosas. La estética natural del periodo Heian, tal como la preserva la poesía sobre todo, da forma a perdurables actitudes japonesas hacia el mundo natural.

El desarrollo del periodo de las Cortes comienza con la conquista por parte de la corte de Nara de los emishi, una tribu de cazadores-recolectores del nordeste del archipiélago, largo tiempo alejada de los cambios inspirados por China que impulsaron a Japón desde el siglo IV. Son descritos como un residuo Jômon: pueblos que se mantuvieron al margen de los códigos *ritsuryô* (penal y administrativo) que definieron gradualmente la vida en las provincias centrales de Japón en el siglo VII. La corte Nara construyó una elaborada teocracia budista y una burocracia administrativa de estilo chino, en las que confiaba para manejar los asuntos de Estado. Los soberanos celestiales, siguiendo su inicial trayectoria Yamato, se convirtieron en sacerdotes y «dioses vivientes» imperiales, que compartían,

al menos en las páginas del *Kojiki* (Crónicas de antiguos hechos, 712) antepasados divinos con la diosa del Sol. Esta obra, cuyo principal propósito era narrar el mito de la creación del mundo, menciona de pasada discontinuidades genealógicas entre emperadores japoneses. Otra fuente del siglo VIII, *Nihon shoki* (Crónicas de Japón, 720), esboza un registro de acontecimientos desde la llegada de los emperadores Yamato en adelante que recuerda a las historias de las dinastías chinas. Las genealogías dinásticas son importantes porque, junto con los códigos *ritsuryô,* sientan las bases del poder político y lo legitiman. A finales del siglo VIII la cultura Heian se había convertido en una amalgama de elementos de la teocracia budista y el gobierno *ritsuryô*.

LOS EMISHI Y SUS RIVALES YAMATO

La aparición del Estado Yamato fue cualquier cosa menos uniforme, porque no todos los Jômon cedieron al impulso gravitacional de las sensibilidades del este de Asia, ni se sometieron a los mejor alimentados colonos Yayoi que llevaron esas ideas al archipiélago. En estos años de puesta en marcha de una etapa de conquista, que tuvo lugar en el siglo VII y configuró la identidad japonesa en modos llamativos, emergieron dos civilizaciones distintas. Aunque se ha hablado mucho del mito de la homogeneidad japonesa, el país se forjó, como veremos, en las hogueras de la diferencia cultural y la conquista imperial.

Historias enfrentadas complican la aparición del gobierno japonés en el archipiélago, porque en el norte, al margen de la base imperial Yamato, existía una esfera cultural que esgrimía la resistencia armada frente a los cambios que barrían la región de Kinai. La esfera norte no abrazó de inmediato el budismo, el confucianismo, la historia dinástica, la burocracia *ritsuryô* y, en general, el Estado de estilo chino. En el nordeste, en lo que los arqueólogos llaman epi-Jômon o zoku-Jômon (300-700 E.C.), pueblos hostiles al tirón centrípeto del gobierno de tipo chino continuaron hasta el siglo XI con sus estilos de vida, basados en la recolección y la caza. China no influyó en su ámbito cultural como en el caso de los emigrantes Yayoi y los reyes Yamato. Sí lo hicieron otros pueblos del norte, como las culturas Satsumon y Okhotsk de Hokkaido, así como poblaciones más remotas en la

isla Sajalín e incluso en el estuario del río Amur. Estos pueblos, y no la alabada dinastía Tang (618-907) de China, moldearon los ritmos vitales en el norte.

En los documentos e historias de la corte, los funcionarios Nara y Heian etiquetaron a estos epi-Jômon como «emishi» –un término peyorativo que significa algo así como «sapos bárbaros»–, y se movilizaron para conquistarlos con campañas militares en el siglo VIII. Es importante señalar que otros clanes se opusieron a la ascendencia Yamato –Tsuchigumo, Kuzu, Hayato–, pero a ninguno de ellos se les adjudicó el título despreciativo de «bárbaros». Participaban en el orden del este de Asia hasta cierto punto, pero rechazaban la supremacía Yamato. Lo suyo era una cuestión política más que de civilización. Con los emishi pasaba algo completamente distinto: repudiaban algo más grande y más estructurado. Cuando en el año 659 la corte Yamato envió mensajeros al emperador Gaozong (628-683), una pareja de emishi acompañó a la comitiva como curiosidades. El emperador chino se interesó por ellos y preguntó acerca de sus orígenes. Los enviados explicaron que procedían de la «tierra de los emishi» en el nordeste, que no tenían aldeas estables y se dedicaban a la recolección y la caza. En todas partes se dice que hablaban «una lengua bárbara», sugiriendo que los emishi eran un claro remanente epi-Jômon que por medio del alejamiento, la esquivez o la fuerza rechazaron las oleadas de cultura procedentes del este de Asia, empezando por la agricultura Yayoi, que había abarcado desde el norte de Kyushu a la región de Kinai.

El precio por repudiar los códigos *ritsuryô* fue la conquista. La rotundidad del sometimiento de los emishi por parte de Nara atestigua que quedaba descartada la sumisión parcial al orden de Asia Oriental. En el periodo Nara, el puesto avanzado situado más al norte era Fort Taga (cerca de Sendai), construido alrededor del 724 y arrasado en el 780 por guerreros emishi. Su misión era someter a los emishi y luego organizar aldeas de acuerdo con la nueva lógica *ritsuryô*. Su jefe era el *chinju shôgun*, o «general apaciguador», predecesor de los posteriores *shogun* samuráis que gobernaron en tiempos medievales y premodernos. Entre el 701 y el 798, básicamente la duración total del periodo Nara, 14 generales desempeñaron ese puesto. Los funcionarios Nara y los primeros Heian levantaron otros fuertes, como los de Akita y Okachi (ambos en la prefectura de Akita). La resistencia emishi fue tenaz en esas zonas y las campañas militares a

menudo resultaron cruentas y no concluyentes. Sólo con el ascenso del emperador Kanmu (737-806) a finales del siglo VIII, y el traslado de la capital de Nara a Kioto, los líderes de Kinai redoblaron sus esfuerzos contra los emishi en la llamada «Guerra de los Treinta y Ocho Años» (773-811). En anticipación de la misma, los generales almacenaron alimentos y armas en Taga. En el 789, sin embargo, los emishi aplastaron a las fortificadas fuerzas de Kinai al norte del río Koromo. Esto no les disuadió y en el año 800, tras la transición Heian, la corte envió a un general recién contratado. Sakanoue no Tamuramaro (758-811), un guerrero de la corte con lazos con el emperador, obtuvo el triunfo militar: después de vencer a los guerreros emishi y cortar la cabeza a su general Aterui en el año 802, construyó varias fortificaciones más. Las guerras emishi llegaron a su fin en el 805.

Aunque esas guerras terminaron a comienzos del siglo IX, la esfera norte conservó un aire de frontera mixta: el nordeste de Japón desfilaba al son de una marcha cultural diferente. Incluso en el siglo XI, destacadas familias de la zona, como los Hiraizumi Fujiwara, conservaban muchos rasgos idiosincráticos emishi, como la momificación ritual (desconocida entre los japoneses pero practicada en grupos de la isla Sajalín) en su lujoso pabellón de Konjikidô. En tiempos medievales, la región se hizo famosa por sus granjas de caballos, otro indicador de antiguas conexiones con el mundo del norte. Entre los legados históricos del conflicto emishi están la aparición de la cultura ainu en el siglo XII y el ascenso de los samuráis. Estos soldados, encargados de mantener la paz, habían combatido en las guerras emishi y se habían asentado en zonas del interior. Al final, usurparían el gobierno de la corte Heian y dirigirían el país durante siglos mediante una serie de *bakufu*, o sogunatos.

NARA Y LA CORTE TEOCRÁTICA

En vez de ver las guerras emishi como algo nuevo –una enérgica corte Nara que libraba guerras fronterizas contra un emergente enemigo emishi–, los historiadores deberían considerarlas como la sangrienta conclusión de la inacabada tarea de formación del Estado. De hecho, el conflicto que rodeó a la emigración y dispersión Yayoi, y la documentación china del caos que acompañó al ascenso de los Yamato, sólo concluyó cuando la corte Heian

descabezó a los generales emishi. Hubo que estrujarse la cabeza durante siglos para poner en marcha en Japón un orden proveniente de Asia Oriental, porque tales regímenes funcionaban mal con sólo una sumisión parcial.

En el año 710, en el acaloramiento de las guerras emishi, la capital Yamato se desplazó a Nata (o Heijô-kyô), donde se desarrolló una sofisticada corte. Como se ha puesto de manifiesto, las guerras emishi fueron una extensión del fortalecimiento del gobierno cortesano en Nara, un efecto dominó de las oleadas de lógica burocrática que surcaban el archipiélago. Diseñada a imagen y semejanza de Chang'an, la capital de la China Tang, Nara se convirtió en una escenificación espacial del orden geomántico *ritsuryô*, el poder de la corte y la autoridad teocrática. La proximidad al palacio imperial constituía un signo de poder, al igual que en la burocracia de la corte la cercanía al emperador significaba poder político. En el centro del orden teocrático estaba el Tôdaiji (Gran Templo del Este) construido en las inmediaciones de Nara entre los años 728 y 752. Del mismo modo que las tumbas en forma de ojo de cerradura homogeneizaron en cierta medida los rituales de enterramiento de los reyes Yamato, Tôdaiji era el eje de una red de templos budistas erigidos en las provincias. La estatua gigante del buda Vairóchana alojada en el templo, que había agotado las existencias de bronce del reino, llegó a simbolizar la unión teocrática entre la corte Nara y el budismo. El emperador Shômu (701-756), que inició la construcción de Tôdaiji, veía en el enorme templo la promesa de que «todo el territorio se una a nosotros en la fraternidad del budismo y comparta las ventajas que esta empresa proporciona al conocimiento de Buda».

Volviendo atrás un momento, el desarrollo de una teocracia budista estaba lejos de ser una conclusión inevitable. A pesar de que la emperatriz Suiko (554-628) había apoyado la religión india, el budismo tuvo un lento arranque tras su importación inicial en el 552. Como explica el *Nihon shoki*, cuando los enviados del rey coreano Paekche ofrecieron una estatua del histórico buda Shakyamuni, sutras y otros objetos, señalaron:

> Esta doctrina es de todas la más excelente, pero es difícil de explicar y difícil de entender [...] Esta religión puede generar méritos y retribución sin medida y sin límites, y lleva a una apreciación total de la más elevada sabiduría. Imaginad a un hombre poseedor de tesoros que

contenten a su corazón, de modo que pueda satisfacer todos sus deseos en proporción a cómo los use.

Con semejante programa, no sorprende que el budismo, con su promesa de tesoros, sabiduría y poder, se integrase en la vida Yamato. Sin embargo, la nueva fe exigió cuidados, porque tras su introducción se declaró la peste. Poco después de la penetración del budismo, «una pestilencia hizo estragos en el país, a causa de la cual la gente moría prematuramente. Con el tiempo empeoró más y más, y no había cura». Aconsejado por las familias Nakatomi y Mononobe, el emperador ordenó tirar la estatua a las «corrientes del canal de Naniha» y que el templo fuese arrasado hasta los cimientos.

Los asesores imperiales pensaban que la estatua había ofendido a la diosa nativa del Sol, antepasada mítica de los emperadores Yamato. No obstante, una vez eliminada la estatua del buda, «un repentino incendio consumió el Gran Salón [del palacio]». La corte se encontró en la desagradable situación de estar atrapada entre dos divinidades celosas. Las familias Nakatomi y Mononobe continuaron oponiéndose al culto a Buda, pese a las humeantes cenizas del salón de palacio. Sólo la familia Soga quiso seguir venerando a Buda, en especial bajo los auspicios de Soga no Umako (551-626), cuya sobrina fue la tenaz Suiko. A partir de ahí, bajo el mecenazgo de los Soga, el budismo halló un asidero seguro en la política cortesana y finalmente en las tradiciones religiosas de Japón. Volveremos sobre los entresijos del budismo más adelante, ya que las muchas sectas enfrentadas exigen un tratamiento por separado.

ASUNTOS EXTERIORES Y EL ORDEN *RITSURYÔ*

La importación de los códigos *ritsuryô* (como la agricultura Yayoi y el budismo) estuvo relacionada con asuntos continentales. Cuando se declaró la guerra civil en la península Coreana entre los tres reinos de Silla, Baekje (a través del cual el budismo se introdujo en Japón) y Goguryeo, Yamato intervino y estableció una avanzadilla en Mimana, en el extremo más meridional de la península Coreana. Los japoneses evacuaron Mimana en el año 562, cuando las fuerzas de Silla derrotaron a los aliados Baekje de Yamato. En el 661, Yamato envió de nuevo fuerzas en auxilio de Baekje,

pero en la batalla del río Baekje en el 663, las naves de guerra Tang aplastaron a las fuerzas de Yamato. En ese momento, muchos coreanos de Baekje abandonaron la península con sus aliados Yamato, lo que supuso una verdadera revolución en la vida japonesa. Muchos de estos coreanos se convirtieron en la nueva elite de Japón. Las hábiles manos de los artesanos coreanos fueron las responsables de muchos de los mayores logros tecnológicos, incluyendo proezas arquitectónicas como la construcción del templo Tôdaiji. Como ocurrió con la historia de la resistencia epi-Jômon, la diversidad cultural japonesa, y no su mitificada homogeneidad, fue la impulsora de este avance histórico.

Inmediatamente después de la derrota Yamato a manos de los barcos Tang, la dinastía china despachó varias embajadas para que visitasen la corte japonesa. Guo Wuzong viajó a Japón en al menos tres ocasiones (664, 665 y 671). Temiendo que esas visitas oficiales fuesen un anuncio de represalias por su implicación militar en la península Coreana, la corte Yamato levantó fortificaciones y un sistema de señales de fuego para vigilar la frontera. El resultado más importante de las visitas Tang, sin embargo, fue el fortalecimiento del orden *ritsuryô:* la corte llegó al convencimiento de que sólo un Estado fuerte y centralizado podía contrarrestar la amenaza planteada por la sólida dinastía china de los Tang.

Un aspecto crucial del *ritsuryô* era la posición del emperador. En el periodo Nara, el emperador no sólo gobernaba sino que, como hemos visto, él, o ella, era el sacerdote supremo, un «auténtico dios» a ojos de la corte. La burocracia Nara delineada en los códigos Taihô-Yôrô revela el empuje del sistema administrativo *ritsuryô*: al frente de la estructura burocrática estaban el Departamento de Religión, que se ocupaba principalmente de los rituales sintoístas, y el Gran Consejo de Estado. En teoría, la administración Nara se nos presenta como una serie de anillos concéntricos de mando y recolección de tributos, con «ciudades» y «distritos» supervisados por «sedes provinciales». Vinculada a estas sedes estaba la autoridad teocrática que emanaba del templo Tôdaiji, que servía para coordinar la práctica budista y calibrar los ritos locales con los ritmos de la corte. Sin embargo, el fortalecimiento del orden *ritsuryô* no fue la única consecuencia de la estrecha interacción con el continente.

La viruela ilustra las consecuencias epidemiológicas de la implicación japonesa en Corea y las ecologías de la enfermedad de Eurasia. Poco

después de esas embajadas, se desató la primera epidemia de viruela en Japón. Dazaifu, una localidad portuaria situada en el oeste de Kyushu, fue la primera en sufrir el virus, que nos cuentan que fue importado por pescadores coreanos. En el 737, una fuente dinástica explicaba: «En la primavera de este año, una enfermedad epidémica caracterizada por hinchazones se propagó con furia. Llegó primero de Kyushu». La viruela causó estragos incluso entre los cortesanos de Kioto. Más tarde, durante el periodo Heian (794-1185), una mujer a la que los historiadores conocen sólo por el nombre de «madre de Michitsuna» (*ca.* 935-995) escribió en la última entrada de *Kagerô nikki* (Los años de la telaraña, *ca.* 974): «En el octavo mes hubo una epidemia de viruela. Se extendió por este sector de la ciudad a finales de mes y mi hijo fue víctima de un caso grave [...] La epidemia continuó cada vez peor [...] Me sentía triste y al mismo tiempo agradecida de que mi hijo se hubiera recuperado». Que Michitsuna sobreviviese a la viruela significa que había desarrollado inmunidad y, muy probablemente, sobreviviría también a los brotes periódicos de la enfermedad. Se cree que su madre murió durante la epidemia, ya que su melancólico diario termina con esta entrada.

La integración del archipiélago japonés, con excepción de la isla septentrional de Hokkaido, en el grupo de afectados por enfermedades de Eurasia pone de manifiesto una consecuencia crítica de la vinculación de Japón con la corte Tang. Es especialmente significativo, porque cuando llegaron por primera vez a Japón misioneros de la península Ibérica en el siglo XVI, enfermedades que llevaban consigo esos europeos, como la viruela, eran ya endémicas allí, por lo que estas no consiguieron diezmar a los japoneses como hicieron con los americanos. Esto permitió a los japoneses resistir las oleadas iniciales de imperialismo europeo y entrar en un periodo de relativo aislamiento entre el siglo XVII y mediados del siglo XIX.

LA CORTE HEIAN

El emperador Kanmu, que puso fin a las guerras emishi, ordenó en el año 784 que la corte se instalase en Kioto (entonces Heian-kyô). La decisión del traslado estaba relacionada con los rituales de purificación y

muerte sintoístas, el agotamiento de casi todas las existencias de madera (las capitales, con sus sofisticados palacios, necesitaban enormes cantidades de ella) y el Incidente de Dôkyô (década de 760). En la capital Nara las instituciones budistas se habían vuelto demasiado poderosas. Cuando el monje Dôkyô (700-772) quiso expandir su influencia en la corte por medio de su relación con una emperatriz –ella le otorgó el título de «rey de la ley budista», que estaba reservado a emperadores que abdicaban–, los funcionarios le expulsaron en el 770. Evidentemente, la corte aprendió la lección y en la nueva capital de Kioto se relegó a la mayoría de los templos budistas a los alrededores de la ciudad, impidiendo su fácil acceso a los salones del poder.

La construcción de la capital se entrelazó durante largo tiempo con la formación del Estado. El emperador Tenmu, al objeto de añadir grandeza a su reino, empezó a erigir el palacio de Kiyomihara en Asuka, pero su muerte aplazó su terminación. Más tarde, la emperatriz Jitô revivió el proyecto de Asuka, supervisando la construcción de la capital de Fujiwara. Poseía muchas de las características espaciales de posteriores capitales en Nara y Kioto: un importante bulevar que discurría hacia el norte a través de grandes puertas, flanqueado por palacios y edificios oficiales, que acababa en el palacio del emperador. Para el complejo de Fujiwara hizo falta madera de la distante provincia de Ômi, lo que sugiere que leñadores y carpinteros la habían agotado prácticamente en anteriores proyectos de construcción de palacios. Con la sucesión de la emperatriz Genmei (661-721), los funcionaros trasladaron la capital de nuevo, siguiendo el ejemplo, como pensaba Genmei, de los reyes chinos de Zhou. En el año 710, Genmei se había mudado a la nueva capital, llamada Heijô-kyô, introduciendo así el periodo Nara. Con la muerte del emperador Shômu en el 756, la política en la corte Nata se erosionó lentamente. Tras el ascenso del emperador Kanmu, el deseo de trasladar una vez más la capital se volvió irresistible. Tras un comienzo en falso en Nagaoka, Kanmu se instaló en Kioto en el 794. Aunque más dispersa que anteriores capitales, la configuración espacial de Kioto reproducía el orden geomántico de la cosmología china. Su gran avenida principal, Suzaku Ôji, corría en dirección norte desde la puerta Rajô hasta los palacios en el extremo norte de la capital. El palacio principal, el Daidairi, contenía los edificios administrativos para los asuntos del ampliado gobierno imperial.

VIDA CORTESANA

Kioto se convirtió en el hogar de una rica cultura cortesana. Florecieron sectas budistas como la Tendai (805), la Shingon (806) y el amidismo. Los cortesanos, perennemente agraviados por la transitoriedad de la vida, escribían poemas sobre la fragilidad de la misma.

Los cortesanos se divertían mientras intercambiaban poemas, escribían cartas, valoraban perfumes, escuchaban música y vestían de acuerdo con las estaciones y sus sensibilidades emocionales cuidadosamente entrenadas. Fujiwara no Michinaga (966-1028), cuya familia ostentó la poderosa posición de consejeros del «regente» *(kanpaku)* en los años culminantes del periodo Heian, personificaba la cultura de la época con su delicado movimiento en los círculos de elite. Ayudaba considerablemente que fuese un maestro en la política matrimonial y hubiese engendrado tres emperatrices. Además, era tío de dos emperadores y abuelo de tres más. Los hombres que maniobraban en la política Heian, como el talentoso Sugawara no Michizane (845-903) se vieron exiliados a destacamentos como el de Dazaifu, capital de las provincias occidentales. En ese tiempo, el emperador irradiaba energía divina, que los cortesanos disfrutaban con avidez. Durante un desfile imperial, Sei Shônagon (966-1017), una penetrante observadora de su época, escribió lo siguiente: «Cuando pasa el emperador en su palanquín, resulta tan impresionante como un dios y olvido que mi trabajo en palacio me atrae de continuo a su presencia». Vivir en la capital de Kioto era como hacerlo entre dioses y resplandecientes príncipes.

La corte Heian estaba increíblemente desligada del resto del país, muchos de cuyos habitantes labraban la tierra. Cuando Sei Shônagon visitó el templo de Hase cerca de Kioto, quedó sobrecogida por una «hueste de gente vulgar», cuyas ropas no estaban a la altura de la ocasión. Una vez, cuando estaba de peregrinaje, una «horda» de plebeyos arruinó también su experiencia. Escribió: «Parecían un montón de polillas mientras se apiñaban con sus horribles vestimentas, dejando apenas una pulgada de espacio entre ellos y yo. Sentí verdaderos deseos de echarlos a un lado». No sólo en el campo, también en los ambientes urbanos de Kioto los pobres caminaban al lado de los cortesanos y a menudo pedían en los templos. En *Kagerô nikki*, la madre de Michitsuna recuerda: «Los pedigüeños en el templo, todos con un cuenco de barro, eran lo más angustioso. Retrocedí involuntariamente al

verme empujada tan cerca de las profanadoras masas». Kioto era una ciudad muy poblada repleta de cortesanos, mendigos, comerciantes de madera y manadas de perros salvajes hambrientos que se alimentaban de los cadáveres que se pudrían a lo largo del río Kamo.

Cortesanas como Sei Shônagon vivían y morían de acuerdo con los ritmos de una cosmología importada de China siglos atrás. Los japoneses medían el tiempo por el zodiaco chino, que trazaba las direcciones fundamentales de la brújula, las horas del día y la noche y reflejaba las «12 ramas» terrenales. Estas 12 ramas daban la hora: la hora del jabalí, por ejemplo, correspondía a algún momento entre las 10 de la mañana y el mediodía. La dirección jabalí-oveja representaba el nordeste. Según la cosmología china, la sustancia del universo, basada como estaba en el equilibrio entre los elementos yin y yang, comprendía madera, fuego, tierra, metal y agua. Surgió una nueva ciencia basada en estos elementos de la materia. Los meses japoneses se relacionaban con ocasiones sociales en vez de con ciclos solares: el quinto mes del calendario lunar, por ejemplo, era «el mes en que germinaba el arroz», y el sexto, el «mes del agua», aludía, por supuesto, a la estación lluviosa del monzón en Japón. Innumerables festivales ordenaban también el tiempo de los cortesanos, que los vivían con mucha anticipación porque normalmente involucraban al emperador.

Otros elementos de la ciencia china impregnaban las vidas personales de la gente. El zodiaco chino indicaba cuáles eran los momentos más propicios para tener un hijo y explicaba cómo el año en que nacía (digamos, el del Dragón) influían en el carácter de la criatura. Al parto seguía un periodo impuro por la sangre y la placenta que implicaba. En *Kagerô nikki*, cuando la madre de Michitsuna da a luz, el padre aclara: «Sé que no querrás verme hasta que el periodo impuro haya pasado». Ciertamente estas nociones de pureza e impureza sintoístas pueden ser rastreadas hasta el «baño de purificación» después de los rituales del duelo Yayoi documentados por la misión china en el capítulo 1. Por regla general, las nodrizas criaban a la mayoría de los niños de la corte Heian. En la sociedad japonesa, cada día más patriarcal, los niños varones se volvieron muy preciados: la incapacidad de una mujer para tener un hijo varón, al menos según los códigos Taihô-Uôrô del siglo XVIII, era motivo de divorcio. Las familias poderosas solían concertar bodas al objeto de construir alianzas.

Como hemos visto, Fujiwara no Michinaga alcanzó la cúspide de la influencia en la corte Heian cultivando el arte de los matrimonios políticos.

Sin embargo, la cosmología china fijaba tanto los ritmos de vida como los de enfermedad y muerte. Con frecuencia los cortesanos Heian interpretaban la enfermedad como una posesión espiritual. La madre de Michitsuna explica: «Durante algún tiempo padecí una tos dolorosa, al parecer algún tipo de posesión contra la cual fueron eficaces los conjuros». Probablemente era un virus, no un fantasma, lo que la poseía. Los cortesanos recurrían a sofisticadas medicinas, desde productos farmacéuticos a la moxibustión (la quema de moxa, o artemisa seca, sobre el paciente). La teoría de las Cinco Fases Evolutivas (o de los cinco movimientos), que tenía su origen en la ciencia china, determinaba el tipo de medicina a emplear por un médico. La medicina podía curar mediante un elemento contrario, por ejemplo el agua, las dolencias asociadas con un órgano interno relacionado con el fuego. De lo que se trataba, fundamentalmente, era de restaurar el equilibrio en el cuerpo. La muerte era considerada por los cortesanos un periodo impuro y se tomaban las medidas pertinentes durante el duelo.

LA ESTÉTICA HEIAN

Pese a la ciencia china, los cortesanos japoneses del periodo Heian observaban el mundo natural que les rodeaba a través de una lente estética minuciosamente apegada a la tierra. Se regodeaban en poemas sobre cantos de insectos, berrea de ciervos y caída de las hojas porque sincronizaban insectos y llamadas de ciervos, al igual que la decadencia otoñal y el rejuvenecimiento primaveral, con sus propias emociones melancólicas y volubles. Descubrieron en la naturaleza un cambio inquietante: se creaban y rompían relaciones del mismo modo que nacían y acababan las vidas. Cuando Murasaki Shikibu escribía: «¿Puedo permanecer indiferente a esas aves en el agua? También yo floto en un triste mundo incierto», vinculaba sus emociones, su perturbadora transitoriedad existencial, con el innegable carácter efímero del mundo cambiante que la rodeaba (figura 3).



Figura 3. Representación de Murasaki Shikibu, era Edo (1600-1868).

Es curioso que el silabario *kana*, un lenguaje escrito basado en ideogramas *kanji* importados de China, surgiera entre finales del siglo IX y el siglo X. La mayoría de los hombres transcribían por completo en escritura china la poesía, prosa y ensayos políticos, mientras que las mujeres, en especial, comenzaron a forjar tradiciones literarias y poéticas más vernaculares redactadas en *kana*. En buena medida, el silabario *kana* se popularizó con los poemas *waka* de 31 sílabas, que se transformaron en el principal medio de diálogo entre ambos sexos en la sociedad Heian. El género *waka* llegó a ser un elemento fundamental en los grandes eventos sociales, que demandaban destreza poética. Durante el periodo Heian se recopiló este tipo de poesía en antologías imperiales, la primera de las cuales fue *Kokinshû* (Colección de poemas japoneses antiguos y modernos, *ca.* 905). Este estilo se hizo popular como recurso para que los relatos autobiográficos, narraciones de viajes y otras formas de escritura se entremezclasen profundamente con poemas *waka* (figura 4).

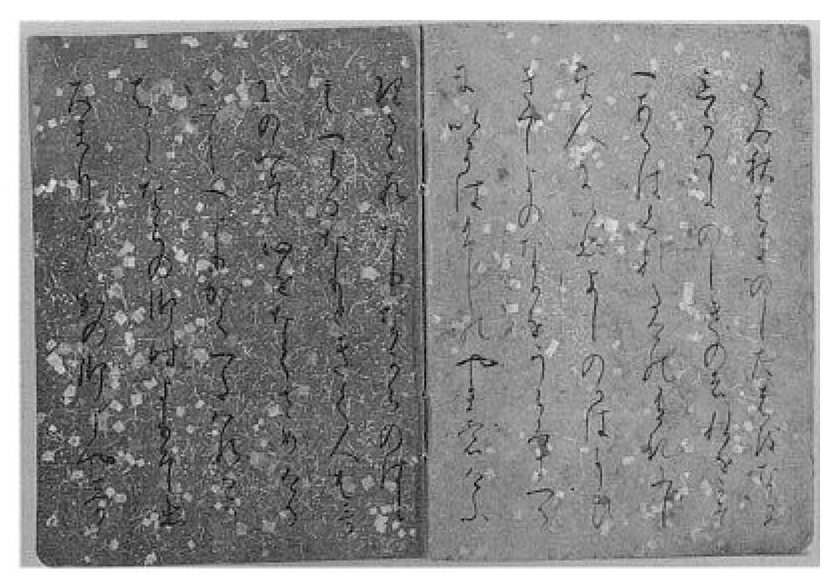


Figura 4. Selección del Wakashû, periodo Heian (794-1185), Tesoro Nacional.

La emergencia del Japón vernacular llevó, además, al ascenso de mujeres poetas y escritoras. Como hemos visto, mujeres como Murasaki Shikibu, Sei Shônagon, la madre de Michitsuna e Izumi Shikibu (n. 976) llegaron a ser estrellas literarias con los siglos. Para la mayoría de los autores masculinos escribir en chino seguía generando prestigio, pero la aparición de la escritura *kana* abrió un nuevo espacio literario para las mujeres que se convirtió en símbolo de la cultura cortesana Heian. Ya fuese obra de hombres o mujeres, los temas dominantes de la poesía Heian eran el amor, la separación, la añoranza y la imaginería natural, con frecuencia cuidadosamente entretejidas para evocar sensibilidades melancólicas. La dotada poeta *waka*, Ono no Komachi (*ca*. 825-900), escribe en *Kokinshû*: «El color de las flores / se desvanece – En vano / envejezco en este mundo / perdida en mis pensamientos / mientras cae la persistente lluvia». Estos poetas evocan imágenes de la naturaleza para transmitir sus sentimientos. Idéntica sensación suscita este fragmento de *Tosa nikki* (Diario de Tosa, *ca*. 935): «Más alto que el rugido de las / olas de blancas crestas / que se alzan en tu camino / resonarán mis lamentos / cuando partas».

La floración de los cerezos era un tema popular entre los poetas del periodo, porque el ciclo vital de las flores encerraba la radiante transitoriedad de la estética Heian. Un poema anónimo del *Kokinshû* dice: «¿No son acaso / como este mundo fugaz? / Flores de cerezo: / apenas

abiertas / ya caen». La corta y hermosa vida de la flor del cerezo está estrechamente relacionada con el mundo pasajero. Un poema del *Ise monogatari* (Cuentos de Ise, *ca.* 947) ilustra el poder de su imagen: «Es porque caen pronto / que las flores de cerezo / son tan admiradas. / ¿Qué permanece / en este breve mundo?». Para Kamutsuke no Mineo las flores del cerezo estaban obligadas a reflejar tristes emociones tras la muerte de un consejero Heian, cuyas cenizas fueron enterradas en el monte Fukakusa: «Si los cerezos / tienen sentimientos, este año / los campos de Fukakusa / deberían cubrirse de flores negras». Dada la pasajera hermosura de la floración y su influjo en la poesía japonesa, no es raro que un piloto kamikaze de veintidós años, antes de su misión suicida en 1945, evocara las flores de cerezo en su *haiku* final: «¡Si pudiéramos caer –tan radiantes y puros– como flores de cerezo en primavera!». A lo largo de los siglos, esta menuda, brillante y efímera flor reaparece en el a menudo melancólico mundo de la estética japonesa.

Además de la floración de los cerezos, también los cantos y sonidos de los animales en cada estación captan la cualidad siempre cambiante de la naturaleza y, en consecuencia, de la vida humana. Por ejemplo, el ruiseñor sigue siendo un popular tema en la poesía *waka* del periodo Heian. Un poema anónimo del *Kokinshu* dice: «Voy a los campos / donde el ruiseñor canta / y veo flores que se desvanecen / arrastradas por el viento». Todo es fugaz en el mundo Heian, una visión influida por el concepto budista de impermanencia y las «cuatro nobles verdades» del sufrimiento. De hecho, otro poema del *Kokinshû* capta con elegancia la impermanencia material de la vida: «Si quisiera arrancar las gotas de rocío / para montarlas en joyas / desaparecerían: / mejor contemplarlas como están, / engarzadas en lazos de trébol». Como ilustra una selección del maestro Ki no Tsurayuki (872-945), las hojas otoñales capturan también el tema de la transformación natural: «Han de caer / sin nadie que las vea: / hojas rojas del otoño / montaña adentro / como brocado desgastado por la noche».

Aunque el resplandeciente mundo de Genji pueda inducirnos a pensar otra cosa, los cortesanos no eran las únicas personas que observaban el entorno natural en busca de significado. Los primeros granjeros también habían reparado en él, aunque lo consideraban a través del prisma del trabajo: ciclos de crecimiento, el rico suelo en sus manos, los canales de riego que cavaban, insectos y plagas, el tiempo al que se enfrentaban y las

cosechas que recogían y trillaban. En el descubrimiento de la naturaleza, la brecha entre los cortesanos Heian y los cercanos granjeros resultaba enorme. En una ocasión, cuando Sei Shônagon y otros cortesanos se aventuraron fuera de Kioto para escribir poesía acerca del cuco, un pasatiempo primaveral que les encantaba, se encontraron a una campesina que cantaba y aventaba arroz con «una máquina de un tipo que nunca había visto». La mujer interactuaba con su entorno como lo hacen los campesinos. Sin embargo, como menciona Sei Shônagon, su canción resultaba tan extraña para los cortesanos que «rompieron a reír» y «olvidamos por completo escribir nuestros poemas *hototogisu*». Es un encuentro revelador: las mujeres Heian aspiraban a celebrar la naturaleza a través de la poesía *waka* y las narraciones de viajes, mientras que las campesinas lo hacían a través de la trilla y el canto. Sin embargo, ninguna comprendía a la otra, lo que hace difícil para el historiador aislar una actitud «japonesa» concreta hacia el mundo natural en ese encuentro.

Una selección de una antología ligeramente posterior evidencia el abismo que separaba las actitudes hacia la naturaleza entre granjeros y cortesanos. Un sacerdote se encuentra con un melancólico muchacho y le pregunta si es el poder simbólico de la caída de las flores de cerezo lo que le apena. El joven responde: «No es eso lo que me entristece». Y continúa: «La razón de que esté triste es que estoy pensando que la cebada de mi padre no acabará de florecer y el grano no cuajará». Las flores de la cebada, o los pequeños receptores de polen que conducen al ovario de la planta, son invisibles a simple vista, pero el muchacho poseía el conocimiento profundo de la naturaleza que sólo se adquiere mediante el trabajo agrícola. No estaba afligido por el valor simbólico de la caída de las flores del cerezo, como lo estaban los poetas *Kokinshû*, sino por el daño que el clima suponía para los cultivos de cebada de su padre.

Durante el pasado milenio, la estética de la naturaleza Heian, en gran medida surgida de la poesía *waka*, ha conformado la percepción popular de la visión en Japón de la naturaleza. En realidad, los japoneses se han interesado por una variedad de potencialidades de la naturaleza, pero la menos cruda, la más alejada del entorno físico, la más estilizada, la más etnocéntrica y menos extendida, la de los cortesanos Heian y su poesía *waka*, resulta ser la que más claramente se asocia con los japoneses de hoy. En fecha tan reciente como 2011, el internacionalmente aclamado escritor

Haruki Murakami (n. 1949) reflexionaba en su discurso de aceptación del Premi Catalunya tras el «triple desastre» del 11 de marzo, sobre la relación entre la impermanencia, la floración del cerezo, las hojas en otoño y la «conciencia étnica» de los japoneses:

> La belleza de los cerezos en flor, de las luciérnagas y de las hojas otoñales desaparece en poco tiempo. [Los japoneses] recorremos muchos kilómetros para poder contemplar el esplendor efímero de estas cosas. Pero no nos limitamos a admirar su belleza, sino que también nos alivia ver [...] cómo se desvanece la luz pálida de las luciérnagas y cómo se apagan los vivos colores de los árboles. De hecho, más bien encontramos la paz cuando la belleza ha superado su punto álgido y comienza a desvanecerse.

Para Murakami, las asociaciones japonesas con una naturaleza que vive y muere están preservadas en los escritos de los poetas Heian, cuyo corpus literario y otras formas artísticas han sido resucitados incontables veces al servicio de la actual sincronicidad de Japón con la naturaleza, incluso después de que el país, sísmicamente vulnerable, haya sufrido el desastre nuclear.

La estética natural Heian no permanece estática en la historia japonesa: no estaba preservada en ámbar, como el ADN de algunos mosquitos. Escritores, intelectuales y políticos continúan invocándola a lo largo de los siglos, resucitándola para llevar a cabo la tarea cultural y política de articular la relación de Japón con el mundo natural que lo rodea.

CONCLUSIÓN

Los periodos Nara y Heian fueron etapas formativas en la historia japonesa. A finales del siglo XII, Japón había conquistado, y controlaba administrativamente aunque de manera sutil, buena parte de las islas del sur. Los emishi, todavía conectados con el nordeste asiático, rendían tributo a la corte de Japón, proceso que poco a poco los integró en los ritmos de la vida japonesa, más propios de Asia Oriental. La corte impuso su lógica *ritsuryô* en todo el reino, atrapando al país en los círculos concéntricos de burocracias territoriales y administrativas. No obstante, la forma superó con mucho la importancia de la función durante el periodo Heian. Los cortesanos se preocupaban más por la poesía *waka* y la elección de vestimenta que por los asuntos de Estado. Las formas estéticas de esta

elegante fase resultaron ser un legado más imperecedero que sus logros administrativos. A finales del siglo XII, la centralización imperial sucumbió ante las fuerzas centrífugas del feudalismo y Japón entró en una era de gobierno local.

La noción de estética Heian de una sincronicidad japonesa con el mundo natural, expresada en versos de poesía *waka*, ganó enorme impulso a la hora de explicar las conexiones japonesas con la tierra y las sensibilidades culturales. Más que cualquier otra cosa, evocaron la sensibilidad Heian en un momento en que el ultranacionalismo aspiraba a articular la «esencia nacional» de Japón en las páginas del *Kokutai no hongi* (Principios de la esencia nacional, 1937). El documento ofrece poemas sobre la floración del cerezo como prueba de la especial relación de Japón con la naturaleza, insistiendo en el «amor por la naturaleza» de los japoneses y en cómo han demostrado su «exquisita armonía con la naturaleza desde tiempos antiguos» a través de la poesía, los usos cotidianos y las ceremonias. De hecho, como dice el *Kokutai no hongi:* «Hay muchos poemas que celebran esa armoniosa mentalidad hacia la naturaleza y el profundo amor por ella es el tema principal de nuestra poesía». En resumen, cuando los nacionalistas japoneses quisieron definir la «esencia nacional» del país, miraron hacia la estética Heian de la naturaleza.

3
Ascenso del gobierno samurái
(1185-1336)

La transición del gobierno cortesano al samurái reconfiguró de manera permanente el paisaje político y cultural de Japón. El concepto del honor samurái dio paso a una sociedad que equilibraba las nociones de competición y colaboración, con resonancias sociológicas que llegan hasta hoy. Los primeros samuráis, como los que lucharon contra la invasión de los mongoles en el siglo XIII, aspiraban al honor y la recompensa a través de actos de heroísmo, mientras que los últimos samuráis, domesticados a lo largo de años de vasallaje, tuvieron que adaptar su búsqueda del honor a necesidades públicas concretas. Al igual que ocurrió durante las invasiones mongolas, el samurái peleaba con valentía para mejorar su reputación personal y eso estableció una cultura de emprendedores. Contrarrestando esta tendencia, el vasallaje animaba a la conformidad organizativa, que derivó hacia la famosa tendencia japonesa al corporativismo. A lo largo de siglos de gobierno, los samuráis equilibraron la búsqueda del honor con las obligaciones colectivas y se convirtieron en figuras heroicas para muchos en todo el mundo.

Los samuráis esperaban documentar sus éxitos en batalla por medio de informes de testigos, del mismo modo que los emprendedores Meiji buscaban éxitos financieros visibles. Se cuenta que el samurái Takezaki Suenaga, antes de sumarse a los «piratas» mongoles, dijo: «El camino del arco y la flecha consiste en hacer aquello que es digno de recompensa». Los samuráis encontraron medios de construir reputaciones individuales dentro de un restrictivo sistema de vasallaje, al igual que los japoneses contemporáneos han hallado modos de expresión creativa individual en la agobiante cultura empresarial de Japón. En algunos aspectos, es uno de los legados más perdurables del gobierno samurái en la sociedad japonesa.

TERRITORIO, MEDIO AMBIENTE Y GUERRA

Resulta útil ver el desarrollo del gobierno de los samuráis en tres etapas. Durante el primer periodo Heian, aproximadamente entre los años 750 y 850, la corte constituía el centro del reino y dominaba la burocracia del Estado *ritsuryô* y sus territorios. En ese tiempo, se desarrolló el ejército, bajo control del emperador, junto a otras instituciones burocráticas imperiales. Desde el 850 a 1050, la familia Fujiwara, y más tarde una sucesión de emperadores retirados, dominaron los asuntos en la capital. Aunque los militares ya no estaban sometidos al reclutamiento forzoso y estaban cada vez más representados por familias samuráis de las provincias, siguieron operando más o menos dentro de la estructura imperial. Sin embargo, a partir de 1050 los samuráis de las provincias ganaron cada vez más poder y finalmente se liberaron del poder administrativo y fiscal de la corte. Pero la corte y sus emperadores nunca desaparecieron por completo y llegaron a desempeñar un papel importante en la legitimación de los gobernantes samuráis al garantizar la autoridad titular. Los samuráis, no obstante, controlarían la mayor parte del territorio y sus ingresos durante el «periodo de homogeneización de territorios dispersos». La transferencia del gobierno a los samuráis se produjo en paralelo a una privatización del control sobre la tierra, los productores y la recaudación de impuestos. La tierra pasó de manos cortesanas a las de templos y santuarios, aristócratas y, por último, señores de la guerra provinciales. En esencia, los terrenos públicos controlados por la corte se transformaron en señoríos feudales. Esto representó un deterioro de las primeras reformas Taika (645), que declararon públicas la mayoría de las tierras mediante el sistema de tenencia de «igual terreno».

Los «Estados», llamados «*shôen*», sirvieron como llaves para la transferencia de las tierras Taika a manos privadas. Durante el siglo VIII, el *shôen* hacía referencia fundamentalmente a los campos sin cultivar y tierras boscosas, cuya explotación por aristócratas o templos budistas autorizó la corte. Dado que, en principio, lo constituían terrenos públicos, la corte reclamó su derecho a controlar el *shôen* y limitar los ingresos que generaban. Sin embargo, en el siglo X, esos terrenos incultos se habían vuelto menos comunes, y aristócratas y templos expandieron su alcance también a las tierras cultivadas. Al hacerlo a través de los cada vez más elaborados *shiki* –documentos que describían los límites y cultivos del *shôen*, al igual que los derechos de la gente implicada en su explotación–,

aristócratas y templos adquirieron inmunidad fiscal y quedaron libres de la supervisión pública de la corte. Con el tiempo, el control de la corte sobre el *shôen* se volvió tan insignificante, quedó tan enmarañado en rebuscados *shiki*, en el fondo tan poco convincentes, que esas tierras en otro tiempo públicas se transformaron en propiedades privadas a todos los efectos. Cuando las maniobras de los aristócratas denegaron el acceso a los granjeros autorizados por la corte a más y más tierras, las arcas del gobierno perdieron valiosos ingresos. En el siglo XII alrededor de la mitad del suelo arable de Japón estaba englobado en dichos *shôen*.

Simultáneamente a esta propiedad de la tierra y las pautas de usufructo se produjeron importantes giros demográficos. Más en concreto, entre los siglos VIII y XII la población de Japón permaneció estable, en torno a 6 millones de almas, como resultado de la baja expectativa de vida y la alta mortalidad infantil, que rondaba el 50 por 100. Los historiadores apuntan que la pequeña expansión de la población experimentada en Japón tuvo lugar en el este de Honshu, hogar de los emergentes clanes samuráis, en contraste con el oeste de Japón, sede de los cortesanos y del clero budista. Dado que durante esos siglos se asiste al nacimiento del gobierno samurái, esas tendencias poblacionales sin duda presagiaban la cambiante dinámica del poder por venir.

El control del *shôen* arrebatado a la corte y los impuestos a la producción de arroz no fueron los únicos medios por los cuales los samuráis generaron ingresos para alimentar su crecimiento político. La minería del hierro llevó a la rebelión de Masakado (939-940) a mediados del siglo X, lo que ilustra la diversificación de la economía provincial. Las aspiraciones de Taira no Masakado (m. 940) representaban una advertencia para el poder japonés, una indicación temprana de que algunos samuráis no estaban satisfechos con su papel de meros hombres fuertes de provincias. En el siglo IX la mayoría de las minas de hierro estaban en el oeste de Japón, pero en el siglo X, gracias a la aparición de nuevas tecnologías que producían hierro a partir de arena con óxido de hierro, surgieron más explotaciones mineras en el este. Por ejemplo, los arqueólogos han descubierto un sofisticado enclave minero cerca de Masakado, con múltiples fundiciones e importantes trazas residuales de hierro. Las nuevas tecnologías permitieron la explotación minera en lugares previamente improductivos y suministraron una base financiera al incansable Masakado.

De hecho, la minería y la cría de caballos fueron tan importantes como el cultivo del arroz para sus capacidades bélicas.

Las epidemias también provocaron inquietud en el campo. Hay una fuerte correlación entre las rebeliones samuráis, que se intensificaron en los siglos X y XI, y el levantamiento social causado por enfermedades infecciosas y hambrunas. En ciertos aspectos, la enfermedad debilitó la autoridad de la corte y pavimentó el camino para el ascenso de los samuráis. La rebelión (1028-1031) de Taira no Tadatsune (975-1031) nos ofrece una muestra. Tadatsune, un avezado evasor de impuestos, «traidor ingobernable» y pendenciero, organizó una rebelión en 1028 en sus bases de Kazusa y Shimôsa. No fue casual que una serie de epidemias y hambrunas se desatara aproximadamente al mismo tiempo que la revuelta de Tadatsune. En los años 993-995, 1020 y 1036 se produjeron virulentos brotes de viruela. El sarampión golpeó Japón en el 998 y nuevamente en 1025. Enfermedades intestinales provocadas por diversos microbios, que pueden vivir en simbiosis con los humanos y también causar enfermedades, causaron importantes bajas en 1016, 1025 y 1027. Otras enfermedades desconocidas surgieron en 1030 y 1044. Junto con las sequías, estas epidemias asestaron un doble golpe en 1030 y 1043-1047.

En el periodo entre 1025 y 1030, durante la violenta rebelión de Tadatsune, resultaron especialmente preocupantes los brotes de sarampión y disentería. El sarampión es una infección respiratoria provocada por el morbillivirus, mientras que la disentería la causan infecciones bacterianas o protozoarias o gusanos parásitos. En 1025, murieron seis magistrados de distrito por enfermedad en el este de Japón y los caminos a Kioto estaban, según algunos relatos, sembrados de enfermos y moribundos. El sarampión atacó en 1026 y las enfermedades intestinales se cobraron su macabra cuota en 1027. En 1030, mientras arreciaba la revuelta de Tadatsune, una enfermedad desconocida afectó a todo Japón. Los efectos combinados de estos micro y macroasesinos, microbios por un lado y samuráis por el otro, fueron desastrosos para la producción agrícola y la confianza en la corte. Existían múltiples motivos para los bruscos cambios en la climatología que generaron las sequías: uno de ellos fue la actividad volcánica en las islas japonesas. Después de la rebelión de Tadatsune, entre 1108 y 1110, hubo varias erupciones en el monte Asama (2.568 m) y el monte Fuji (3.776 m), que lanzaron gran cantidad de cenizas y residuos a la atmósfera. Esto, a su

vez, tuvo como consecuencia años de enfriamiento de la superficie terrestre. El virus de la gripe prospera en climas fríos y húmedos y la actividad volcánica contribuyó a los brotes de esta enfermedad en 1134-1135.

Era poco lo que la corte imperial podía hacer respecto al vulcanismo y las enfermedades infecciosas. Una respuesta fue encargar el *Yamai no sôshi* (Libro de enfermedades y deformidades, periodo Heian Tardío), reunido a partir de un índice de 404 dolencias de la dinastía Tang china (618-907). El texto representa una importante tecnología médica, una especie de antiguo *Manual Merck de diagnóstico y terapia*, y un esfuerzo por comprender y tratar estos males (figura 5). Ofrece una visión del panorama médico y epidemiológico de Japón a finales del periodo Heian. No se sabe cuántas descripciones contenía el original, pero en el siglo XVIII existían ya 17 rollos con problemas que iban de la piorrea (enfermedad de las encías) a circunstancias como el hermafroditismo. Incluye desde precisas descripciones de enfermedades y su sintomatología a elaborados historiales de pacientes. Como una ventana al pasado, el *Yamai no sôshi* ofrece un índice de algunas de las enfermedades que azotaban Japón al inicio de la Edad Media. También arroja alguna luz sobre las vidas sociales de la gente y sus medicamentos. Entre las enfermedades listadas está la halitosis, provocada por la fermentación bacteriana de partículas de comida alojadas en las encías y dientes y que produce un olor desagradable. La inflamación de la campanilla y los enfriamientos, otras dos dolencias listadas, sugieren que un vector de virus como la gripe afligía a los japoneses en esa época. El hermafroditismo es extremadamente raro, pero obviamente existía en el Japón medieval. Algunos de los tratamientos mencionados parecen razonables médicamente, al menos para los estándares medievales, aunque la historia de un hombre de la provincia de Yamato con una dolencia ocular concluye con una visita del curandero a su casa, que ciega dolorosamente al pobre hombre con innecesarias lancetas y agujas de acupuntura.



Figura 5. Representación de un hombre con dolor de encías y pérdida de piezas dentales en el *Yamai no sôshi* (Sobre enfermedades y deformidades, final del periodo Heian).

MANDO IMPERIAL Y MALESTAR EN LAS PROVINCIAS

Las epidemias, los patrones y prácticas de uso de la tierra, los vaivenes demográficos y la rebelión estuvieron acompañados por importantes cambios burocráticos que reconfiguraron el ejército de la corte y, con el tiempo, reforzaron aún más el control samurái en las provincias. Inicialmente, la burocracia imperial incluía el reclutamiento militar al estilo Tang. De hecho, en conjunción con el establecimiento de terrenos públicos, entre los años 672 y 697 el emperador Tenmu y su esposa y sucesora, Jitô, habían dado pasos hacia la creación de un ejército imperial. Tenmu, en particular, demostró interés en un reclutamiento militar porque se correspondía con otros aspectos del sistema burocrático *ritsuryô,* pero también porque había tomado el poder por la fuerza durante la Guerra Civil Jinshin del 672. Aspiraba a garantizar el mando del ejército del país. Como explicaba en el año 684: «En un gobierno lo esencial son los asuntos militares». Privó a los hombres fuertes regionales de cuernos, pífanos, tambores, estandartes y otros aditamentos para guiar a las tropas, pero dejó a Jitô la creación de «registros de población», o censos, con fines de reclutamiento. En el 689, ella ordenó que los soldados de las provincias «fueran divididos en cuatro grupos, uno de los cuales sería designado [de manera rotatoria] para el entrenamiento en las artes militares». En el 702 el

ejército imperial, cimentado en el sistema *ritsuryô* por los códigos Taihô, estaba organizado bajo el mando del Ministerio del Ejército. Los códigos Taihô especificaban, además, que los gobernadores debían establecer pastos para los caballos con fines militares y supervisar la cría. El caballo, un organismo aliado en la conquista del planeta por parte de la humanidad, fue crucial para la emergencia del dominio samurái en Japón, igual que lo sería para Sundiata (*ca.* 1217-1255) y el Imperio malí en África y para Gengis Khan (1162-1227) y los mongoles de Eurasia.

No obstante, en el 792 el ejército imperial se había convertido en una pesada carga para el Tesoro. En respuesta, la corte ordenó que los «regimientos fuesen abolidos en la región de la capital y las provincias de siete circuitos, a fin de eliminar una onerosa carga», lo que suprimió de hecho el reclutamiento forzoso. A cambio, la corte se volvió cada vez más dependiente de la elite militar para la imposición de la ley y otros asuntos militares. Eso creó incentivos para la organización de clanes armados en las provincias; también supuso un aliciente para que los hombres puliesen sus destrezas marciales. Nos cuentan que esos hombres se volvieron «muy diestros en la dirección de las batallas».

La corte imperial supo que se estaban cociendo problemas en el campo cuando Taira no Masakado (m. 940) lanzó una rebelión en el 935. Lo que había comenzado como una riña familiar, pronto se extendió y se transformó en una seria amenaza para la autoridad de la corte. Masakado había expulsado a los gobernadores Heian de varias provincias y, después de que un chamán lo designará como tal, se declaró ostentosamente a sí mismo nuevo emperador *(shinnô)* de la llanura de Kantô (el área que rodea al actual Tokio) en el 939. Esta declaración, y su captura de los cuarteles generales del gobierno en Hitachi y otras siete provincias en rápida sucesión, representaban la amenaza más directa para el poder imperial hasta ese momento. Fujiwara no Hidesato, regente en esa época, pidió al primo y archienemigo de Masakado, Taira no Sadamori, que aplastase la revuelta. Al noroeste, en Shimôsa, Masakado se enfrentó a las tropas de Sadamori respaldadas por el gobierno en una violenta lucha. «Alcanzado por una flecha de los dioses, al final el nuevo emperador murió solo» cuentan las crónicas sobre la muerte de Masakado. Pero la herencia y el poder de familias tan aristocráticas como la de Taira y la Minamoto persistieron y en

los dos siguientes siglos se produjo un ascenso gradual de la importancia de los hombres fuertes de las provincias.

Otro de estos señores fue Fujiwara no Sumitomo (m. 941). Tras haber «escuchado a lo lejos rumores de la traición de Masakado, él y sus despiadadas bandas de bucaneros merodearon por el litoral del mar Interior. Sumitomo había nacido en la poderosa familia Iyo, pero abandonó una carrera en el gobierno para dedicar su vida al bandidaje marítimo. Su base estaba en la isla Hiburi, frente a a costa de la provincia de Iyo, desde donde robaba a las naves comerciales e imperiales sus tesoros. Tras atacar la provincia de Bizen, se enteró de que el gobernador, Fujiwara no Kodaka, había huido con su familia para alertar a la corte. Sumitomo persiguió a Kodaka. Según las fuentes, «Al final, capturaron a Kodaka y le cortaron las orejas y la nariz. Secuestraron a su esposa; los hijos fueron asesinados por los piratas». Sumitomo impuso el terror en el mar Interior hasta su derrota por las fuerzas imperiales en la bahía de Hakata, en la costa occidental de Kyushu. Aunque Sumitomo escapó, las fuerzas imperiales capturaron 800 de sus barcos y mataron a cientos de piratas. Sumitomo fue apresado más tarde en la provincia de Iyo y decapitado. Al suprimir ambas rebeliones, la de Masakado y la de Sumitomo, los jefes samuráis de las provincias, no los generales de las cortes, se convirtieron en los principales agentes para hacer cumplir la ley. Trabajando bajo directivas imperiales, reemplazaron la conscripción militar «pública» del orden Taihô.

No obstante, la situación se enconó en las provincias con el paso del tiempo. En el siglo XI, bajo Minamoto no Yoriyoshi (998-1082), los Minamoto y sus familias aliadas recibieron autorización de la corte para sofocar un levantamiento liderado por Abe no Yoritoki (m. 1057), un señor de la guerra descrito como un «caudillo nativo de los bárbaros del este». Los Abe reclamaban como sus dominios los Seis Distritos de Mutsu y actuaban como magistrados, cobrando tributos a otras tribus emishi pacificadas. En 1051, Yoritoki y los Abe fueron amnistiados por la corte y se rindieron a Yoriyoshi. Pero retomaron la lucha en 1056 y Yoriyoshi decidió aplastarlos de una vez por todas. Generaba una intensa lealtad entre sus tropas durante la batalla. Se cuenta que los soldados le dijeron: «Nuestros cuerpos pagarán nuestras deudas. Nuestras vidas nada valen cuando está en juego el honor». En 1057, pese a la lealtad de su tropas y la muerte de Abe no Yoritoki, Sadatô, el hijo de Yoritoki, derrotó a Yorioshi

en Kinomi. Sin embargo, en 1057, después de reunir más aliados en el nordeste, Yoriyoshi acabó finalmente con la familia Abe. Los soldados de Yoriyoshi mataron a Sadatô y otro de los hijos de Yoritoki, Munetô, pronto se rindió a las tropas de Yoriyoshi respaldadas por el gobierno. Tanto Yoriyoshi como su hijo Yoshiie obtuvieron los más altos rangos en la corte por sus servicios.

Aunque muchos historiadores señalan la Guerra de los Primeros Nueve Años (1051-1063) como ejemplo del ascenso de fuerzas militares privadas en las provincias, Yoriyoshi, el comandante nombrado por la corte, siempre aspiró a la autorización del gobierno para esta campaña. En principio, todavía operaba dentro del sistema burocrático *ritsuryô*.

A pesar de la exitosa campaña de Yoriyoshi, el norte seguía siendo un polvorín. La Guerra de los Últimos Tres Años (1083-1087) comenzó como un enfrentamiento entre dos miembros de la familia Kiyowara de la norteña provincia de Dewa, Sanehira e Iehira. Como los Abe, los miembros del clan Kiyowara serían descendientes de los emishi, pero también hay evidencias que señalan lejanos orígenes aristocráticos. Tras sufrir una escalofriante derrota en el fuerte de Numa durante el invierno de 1086, Minamoto no Yoshiie, el hijo de Yoriyoshi, sitió Kanezawa el año siguiente, donde Iehira y su tío se habían atrincherado. Aunque Yoshiie nunca recibió el beneplácito imperial para la operación –lo solicitó y le fue denegado– persiguió de todos modos a Iehira, para lo que tuvo que sacrificar su riqueza personal y su reputación. Yoshiie puso fin a la campaña destruyendo a la familia Kiyowara y reuniendo 48 de sus cabezas cortadas. Sin embargo, esos trofeos fueron un pobre consuelo. Un año más tarde, en 1088, la corte destituyó a Yoshiie de su puesto como gobernador de Mutsu.

A diferencia de la Guerra de los Primeros Nueve Años, cuando Yoriyoshi recibió autorización de la corte y, posteriormente, refuerzo de tropas y un rango más alto, Yoshiie jamás recibió permiso para el segundo conflicto y al final fue despedido de su cargo oficial. Aunque la corte jugó un papel importante en ambas contiendas, era difícil ignorar los aspectos feudales de estos conflictos en el nordeste. Las fuerzas privadas, o los siervos de los Minamoto, superaban con mucho a las fuerzas de la corte en el campo de batalla. Claramente, Japón estaba inmerso en una importante transición histórica.

LA GUERRA GENPEI (1156-1185)

Esa transición histórica se produjo rápidamente. En el siglo que siguió a la Guerra de los Últimos Tres Años, la corte continuó movilizando al ejército en función de sus necesidades para hacer cumplir la ley, con frecuencia para aplastar sublevaciones religiosas desatadas por nombramientos en los templos, políticas provinciales, cargas impositivas y pleitos entre instituciones religiosas. En 1081, por ejemplo, más de 1.000 monjes de Enryakuji en el monte Hiei, junto con sus aliados militares, llegaron hasta Tokio mientras la corte desplegaba tropas para defender la capital. Se produjeron episodios similares, que implicaron a monjes guerreros, en al menos cinco ocasiones distintas en los siglos XI y XII. La corte recurrió con frecuencia a las familias Taira y Minamoto para proteger Kioto. En 1113, los templos Kôfukuji (Nara) y Enryakuji se vieron envueltos en una disputa por un nombramiento en el templo Kiyomizu de la capital. La corte cedió a las demandas de Kôfukuji en este asunto, lo que desató la ira de los monjes guerreros de Enryakuji, que saquearon las edificaciones de Kiyomizu-dera (un templo dependiente de Kôfukuji). En esta ocasión, la corte apeló a las familias Taira y Minamoto para defender la capital. «Los guerreros formaron en línea y permanecieron en guardia toda la noche», relata una crónica, pese al hecho de que «los gritos de los monjes hacían temblar el cielo».

Invitar guerreros a Kioto era una empresa arriesgada, como demostró la Rebelión Heiji (1156-1160). En 1155, a la muerte del emperador Konoye, estallaron en la corte Heian sucesivas disputas. El reformista Fujiwara no Yorinaga (1120-1156) apoyaba al emperador retirado Sutoku (1119-1164), mientras que Fujiwara no Tadamichi (1097-1164) respaldaba al hijo favorito del emperador enclaustrado Toba, Go-Shirakawa (1127-1192). Cuando este último se convirtió en emperador, Yorinaga se alió con la familia Minamoto y marchó sobre Kioto, imponiendo por la fuerza a Sutoku como emperador. Tadamichi respondió aliándose con la familia Taira, que ardía en deseos de enfrentarse a los Minamoto. Cuando los Taira derrotaron a las fuerzas de Sutoku, comenzó la carnicería de la familia Minamoto. Durante días, la sangre de los antes orgullosos Minamoto fluyó por las calles de Kioto. No obstante, lo que constituye uno de los grandes misterios históricos, los Taira dejaron a un puñado de miembros de la

familia Minamoto vivos, incluido Minamoto no Yoritomo (1147-1199) y Minamoto no Yoshitsune (1159-1189). La trágica historia de estos dos hermanos y su posterior ascenso al poder es seguramente una de las más apasionantes de la historia japonesa.

Una vez que los Minamoto quedaron fuera de escena, Taira no Kiyomori (1118-1181) inició la lenta introducción de la familia Taira en la vida de la corte. Es justo decir que adoraba Kioto. La familia Taira –en alguna medida como la familia Fujiwara– se convirtió en una experta en la concertación de matrimonios políticos: su hija se casó con un miembro de la familia imperial y dio a luz a un futuro emperador en potencia llamado Antoku (1178-1185). Sin embargo, Yoritomo ganaba fuerza y aliados en el campo. En 1180 se sintió lo bastante confiado como para desafiar al clan Taira de Kioto. Todo empezó cuando fue descubierta la conjura de Minamoto no Yorimasa (1106-1180) para echar a los Taira. Tuvo que huir al monasterio Onjoji, junto al lago Biwa (cerca de Kioto). Cuando se dio cuenta de que las fuerzas del monasterio no podían protegerle de los guerreros Taira, huyó de nuevo, esta vez hacia Nara, la antigua capital, donde se encontró con el príncipe Mochihito (m. 1180). De camino a los templos Tôdaiji y Kôfukuji, los guerreros de la familia Taira forzaron un combate en el río Tatsuta. Ambos salieron victoriosos, al menos provisionalmente. En esta tesitura, Yoritomo y sus aliados se sumaron al conflicto. Con su hermano Yoshitsune al mando, las endurecidas fuerzas de Minamoto aventajaban a los reblandecidos samuráis Taira, que estaban cada día más cómodos en la corte, como se explica en el *Heike monogatari* (Cantar de Heike). Esta crónica cuenta lo siguiente de las fuerzas de los Taira, o guerreros de las provincias occidentales:

> Si sus padres son asesinados, abandonan la batalla y llevan a cabo ritos budistas para consolar a las almas de los muertos. Sólo combatirán de nuevo una vez concluido el duelo. Si sus hijos son asesinados, su pesar es tan profundo que cesan de combatir por completo [...] No les gusta el calor del verano. Protestan por el intenso frío del invierno.

De modo ominoso, como si describiese una oscura nube en el horizonte, el *Heike monogatari* aclara: «No son esos los usos de los soldados de las provincias orientales». De hecho, no lo eran.

En la revancha entre las familias Taira y Minamoto, denominada la Guerra Genpei (1180-1185), se alzaron con el triunfo los Minamoto del

este. El escenario final de la guerra, la batalla de Dannoura (1185), nos presenta a lo que quedaba de la familia Taira huyendo al mar Interior en barco. A bordo iba la dama Nii, hija de Taira no Kiyomori, junto a Antoku, el hijo del emperador. Cuando fueron conscientes de que la guerra estaba perdida, Nii estrechó a Antoku en sus brazos y se dispuso a morir arrojándose al mar. «¿Dónde me llevas?», preguntó el niño de siete años. Con lágrimas rodando por sus mejillas, ella contestó: «Japón es pequeño como un grano de mijo, pero ahora es un velo de tristeza. Hay una tierra de pura felicidad bajo las olas, otra capital donde no existe el pesar. Allí es donde llevo a mi soberano». Se lanzó a las aguas y con ella murió el futuro de la familia Taira.

Inmediatamente después de la Guerra Genpei, Yoritomo puso a su hermano Yoshitsune al frente de la capital. Mientras permaneció en Kioto, Yoshitsune recibió el título de *jitô* (mayordomo) del emperador Go-Shirakawa, que había accedido al poder durante la desastrosa Rebelión Hôgen-Heiji, que, como hemos visto, provocó el ascenso de los Taira. Al aceptar ese título, parecía que Yoshitsune reconocía una autoridad distinta de la de su hermano en Kamakura, el nuevo baluarte de los Minamoto. Yoritomo mandó perseguir a su hermano y a su compañero Saitô Musashibô Benkei (1155-1189). Cuando Yoshitsune y Benkei no pudieron correr más, el más joven de los hermanos se suicidó de un modo épico. «Agarrando la espada, Yoshitsune la hundió en su cuerpo a la izquierda del pecho. La clavó tan profundamente que la hoja casi asomaba por su espalda. Luego cortó hacia su estómago y, abriendo en tres direcciones la herida, se sacó los intestinos», cuenta una crónica. Su mujer y su hijo murieron también junto a él. Lo interesante es que aunque su hermano mayor, Yoritomo, vivió para someter el reino y estableció el *bakufu* de Kamakura, es a Yoshitsune a quien conmemora la tradición popular japonesa. Como un académico lo definió acertadamente, es la «nobleza del fracaso» de la cultura japonesa, ya que morir por una causa sugiere sinceridad, lo que es reverenciado en las culturas confucianas.

EL *BAKUFU* DE KAMAKURA

Tras la violenta muerte de Yoshitsune, su hermano Yoritomo emprendió el proceso de consolidación de un sistema de gobierno en Kamakura. Aunque los samuráis actuaban de forma diferente a los aristócratas de Kioto, el *bakufu* Kamakura guarda una sorprendente similitud con la primera burocracia imperial en Kioto. En 1192, el emperador Go-Toba (1180-1239) concedió a Yoritomo el título imperial de *seii taishôgun*, o «general apaciguador de los bárbaros». Como era típico en el gobierno del pasado, el emperador reinaba pero no mandaba. Servía como figura legitimizadora que, en su «jaula de oro», trascendía los mezquinos asuntos cotidianos de la administración. Al igual que los regentes Fujiwara, Go-Toba conservó la prerrogativa imperial de otorgador de títulos. Por su parte, Yoritomo al aceptar el título pudo ostentar el manto no sólo de la supremacía militar sino también de la autoridad imperial, y por consiguiente divina. Este sistema rigió los entresijos de la política japonesa durante siglos.

Cuando murió Yoritomo en 1199 sin heredero, su esposa, la inteligente Hôjô Masako (1156-1225), orquestó magistralmente la toma de poder por parte de los Hôjô al colocar a su padre como jefe de la burocracia Kamakura. En la Guerra Jôkyû (1221), la familia Hôjô arrebató finalmente el control del reino a los descendientes de los Minamoto. En 1232, los Hôjô redactaron los códigos Jôei, que aclaraban las tareas de los gobernadores provinciales y mayordomos y protegían los intereses de la corte. El documento en sí fija las bases de la legislación medieval.

Bajo el gobierno samurái, Japón se internó lentamente en su época medieval y experimentó una reestructuración de la sociedad a todos los niveles. El modelo de las uniones matrimoniales pasó de las costumbres matrilocales de la corte Heian a las corresidenciales del patriarcado samurái. Este giro consolidó el sistema patrilocal y patrilineal de la familia como unidad social básica. El binomio marido-esposa constituía el centro de la unión patriarcal. El marido era el cabeza de familia, mientras la principal obligación de la mujer era dar a luz a un heredero varón. Generalizando, lo importante de este cambio es que transformó a las mujeres de personas que podían tener propiedades (las mujeres más destacadas del periodo Heian, como la dama Murasaki, tenían posesiones y acceso hereditario a ellas) en personas que eran propietarias y podían ser propiedad. Por ejemplo, en la resolución de casos de violación, el *bakufu*

Kamakura y más tarde el Ashikaga (1336-1573) demostraron más interés en mediar en la transmisión de propiedades y el mantenimiento del orden social que en impartir justicia para las mujeres. En un interesante caso de 1479, un samurái de la familia Akamatsu mantuvo sexo ilícito con la esposa de un prominente comerciante de sake de Kioto. El comerciante se vengó y mató al samurái Akamatsu en las calles de la ciudad. Resulta que el hijo del comerciante de Kioto trabajaba para la familia Itakura, rival de los Akamatsu, lo que hizo surgir el espectro del conflicto, que se extendió en una guerra entre clanes. El *bakufu* Ashikaga dictaminó que si el marido agraviado se vengaba del violador dentro de su casa, la mujer podía ser perdonada. Si el marido mataba al violador fuera de su hogar, la mujer debía ser asesinada para demostrar que se trataba de un verdadero acto de venganza. Este precedente legal –que «tanto el hombre como la mujer debían morir a manos del marido»– fue esgrimido hasta el siglo XVI. Demuestra que las mujeres se habían convertido en propiedades, o algo que podía ser vandalizado, en el orden samurái.

A medida que la sociedad japonesa se transformaba bajo el gobierno samurái, la agricultura floreció y la población creció. Se estima que en 1200 (inmediatamente después de la Guerra Genpei), la población de Japón ascendía a unos 7 millones de almas. En 1600, en vísperas de la transición premoderna, la población era de 12 millones. Las aldeas rurales resultaron ser ferozmente independientes, con jefes locales que supervisaban las conexiones entre miembros de las mismas. Las teologías budistas no dejaron de impregnar la vida espiritual japonesa. De acuerdo con ciertos calendarios budistas, muchos pensaban que el mundo había comenzado una especie de «última era» y que la salvación exigía nuevos caminos. Persistían antiguas sectas como el amidismo, pero también alcanzaron su apogeo otras nuevas como Tierra Pura (*Jôdo,* fundada por el monje Hônen en Japón), Verdadera Escuela de la Tierra Pura (*Jôdon shin,* fundada por el monje Shinran en Japón), el monje Ippen y su escuela de «La última hora» y otras escuelas de budismo zen como Rinzai Zen y Sôtô Zen. Con la excepción del budismo zen, que es una corriente que basa la salvación en el individuo, la mayoría de las sectas se apoyaban en el poder de un buda benevolente. En las escuelas de la Tierra Pura, la salvación se lograba repitiendo constantemente el *nenbutsu,* «Me refugio en el Buda Amida», o entonándolo una vez con sinceridad. Para un mundo medieval al borde de

un abismo histórico, alcanzar la salvación mediante el poder sobrenatural de otro poseía una atracción irresistible.

La obra *Hôjôki* (Notas desde mi cabaña de monje, 1212) de Kamo no Chôme (1155-1216) capta la *Gestalt* de la transición medieval, con sus meditaciones sobre la impermanencia budista, la conmoción del entorno y la transformación política. Al cumplir los cincuenta, Kamo no Chôme rechazó el ajetreo de la vida materialista en Kioto y, después de un breve viaje a Kamakura, se instaló en una pequeña cabaña rústica cerca del monte Hino, en la región de Kinai. «Muere en la mañana y en la noche nace de nuevo. Así es siempre el hombre, como la espuma que aparece y desaparece en el agua», reflexionaba. En *Hôjôki* abundan las consideraciones budistas acerca de la transitoriedad de la vida, pero sus pensamientos sobre la correlación entre la agitación del entorno y la transformación política resultan instructivos. En 1181, mientras arreciaba la Guerra Genpei y los guerreros estaban a punto de tomar el control del reino, una hambruna causada por una climatología adversa arrasó el país y a sus habitantes ya mal alimentados. «La primavera y el verano fueron abrasadores, y el otoño y el invierno trajeron tifones e inundaciones. Y mientras se sucedían las malas estaciones, la cosecha de los Cinco Cereales se malogró.» Las plegarias no consiguieron fertilizar esos cereales, así que los campesinos abandonaron sus tierras. Ciudadanos respetables se convirtieron en mendigos descalzos. Tardaban en recoger los cadáveres y un «terrible hedor llenaba las calles». En una morbosa escena, algunas criaturas «continuaban alimentándose del pecho de su madre, porque no sabían que estaba ya muerta». La transición medieval se transformó en un tiempo de muerte generalizada.

En el pensamiento medieval, los cauces de los ríos y las aguas que discurrían por ellos separaban su mundo del siguiente. El agua purificaba porque las mareas ascendían y barrían los cadáveres que allí se acumulaban. Los japoneses medievales usaban las riberas como cementerios y evitaban a los parias de Kioto, que vivían allí, porque estaban contaminados permanentemente por los cuerpos putrefactos. No enterraban ni incineraban los cadáveres en descomposición, sino que dejaban que las aguas del río Kamo arrastrasen las impurezas. Por esa razón, también se ejecutaba a los condenados junto a los cauces. Los leprosos y otros enfermos, los monjes recluidos y marginados diversos buscaban refugio a lo largo de las

cambiantes orillas del Kamo. Los parias despedazaban animales y curtían sus pieles en ese espacio impuro y fluctuante, donde el agua subía y bajaba. Con el tiempo, esos marginados encontraron trabajo como jardineros y encargados de mantenimiento y llegaron a ser parte omnipresente del vibrante escenario social de Kioto. Así pues, no es sorprendente que en 1181 la hambruna se hiciese particularmente visible en las riberas del Kamo.

Tres años después, en 1184, Kamo no Chôme registró un gran terremoto, que exacerbó todavía más la agitación política y social. En escenas que recuerdan a las del 11 de marzo de 2011, las colinas cayeron y «el mar ascendió e inundó la tierra». Los deslizamientos de tierra se desplomaron sobre los valles, mientras «en el mar los barcos se tambaleaban en medio del oleaje y los caballos no podían mantenerse en el suelo». Con ocasión de tales desastres naturales, observa Kamo no Chôme, la gente «convencida de lo efímero de todas las cosas terrenales [...] habla de lo malo de aferrarse a ellas y de la impureza de sus corazones», pero esos sentimientos rara vez duraban mucho tiempo. Señalando la conexión entre conmoción en el mundo natural y la miseria social, afirma: «Me parece que todas las dificultades de la vida surgen de esa fugaz naturaleza evanescente del hombre y su morada».

La actividad sísmica en la corteza terrestre estuvo acompañada de bruscos cambios en el panorama político de Japón. La tradición japonesa cuenta que el archipiélago se mantenía en equilibrio sobre la espalda de un gigantesco pez gato y que cada vez que este se desplazaba, Japón se estremecía. El pez, ni maligno ni benigno, se convirtió en motivo de grabados en madera y de historias de devastación y buena suerte. Por más que el pez gigante se moviese, los terremotos en Japón eran también el resultado de su posición en «el anillo de fuego» del cinturón sísmico que circunda el Pacífico. Como comentaremos en el capítulo 15, la actividad volcánica y sísmica en Japón está relacionada directamente con la subducción de la placa del Pacífico en el proceso más amplio de la tectónica de placas. La subducción es el proceso por el que una placa tectónica se hunde bajo otra, oceánica o continental, en el manto de la Tierra, formando una «zona de subducción». Por esta razón, Japón experimenta en torno a 1.500 terremotos al año, muchos de ellos de importancia. Dada su frecuencia y magnitud, su papel en la historia de Japón es irrefutable.

AMENAZAS DE INVASIÓN

El *bakufu* Kamakura tuvo que hacer frente a mucho más que una «última hora» budista. Durante los siglos XII y XIII, Japón mantuvo lazos con la dinastía Song del Sur (1127-1279) de China y la dinastía Goryeo (918-1392) de Corea. Los comerciantes chinos fueron decisivos para el fortalecimiento de varios santuarios y templos en el oeste de Kyushu. Puertos como Dazaifu y Hakata se convirtieron en centros para los mercaderes chinos, que construyeron templos como el de Jôtenji en Hakata y el de Sôfukuji en Daizaifu, afianzando el budismo Tendai en el sudoeste de Japón. No obstante, el intercambio funcionó en ambas direcciones. El monje En'in, que fundó el templo de Jôtenji, viajó a China en 1235 y a su vuelta estableció el de Tôfukuji en Kioto, que propició el ascenso del budismo zen en Japón.

Las relaciones con el continente no siempre fueron tan nobles y favorables. Los piratas, que saqueaban la costa sur de Corea, constituyeron un problema endémico en tiempos medievales. En 1223, cayeron sobre la costa cerca de Kumajo. Cuatro años después, funcionarios de Corea se quejaban de los ataques de piratas procedentes de Tsushima. En el siglo XIII esos funcionarios se quejaban amargamente por los piratas japoneses y como respuesta prendieron fuego a varias naves. La preocupación ante la posibilidad de que los piratas perjudicasen el animado comercio con el continente, los japoneses decapitaron a 90 piratas en 1227 ante los delegados coreanos. La naturaleza del comercio coreano era la razón de la inquietud de los funcionarios de Dazaifu. Japón importaba principalmente materias primas de Corea; la dinastía Goryeo importaba productos manufacturados con un valor añadido de Japón. El comercio en el siglo XIII incluyó la importación de monedas de cobre, fundamentales para la reforma monetaria bajo el *bakufu* Kamakura. En 1242, por ejemplo, un barco japonés perteneciente a Saionji Kintsune volvió de la China Song con las bodegas repletas de monedas de cobre, además de bueyes y exóticos loros. Más tarde se determinó que la cantidad de monedas en las bodegas de Saionji equivalía más o menos a todas las acuñadas por la dinastía Song (960-1279) ese año.

Las invasiones mongolas resultaron ser la amenaza más seria para el comercio y la interacción cultural de Japón con el continente. En 1206,

Genghis Khan (1162-1227) puso en marcha su maquinaria de guerra a caballo. Dominó partes de Europa, el mundo islámico, el norte de Asia y buena parte del este de Asia. Tras la muerte de Genghis Khan, Kublai Khan (1215-1294) venció en la batalla a su hermano Ariq Böke (1219-1266). Kublai Khan sucedió a su abuelo y estableció la dinastía Yuan (1271-1368) en China, que pasó a ser su base de operaciones. Una vez en China, los mongoles intentaron invadir Japón en dos ocasiones, en 1274 y 1281. Aunque los japoneses, con ayuda de oportunos tifones, consiguieron resistir las invasiones, esos episodios tuvieron a largo plazo el efecto de transformar las relaciones con el continente, precipitando el colapso del *bakufu* Kamakura y provocando una creciente sensación de conciencia nacional en todo Japón.

Kublai Khan inició conversaciones diplomáticas con el *bakufu* Kamakura en 1265. Su intención era interrumpir el comercio con la dinastía Song del Sur (1127-1279), que todavía estaba pendiente de ser totalmente sojuzgada por los mongoles. Bajo el regente Hôjô Tokimune (1251-1284), el *bakufu* decidió ignorar las primeras aproximaciones de los mongoles. Tokimune estaba muy influido por los monjes chinos Song que, no sin motivo, veían a los mongoles como invasores y gobernantes ilegítimos de China. Siguiendo el precedente japonés, Tokimune se negó a reconocer la centralidad diplomática de China en Asia Oriental, ya fuese bajo control mongol o no. Pese a que nunca se llegó a ejecutar, Tokimune planeó un ataque preventivo contra las fortificaciones de los mongoles en la península Coreana. Además, empezó la construcción de una muralla defensiva a lo largo de la costa de Hakata. Es una convención que el mal tiempo derrotó a los «piratas» mongoles invasores, no los aguerridos samuráis, pero también se produjeron encarnizados combates (figura 6). Los samuráis aspiraban a demostrar en la batalla su éxito individual gracias a los testimonios y las recompensas a su valor. Antes de comenzar la pelea con las fuerzas mongolas, Takezaki Suenaga proclamó: «No tengo otro propósito en mi vida sino progresar y ser conocido [falta texto]. Deseo que [mis hazañas] sean conocidas por su señoría». Los servicios prestados llegaban a oídos del señor a través de «informes de desempeño en la batalla», «informes de testigos» e «informes de verificación». Como reconocimiento por sus servicios, los señores otorgaban a los samuráis medievales recompensas basadas en su conducta.

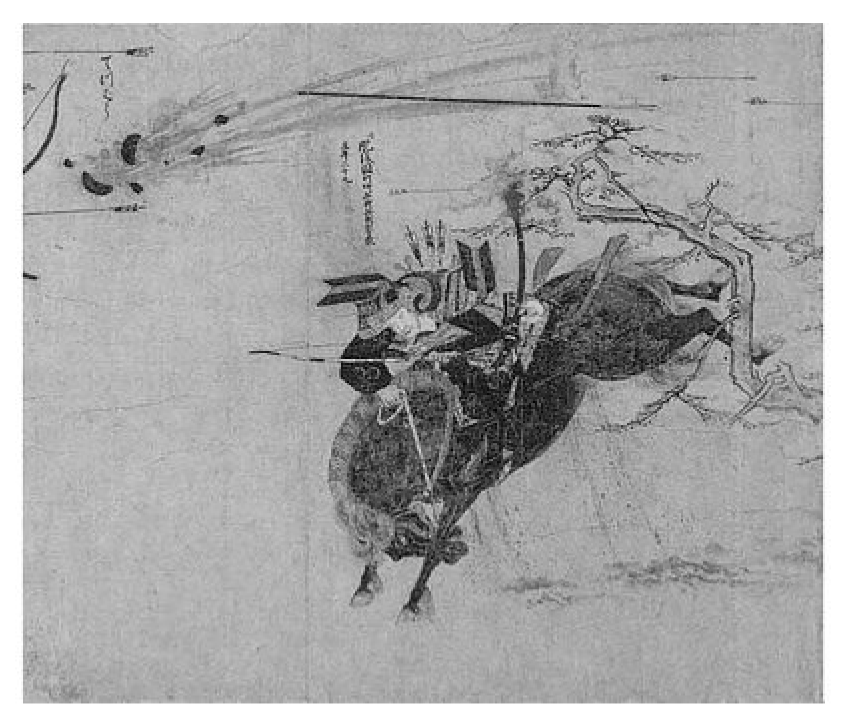


Figura 6. Representación de un samurái a caballo luchando contra los mongoles en Takizaki Suenaga, *Môkoshurai ekotoba* (Sobre la invasión mongol, 1293).

Una razón de que se afirme que las invasiones mongolas aceleraron la caída del *bakufu* Kamakura es que muchos samuráis opinaron que no estaban siendo adecuadamente recompensados por su lucha. Pero la invasión mongol entrañaba también nuevos desafíos para el gobierno samurái. A diferencia de las luchas intestinas entre grupos de Japón como las familias Taira y Minamoto, los mongoles representaban una amenaza extranjera. Por eso los japoneses combatieron de modo más colectivo por su país. Como no se tomó ningún territorio, ni en casa ni fuera de ella, los botines y los premios a los samuráis fueron modestos. Quedó pendiente de resolver el asunto de cómo premiar a los samuráis por el servicio a su nación, en oposición a su servicio al clan, y el *bakufu* Kamakura sufrió las consecuencias.

RESTAURACIÓN KENMU

No obstante, fue la política imperial la que desencadenó la desaparición del *bakufu* Kamakura. En 1259, el *bakufu* intervino en una

disputa sucesoria entre ramas de la familia real. Se concibió un precario acuerdo que alternaba la sucesión entre ambas ramas. Funcionó razonablemente bien hasta el Compromiso Bunpô (1317), cuando se decidió que el sucesor al imperio sería Go-Daigo (1288-1339), de la línea más joven, dado el estado físico del linaje más antiguo. Como no era heredero directo ni formaba parte del círculo interno imperial, los funcionarios decidieron que Go-Daigo sólo reinaría diez años. Sin embargo, Go-Daigo tenía otros planes: su educación en los clásicos confucianos y la historia china había modelado su pensamiento acerca del gobierno imperial. A diferencia de Japón, donde los emperadores gobernaban junto a los *shogun* Kamakura, el ciclo dinástico que regía la sucesión imperial en China atrajo su atención. Le convencía la idea del ciclo dinástico y el gobierno directo de los emperadores. La idea de un nuevo régimen en Japón por «mandato celestial» seducía enormemente a Go-Daigo.

Su orientación hacia el paradigma histórico chino no era el único ingrediente a su favor. Al subir al trono, se rodeó de inmediato de ministros leales que limitaron las bases de poder independientes, como Kitabatake Chikafusa (1293-1354). Esos hombres se ajustaban al ideal chino, como ministros por mérito y no por poder hereditario. Go-Daigo escribió más adelante sobre este asunto: «Me han enseñado que los *Huainan [zi]* establecen que "tener poco que ver con la virtud y confiar mucho en el afecto es el primer riesgo de gobernar"». Los documentos cuentan que los ministros de Go-Daigo «mantenían lealtad de por vida a su soberano» y «daban sólidos consejos», más que velar por los intereses de su propia familia en la capital. Go-Daigo también se mezcló en los asuntos comerciales de Kioto e impuso nuevas tasas donde no se recaudaban tradicionalmente, como entre los fabricantes de sake y los residentes en el área del templo Tôji. Buscaba explotar el potencial comercial de Kioto para fortalecer su posición en el trono.

La «política dual», o la situación en la que los emperadores reinaban y los *shogun* gobernaban, siguió siendo una espina en el costado de Go-Daigo. Las cosas llegaron a un punto crítico con el Incidente Shôchû (1324). Los hombres de Go-Daigo, con ayuda de un plan medio orquestado para derrocar el gobierno samurái, perpetraron un alboroto durante un festival en el santuario de Kitano al objeto de distraer al *bakufu* y cargar contra Rokuhara (avanzadilla del *bakufu* Kamakura en Kioto). Sin embargo,

el plan fracasó y los hombres de Go-Daigo fueron capturados. Go-Daigo redactó de inmediato una carta que resumía, en términos nada indecisos, sus puntos de vista sobre la autoridad imperial. «La cólera imperial es extrema», escribió. El *shogun* Kamakura «no es el señor del reino aunque haya conseguido competencias de gobierno [...] Lo adecuado para los bárbaros del este es que, [al igual] que la gente del reino, busquen el justo gobierno [del emperador] y agachen respetuosamente sus cabezas». Go-Daigo poseía también un agudo sentido de la imaginería natural menciana. En un fragmento particularmente mordaz, que demuestra la profunda comprensión de Go-Daigo de la relación histórica entre los *shogun* y el emperador, escribió: «Soy el señor de este país. Todos lo que están por debajo reciben los favores de la corte. Confinarme equivale, sin duda, a morar en las sombras y culpar al follaje, o a extraer agua de un arroyo y olvidarse de la fuente». El uso de esta imaginería por parte de Go-Daigo –«extraer agua de un arroyo y olvidarse de la fuente»– sirve para naturalizar el poder imperial y describir al gobierno *shogun* como producto del artificio humano. Go-Daigo subió la apuesta y apeló a la magia budista para maldecir al *bakufu* Kamakura, participando, por ejemplo, en esótericos rituales Tachikawa.

En 1331, movilizó a los samuráis descontentos de las regiones de Kantô y Kinai, muchos aún irritados a causa de las magras recompensas tras las invasiones de los mongoles, y se lanzó contra el *bakufu* Kamakura. Pero las fuerzas leales a la familia Hôjô estaban bien preparadas y Go-Daigo huyó al templo de Kasagi, con su gran efigie de Maitreya (Futuro) Buda tallada en la roca. Go-Daigo se veía a sí mismo como un «futuro» rey, por así decir, por lo que el lugar fue cuidadosamente elegido, aunque resultó ser un escondite mediocre. Los samuráis Kamakura pronto detuvieron a Go-Daigo. Fue exiliado a la isla de Oki, de donde escapó en 1332, oculto bajo un montón de pescado seco. Las familias samuráis que se sentían menospreciadas por los Hôjô se mostraron ansiosas de ayudar a Go-Daigo en sus planes para recuperar el poder. Con la colaboración de Ashikaga Takauji (1305-1358) y los monjes guerreros del monte Hiei (templo de Enryakuji) la familia de Go-Daigo desplazó finalmente al *bakufu* Kamakura y declaró la «Restauración Kenmu». El régimen Kenmu, efectista y de corta vida, estableció nuevas disposiciones judiciales, reconstruyó el palacio,

recuperó los rituales imperiales y financió poderosos templos budistas como los de Daitokuji y Nanzenji.

El poder de Go-Daigo dependía en gran medida de las continuas bendiciones de Ashikaga Takauji, que no recibía. En 1336, Takauji se rebeló contra Go-Daigo. En la posterior pelea por el reino, las fuerzas de Takauji se enfrentaron a los lealistas de Go-Daigo en la famosa batalla del río Minato. Los fieros lealistas Kusunoki Masashige (1294-1336) y su hermano, Masasue, que lideraban a los hombres de Go-Daigo en la batalla, se suicidaron juntos en una humilde granja el día de la derrota. La conversación final entre los dos hermanos, antes de rajarse el estómago y yacer con «sus cabezas juntas en la misma almohada», es famosa en los anales de la devoción imperial. Masashige preguntó a su hermano cuál era su último deseo. Masasue contestó: «Me gustaría volver a nacer siete veces en el mundo de los hombres [...] para poder destruir a los enemigos de la corte». Cincuenta de sus seguidores más próximos se suicidaron de la misma manera y «todos desgarraron sus estómagos al mismo tiempo». Go-Daigo escapó hacia el sur, hasta Yoshino, e instauró la corte del Sur, mientras Ashikaga Tajauki colocaba a Kômyô, de la línea antigua, en el poder estableciendo la corte del Norte. La división entre ambas cortes no se resolvería hasta 1392.

CONCLUSIÓN

El sistema feudal erigido por los samuráis contenía las semillas de la desintegración política. Según Japón avanzaba lentamente hacia el siglo XV, fuerzas centrífugas empezaron a hacer pedazos sus reinos, diluyéndose en una tumultuosa etapa conocida como «Periodo de los Estados en guerra» (1467-1582), que toma su nombre de una fase similarmente caótica en la antigua China. «Japón» se desintegró como una entidad política unificada y surgió en el país un batiburrillo de dominios que se consideraban «Estados independientes». En otras palabras, el Estado que emergió en el siglo XV apenas se parecía a una nación, sino a feudos locales bajo control de clanes samuráis. Esto no resta importancia a la transición medieval. Los samuráis tejieron un nuevo tapiz social en Japón que ponía el énfasis en las familias patrilocales y patrilineales y constituyó el núcleo de la sociedad japonesa

durante siglos. Los samuráis también trazaron una fina línea entre el honor personal y las obligaciones del vasallaje, estableciendo el tono para la vida individual y la participación cívica hasta hoy. Los samuráis gobernaron Japón hasta la Restauración Meiji de 1868, lo que sitúa su contribución a la historia japonesa en el centro de los próximos capítulos.

4
El Japón medieval y el periodo de los Estados en guerra
(1336-1573)

En los siglos XIV y XV, la autoridad política se desplazó a las provincias y se alejó del centro. Si antes del siglo XII la corte de Kioto logró consolidar la autoridad en la burocracia *ritsuryô*, con la llegada del gobierno samurái la influencia se hizo más descentralizada y de naturaleza más feudal. Al menguar la autoridad política y la fuerza militar del *bakufu* Ashikaga (116-1587) comenzaron a tomar forma alianzas ajenas al Estado entre poderosas familias de samuráis, monasterios budistas armados y asociaciones de vecinos de Kioto. Bajo la presión de esos grupos, el *bakufu* Ashinaga acabó por debilitarse hasta el punto de ser ineficaz. Japón se sumió en una situación sociopolítica bien plasmada en el término *gekokujô*, o «lo más bajo se alza contra lo más alto». En el vacío político dejado por el debilitado *bakufu*, se formaron nuevas alianzas a medida que los señores de reinos, conocidos como *daimyô*, consolidaban su poder a nivel local. La herencia de los reinos y sus *daymiô* es sólida y duradera. Cuando el país fue finalmente reunificado a finales del siglo XVI, muchos dominios conservaron en gran medida su autonomía, incluso mientras el *bakufu* Edo (1603-1868) reafirmaba su poder en la nueva capital. De hecho, el legado de regionalismo sobrevive hasta hoy: pese a que Japón es un país pequeño, conserva un fuerte sentido de identidad local, expresada ahora en la comida, la tradición literaria y los obsequios. En el periodo medieval el regionalismo era mucho más maligno, adoptando a menudo la forma de guerra devoradora.

EL *BAKUFU* ASHIKAGA

El emperador Go-Daigo sobrevivió a la matanza del río Minato y huyó a Yoshino, donde instaló una corte imperial paralela inaugurando el confuso

periodo de las cortes del Norte y del Sur (1336-1392). Legitimado por la corte del Norte, Ashikaga Takauji se convirtió en *shogun* en 1338 y estableció el *bakufu* Ashinaga en Kioto. Su hijo Ashikaga Yoshiakira (1330-1367) siguió los pasos de su padre al frente del gobierno hasta su muerte prematura a los treinta y siete años. Esto dejó a su joven hijo, Yoshimitsu (1358-1408) en manos del poderoso criado Hosokawa Yoriyuki (1329-1392). En su lecho de muerte dijo a Yoriyuki: «Te doy un hijo», y al hijo le dijo: «Te doy un padre». La autoridad Ashikaga alcanzó su cénit con Yoriyuki y, más tarde, Yoshimitsu, sostenida en parte por una creativa subida de impuestos de 1371 a los fabricantes de sake y sus socios vendedores. La familia Ashikaga, a diferencia de sus predecesores Kamakura, siempre había poseído pocas tierras y la tasa sobre el alcohol les suministró un caudal de ingresos muy necesario. También creó el puesto de *kanrei* (representante o suplente del *shogun*) para fortalecer la burocracia del *bakufu*. Yoshimitsu tomó las riendas del poder en 1379, tras la renuncia forzosa de Yoriyuki. Yoshimitsu, que supervisó el *bakufu* hasta su muerte en 1408, surcó con éxito las turbulentas aguas políticas del siglo XIV y los primeros años del siglo XV. Yoshimitsu tuvo que luchar principalmente con tres poderosos bloques: las instituciones religiosas, los leales a la corte del Sur de Go-Daigo y los gobernadores provinciales *(shugo)*. Logró un acuerdo con la corte del Sur en 1392 con la promesa de alternar la sucesión y aplastó con habilidad a peligrosos gobernadores como el tenaz Ôuchi Yoshihiro (1359-1399) a finales del siglo XIV.

El punto débil del *bakufu* Ashinaga residía en su sistema de gobierno bifurcado: los gobernadores eran, al mismo tiempo, burócratas de Kioto y gobernadores de las provincias. Catorce familias de gobernadores representaban a ramas de la familia Ashinaga, mientras que los otros siete vivían lejos de Kioto y gobernaban a cambio de tierras. (Este número fluctuaba. En 1392 unos 20 clanes administraban 45 provincias.) Por debajo del *shogun* el cargo más importante era el de delegado del *shogun*, normalmente ocupado por una de estas tres familias: Shiba, Hatakeyama y Hosokawa, las cuales se convirtieron en el núcleo de la hegemonía Ashikaga. Cuando funcionaban juntas ejercían poder efectivo sobre los gobernadores, cuando estaban divididas desgarraban el país y sus débiles costuras. Como veremos, fue el conflicto entre estas tres familias lo que

llevó a la declaración de la Guerra Ônin (1467-1477), en la que la capital fue arrasada en combates puerta a puerta durante más una década.

Los gobernadores estaban en una posición delicada por la forma en que dividían su tiempo entre Kioto, como burócratas y sirvientes del *bakufu*, y las provincias, como supervisores locales. Cuando se encontraban en las provincias, los gobernadores competían por el control con los «agentes provinciales», cuya autoridad emanaba no de Kioto sino de alianzas hereditarias locales. Con el tiempo, la autoridad de estos gobernadores disminuyó en las provincias, sobre todo tras la Guerra Ônin, que destruyó los vestigios que quedaban del poder de los Ashikaga. A medida que el *bakufu* se debilitaba y los gobernadores perdían legitimidad, esos «agentes provinciales», que obtenían localmente su legitimidad, ocuparon con facilidad los vacíos de poder.

Los problemas para el *bakufu* comenzaron con el asesinato de Ashikaga Yoshinori (1394-1441). El *bakufu* respondió con una campaña militar contra los perpetradores en la provincia de Harima. El asesino, Akamatsu Mitsusuke (1381-1441), se suicidó durante la campaña, pero su muerte no mejoró la suerte del *bakufu*. Los sucesores de Yoshinori eran hombres jóvenes y estúpidos. Ashikaga Yoshimasa (1436-1490), de infausta memoria, fue el peor de los *shogun*, condenado categóricamente por su patética extravagancia. Se dice que «gobernaba únicamente por el anhelo de mujeres y monjas sin experiencia». A menudo se considera que él y su consejero, Ise Sadachika, fueron los responsables del deterioro del *bakufu*, aunque habría que culpar sobre todo a los problemas institucionales y los desastres naturales. Bajo el *shogun* Yoshimasa, una serie de disputas sucesorias afectaron a las familias Hatakeyama y Shiba. Al final, se extendieron a la familia Ashikaga y provocaron la Guerra Ônin, de la que el *bakufu* nunca se recuperó. Pero antes de volver sobre el caos provocado por el hombre con esta guerra, debemos dirigir nuestra atención brevemente hacia los cataclismos que llevaron al *bakufu* al límite.

Entre 1457 y 1460, una serie de desastres naturales estremecieron el archipiélago. Para empeorar las cosas, durante las calamidades el excéntrico comportamiento de Yoshimasa alcanzó su cumbre. Las privaciones se extendieron por todas partes: un observador escribió en 1460 que de camino a su casa había visto a una mujer acunando a un niño en Rokujô, en la capital. «Después de repetir el nombre de la criatura una y otra vez, se calló

finalmente y empezó a llorar. Miré más de cerca y vi que el niño ya estaba muerto», recordaba. La gente empezó a preguntar de dónde era la mujer. Ella contestó que era una refugiada de Kawachi. «La sequía ha durado allí tres años» continuó, «y las plantas de arroz ya no brotan [...] No he sido capaz de proporcionar comida a este niño y ahora hemos llegado a esto». Yuxtapuesta a esta miseria el observador contempló otra escena, esta de la extravagancia de la elite: «Mientras todavía me embargaba la pena por esa experiencia, me topé con un grupo de señores que contemplaban flores [...] Miraban con altanería a los que pasaban y obstaculizaban a los soldados a caballo. Estaban de un humor juguetón, robaban flores y algunos habían desenvainado sus espadas y cantaban canciones de borrachos».

Ese era el telón de fondo ambiental y social de la Guerra Ônin. En 1464, Ashikaga Yoshimi (1439-1491) se convirtió en *shogun* al caer inesperadamente Yoshimasa. La influyente familia Hosokawa respaldó a Yoshimi en el nuevo cargo, pero las tensiones se desataron cuando la esposa de Yoshimasa, Tomiko, dio a luz a un heredero varón, Yoshihisa, que contaba con el apoyo de la familia Yamana. El escenario estaba preparado para un baño de sangre sucesorio. Las dos familia reunieron ejércitos emormes para los estándares de la época (alrededor de 110.000 los Yamana y 160.000 los Hosokawa), que invadieron con furia infernal el polvorín de Kioto, una ciudad hecha de madera. La guerra entre estas facciones duró 11 devastadores años, sin que ninguna celebrara la victoria decisiva. Kioto fue reducida a pedazos y quemada durante los enfrentamientos y el *bakufu* quedó herido de muerte, aunque aún logró arrastrarse cojeando inútilmente durante más de un siglo.

Mientras la autoridad política se descentralizaba y gravitaba todavía más hacia el nivel del dominio, aparecieron signos de cambio en las actitudes locales hacia la ley y el gobierno. Los señores de los Estados guerreros redactaron «códigos de clanes» que pretendían preservar sus amplias familias y sus territorios. Consideraban obsoletas leyes medievales como los códigos Jôei (1232) del *bakufu* Kamakura. Lo interesante acerca de estos códigos de los Estados en guerra es la lenta erosión de éticas privadas, como los principios samuráis, en favor de la ley pública. En los códigos de 1536 diseñados por Date Tanemune (1488-1565), los actos de venganza quedaron descartados por las leyes del reino, que prohibían *vendettas*. Esta «ley que invalida principios» sirvió como piedra angular de

la política de los Estados en guerra. Aunque un samurái se sintiera tentado de buscar venganza por un tajo sufrido, por ejemplo, la ley le impedía hacerlo. Como reza un «código familiar»: «Esta prohibido a cualquier herido por corte de espada en una pelea adoptar medidas de represalia privadas...». Prosigue: «Aunque tales actos de venganza puedan estar de acuerdo con los principios de un *bushi* [samurái], dado que quebrantan la ley [que prohíbe venganzas privadas] los culpables de estos actos ilegales serán castigados».

Las leyes del reino prohibían a los samuráis establecer alianzas fuera de la esfera de influencia del señor, ya que tales «ligas» eran fuente de desorden. Los samuráis demostraban lealtad en el «servicio militar» y lealtad al «Estado del reino». Este sistema atrajo a muchos samuráis a esferas políticas cohesionadas, pero otros grupos se oponían al poder del *daimyô*. Un grupo surgido tras el conflicto Ônin que planteó un serio desafío al *bakufu* fue el de los sectarios budistas armados.

SECTARIOS BUDISTAS

En el capítulo 3 comentamos la aparición de varias sectas budistas. Durante los siglos XII y XIII, la Tierra Pura, la Verdadera Tierra Pura y otros monasterios budistas empezaron a reconfigurar el paisaje religioso y cultural de Japón. También alteraron el panorama militar y político. En 1532, los sectarios Ikkô, miembros de la secta Shinran de la Verdadera Tierra Pura, instigaron el «Levantamiento del reino bajo los cielos» lanzando un ataque militar contra Miyoshi Motonaga en las provincias de Kawachi y Settsu con fuerzas que pudieron llegar a 200.000 hombres. Murieron miles de ellos. Pronto se produjeron represalias contra los templos de Kasuga y Kôfukuji en Nara. Alarmado, Hosokawa Harumoto (1519-1563) se hizo con el apoyo de otros budistas armados, los Hokke del budismo Nichiren, que rápidamente se lanzaron contra las fortalezas Ikkô y quemaron varios templos, incluido el cuartel general de Honganjin en la provincia de Yamashina. En espectáculos militares llamados «procesiones circulares», los sectarios Hokke recorrieron las calles achicharradas de Kioto repitiendo «todos alaban la maravillosa ley del sutra del loto». Cayeron sobre los sectarios Ikkô desfilando con tambores y flautas, y

montados a horcajadas de caballos con grandes estandartes decorados con mantras budistas. «No des, no tomes» y «Rompe lo que está doblado, ensancha el camino» servían como consignas Hokke. Dado el número de grandes templos budistas Nichiren en Kioto, que con sus fosos y torres de vigilancia más parecían fortificaciones que lugares de devoción, el espectáculo de los sectarios Hokke fue compartido por la población de Kioto.

La justicia urbana establecida por los sectarios Hokke ilustra hasta qué punto la violencia paramilitar había reemplazado a la ley y el orden Ashikaga. Un hombre escribía en su diario en 1533: «He oído que miembros de la secta Nichiren han detenido a varios pirómanos. Dado que no había una asamblea formal de la comunidad [para decidir su destino] [...] trajeron a los tres incendiarios y los ejecutaron de inmediato». La misma persona escribe: «Para reforzar el juicio y detener a los dos soldados de a pie que habían saqueado los campos de Shôgôin y el este de Kawara, se dispusieron unas 5.000 personas del norte de Kioto para un ataque. Escuché que capturaron a ambos hombres y los mataron». Otro escritor resume la generalizada influencia Hokke cuando escribe: «Los sectarios Hokke han tomado el poder en Kioto. El gobierno de Kioto y sus alrededores, que sustenta el control del *shogun* y el [delegado del *shogun*], es por entero una tarea de los sectarios Hokke». A través del activismo judicial, el sectarismo religioso militante se convirtió en juez y verdugo en la capital imperial. No es de extrañar que cuando poderosos señores de la guerra unificaron el reino mediante la fuerza en la segunda mitad del siglo XVI, su primer objetivo fueran los sectarios budistas organizados.

En ausencia del *bakufu,* surgieron otras filiaciones en Kioto. Asociaciones urbanas de voluntarios, configuradas por barrios, buscaron defenderse de la explotación de los samuráis. Con frecuencia, estas manzanas de la ciudad recibían el nombre de puntos de referencia, santuarios o templos, o de puestos de empleo. Estaba el del templo Myôden, el bloque del Puente del Norte, el Gremio de Abanicos y los Trabajadores del Cuero. En ocasiones todos se atrincheraban frente a poderosos señores de la guerra. Estos enclaves estables a largo plazo sugieren que se estaban consolidando en el siglo XVI nuevas formas de identidad urbana en Kioto. Con el tiempo, incluso el *bakufu* reconoció la autoridad en la práctica de

esas asociaciones y les dio permiso para «acabar con los estragos» si los campamentos de las tropas en la ciudad alborotaban demasiado.

La capital se volvió una ciudad de contradicciones. Mientras los sectarios budistas se mataban entre ellos, en los bloques se levantaban barricadas y las tropas samuráis combatían esporádicamente, una incómoda nueva normalidad invadió Kioto. En 1506, un cortesano observó una placa de madera oficial que explicaba que estaban «prohibidos ladrones», «incendiarios» y «peleas», al igual que el «sumô» y el «baile». Se dijo a sí mismo que así «debería ser». Alguien menciona en otro diario que estaba prohibido «disparar flechas», además de los «paseos de placer en barca» y las «excursiones con linternas». En un ambiente de guerra endémica y desorden, la autoridad caprichosa reemplazó a la verdadera política y el orden social. La capital luchaba por controlar los escasos vestigios de orden social. Eran enmarañados jirones de orden en una ciudad que había quedado arrasada por décadas de enfrentamientos. Como comentaba un viajero en 1526: «Mirando ahora sobre Kioto, lo mismo a las casas de los ricos que a las de los pobres, no veo ni un edificio donde antes había diez. Las viviendas de la gente corriente han sido abandonadas para ir a cultivar el campo. El palacio es una maraña de hierbajos. Es demasiado para contarlo con palabras». Puede que fuese demasiado para contarlo con palabras, pero no bastaba para disuadir a la gente de los «paseos de placer en barca» y el «baile».

De hecho, el baile era peligroso en Kioto. En 1520, alguien observaba en un diario que hubo baile «todas las noches este año» y se preguntaba si sería «porque el lugar parece pacífico» o porque había entrado en un periodo de «nueva conmoción». El espectáculo de tales bailes nocturnos, cuando cientos de personas tomaban las calles, sugiere tanto «paz» como «nueva conmoción». El baile parecía descontrolado y los participantes, como apunta una nota en un diario de 1532, eran «presa de la demencia». El baile se convirtió en un travieso reflejo de la política del desorden. Parodiaba la estructura social y política, con elementos de estatus, clase y transformismo. Kioto se había convertido en la zona cero del caos de los Estados en guerra, con barrios armados, sectas budistas militarizadas, escuadrones itinerantes de rudos samuráis y bailes nocturnos que parodiaban el orden político y social. En el siglo XVI Japón parecía estar al

borde, al menos la capital imperial, de escorarse hacia un completo caos social.

LA GUERRA Y LA CIENCIA MÉDICA

En capítulos previos, nuestro tratamiento de la enfermedad, la salud pública y la ciencia en Japón exploraba principalmente la introducción de enfermedades infecciosas en el archipiélago y su impacto demográfico, político y social. Con los brotes de epidemias, el microscosmos bacteriológico se entrecruzó con el macrocosmos en el que vivía Japón, alterando para siempre a nivel celular el camino evolutivo del país. La exposición japonesa al sarampión y la viruela en periodos tempranos le ahorró el tipo de holocausto biológico que tuvo lugar cuando los conquistadores españoles pisaron el «suelo virgen» del Nuevo Mundo, infestando y diezmando a poblaciones indígenas como los taínos. A nivel inmunológico, los japoneses, al menos al sur de Hokkaido, se encontraban entre las comunidades infecciosas que condujeron al ascenso de Europa Occidental.

A través del portal internacional de Dazaifu, los monjes budistas y otros viajeros del continente introdujeron también en Japón las complejidades de la medicina de Asia Oriental. A finales del siglo XII, Myôan Eisai (1141-1215) hizo dos viajes a China, donde estudió el budismo zen, y llevó con él sus enseñanzas a Japón. En su *Kissa yôjôki* (Tratado sobre el té como remedio para una larga vida) ofrecía nueva información sobre el té verde y sus cualidades nutricionales. En el texto enumera decocciones médicas para tratar la diabetes, la parálisis y otras enfermedades. El monje Enni Ben’en (1202-1280), que también viajó al continente, creó una biblioteca médica en el templo Tôfukuji de Kioto, con obras tanto japonesas como de la dinastía Song que trataban del pulso, la acupuntura, la farmacología y otros temas. Tôfukuji estaba situado en una parte de Kioto venida a menos y es probable que el templo practicase medicina caritativa entre la comunidad. Otras sectas budistas, como la del Precepto Ritsu, bajo la guía de su fundador Eison, también se dedicaron a la medicina caritativa y comunitaria, con el interés puesto en las condiciones de salud de grupos tan marginados como «la gente de la ribera» y las «no

personas». En Kamakura, el templo Gokurakuji se convirtió en un centro de sanidad pública para el tratamiento de los mal alimentados, mal vestidos, socialmente rechazados, enfermos (con frecuencia leprosos) y la población de parias «no humanos» en continua expansión demográfica de la capital del *bakufu* Kamakura.

El texto médico japonés más importante escrito antes del siglo XIII es el *Ishinpô* (Fórmulas de medicina, 984), obra de Tanba Yasuyori. También hay que destacar el *Honzô wamyô* (Nombres japoneses en los estudios naturales, 922), de Fukane Sukehito (898-922), y el *Wamyôrui shûshô* (Recopilación de nombres japoneses, 931-937), de Minamoto no Shitagau (911-983), que presenta catálogos taxonómicos de objetos naturales, muchos de ellos parte de la farmacopea en rápido desarrollo de Japón. En los textos es abrumadora la influencia del saber chino sobre la observación empírica, pero reflejan un intento de los japoneses medievales de imponer cierto orden en su mundo natural. La obstetricia es un asunto fundamental en los textos médicos medievales de Japón. «A veces el feto está muerto, pero la madre aún vive; otras veces dos vidas están unidas como si fueran una», escribió el médico budista Kajiwara Shôzan. En muchos casos considera que «no hay medicinas prohibidas» a la hora de tratar a las mujeres embarazadas. Anima a los médicos a combinar los viejos métodos con las técnicas nuevas importadas de la China Song para poner remedio a tales problemas.

A lo largo del periodo medieval, un caudal constante de textos médicos, medicamentos, herramientas y técnicas llegó a Japón a través de lo que cierto historiador denomina «una ruta de la seda de fármacos y fórmulas». Un asunto importante era la sincronización de los nombres, pesos y medidas japoneses y chinos, cruciales para la elaboración de diversos tratamientos médicos importados de China y Corea. Esta era una de las principales preocupaciones del *Honzô wamyô*, por ejemplo. Para tratar dolencias recientemente diagnósticadas, los textos médicos enumeran ingredientes de origen occidental, como la nuez moscada, como poderosas nuevas armas en el arsenal médico. En esos años Japón formaba parte del intercambio global de conocimientos médicos. Algunos ingredientes, como la nuez moscada, provenían del mundo islámico; otros planteamientos, como los orígenes kármicos de la enfermedad, procedían de India y China.

A mediados del siglo XIV, cuando la guerra empezó a hacer pedazos el *bakufu* Ashikaga, la «medicina de las heridas» se transformó en parte importante de la cultura médica japonesa. Las primeras dos obras japonesas sobre esta modalidad médica –*Kinsô ryôjishô* (Sobre la cura de heridas incisas) y *Kihô* (Fórmulas del demonio)– son del siglo XIV. La guerra despiadada sustituyó a las campañas que habían marcado un hito en otros tiempos, y el combate de proximidad con espadas ocupó el lugar de los arcos y las flechas. Las campañas militares de otras épocas tenían carácter estacional, pero en el siglo XIV la guerra se desarrollaba en cualquier estación del año. El *Taiheiki* (Crónica del Japón medieval) del siglo XIV retrata vívidamente situaciones en las que «la escarcha otoñal desgarraba sus carnes y la helada del amanecer se adhería a su piel». El índice del *Kinsô ryôjishô* incluye temas tales como «Volver a colocar vísceras que se han salido», «Insectos que aparecen en una herida» y «Cerebros que asoman de una herida en la cabeza», lo que ilustra el horror del periodo de los Estados en guerra. Los autores de dichos textos acumulaban conocimientos a través de la experiencia, las conversaciones con otros médicos acerca de sus «secretos» y la consulta de obras de la China Song. Por desgracia, los historiadores se ven obligados a especular sobre cómo la exposición a cuerpos mutilados y abiertos pudo hacer que avanzase la comprensión de la anatomía y la fisiología humanas.

EL CAMPO

Pese al desorden endémico que se extendió por el campo, las explotaciones agrícolas en Japón habían entrado en una etapa de intensificación. Muchas de las enfermedades epidémicas de siglos anteriores se habían transformado en endémicas y la mortalidad y la morbilidad estaban restringidas en gran medida a los niños. Expuestos a infecciones periódicas, algunos niños sobrevivían y desarrollaban inmunidad, otros no lo conseguían y morían. Pero incluso los muertos contribuyeron al lento establecimiento de un nuevo orden inmunológico hereditario en Japón, que lo prepararía para la llegada de los europeos y sus infecciones en el siglo XVI. También disminuyó la virulencia de las graves hambrunas del siglo XIII, a las que aludimos en el capítulo anterior. Con

cada vez más excedentes agrícolas, gracias al cultivo de más tierra y el despliegue de mejores tecnologías, la población del Japón medieval creció desde alrededor de 7 millones de personas en 1200 a 12 millones en 1600, al cierre del periodo medieval.

Varios factores condujeron a la intensificación de la agricultura, uno de ellos el sistema *kandaka*. El término hacía referencia al equivalente monetario de la producción agrícola, incluidos otros recursos y servicios que los vasallos extraían de sus parcelas. Los supervisores calculaban el rendimiento en metálico, a diferencia del anterior sistema *kokudaka* de Tokugawa, que lo valoraba en medidas de arroz. Lo que es más, calculaba el *kandaka* equivalente al pueblo, no el de cada propietario individual. Además, gravaba esa estimación basada en toda la tierra cultivable, no en la cultivada. En otras palabras, como los pueblos pagaban una «tasa anual» en base a la tierra cultivable, el sistema incentivaba el cultivo de más tierra. Ponían a producir la tierra, porque de todos modos iban a tener que pagar el impuesto por su rendimiento estimado. Los *daymiô* de los Estados guerreros siempre andaban a la búsqueda de nuevas fuentes de ingresos por el alto coste del mantenimiento militar y los estipendios de los vasallos. A partir de 1300, nuevos pueblos y tierras agrícolas brotaron en lugares que en otro tiempo habían sido terrenos silvestres o baldíos.

Esos pueblos que cultivaban nuevos campos se concentraban en torno a líderes locales para crear grupos, protegerse contra los bandidos o crear comunidades religiosas. Los excedentes aumentaron gracias a una mejor labranza con herramientas de hierro, una mejora del riego y mejores fertilizantes. Y los cultivos diversificados permitieron el agrupamiento de pueblos y el establecimiento de comunidades más grandes. Algunas adaptaciones agrícolas fueron muy simples: la nivelación del suelo para una distribución uniforme del agua en toda la cosecha resultó sencilla. Otros avances eran más complejos: elaborados proyectos ribereños que transportaban el agua para el riego a los arrozales, por ejemplo. Los campesinos utilizaron sofisticadas norias, excavaron pozos y canalizaron la irrigación a través de esclusas, compuertas y diques. La duplicación de cosechas también incrementó los rendimientos y beneficios. Un historiador calcula que en 1550 se habían introducido cultivos sucesivos en una cuarta parte de los arrozales del centro y el oeste de Japón. En 1420, un emisario coreano observó la sucesión de cosechas en el área de Hyôgo. Escribió:

«Cortan su arroz al comienzo del otoño [...] y plantan alforfón, que cosechan al llegar el invierno. Pueden plantar semillas tres veces al año en un arrozal». Con la intensificación de la agricultura, los grupos aldeanos se transformaron en valiosas defensas frente a los estragos del periodo de los Estados en guerra. Algunos pueblos incluso construyeron fosos que servían para señalar los límites de la comunidad.

La intensificación agrícola se extendió tanto «hacia arriba» como «hacia abajo», referencia de un historiador al efecto dominó que estos cambios tuvieron en la cadena trófica. «Hacia abajo» hace alusión al impacto que la expansión agrícola tuvo sobre las comunidades biológicas no humanas de fauna y flora. Crear más tierra cultivable implicaba limpiar más vegetación, en particular en las zonas aluviales y las terrazas menos fértiles. La construcción de aldeas, casas y nuevas tecnologías para la agricultura exigía talar más madera. La necesidad de fertilizantes suponía reunir hierba, hojas y ramas. Los aldeanos precisaban madera para cocinar, la metalurgia y los hornos, además de para puentes y obras de irrigación. El empleo creciente de la agricultura de roza y quema ejerció aún más presión sobre las zonas madereras en torno a las agrupaciones de aldeas, lo que desembocó en incendios, agotamiento del suelo y erosión. A diferencia del anterior *bakufu* Edo, el *bakufu* Ashikaga pareció prestar poca o nula atención a las cambiantes condiciones en los bosques. La mayor parte del control forestal se distribuía localmente y los grupos aldeanos solían delimitar con estacas los bosques cercanos. En 1448, el pueblo de Imabori, en la provincia de Ômi, intentó abordar el problema del deterioro del bosque prohibiendo cortar árboles sin autorización. En 1502 redoblaron sus esfuerzos.

Los bosques sufrieron la huella ecológica de la lucha endémica en Japón. El carbón vegetal era esencial para fabricar armaduras, espadas, lanzas y otras armas de metal. Al aumentar las viviendas, la necesidad de carbón para el fuego (que producía peligrosas chispas) llevó a la tala de más madera. En el siglo XIII, el *bakufu* Kamakura se quejaba con frecuencia de los altos precios del carbón y de la leña. La construcción de monumentos también requería madera. Durante las batallas de la Guerra Genpei de 1180, ardió el templo de Tôdaiji en Nara e hicieron falta grandes árboles para reconstruirlo. La impresión «Tôdaiji» en los árboles antes de que los leñadores los cortasen identificaba los lugares en el oeste de Honshu

destinados para el proyecto de reconstrucción. En 1219, los documentos registran que «el centro de Kamakura fue destruido por un incendio», así que hizo falta más madera. En resumen, la agricultura japonesa en expansión, la construcción de monumentos y ciudades y su mantenimiento, el caos y la guerra endémicos y la aparición de pueblos agrupados representaron una creciente presión para los bosques de Japón.

La influencia «hacia arriba» de la intensificación agrícola asume la forma de comercialización económica a medida que los recursos se desplazaban por la comunidad humana. A lo largo del periodo de los Estados en guerra, los *daimyô* comerciaron con otras regiones de todo Japón. Los *daimyô* del interior buscaban productos de las zonas costeras y los dominios que sufrían pobres cosechas deseaban importar arroz. Los *daimyô* garantizaban a los «gremios» de comerciantes privilegios especiales y unos cuantos hasta consiguieron puestos como «funcionarios de comercio». Las restricciones a la importación, una versión medieval de los aranceles, protegían a algunas industrias así como a la base impositiva del reino. Por norma general, las mercancías fluían por el país sin demasiadas restricciones, porque la mayoría de los *daimyô* esperaban beneficiarse de una sólida actividad comercial en sus dominios.

RELACIONES EXTERIORES ASHIKAGA

La ausencia de un centro político fuerte volvieron confusas las relaciones con el continente durante el periodo medieval. El príncipe Kaneyoshi, hijo de Go-Daigo y representante de la corte del Sur, supervisaba las relaciones con China. En 1370, cuando los enviados Ming llegaron a Japón exigiendo sometimiento al Reino Medio, el príncipe Kaneyoshi se mencionó a sí mismo como un «súbdito» en el orden diplomático Ming. Un año más tarde envió a su sirviente a la corte Ming para rendir tributo, de acuerdo con el protocolo del orden tributario chino. El *tianxia*, o dominio del orden internacional chino, incluía a todos los países unificados por los virtuosos gobernantes chinos, los «hijos del cielo». La corte Ming esperaba tributo de las «cuatro regiones bárbaras», entre las cuales, para los chinos, se encontraba Japón. Los Ming concedían a los

gobernantes de los países que les rendían tributo el título de «rey», que parecía degradante a los emperadores y *shogun* del Japón medieval.

La corte del Sur despachó enviados al «hijo del cielo» Ming en al menos siete ocasiones entre las décadas de 1370 y 1380. Los chinos rechazaron a la mayoría, bien porque deseaban ver al verdadero gobernante de Japón, o por las tensiones diplomáticas causadas por los piratas. De hecho, este problema se hizo tan pronunciado que la corte Ming se refería al «rey de Japón» como «pirata». En el contexto del sistema tributario siempre existieron tensiones entre Japón y China, porque Japón se negaba a desempeñar un papel subordinado en la diplomacia geopolítica. Sólo en dos ocasiones formaron parte brevemente los japoneses del sistema tributario chino: como reino de Wa en el siglo VI y bajo el *shogun* Ashikaga Yoshimitsu en 1401. Hemos examinado la importancia del primer caso, pero el segundo exige cierta explicación porque dio forma a la postura diplomática del Japón premoderno en Asia.

En dos ocasiones, 1374 y 1380, el *shogun* Yoshimitsu mandó emisarios a la corte Ming. Dos décadas más tarde, en 1401, los Ming finalmente aceptaron recibir al enviado japonés. Yoshimitsu había enviado un tributo y devuelto a los marineros chinos capturados por piratas. Una embajada de la corte Ming acompañó al emisario japonés a su vuelta y se dirigió a Yoshimitsu como «rey de Japón». Cuando los japoneses volvieron a la corte Ming en 1403, Yoshimitsu se presentó al «hijo del cielo» como «vuestro súbdito, el rey de Japón», realzando su posición subordinada dentro del orden tributario chino. La corte Ming recomendó a Yoshimitsu que adoptase el calendario chino, con lo que el país insular se adaptaba a los ritmos del gobierno dinástico chino. Las motivaciones del *shogun* Yoshimitsu estaban relacionadas con el comercio oficial regulado con China mediante el sistema del «sello autentificador»: Japón recibía certificados o autorizaciones *(kangô-bôeki)* de entrada y salida al País del Centro. Sin embargo, este comercio se interrumpió cuando Ashikaga Yoshimochi se convirtió en *shogun*.

Algunas ciudades, como Sakai, llegaron a tener gran importancia en este tipo de comercio con China. Los mercaderes de Sakai, que manejaban el comercio oficial con China del *bakufu*, forjaron estrechas relaciones con los samuráis en Kioto y otros lugares. Se ocupaban del aspecto «empresarial», equipaban los barcos y catalogaban la mercancía que partía

para el País del Centro. Dirigían las juntas municipales en Sakai, lo que creaba la impresión de que estaba gobernada por burgueses. La oportunidad económica que ofrecían estos negocios con los Ming permitía que los comerciantes gobernasen Sakai con un sorprendente grado de autonomía, que recuerda el de ciudades europeas como Venecia o Génova.

CULTURA MUROMACHI

Escritores como Kitabatake Chikafusa (1293-1354), en su *Jinnô shôtôki* (Crónica de dioses y soberanos, o Crónicas de los verdaderos linajes de los divinos emperadores, 1339), proclamaban: «El gran Japón es el país de los dioses. El progenitor celestial lo fundó y la diosa del Sol lo transmitió a sus descendientes para que lo gobernasen eternamente. Sólo en nuestro país es esto cierto; no hay ejemplos similares en otros países. Por eso es llamado el país de los dioses». Las consideraciones de Kitabatake sobre los orígenes divinos y excepcionales cualidades de Japón constituyen un poderoso ejemplo de protonacionalismo, sustentado por mitos que persistieron en el siglo XX y aportaron una justificación para el Imperio japonés. Kitabatake formaba parte de un consenso, en aumento durante el periodo medieval, sobre determinadas características japonesas que distinguían al país de sus vecinos del este de Asia. Japón era diferente a China y todos los demás, revelaba Kitabatake, porque «el progenitor celestial lo fundó», un mito al que recurrirían ampliamente tanto los reformadores Meiji como los militaristas de inicios del siglo XX.

Dentro de este peculiar discurso, también surgió una nueva estética, llamada cultura Muromachi, caracterizada por una delicada sensibilidad, ceremonias del té y teatro Nô, austeridad zen y una casi maníaca observancia de la simplicidad estética. El término que mejor refleja la naturaleza de la cultura Muromachi es *yûgen*, palabra procedente del vocabulario del teatro Nô. El término evoca algo profundo, misterioso, indescifrable y distante. La cultura Muromachi era un mundo de arenas blancas rastrilladas con meticulosidad rodeando piedras cuidadosamente dispuestas en jardines, laboriosas representaciones de un cosmos ordenado, así como paisajes rústicos pintados a tinta y esculturas de madera. Logros arquitectónicos como el Kinkakuji (Pabellón de Oro) y el Ginkakuji

(Pabellón de Plata, figura 7) fueron producto de los siglos XIV y XV y evocan intensas sensibilidades budistas zen. Al mismo tiempo que facciones rivales samuráis y monjes armados causaban estragos en el país durante el periodo de los Estados en guerra, los artistas daban nueva forma a su mundo natural en algunas de las más sólidas contribuciones de Japón al arte global.

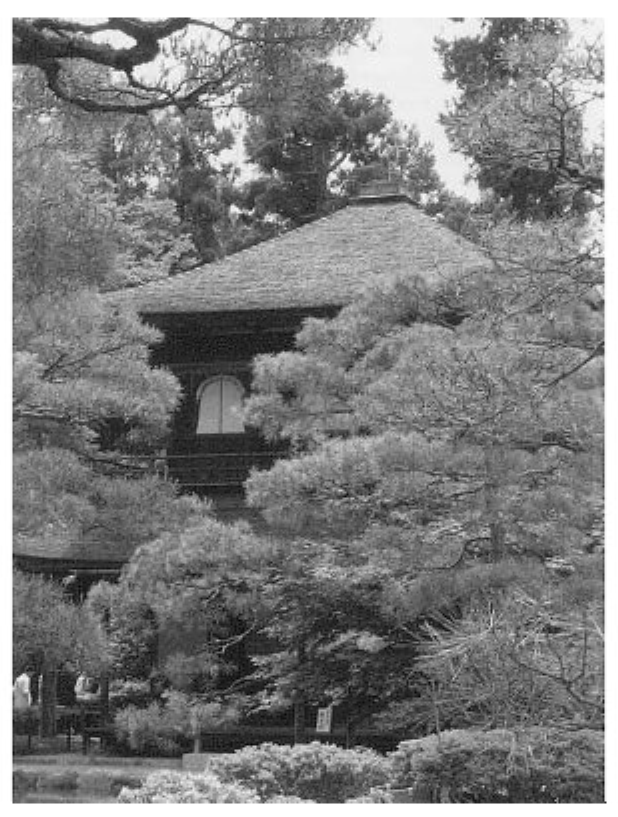


Figura 7. Ginkakuji (1490), templo zen ilustrativo de la austera estética Muromachi de finales del periodo medieval, Kioto.

CONCLUSIÓN

Con el declive del *bakufu* Ashikaga, durante el periodo de los Estados en guerra asistimos a la virtual disolución de la autoridad central en Japón. También presenciamos la aparición de muchas de las circunstancias políticas, sociales, intelectuales y medioambientales que guiarían a Japón hasta el periodo premoderno. Las guerras y rivalidades de los siglos XV y XVI convirtieron al dominio en centro de la identidad política, situación

que persistió en mayor o menor grado hasta mediados del siglo XIX. Los *daimyô*, hombres cuyos «códigos de familia» fueron versiones tempranas de legislación pública, se convirtieron en las figuras políticas más poderosas de Japón. Asimismo, los sectarios budistas plantearon repetidos desafíos en el siglo XV y al hacerlo atrajeron la ira de los unificadores, que asesinaron a un competidor tras otro e hicieron de ellos su blanco.

Japón se transformó en parte de un intercambio global de conocimientos médicos que promovió una ciencia cosmopolita. Como veremos, con la llegada de los europeos esa ciencia cosmopolita japonesa se volvió aún más sofisticada gracias a la importación de muchas filosofías y prácticas previas y posteriores a la Ilustración. Junto a ese cosmopolitismo, los intelectuales japoneses emprendieron un proceso para definir las cualidades distintivas de Japón, expresadas en los orígenes divinos del país. Por último, se produjo también el nacimiento de la estética Muromachi, que bebía de formas continentales e indígenas para crear una implacablemente sencilla belleza que conquistó la crudeza que destilaba la etapa medieval de Japón.

5
Encuentro de Japón con Europa (1543-1640)

Al final del siglo XV un puñado de pequeños Estados europeos comenzó a reconfigurar el mundo. Antes de esa época, la mayoría de la riqueza mundial había estado localizada en Asia, Oriente Medio y el subcontinente indio, donde las tradicionales redes de comercio de artículos de lujo, desde especias a esclavos, enriquecían a los sultanes y emperadores de los grandes imperios orientales. Sin embargo, con dos asombrosos viajes marítimos, Europa accedió a la era de los descubrimientos y, eventualmente, del colonialismo. Esos viajes explican cómo ascendieron los europeos a una posición de dominio global gracias al control de recursos como la plata y el azúcar, y al intercambio de microorganismos como el virus de la viruela. Entre los siglos XV y XIX, imperios y civilizaciones en otro tiempo grandes se derrumbaron bajo la presión de microbios euroasiáticos, tecnologías militares, gobiernos coloniales y rapacidad económica. En la edad premoderna se produce la dispersión global de la cultura y las instituciones europeas, incluyendo las costas de Japón. No obstante, Japón sobrevivió intacto a la era de los descubrimientos, al menos si lo comparamos con el Nuevo Mundo, India y China, por razones que describiremos en este capítulo. Aún más importante, el encuentro inicial de Japón con Europa en el siglo XVI contribuyó a su relativo éxito frente al imperialismo occidental del siglo XIX.

ECOLOGÍAS IMPERIALES

Dos descubrimientos marítimos crearon el marco para la supremacía europea. El primero se produjo cuando Cristobal Colón (1451-1506) partió en 1492 en un viaje de expedición a Asia, que tuvo como resultado, sin él saberlo (siguió insistiendo en que se hallaba en Oriente), la colonización de las Américas y la reducción de la población amerindia. El segundo viaje de consecuencias importantes se produjo cuando el explorador portugués

Vasco da Gama (1460-1524) partió de Lisboa en 1497 y rodeó el cabo de Buena Esperanza hasta el océano Índico. Da Gama navegó empujado por los monzones y llegó a Kozhikode (Calcuta) en mayo de 1498. Cuando puso rumbo a casa lo hizo con los monzones soplando en contra desde el mar: el viaje de partida había durado 23 días, pero el de regreso duró 132 días y se cobró un fuerte peaje entre su tripulación. La mitad de los hombres murieron a causa del escorbuto. Pese a todo, en 1499 llegó a Lisboa tras abrir un lucrativo mercado de especias con Oriente Medio y el subcontinente indio. Una vez que explotaron redes de comercio preexistentes, ambos viajes dieron a luz al mundo moderno con sus cada día más interdependientes canales comerciales, formas de poder político, tecnologías, ecologías e ideas. También acercó un paso más a los europeos a Japón.

Tradicionalmente, los historiadores sostienen que la ascendencia europea fue producto de una amalgama única de sucesos históricos, como la competencia entre pequeños Estados europeos, la Ilustración, la ética protestante del trabajo, la revolución científica con sus grandes avances tecnológicos o el nacimiento del capitalismo. Los revisionistas proclaman ahora que fue cuestión de buena suerte geográfica. Pero la rápida inyección de azúcar y plata del Nuevo Mundo en las venas de los ciudadanos y las economías europeos también explica cómo Europa pasó de ser un lugar atrasado en el panorama global a un conjunto de Estados que competían por la supremacía mundial. El proceso fue tanto biológico como militar, político o económico, porque organismos que habían evolucionado con los euroasiáticos desde la llegada de la agricultura ayudaron a los europeos en sus misiones, al igual que las tenaces malas hierbas, los cultivos ricos en calorías y el ganado de carne que transportaron en sus galeones de madera. Con la domesticación del ganado, microorganismos como la viruela habían pasado de animales a humanos. En el transcurso de los siglos, esas enfermedades, antes zoonóticas, se volvieron específicas de los humanos. Persistieron en la población humana y la mortalidad afectaba sobre todo a los niños. Los que sobrevivían al asalto de los microorganismos desarrollaban inmunidades que solían conservar el resto de su vida. Como hemos visto, la viruela había sido introducida en Japón siglos antes, así que a diferencia de los amerindios, los japoneses ya habían experimentado la brutal iniciación inmunológica en el grupo de enfermedades de Eurasia. Los

japoneses también producían azúcar desde el periodo Nara (710-794 E.C.), probablemente melaza, cuando la tecnología fue transferida de la dinastía Tang (618-907). Más tarde, el *shogun* Tokugawa Yoshimune (1684-1751) instauró el cultivo de la caña, que importó de las islas Ryukyu y plantó en el castillo de Edo. Luego, Matsudaira Yoritaka (1810-1886) alentó su cultivo en el dominio de Takamatsu, con lo que los cuerpos japoneses consiguieron incluir esta importante ventaja calórica. No se puede negar el hecho de que el endemismo de la viruela y la abundancia de calorías fueron factores importantes en la capacidad del país para hacer frente al ataque inicial de la era europea de los descubrimientos. Al igual que el hecho de que los dominios de los Estados guerreros en Japón estuvieran relativamente bien organizados, fueran políticamente sofisticados y estuvieran armados hasta los dientes.

En los siglos XVI y XVII casi un millón de españoles emigraron al Nuevo Mundo. En lo que ahora se denomina el «intercambio colombino», cada barco español que partía de Sevilla llevaba no sólo pasajeros humanos sino una carga biológica que contribuyó a la dominación europea. Cuando regresaban de La Habana y otras partes, los españoles llevaban con ellos una mezcla similar de plantas y animales, aunque los organismos intercambiados, con excepción de la sífilis, resultaron menos devastadores. El maíz y las patatas, que recorrieron el mundo con los europeos, se convirtieron en importantes cosechas globales desde las tierras altas de Yangtsé al África subsahariana. Cuando llegaron los españoles en 1492, los pueblos indígenas americanos probablemente rondaban los 54 millones de habitantes. En el siglo XVII, y después de unas 17 epidemias registradas, representaban una décima parte de la anterior población, entre 5 y 6 millones. La viruela y otras enfermedades explican por qué los nativos americanos se hundieron tan precipitadamente. Cuando los taínos de La Española empezaron a morir de viruela, los frailes locales escribieron: «Ha complacido a Nuestro Señor dispensar una pestilencia de viruela entre los llamados indios y que no cese. De ella murieron y continúan muriendo hasta hoy casi una tercera parte de los dichos indios». Tales plagas ponían de manifiesto la preferencia de Dios por los españoles. Con semejantes tasas de mortalidad, los amerindios fueron fácilmente aniquilados, conquistados o reclutados en las plantaciones de azúcar para servir a sus nuevos amos. Colón había llevado la caña de azúcar a La Española desde

las islas Canarias en su segundo viaje en 1493 y el cultivo del Viejo Mundo prosperó en zonas del Nuevo. El azúcar demostró ser una importante fuente de energía calórica para alimentar la conquista europea.

La plata pronto se convirtió en la principal exportación española. Entre 1561 y 1580, los historiadores calculan que aproximadamente el 85 por 100 de la plata del mundo procedía de minas del Nuevo Mundo como las de Potosí, donde siete de cada diez trabajadores amerindios perecieron. Como parte de la moderna economía global, esta terminó en buena parte en cofres chinos. Esto fue resultado de las políticas monetaria e impositiva de la dinastía Ming (1368-1644), que trataremos más adelante. No es posible exagerar los beneficios de la conquista para los habitantes y las economías europeos. Y la promesa de riquezas, apuntalada por la legitimación divina de proselitizar a los «paganos», al final condujo a portugueses, españoles, holandeses y otros europeos hasta las costas de Japón.

En 1542 el capitán portugués Francisco Zeimoto había desembarcado en la pequeña isla de Tanegashima, en el sur de Japón. Como venían del sur y llegaron al sur de Japón, los japoneses llamaron a los portugueses Nanbanjin, o «bárbaros del sur». Influido por el orden tributario chino, Japón imaginaba un mundo en el que los bárbaros habitaban los cuatro puntos cardinales; los japoneses, de acuerdo con esta taxonomía de los «bárbaros», estaban entre los escasos humanos. En Hokkaido (llamada entonces Ezo), por ejemplo, el extremo sur de la isla, donde vivían los japoneses, era conocido a veces como Ningenchi, o «país humano», mientras que los ainu vivían en Ezochi, o «País de bárbaros».

Dado la habilidad con la que los japoneses manejaron su primer encuentro con europeos, merece la pena situar la llegada de los portugueses a Japón en una perspectiva comparativa. La experiencia con Brasil resulta instructiva. En el siglo XVI, al mismo tiempo que llegaba a Japón, la monarquía portuguesa estaba en proceso de colonizar la costa atlántica de Brasil. Para que el proyecto colonial funcionase, sin embargo, había que expulsar de las selvas tropicales y subtropicales a los tupis, que las consideraban su hogar. Los historiadores estiman que en 1500 alrededor de 1 millón de tupis ocupaban la región desde Natal en Rio Grande do Norte a São Vicente y São Paulo en el sur. Lo que hacía a los tupis distintos de otros amerindios, y parecidos a los japoneses que los portugueses se encontraron en el siglo XVI, es que eran «un pueblo muy valiente que consideraban la

muerte poca cosa». Los guerreros tupis esgrimían gigantescos palos-espadas, piezas de madera con bordes afilados, y eran expertos arqueros. Y resultaban aún más espeluznantes que los samuráis de los Estados en guerra, al menos a ojos de los europeos, porque en ocasiones se comían a sus víctimas, a menudo con gran despliegue público. A pesar de esos formidables adversarios, los portugueses confiaban en colonizar la costa de Brasil y epidemias como la viruela se sumaron para ayudarles a mediados del siglo XVI.

En la década de 1530, la monarquía portuguesa mandó una flota de cuatro barcos con colonos a Brasil, junto con la carga biológica de semillas, animales domésticos y plantas. En 1549, sólo seis años después de que Francisco Zeimoto arribara a Tanegashima, el monarca portugués despachó al virrey Tomé de Sousa (1503-1579) con 1.000 colonos y la correspondiente comitiva de vacas, cerdos, aves, semillas, plantas y enfermedades. Los tupis habían tolerado a los primeros portugueses y hasta habían cortado y acarreado madera de palo brasil para el comercio, pero cuando los portugueses comenzaron a esclavizar a los indios para que trabajasen en las plantaciones, comprensiblemente se resistieron. Los portugueses respondieron con violencia y optaron por salidas militares que implicaban «quemar y destruir» aldeas habitadas por los tupis. Al final de las campañas, «ningún tupinikin quedó vivo». Con la mayoría de los tupis sometidos o eliminados, los portugueses y sus esclavos africanos continuaron colonizando Brasil durante los siglos XVI y XVII, hasta que la población colonial llegó a 300.000 personas, de las cuales unas 100.000 eran europeos blancos. Los colonos recogían palo brasil, trabajaban en las plantaciones de caña de azúcar y tabaco, criaban ganado y, a partir de 1695, explotaron el oro. En 1819, en vísperas de la independencia brasileña, la población del país era de 4,4 millones de personas, 800.000 de ellas indios no asimilados. Brasil había sido transformado en una ecología europea, con gente, plantaciones, ranchos de ganado, minas de oro y otros sellos litográficos y biológicos del orden europeo.

La política colonial europea en Japón fue marcadamente diferente. Japón nunca se convirtió en una colonia europea ni adoptó la ecología europea. Por supuesto, los japoneses no eran menos belicosos que los tupis. Como observó un misionero portugués: «Los japoneses son más valientes y más belicosos» que otros pueblos de Asia. También estaban mejor

organizados políticamente, con poderosos dominios de Estados guerreros en el sur, donde primero llegaron los portugueses. Estaban intrigados por los rumores de potenciales riquezas en Japón, pero lamentaban que «sólo el rey explota» todavía las minas de oro. Esto era especialmente irritante porque «hay minas por todas partes y el metal es de alta calidad». Pero someter a los japoneses por los medios usados en Brasil demostró ser imposible: su ecología nativa de Asia Oriental estaba codificada y fue firmemente defendida por sus cultivadores humanos. El agente que más colaboró con los europeos en la conquista del Nuevo Mundo –la enfermedad, y en particular el virus de la viruela– era ya endémico en Japón. Como no podían confiar en «Nuestro Señor para que dispensara una pestilencia», los portugueses confiaron en su Señor de otras formas y emprendieron la conversión de los japoneses al catolicismo.

LA HISTORIA CRISTIANA

El *Krishitan monogatari* (Historia de los cristianos, 1639) explica que cuando los japoneses los vieron por vez primera, los portugueses parecían extraordinariamente bárbaros. De la nave de los bárbaros del sur «surgió una innominable criatura, similar en forma a un ser humano pero que recordaba más a un duende de larga nariz [...] No se pudo entender en absoluto lo que dijo: su voz era como el chillido de un búho». Los portugueses se ajustaban a la perfección a las taxonomías bárbaras que los japoneses imaginaban que caracterizaban el mundo más allá de su horizonte. Cada rincón de ese mundo exterior estaba lleno de fantásticas criaturas, muchas de ellas con apariencia humana, unas mucho más fantásticas que otras. El lector de las enciclopedias japonesas del siglo XVIII encuentra un mundo habitado por cíclopes, gente de tres brazos, gente sin abdomen, por sólo citar unos pocos ejemplos, parte todos de las exóticas variedades de homínidos que pueblan la Tierra. Pero también se incluyen otras personas menos fantasiosas, como los isleños de Ryukyu, los ainu de Hokkaido y los coreanos. En aquella fecha, para el imaginario japonés, la posibilidad de encontrar duendes gritones en las costas de Japón era muy real, aunque indudablemente perturbadora.

Sin embargo, los portugueses no eran duendes. La mayoría eran misioneros y consideraron muy prometedores a los japoneses que conocieron. «A juzgar por los que hemos conocido hasta ahora, diría que los japoneses son la mejor raza hasta hoy descubierta y no creo que encontréis a nadie que se les parezca entre las naciones paganas», escribía el misionero Francisco Javier (1506-1552). Los japoneses dividían el mundo entre humanos y bárbaros, pero el vocabulario elegido por los europeos, influidos como estaban por el cristianismo, era describir a los no europeos como paganos». Pese a las prometedoras circunstancias, el esfuerzo misionero de Francisco Javier encalló de inmediato. Empezó por su ayudante japonés, Yajirô, a quien bautizó en 1548 con el nombre de Paulo de Santa Fe. Cuando Francisco Javier pidió a Yahirô, que no era teólogo, que tradujese «Todopoderoso» al japonés, Yahirô comprensiblemente usó Dainichi (versión japonesa del Buda Vairóchana), recurriendo a tradiciones budistas como la Shingon. Básicamente, Francisco Javier pasó sus primeros años presentando a hastiados japoneses al Dainichi, una todopoderosa figura budista que conocían de sobra. Cuando más tarde transcribió fonéticamente *Deus* como «Deusu», los monjes budistas se burlaron de la nueva religión haciendo que sonase como *dai uso*, que significa «gran mentira». A pesar de estos reveses humorísticos, Francisco Javier hizo algunos progresos entre los paganos japoneses. Convirtió a 150 almas en Satsuma, 100 en Hirado y 500 en Yamaguchi. Más tarde culparía de su total falta de éxito en Japón a los «cuatro pecados» de los japoneses: negación del Dios verdadero, sodomía, aborto e infanticidio.

Pero problemas muchos peores que la sodomía amenazaban a Japón. Los primeros misioneros descubrieron un Japón sumido en medio de un cataclismo político: el periodo de los Estados en guerra (1467-1590). Probablemente, era inevitable que los portugueses y otros europeos se enredasen en las violentas intrigas políticas de los Estados guerreros. El misionero João Rodrigues comentó la agitación política. «Todo el reino está lleno de ladrones y salteadores de caminos y en el mar hay innumerables piratas que de continuo saquean no sólo a Japón sino también la costa de China», observó. Continuaba: «Los hombres discuten y se matan entre ellos, confiscan sus bienes si así lo deciden, de tal manera que está muy extendida la traición y nadie confía en su vecino». Rodrigues escribió

también: «El orden se desmorona aquí porque todo el mundo actúa de acuerdo con el momento y habla según las circunstancias y la ocasión». Era un momento duro para estar en Japón, un país armado gobernado por emprendedores samuráis que no servían a nadie más que a sí mismos.

No obstante, los misioneros ibéricos porfiaron. En 1570, el padre Francisco Cabral (1529-1609) se convirtió en jefe de la Compañía de Jesús. Sostenía que los portugueses debían gobernar la Compañía porque no se podía confiar en los japoneses. Creada en 1540, la Compañía desbordaba el entusiasmo misionero propio de la Contrarreforma que siguió al Concilio de Trento (1545-1563). Cabral señalaba: «Si no paramos y desistimos de admitir a los japoneses en la Compañía [...] será la razón del colapso de la Compañía, mejor dicho, del cristianismo en Japón». «No he visto otra nación tan engreída, codiciosa, inconstante y falsa como la japonesa», explicaba. Bajo Cabral, la misión logró pocos beneficios en Japón, en buena medida por su negativa a admitir japoneses en la Compañía.

El padre Alexandro Valignano (1539-1606), el siguiente responsable de la Compañía, tuvo mucho éxito tras desembarcar en Japón en 1579. Pensaba que los jesuitas tenían que asimilarse a la vida japonesa para tener éxito. «Como niños, [los misioneros tendrían] que aprender de nuevo», escribía. Un interesante ejemplo de este encuentro cultural relacionado con los europeos, sus hábitos alimentarios y el equipaje biológico con el que viajaban, en particular cerdos y vacas. Hay que imaginarse a los hambrientos religiosos sentados en torno a la mesa, con huesos esparcidos cerca de sus platos y grasa sobre sus espesas barbas, mientras disertaban en educado japonés sobre la gloria de Cristo. Los japoneses, que comían poca carne en aquella época y aún criaban menos animales, debieron sentirse horrorizados y, en un sentido espiritual, poco seducidos por los padres jesuitas. A la vista de esto, Valignano ordenó que «no se podían mantener en las residencias cerdos, cabras o vacas ni curar o vender pieles de animales, porque esas prácticas son sucias y abominables a ojos de los japoneses». En zonas como Nagasaki, que ya tenía un aire cosmopolita debido a la presencia china, la carne de animales «puede ser comida en ocasiones en nuestras residencias, siempre que esté de acuerdo con la costumbre japonesa». Insistía en la importancia de que «restos y huesos no se dejen en la mesa y que los trozos de carne no sean tan grandes que

parezcan grotescos a los japoneses». Gracias a estos esfuerzos, los misioneros habían convertido en 1590 a 130.000 japoneses.

Entre los primeros conversos había poderosos *daimyô* y ahí radican algunos de los problemas de la cristiandad. Ômura Sumitada (1533-1587) fue uno de esos señores. Fue bautizado en 1563 y, dado su establecimiento en la costa oeste de Kyushu, capitalizó el comercio con los portugueses en 1565. No transcurrió mucho tiempo antes de que la terminal del Gran Barco, que salía de Macao, se trasladase a Nagasaki y la ciudad emergiese como un asentamiento europeo. La amistad de Ômura con los portugueses se rentabilizó cuando en 1574 acudieron en su ayuda contra su rival, el señor samurái Saigô Sumitaka. Seis años más tarde, Ômura ofreció a los portugueses la autoridad administrativa de Nagasaki, que garantizó que el Gran Barco fuese recibido en los dominios de Ômura y suministró a los portugueses una base de operaciones. Una vez en Nagasaki, los miembros de la Compañía de Jesús hablaron abiertamente de fortificar la ciudad, acumular armas para su defensa y colonizarla. No sorprende que la amenaza de las incursiones portuguesas en el país divino ofendiese la sensibilidad de uno de los grandes unificadores de Japón, Toyotomi Hideyoshi (1536-1598). Inicialmente, se mostró amistoso con la nueva religión. «Me agrada todo lo que esta ley vuestra predica y no percibo otro obstáculo para convertirme en cristiano que su prohibición de mantener varias mujeres», admitió a los padres. E intentó engatusarles: «Si fuera flexible en ese punto, me haría cristiano». Pero el estatus de Nagasaki se entremezcló con otros problemas relativos a los europeos, más en concreto con la naturaleza de la relación económica con China y el comercio de la plata.

JAPÓN Y EL COMERCIO GLOBAL DE PLATA

La llegada de los portugueses hizo algo más que alterar el panorama espiritual de Japón. También tuvo importantes consecuencias científicas y medioambientales. Como hemos visto, en el Nuevo Mundo los portugueses y otros europeos habían desarrollado enormes minas como parte de sus proyectos coloniales. Los amerindios trabajaban como esclavos en esas minas, inyectando inmensas cantidades de plata en las venas de la economía

del mundo moderno. Los señores de los Estados guerreros en Japón, conscientes de los potenciales beneficios, desarrollaron estos recursos para ellos mismos. Resulta interesante que se convirtiese en un patrón familiar en la experiencia de colonización indirecta en Japón. Hasta la ocupación estadounidense (1945-1952), las botas militares occidentales no habían puesto pie en suelo japonés, pero los japoneses, persuadidos por los modos de proceder occidentales, iniciaron cambios por su cuenta. Con la llegada de los europeos, descubrieron enseguida que la plata era lo que hacía girar el mundo moderno y los señores de la guerra estuvieron dispuestos a financiar las guerras endémicas en Japón mediante el comercio de plata con China. Los portugueses, junto con una variopinta serie de gentes del mar, sirvieron de intermediarios en la conexión de la plata en el siglo XVI.

A inicios del siglo XVI, los emprendedores señores de los Estados en guerra abrieron varias minas importantes. No se trataba sólo de más minas que incrementaban la producción de oro y plata de Japón, sino de mejores tecnologías de colado y fundición que permitían extraer y exportar a China más plata. Las cifras son asombrosas: la producción de oro y plata en Japón en el siglo posterior a la llegada de los portugueses no fue superada hasta finales del siglo XIX, cuando el mercado global dispuso de tecnologías mejores para la explotación minera. El comercio de plata y oro entre China y Japón dependía fundamentalmente de las tasas de cambio de ambos metales. Como en China la plata seguía siendo entre siete y diez veces más cara que el oro, los japoneses exportaban plata, y China la demandaba. Durante la dinastía Ming, la plata había comenzado a reemplazar al dinero en papel y la política impositiva de la Reforma del Látigo Único de 1581 determinó que los impuestos ya no se pudieran pagar en especias sino en plata. Como consecuencia, casi todos los ingresos Ming se acumulaban en plata bajo una u otra forma. Lo irónico es que justo cuando los funcionarios Ming empezaron esas reformas, la producción en las minas de plata chinas declinó. Por consiguiente, las minas del Nuevo Mundo tomaron el relevo. Comerciantes de armas holandeses y financieros ingleses e italianos hicieron de intermediarios con lucrativos resultados. Se cree que aproximadamente tres cuartas partes de la plata del Nuevo Mundo fueron a parar a China, al igual que la plata japonesa.

Los asuntos comerciales se complicaron. Desde 1371, el único vínculo oficial entre la China Ming y Japón había sido el comercio «autentificado»,

lo que significaba que sólo los emisarios oficiales japoneses podían comerciar en el contexto del sistema tributario chino. No obstante, el caos de la Guerra Ônin había destruido los últimos vestigios de las relaciones oficiales con China y la última misión para rendir tributo de los Estados guerreros visitó a las autoridades Ming en Ningho en 1549. Poco después de esto, floreció un comercio ilegal entre Japón y China. Piratas como el brabucón Wang Zhi se hicieron ricos robando plata y oro entre Japón y la península malaya hasta su ejecución en 1557. A causa de las políticas comerciales Ming, poco después de su llegada a Tanegashima los portugueses se vieron envueltos en el comercio de plata con China. Los galeones portugueses transportaban plata, armas, azufre y otras mercancías a China, a cambio de seda, salitre, porcelana y mercurio. A partir de 1550, normalmente un solo galeón hacia el viaje anual, pero el control del puerto de visita del llamado «Gran Barco» se volvió de suma importancia para los señores de los Estados guerreros del sur.

Como hemos visto, Nagasaki, anteriormente un pequeño pueblo controlado por el yerno de Ômura Sumitada, se había convertido en ese puerto para los galeones portugueses en 1571. En 1580 Nagasaki estaba ya en manos de los portugueses. Rápidamente, la ciudad se vio inmersa en la competencia entre los señores de los Estados guerreros del sur y, debido a eso, los asuntos de Nagasaki captaron la atención de Toyotomi Hideyoshi (1536-1598) en 1588. Confiscó la ciudad portuaria y la puso a cargo de sus lugartenientes. Hideyoshi estaba interesado en el Gran Barco, pero también creía que la recién importada religión ofendía a las deidades budistas y sintoístas nativas. En cierto sentido, los misioneros representaban una amenaza nacional, dadas las fuertes conexiones entre Japón y sus dioses. Tras entrevistarse con Gaspar Coelho en 1587, Hideyoshi dictó el primer edicto de expulsión. Escribió que, debido a la actividad misionera, «se había producido una violación de la ley budista en esa circunscripción del Sol. No se puede permitir que [los padres] permanezcan en suelo japonés. En el plazo de 20 días deben hacer los preparativos y volver a su país». Después del Incidente del *San Felipe* (1596), en el que el galeón del mismo nombre de los franciscanos españoles, que hacía el provechoso viaje a través del Pacífico entre Manila y Acapulco, fuese hundido en la costa japonesa, la situación para los europeos y sus conversos se deterioró. Entre la carga había armas, lo que apuntaló las sospechas de Hideyoshi de que los

frailes representaban una primera oleada de colonialismo ibérico. Hideyoshi confiscó el lucrativo cargamento y, por recomendación de su consejero Ishida Mitsunari (1560-1600), ordenó que los frailes y sus seguidores fueran ejecutados. Los hombres de Hideyoshi mutilaron los rostros de 26 franciscanos y les obligaron a caminar hasta Nagasaki para ser crucificados. Estos mártires serían conocidos como los «Veintiséis santos». Mientras marchaban hacia Nagasaki, «esperaban constantemente un milagro de *Deus*, observaban el cielo, contemplaban las montañas, pero no hubo ni trazas de milagro», cuenta un documento en contra de los cristianos.

En una carta que Hideyoshi escribió al virrey de las Indias, justo antes de su muerte, acusaba a los europeos de pretender destruir la «justa ley» del sintoísmo, el budismo y el confucianismo enseñando «herejías» y las doctrinas «irracionales e inmorales» del cristianismo. La carta expone los temores del señor de la guerra. Los religiosos que habían llegado a Japón intentaron «embrujar a nuestros hombres y mujeres», por lo que «se les ha administrado un castigo». Advertía que si aparecían más misioneros, «serían destruidos». Hideyoshi, para entonces señor del reino, tenía la firme convicción de que el cristianismo era una amenaza para Japón.

Aunque la paciencia japonesa con los misioneros cristianos aumentó y decayó entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII, el *bakufu* Edo (1603-1868) continuó adoptando enérgicas medidas contra los padres y los conversos japoneses. En 1623, Tokugawa Iemitsu (1604-1651), el tercer *shogun*, quemó en la hoguera a 50 cristianos en la capital de Edo. Este incidente, y otros parecidos, dieron paso a la brutal erradicación del cristianismo de suelo japonés a inicios del siglo XVII, caracterizada por una meticulosa caza de conversos a los que se obligaba a apostatar. A cargo de este proceso estaba Inoue Masashige (1585-1662), un funcionario del *bakufu* Edo, que perfeccionó métodos como el *fumie*, o «pisotear la imagen»: los sospechosos de ser creyentes tenían que pisar una imagen sagrada. Inoue escribió lo siguiente sobre el método para dejar al descubierto a los cristianos: «Cuando se les hace pisar la imagen de *Deus*, las mujeres y las viejas se muestran agitadas y se les enrojece la cara; se arrancan sus tocados de la cabeza; su respiración se transforma en un ronco jadeo; les brota el sudor». Si se mostraban remisos, se les obligaba a apostatar con técnicas tan horrendas como el *anatsurushi*, en el que la víctima era colgada cabeza abajo en un pozo de excrementos. Se abría un

agujero en la frente de la víctima para inducir el sangrado del cerebro. A la víctima se le dejaba una mano libre para señalar que había abandonado la fe. Al concluir la Rebelión Shimabara (1637), en la que un líder mesiánico, Amakusa Shirô (1621-1638), había encabezado un grupo variopinto de campesinos contra el señor de Shimabara, Matsukura Katsuie (1598-1638), desplegando símbolos cristianos por el camino, los *shogun* Tokugawa pudieron declarar el país libre de cristianos, salvo por pequeñas bolsas clandestinas.

Los historiadores subestiman el legado de las campañas de erradicación del cristianismo en Japón durante el siglo XVII. Para empezar, podríamos especular que a finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX otra razón para que Japón se librase del asalto del imperialismo europeo fue la falta de una presencia misionera arraigada. Al menos dos de los más brutales y desestabilizadores acontecimientos durante el siglo XIX en China, la Rebelión Taiping (1850-1864) y la Rebelión Boxer (1899-1901), de los que la dinastía Qing nunca se recuperó, guardaban conexión con la actividad misionera. La supresión de los cristianos también definió la postura japonesa hacia el mundo exterior durante siglos. El aislamiento de Europa se convirtió en una de las piedras angulares de la autoridad Tokugawa. Bajo los *shogun* Tokugawa, Japón limitó su comercio exterior a intercambios políticamente valiosos a través de cuatro ventanas al mundo: el comercio de Tsushima con Corea, el de Satsuma con el reino Ryukyu (Okinawa), el comercio de Nagasaki con chinos y holandeses, y el de Matsumae con Ezo (ainu).

Tras la expulsión de los cristianos, Japón no se aisló –lo que los historiadores denominan *sadoku*, o «país cerrado»–, sino que reconfiguró las relaciones exteriores de una forma que beneficiaba estrictamente a la formación del Estado y el comercio Tokugawa. Cuando embajadas de Corea y Ryujyua visitaron Edo, se trató de representaciones cuidadosamente orquestadas por el poder político Tokugawa. Los coreanos, por ejemplo, acudieron al santuario de Tôshôgu, un mausoleo dedicado a Tokugawa Ieyasu (1543-1616), para rendir homenaje al deificado progenitor de la familia Tokugawa. Estaba claro para todos los que asistían a esos eventos y contemplaban los exóticos ropajes extranjeros de los embajadores, que el poder de Tokugawa se extendía más allá de las fronteras de Japón hasta distantes países. El *bakufu* Edo obligaba a los

enviados a lucir atuendos exóticos, pese a que reformadores Ryukyu como Sai On (1682-1761) quisieron asimilar el reino isleño a las ideas y costumbres japonesas medio siglo después de que el dominio de Satsuma saquease su país en 1609. Estas visitas extranjeras demostraron ser tan valiosas que, cuando los emisarios Ryukyu acudían a Edo, las autoridades les hacían vestir trajes nativos, para que los cada vez más asimilados isleños de Ryukyu no fuesen confundidos con japoneses. En otras palabras, los encuentros con extranjeros, ya fuesen misioneros ibéricos, coreanos o ainu del norte, dibujaban fronteras étnicas en torno a Japón, no arraigadas en teorías de raza, sino en las diferencias de costumbres que separaban a la gente, como estilos de peinado, ropa e idioma. Hasta hoy, son algunas de las formas importantes en que los japoneses se definen a sí mismos y a su cultura y se diferencian los unos de los otros.

LA HERENCIA INTELECTUAL DEL ENCUENTRO EUROPEO

En 1552, Francisco Javier escribía a Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la Compañía, que los reclutados para la misión en Japón debían estar «familiarizados con fenómenos cósmicos, porque a los japoneses les entusiasmaba escuchar las explicaciones de los movimientos planetarios, los eclipses solares y las fases crecientes y decrecientes de la luna». Esto se debía a que «todas las explicaciones de filosofía natural atraen poderosamente las mentes de esta gente». De hecho, en el siglo XVI los japoneses se ocupaban de un cosmopolita conjunto de ciencias, principalmente el neoconfucianismo de China y las interpretaciones budistas del cosmos procedentes de India. Los japoneses escudriñaban tablas relacionadas con astrología, astronomía y estudios del calendario. Estos últimos habían sido dominio tradicional de la familia Kamo de Kioto. En 1414, por ejemplo, el astrónomo de la corte Kamo no Arikata publicó el *Rekirin mondôshû* (Colección de diálogos sobre el calendario), una importante obra con extensas referencias a la cosmología china, el neoconfucianismo y el budismo. Las descentralizadoras fuerzas del periodo de los Estados en guerra asistieron a la creación de distintos calendarios en todo Japón, aunque muchos se seguían basando en tablas astronómicas importadas de China en el siglo IX. La astrología y los calendarios

continuaban siendo populares en este periodo por los pronósticos que prometían en una era de incertidumbre extrema y caos político, no muy diferentes de la guía filosófica ofrecida por el *Dao De Jing* durante el periodo de los Reinos Combatientes chinos (475-221 a.E.C.).

El año que los portugueses llegaron a Tanegashima estaba teniendo lugar en Europa una revolución científica. En 1543 el astrónomo renacentista Nicolás Copérnico (1473-1543) había publicado *De revolutionibus orbium coelestium* (Sobre las revoluciones de los orbes celestes), sustituyendo la explicación geocéntrica de Ptolomeo por una heliocéntrica. Más adelante, a comienzos del siglo XVII, Galileo Galilei (1564-1642) consiguió las lentes de telescopio que necesitaba para realizar sus revolucionarios descubrimientos. En otras palabras, aunque la ciencia europea que los portugueses llevaron a Japón estaba quedando rápidamente desfasada, tuvo pese a todo un persistente impacto.

Para empezar, enfrentó a los japoneses con la idea de un planeta esférico. En gran medida a causa de la ciencia neoconfuciana china, los japoneses pensaban que la Tierra era plana y formaba parte de una serie de planos apilados jerárquicamente, como estantes de libros. Como hemos visto, el hecho de que el cielo estuviese encima de la Tierra aportó la imaginería natural que el príncipe Shôtoku desplegaba en la «Constitución de los diecisiete artículos». Más tarde, en un famoso debate en 1606 entre el sabio neoconfuciano Hayashi Razan (1583-1657) y Fucan Fabian, un antiguo monje budista, la naturaleza esférica de la Tierra fue tema de mucha discusión. Fabian proclamaba que la Tierra era redonda, con cielos encima y debajo, y que uno podía navegar alrededor del mundo y terminar en el punto del que había salido. Razan, un buen neoconfuciano, articulaba una imagen ordenada y jerárquica de la Tierra, como estanterías vacías, con el cielo arriba. Por lo tanto, la Tierra no podía ser esférica. A pesar del valeroso esfuerzo de Fabian, el concepto de la Tierra esférica nunca caló en la conciencia japonesa premoderna, probablemente porque los europeos y su ciencia en rápido avance tuvieron una corta estancia en Japón y una influencia limitada.

Los jesuitas publicaron un calendario solar mientras estuvieron en Japón, pero servía sobre todo como guía de observancia cristiana. El calendario náutico portugués, con tablas de declinación solares, demostró ser más valioso, y los marineros japoneses aprendieron a usarlas para sus

propios fines. En 1618, Ikeda Koun, en el *Genna kôkaisho* (Tratado de navegación de la era Genna, 1615-1624) extraía elementos prácticos de navegación europea. Contenía descripciones de cómo usar un astrolabio, un cuadrante y otros instrumentos básicos para la navegación, así como instrucciones para calendarios náuticos solares y cartas de navegación. Como parte de este bagaje tecnológico, los europeos también descubrieron a Japón los relojes mecánicos, que empezaron a producir (sin los frontales acristalados) junto con cuadrantes y astrolabios. No obstante, los relojes continuaron siendo un objeto de lujo durante siglos.

Bajo la supervisión de un inglés llamado William Adams (1564-1620), que había llegado a Japón en 1600 a bordo de un buque holandés, se construyeron dos tipos de embarcaciones de estilo occidental por orden del *shogun*. El más grande fue un barco de 120 toneladas, prestado al antiguo gobernador general de Filipinas después de que el suyo naufragara en 1606 en la costa próxima a Edo de camino a México. El *Santa Buenaventura*, manejado por una experta tripulación japonesa, realizó el viaje con éxito unos años más tarde. Date Masamune (1567-1636), señor de Sendai, poseía una embarcación de 500 toneladas construida bajo dirección de un español, que llevó como enviado a Roma a su servidor, Hasekura Tsunenaga (1571-1622). El barco cruzó el Pacífico hasta México y retornó a Filipinas en 1616, donde fue adquirido por los españoles y pasó a formar parte de su flota. El trotamundos Hasekura descubrió un nuevo paso de Filipinas a Japón. No deja de ser interesante que el periodo de tiempo que va de la llegada de los portugueses en 1543 a 1640, fecha en que los *shogun* impusieron una estricta «prohibición marítima», ha sido descrito por algunos historiadores como el «siglo cristiano». Sería mejor describirlo como un siglo global para Japón, en el que brotaron «ciudades japonesas» por todo el Sudeste Asiático y las embajadas cruzaron el Pacífico. Japón estuvo expuesto a un amplio surtido de religiones, ideologías, ciencias y tecnologías que, directa e indirectamente, configuraron su desarrollo cultural y político.

Durante este siglo global, Japón hizo gala de una mentalidad extraordinariamente abierta ante las nuevas tecnologías. En el siglo XV, tras la importación de pólvora desde China, los europeos fabricaron el primer arcabuz, un primitivo mosquete que, como veremos en el siguiente capítulo, desempeñó un papel decisivo en la unificación de Japón a finales del siglo

XVI. Inmediatamente después de que los portugueses desembarcasen en Tanegashima, los japoneses compraron dos arcabuces y los herreros comenzaron a reproducirlos. Con el tiempo, los fabricantes de armas japoneses produjeron miles de mosquetes, que se convirtieron en mercancías exportables al Sudeste Asiático. En resumen, poco después de que los japoneses vieran su primer arcabuz, ya eran comerciantes internacionales de armas, además de participar en actividades comerciales en el sur de Asia.

Aunque los mosquetes y la primera artillería tuvieron un impacto en el panorama militar y político de Japón en el siglo XVI, el cristal y las lentes europeas se convirtieron en un importante elemento de la cultura japonesa y provocaron cambios epistemológicos en el modo en que los japoneses veían el mundo que los rodeaba. Desde el primer momento de este contacto con Europa, Japón empezó a construir su propia versión de la cultura occidental, una versión que implicaba fundamentalmente nuevas formas de ver influidas por las lentes de cristal. El nuevo enfoque resultó menos sináptico y más minucioso, una mirada analítica firme y enfocada. Aunque anteriores visiones japonesas ya involucraban conexiones externas entre las cosas, las lentes de cristal facilitaron una primera ojeada científica a sus mecanismos internos, mostrando a todos su interior, registrándolo y, eventualmente, aprovechándolo. Las lentes separaban al observador de lo que veía de una forma nueva y aportaban objetividad a la visión japonesa (figuras 8 y 9). Las lentes de cristal hacían visibles los cielos y dejaban al descubierto el mundo microscópico de las larvas de mosquito, mientras las botellas de vidrio conservaban lagartos encurtidos y las gafas permitían a la gente ver. Las implicaciones culturales del encuentro con Europa fueron multifacéticas, pero el descubrimiento del punto de vista científico, una manera novedosa y radical de mirar, tuvo una importancia perdurable para el desarrollo de la estética y la ciencia japonesas.

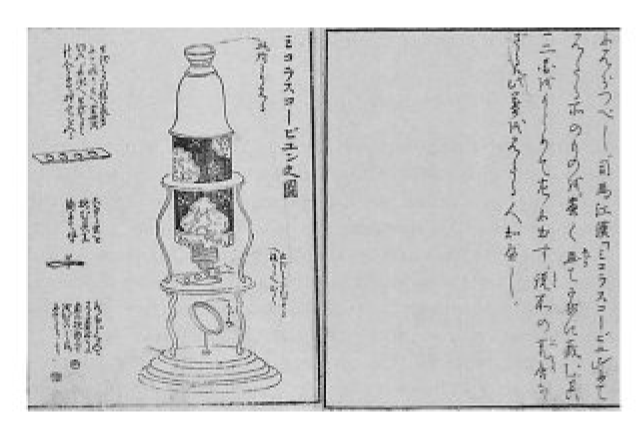


Figura 8. Representación de un microscopio de diseño europeo en *Kômô zatsuwa* (Miscelánea sobre los holandeses, 1787).

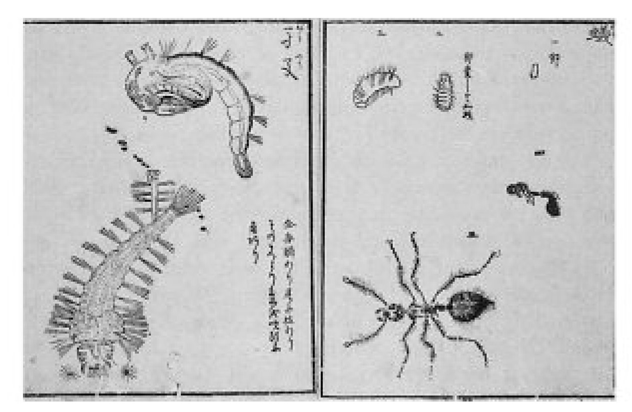


Figura 9. Representación del mundo microscópico a través de lentes de cristal de diseño europeo en *Kômô zatsuwa* (Miscelánea sobre los holandeses, 1787).

CONCLUSIÓN

Los historiadores solían considerar el periodo entre 1542 y 1640 como el «siglo cristiano» de Japón. De hecho, el cristianismo demostró ser un elemento importante del bagaje cultural llevado a Japón por los portugueses primero y luego por misioneros, exploradores, viajeros y conquistadores europeos. Además de importante, el legado del cristianismo fue perdurable y la postura geopolítica que Japón adoptó tras la expulsión de los misioneros cristianos determinó la agenda exterior japonesa hasta principios del siglo XIX, cuando comenzó, en el norte y en el sur, una oleada de intrusiones europeas y estadounidenses aún más beligerantes. Sin embargo, lo que desencadenó el encuentro inicial con los europeos en Tanegashima y

otros lugares fue el primer siglo globalizado de Japón. Los japoneses vendían armas en el Sudeste Asiático, plantaban patatas del Nuevo Mundo, exportaban plata a la China Ming y experimentaban con nuevas tecnologías, desde armas de fuego y ayudas a la navegación a teorías astronómicas y lentes. La nueva actitud geopolítica, así como la incorporación de nuevas tecnologías, en particular las militares, configuraron directamente la «era de la unificación», que volvió a centralizar la política e impulsó a Japón hacia el periodo premoderno.

6
Unificación del reino
(1560-1603)

Lo que hace tan importante el legado del encuentro de los japoneses con los europeos en el siglo XVI es que coincide con los años finales del periodo de los Estados en guerra y el nacimiento de la era de unificación (1560-1603). Durante esa época, tres ambiciosos señores de la guerra aspiraban a unificar el reino. Más o menos al mismo tiempo que los portugueses reforzaban su posición en Nagasaki, un joven guerrero iniciaba en el centro de Japón su improbable ascenso hacia la supremacía. Osa Nobunaga (1534-1582), primero de los «tres grandes unificadores», comenzó el proceso para acabar con la cultura del caos y el regionalismo medieval y unificar el reino bajo una única, si bien nunca totalmente hegemónica, autoridad *shogun*. En realidad, ninguno de los tres unificadores completó la tarea, ya que los *daimyô* continuaron imponiendo el control económico y político en los siglos XVII y XVIII. No obstante, sus logros definieron la política japonesa para futuras generaciones. La moderna nación japonesa fue un producto de modernas fuerzas que barrieron el mundo en el siglo XIX, pero también del ingente trabajo de los guerreros unificadores, ya que lucharon por reunir las piezas tras el periodo de los Estados en guerra y recomponer rápidamente un reino.

JAPONIUS TYRANNUS

Oda Nobunaga se fraguó en el crisol de violencia de los Estados guerreros (figura 10). La forja de su carácter empezó en su juventud. En 1551, su padre, Nobuhide (1510-1551), señor de Owari, murió repentinamente de enfermedad. Según el jesuita Luìs Fróis, como las oraciones de los budistas no lograban salvar a su padre, Nobunaga encerró a los monjes en un templo, les animó a rezar con más ganas y disparó a algunos con arcabuces desde el exterior para darles un estímulo. «Más les valdría haber rezado a sus ídolos con mayor devoción por sus vidas», se

cuenta que dijo. El relato del jesuita está seguramente embellecido, con sus propios perjuicios sobre la religión «pagana», pero el duro trato de Nobunaga a los sectarios budistas alcanzó más tarde mala fama. En el funeral de su padre, «avanzó impetuosamente hasta el altar, agarró con brusquedad un puñado de incienso en polvo, lo arrojó contra el altar y salió», lo que hizo que algunos miembros de la familia Oda pensasen que era demasiado excéntrico e inadecuado para gobernar el dominio Owari.



Figura 10. Oda Nobunaga por Kano Motohide, titulado *Oda Nobunaga zu* (retrato de Oda Nobunaga), Chôkôji, prefectura de Aichi, Japón.

Sin embargo, Nobunaga demostró que era bastante apto para el puesto y se libró con habilidad de muchos de sus rivales. Los principales, su tío Nobutomo (1516-1555) y su hermano menor Nobuyuki (1536-1557). Nobutomo había desafiado el ascenso de Nobunaga como señor del dominio de Owari. En 1555, con ayuda de otro tío, Nobumitsu, Nobutomo fue asesinado, lo que despejó el camino para que Nobunaga tomase el castillo de Kiyosu, baluarte de Owari. En 1556, su hermano menor Nobuyuki se rebeló contra Nobunaga con la colaboración de dos rivales señores de los Estados guerreros. Al final fue derrotado y perdonado al

intervenir su madre. En 1557, quiso eliminar de una vez por todas la amenaza de Nobuyuki: se fingió enfermo y se quejó a su madre de que Nobuyuki «no se interesaba por él». Cuando Nobuyuki visitó por fin a su hermano, supuestamente enfermo, los hombres de Nobunaga le tendieron una emboscada y le asesinaron. Por medio de tales brutales tácticas, en 1599 Nobunaga había unificado Owari bajo su autoridad.

En 1560, el poderoso señor de los Estados guerreros Imagawa Yoshimoto (1519-1560), pleno de grandiosas aspiraciones, avanzó a través del pequeño dominio de Owari de camino a la capital imperial de Kioto. Yoshimoto aseguraba que iba en ayuda del *shogun* Ashikaga, pero de hecho ambicionaba gobernar el reino. El ejército de 20.000 hombres de Yoshimoto superaba ampliamente el del joven señor de Owari, Nobunaga, e imaginó que podría cruzar sus dominios con relativa impunidad. Sin embargo, Nobunaga atacó con rapidez durante una torrencial tormenta en lo que fue conocido como la batalla de Okehazama. Sus fuerzas cogieron desprevenidos a los hombres de Yoshimoto, que celebraban prematuramente su victoria, en un estrecho desfiladero. Inconsciente de que Nobunaga le acechaba, Yoshimoto estaba inspeccionando varias cabezas cortadas. Casi sin avisar, Nobunaga golpeó, pilló a Yoshimoto en medio del caos y le separó la cabeza del cuerpo. Al final del enfrentamiento, 3.100 hombres de las tropas de elite de Imagawa yacían muertos en el barro ensangrentado. El poco convencional asalto en mitad de una tormenta personifica el talento de Nobunaga para la guerra no ortodoxa.

Pero su victoria más famosa se produjo en el castillo de Nagashino en junio de 1575. Ese año Takeda Katsuyori (1546-1582), que se había convertido en su principal rival, continuaba realizando avances en los dominios aliados de Oda, incluyendo Mikawa, base del tercer gran unificador Tokugwawa Ieyasu (1543-1616). Ieyasu había arrebatado el castillo de Nagashino a Katsuyori a principios de 1574, pero su recuperación por Katsuyori habría servido como punto de partida hacia Mikawa. Katsuyori comenzó desplegando 15.000 hombres y Nobunaga respondió enviando una fuerza de reemplazo para apoyar la defensa del castillo. Combinadas con las fuerzas de Ieyasu, las tropas de Nobunaga sumaban en torno a 30.000 hombres. Cuando la caballería de Katsuyori sitió el castillo, efectuaron cinco cargas contra una barricada que Nobunaga había levantado alrededor de la fortaleza. Tras la estructura se ocultaban los

hombres de Nobunaga, arqueros y mosqueteros con arcabuz. En la siguiente carga los hombres de Katsuyori fueron destrozados. El arcabuz jugó un importante papel en la victoria de Nobunaga y en la etapa de unificación de Japón.

Ya en 1549, sólo seis años después de la llegada de los portugueses, Nobunaga encargó 500 arcabuces a los fabricantes de armas japoneses. En referencia a un señor de los Estados guerreros, otras fuentes señalan: «Sus vasallos de todas partes se entrenaban con la nueva arma». Teniendo en cuenta su activo negocio de exportación de armas en la época medieval, no resulta sorprendente que Japón adoptase y fabricase arcabuces. En 1483 los japoneses exportaron unas 67.000 armas de filo sólo a China. Algo más de un siglo después, un mercader italiano mencionaba la gran exportación de «armas de todos los tipos, tanto ofensivas como defensivas, de las que imagino que este país posee un suministro más abundante que ningún otro en el mundo». De hecho, durante el periodo de los Estados en guerra, Japón era un país fuertemente armado. Los aceros japoneses estaban entre los mejores del mundo. Como explicaba un holandés, las espadas japonesas «están tan bien hechas y tan excelentemente templadas, que cortarían por la mitad nuestras hojas *europeas*».

Nobunaga utilizó en Nagashino arcabuces hechos en Japón. Sobre las tácticas de Nobunaga, las fuentes explican que «durante esta acción desplegó en tres hileras a 3.000 mosqueteros, que habían sido entrenados para disparar descargas con el objetivo de mantener una cortina de fuego constante». Aunque muchos generales pidieron arcabuces cuando la invasión japonesa de Corea de 1592 empezó a atascarse, Japón dejó poco a poco de producirlos por una compleja serie de motivos que tenían que ver con la cultura samurái. Las espadas habían llegado a poseer un valor simbólico crucial para el samurái, simbolismo que ponían en peligro los arcabuces, que mataban deshonrosamente a distancia. Pese a ser cruciales en la unificación de Japón del siglo XVI, la producción de armas de fuego cesó a medida que se aproximaba el siglo XVII. El rechazo del Japón premoderno a las armas de fuego lo hizo tecnológicamente vulnerable en el siglo XIX.

En la última fase del Japón medieval, los rivales de los Estados guerreros y miembros de las familias no eran los únicos que amenazaban los planes de Nobunaga para unificar el reino. Como hemos visto, los

sectarios budistas emergieron como poderosos actores no estatales en el ámbito político descentralizado del Japón medieval. La disputa de Nobunaga con los monjes de Enryakuji empezó en 1569, cuando confiscó tierras que pertenecían a los monjes Tendai, una medida que los puso en contra del señor de la guerra. Se sabe que Nobunaga atemorizaba y despreciaba al budismo organizado; en parte, culpaba a los monjes budistas de la muerte de su padre. Los monasterios, que habían alcanzado importancia política y militar en el caos del periodo de los Estados en guerra, se interponían abiertamente en el camino de la unificación. También sabemos que los monjes Tendai se aliaron de forma imprudente con los archienemigos de Nobunaga, Asai Nagamasa (1545-1573) y Asakura Yoshikage (1533-1573). En 1571 atacó a los monjes Tendai del monasterio de Enryakuji en el monte Hiei, justo en las afueras de Kioto. Los 30.000 hombres de Nobunaga mataron a 3.000 monjes durante la contienda. Cinco días después del asalto, el jesuita Luìs Fróis (1532-1597) narraba la brutalidad de la furia de Nobunaga. Tras saquear el complejo de Enryakuji, «Nobunaga mandó a muchos arcabuceros a los montes y bosques para dar caza a los bonzos [monjes] que allí pudieran ocultarse. Los soldados no debían perdonar a nadie y ejecutaron esta orden sin demora». Nobunaga no quedó satisfecho con atrapar simplemente a los monjes Tendai y a sus familias. «Como quería aplacar su sed de venganza todavía más y así fortalecer su reputación», prosigue Fróis, «ordenó a todo su ejército devastar de inmediato las viviendas de los bonzos que quedaban en pie y prender fuego a los aproximadamente 400 templos» del famoso complejo Enryakuji en el monte Hiei. La eliminación de Enryakuji dejó un vacío de poder que Nobunaga, como vencedor, enseguida llenó. Confiscó las tierras y las distribuyó entre sus siervos, incluido uno de sus favoritos, Akechi Mitsuhide (1528-1582).

Tres años más tarde Nobunaga declaró la guerra a los monjes Ikkôshû de la secta Honganji (Verdadera Tierra Pura), después de que intentaran erigir un dominio gobernado por el campesinado en Echizen. Obviamente, esta visión igualitaria desafiaba los proyectos de Nobunaga. También lo hicieron sus provocaciones cuando movilizaron fuerzas y rompieron una frágil tregua con el irascible Nobunaga en abril de 1574. Nagashima, bastión de la secta de Ikkôshû, estaba situado en un cruce de ríos que desembocan en la bahía de Ise del mar Interior. En ese dominio lleno de

agua, los sectarios se habían enfrentado a Nobunaga en el pasado. Esta vez, levantó barricadas alrededor de los principales complejos de Nagashima y encerró dentro a los miembros de la secta. A continuación, arrasó las construcciones, pero no sin antes conducir a 20.000 hombres, mujeres y niños hasta el interior para que ardiesen. Dado que otros 20.000 habían muerto de hambre durante el asedio de Nobunaga, esto eleva el número de bajas a unos 40.000. Nobunaga parecía decidido a exterminar a los sectarios. Al inicio de la campaña, escribió que los sectarios de Ikkôshû «realizan todo tipo de súplicas, pero ahora que deseo acabar por completo con ellos, no perdonaré sus crímenes». Una vez que quedaron atrapados, mandó a sus lugartenientes «matar a hombres y mujeres por igual», orden que llevaron a cabo con pericia.

Fuera del campo de batalla Nobunaga obtuvo idénticos beneficios. Mientras estaba en Kioto, empezó a socavar lentamente lo que quedaba de la autoridad Ashikaga insistiendo en que le consultasen en lo referente a la política nacional. Un edicto explicaba: «En el caso de que haya asuntos que ordenar a las provincias a través de las directivas [de Yoshiaki], Nobunaga debe ser informado y su carta [de confirmación] añadida». Otro edicto reforzaba todavía más este punto: «Dado que los asuntos del reino han sido por completo confiados a Nobunaga, todas las sentencias deben ser dictadas –conciernan a quienes conciernan– de acuerdo con sus opiniones y sin consultar al *shogun*». Está claro que el *shogun* Yoshiaki se encontraba marginado de los círculos de toma de decisiones. En 1573, los temas que tenían que ver con el impotente *shogun* llegaron a un punto crítico: escribió una carta a Takeda Shingen que animaba al enemigo mortal de Nobunaga a «emprender acciones militares y a esforzarse sin descanso por la paz del Estado». Asimismo, parecía que Yoshiaki hacía preparativos para dejar el castillo Nijô, su residencia en Kioto.

Alarmado ante la perspectiva de que sus enemigos pudieran estar adoptando medidas y que Yoshiaki se dispusiera a huir al exilio, Nobunaga despachó una importante misiva, la famosa «Reconvención», al *shogun* títere acorralado. En ella reprendía al *shogun* por apoyar a advenedizos políticos, probablemente una velada alusión a Takeda Shingen. Si el *shogun* respaldaba a recién llegados en detrimento de sus viejos partidarios, «entonces la distinción entre leal y desleal desaparece. El público considera que eso no está bien». En la «Reconvención» se preguntaba por qué el

shogun estaba vendiendo arroz al tiempo que se disponía a dejar el castillo Nijô. «Cuando el *shogun* almacena oro y plata, y abandona su residencia ante el menor rumor, no es de extrañar que hasta el estrato social más bajo interprete esto como un signo de que el *shogun* quiere abandonar la capital». Lo que hace tan importante la «Reconvención» es su referencia al «populacho». Yoshiaki había traicionado la confianza pública y, por tanto, había perdido legitimidad para gobernar el reino. Que el «público» manejase nociones de legitimidad política era algo nuevo para el discurso político japonés.

En marzo de 1573, Yoshiaki estableció una alianza con los enemigos de Nobunaga que provocó la cólera del señor de la guerra. El mes siguiente Nobunaga intentó razonar con Yoshiaki, pero fue desairado. Como escribió a Tokugawa Ieyasu acerca de sus próximas acciones: «No tengo más opciones». Redujo buena parte de Kioto a cenizas. Un observador en la ciudad escribió: «Toda la zona alta de Kioto ha sido arrasada y no queda en pie una sola casa». Los residentes en la parte baja pagaron a cambio de su vida llenando los cofres de Nobunaga. Las fuerzas de Nobunaga rodearon luego Nijô para convencer al impotente *shogun* de que firmase la paz. El encuentro decisivo se produjo en agosto de 1573, cuando las tropas de Nobunaga cruzaron el lago Biwa y sorprendieron a las guarniciones de Yoshiaki en Nijô. Cuando vieron el tamaño del ejército de Nobunaga, «todos se fueron al campamento de Nobunaga» y en cuestión de días Yoshiaki fue localizado. Nobunaga «le perdonó la vida» y fue exiliado de la capital. Se convirtió en el «*shogun* mendigo», que puso fin a siglos de gobierno de los Ashikaga de Kioto.

Las relaciones de Nobunaga con la corte también resultaron espinosas. Con frecuencia hacia esperar a los enviados antes de recibirlos, a veces durante días. A menudo, esas demoras se justificaban con que Nobunaga estaba «descansando». En mayo de 1582, los mensajeros imperiales hicieron una visita a Nobunaga con intención de ofrecerle el título de regente o *shogun*, en reconocimiento por la conquista de tantas tierras y la expulsión de Yoshiaki. «La conquista de Kantô es una espléndida hazaña», proclamó el representante de la corte, «así que se ha decidido nombrarle [a Nobunaga] *shogun*». Durante dos días Nobunaga se negó a reunirse con los enviados, lo que planteó la cuestión de si deseaba trabajar dentro del marco tradicional de la autoridad política japonesa (o sea, la aceptación de títulos

imperiales). Hombres poderosos antes que él –Fujiwara no Michinaga, Minamoto no Yoritimo y otros regentes y *shogun*– habían aceptado títulos imperiales para legitimizar su gobierno. Sin embargo, Nobunaga aspiraba a un marco monárquico completamente nuevo en que él fuese el centro divino. Un ejemplo de esta aspiración fue la construcción del castillo de Azuchi, que Nobunaga había levantado en 1579. El castillo llegó a ser el mayor símbolo del poder militar en Japón. Como observaba un misionero: «En lo alto de la colina, en medio de la ciudad, Nobunaga construyó su palacio y castillo, que en lo que atañe a su arquitectura, fuerza, riqueza y grandeza bien puede ser comparado con los edificios más importantes de Europa». En algunos aspectos, Azuchi era el gran teatro de Nobunaga para ensayar y representar un nuevo tipo de autoridad política, con iconos religiosos y militares que simbolizaban su incipiente autocracia.

Nobunaga gobernó sobre sus aterrorizados vasallos con puño de hierro. Solía hablar de «regimentalizar el reino». Animaba a sus subalternos a practicar la austera «vía del guerrero». Imponía severas exigencias incluso al más leal de sus subordinados y los resituaba con frecuencia, como «plantas en macetas» para mantenerlos política y militarmente desequilibrados. Su sello personal, unido a todos los documentos del reino, decía: «Someter el reino con fuerza militar», una frase que resume nítidamente su punto de vista sobre el gobierno. No obstante, el duro trato a sus vasallos le pasó factura. En 1582, mientras se hallaba en el templo de Honnôji, uno de sus vasallos, Akechi Mitsuhide, sitió el templo y obligó a Nobunaga a suicidarse. Tras quemar Honnôji, Mitsuhide volvió su atención hacia el heredero de Nobunaga, Nobutada (1557-1582), que se encontraba cerca, y lo mató también. Con esto Mitsuhide pretendía «matar a Nobunaga y convertirse en señor del reino».

Nobunaga murió a los 48 años, víctima de la misma violencia que había caracterizado su gobierno. Su vasallo y sucesor, Hideyoshi, aunque nacido también en el crisol del periodo de los Estados en guerra, tenía un visión ligeramente distinta de la unificación, una que tendría un legado perdurable. Hideyoshi provenía de una modesta familia, por lo que su ascenso es sorprendente. Él, más que ninguna otra figura, puede ser descrito como un producto de la movilidad social que caracterizó la etapa medieval, algo que cuajó en el siglo XVI gracias a su incansable trabajo.

MINISTRO GENEROSO

Cuando Nobunaga fue asesinado, Hideyoshi se encontraba en el norte guerreando con la familia Môri en el castillo de Takamatsu. Se dio cuenta de que dicho castillo se asentaba de modo precario en un emplazamiento justo por encima del nivel del mar, así que empezó a diseñar diques y canales para desviar el agua hacia el castillo en un intento de anegar a los Môri. Balanceándose en torretas instaladas en barcazas flotantes, los mosqueteros de Hideyoshi se prepararon para la huida del reblandecido enemigo. De haber vivido lo suficiente, Nobunaga se habría reunido con Hideyoshi en el castillo de Takamatsu para liderar lo que consideraba una campaña decisiva en el oeste de Honshu. Todo había sido calculado a la perfección, salvo la muerte de Nobunaga.

Cuando Hideyoshi recibió la noticia de la muerte de Nobunaga, cerró discretamente un acuerdo de paz con los Môri y en seis días desmontó el campamento y se dirigió con sus tropas a marchas forzadas a Himeji, a unos 113 km. Allí, con ayuda de otros aliados de Oda, Hideyoshi derrotó a los hombres de Mitsuhide al sudoeste de Kioto. La cabeza de Mitsuhide volvió a las humeantes ruinas de Honnôji, donde fue exhibida como macabra lección. A la victoria de Hideyoshi siguió en 1582 la Conferencia de Kiyosu, celebrada en la plaza fuerte original de Nobunaga y convocada para nombrar a su sucesor. Estaban presentes la mayoría de los aliados de Oda, menos Tokugawa Ieyasu y Sassa Narimasa (1536-1588), que decidieron vigilar sus territorios con diligencia en lugar de asistir. La muerte del designado como sucesor de Nobunaga, Nobutada (1557-1582), había complicado la elección. Los miembros de la conferencia estaban divididos entre Hideyoshi, que proponía a Oda Sanbôshi, y Shibata Katsuie, partidario de Oda Nobutaka (1558-1583).

La conferencia de Kiyosu se disolvió sin una resolución y el siguiente invierno Hideyoshi se enfrentó al formidable Shibata Katsuie y sus aliados en los campos cubiertos de nieve al norte del lago Biwa. El ingenioso Shibata derrotó con contundencia a las guarniciones de Hideyoshi en Ômi. En respuesta, Hideyoshi cubrió 52 km con sus tropas en seis horas durante la noche para desafiar en persona a Shibata en la batalla de Shizugatake. En una carta escribió: «Es hora de decidir quién gobernará Japón». Hideyoshi, que era un maestro de la táctica, venció a Shibata que, dentro de la mejor

tradición guerrera, se suicidó ritualmente a la vista del enemigo como ejemplo para futuras generaciones, después de acabar con su esposa, que era hermana de Nobunaga. Así describe el momento un cronista:

> Katsuie subió al noveno piso de su torreón, dirigió unas palabras a los allí reunidos y manifestó su intención de matarse para servir [como ejemplo] a generaciones venideras. Sus hombres, profundamente conmovidos, derramaron lágrimas que empaparon las mangas de sus armaduras. Cuando todo quedó tranquilo en el este y el oeste, Katsuie apuñaló a su mujer, a sus hijos y a otros miembros de su familia, y luego se abrió el estómago junto a 80 sirvientes.

Tras la terrible muerte de Shibata, Hideyoshi pudo centrar su atención en otros temas militares más allá de los territorios de Nobunaga.

En 1585 atacó a Chôsokabe Motochika (1538-1599) en la isla de Shikoku y a Sassa Narimasa en la provincia de Etchû ese mismo año. Como sus predecesores, atacó a los monjes budistas, más concretamente a los Shingon de Negoro y a los seguidores de la secta Jôdo Shinshû de Saiga. Previno a los monjes frente a una mayor militarización: «Los monjes contemplativos, sacerdotes del mundo y otros no han sido prudentes en sus estudios religiosos. La fabricación o posesión de armas, mosquetes y similares es algo traicionero y perverso». En 1587, lanzó la mayor empresa militar de su generación, si exceptuamos su posterior invasión de Corea: la campaña de Kyushu. Con una fuerza estimada de 250.000 hombres, Hideyoshi superaba a Shimazu Yoshihisa (1533-1611). Este se vio obligado a rendirse en el campamento de Hideyoshi, convertirse en sacerdote y renunciar a la política. Tres años más tarde, Hideyoshi avanzó hacia el norte contra Hôjô Ujimasa (1538.1590). En sólo ocho años, Hideyoshi expandió enormemente su territorio y se transformó en *primus inter pares* entre los señores de los Estados guerreros.

Fueron los triunfos en la batalla los que otorgaron a Hideyoshi su poder. Sin embargo, dado su humilde origen, le resultó difícil conseguir la legitimidad política. Entre 1583 y 1590, Hideyoshi empezó a construir el castillo de Osaka, una fortificación grandiosa diseñada para irradiar su poder en la sociedad guerrera. También edificó el lujoso palacio Jurakudai en Kioto. En 1588, para demostrar que ocupaba el pináculo de aquella sociedad de guerreros, Hideyoshi organizó un desfile imperial con el emperador Go-Yôzei (1571-1617), que le visitó en su nuevo palacio. Para

festejar la ocasión, ambos intercambiaron poemas sobre el pino, un símbolo de longevidad.

Hideyoshi también desmanteló lentamente el orden medieval caracterizado por la movilidad social, que lo había propulsado al poder. El mismo año que Hideyoshi recibió al emperador Go-Yôzei en el palacio de Jurakudai, ordenó la legendaria «caza de la espada» al objeto de desarmar a los samuráis del país y los campesinos armados, forzándolos a escoger entre vivir como samuráis en las fortalezas o como campesinos en el campo. La persistencia de límites poco claros entre campesinos y samuráis fue responsable en parte del caos durante el periodo de los Estados en guerra. La «caza de la espada» iba orientada a precisar esa frontera con la creación de un sistema específico y jerárquico de estatus. «Queda estrictamente prohibido a los granjeros de las distintas provincias poseer espadas largas, espadas cortas, arcos, lanzas, mosquetes o cualquier otra forma de arma», declaró. Poco a poco, la lucha quedó en manos de los samuráis, una clase militar hereditaria a la que Hideyoshi alejó de la tierra, su base de poder independiente. Los samuráis fueron organizados en ejércitos urbanos bajo la atenta mirada del *daimyô,* que les proporcionaba su estipendio.

Para asegurarse de que la división entre campesinos y samuráis se mantenía sólida, Hideyoshi confinó a los samuráis en ciudades-castillo. Por su parte, los campesinos siguieron en sus granjas y abandonaron para siempre las ambiciones militares. Las espadas que confiscaron los magistrados de Hideyoshi fueron, como había prometido, fundidas y «usadas como remaches y abrazaderas en la próxima construcción del Gran Buda. Será un acto mediante el cual los granjeros se salvarán en esta vida y, no hace falta decirlo, en la que vendrá después». El gigantesco Buda erigido en el monasterio de Hôkôji simbolizaría la paz creciente que se extendía por el reino. En 1591, Hideyoshi congeló el orden social al restringir la movilidad geográfica y social, la misma que había permitido su improbable ascenso al poder. Hideyoshi, que era hijo de Yaemon, un soldado de a pie en el ejército de Nobunaga, procedía de una modesta familia de Owari y había ido ascendiendo de categoría. Los rasgos faciales de Hideyoshi hicieron que Nobunaga le diese el nombre de Kozaru, «pequeño mono». La movilidad social pronto fue cosa del pasado. En un censo de 1592, Hideyoshi dio instrucciones a sus magistrados de que registrasen «a los militares como militares, a los agricultores como agricultores y a la gente de las ciudades

como gente de las ciudades», consolidando la división de la población en base a su ocupación. Este sistema se convirtió en uno de los ejes del nuevo orden premoderno.

Desde 1582, Hideyoshi había comenzado a elaborar informes destinados a estrechar su control sobre las tierras agrícolas del reino. Aunque algunos señores de los Estados guerreros habían inspeccionado los feudos locales, los informes de Hideyoshi se estandarizaron a escala nacional, un evidente intento de conseguir que el reino fuera económicamente inteligible para su nuevo amo. Hideyoshi basó esa nueva legibilidad en la estimación del rendimiento de la tierra cultivada, que pasó a ser la base de los rangos, tributos y tasas, así como de la fiscalidad militar. Esta última generó un ejército nacional en gran medida hipotético, basado en las tasas de reclutamiento obligatorio ligadas a la productividad agrícola. Cuando tuvieron que enfrentarse a la rebelión ainu de 1669, conocida como Rebelión de Shakushain, los planificadores militares de Tokugawa recurrieron a este sistema para movilizar dominios del nordeste como Hirosaki para la guerra en el norte. Es fácil exagerar la importancia de las tasaciones de tierras de Hideyoshi a la hora de extender estas prácticas por todo el reino, pero esos informes contribuyeron a privatizar el suelo al vincular oficialmente las tierras agrícolas con quienes las cultivaban. Persistió la costumbre de la propiedad compartida del suelo, una estrategia que las comunidades agrícolas utilizaban para protegerse ante la amenaza de desastres naturales, pero la mayoría de las tierras cultivables empezaron a parecer propiedades privadas, un importante paso en la emergencia del desarrollo económico protocapitalista del Japón rural.

Como agradecimiento por sus éxitos militares y la nueva inteligibilidad del reino, el emperador concedió a Hideyoshi los títulos imperiales de *kampaku* (regente) en 1585, como lo había sido siglos antes los Fujiwara, y «regente retirado» en 1592. En 1585 el emperador le dio también un nuevo nombre, Toyotomi o «ministro generoso», en reconocimiento por su recién conseguido prestigio nacional (figura 11). Debido a su modesto origen familiar, Hideyoshi había ido por la vida con nombres otorgados por otros. El primero de ellos fue Hashiba, un nombre que Nobunaga elaboró a partir de caracteres prestados por otros destacados sirvientes. Toyotomi, el concedido por el emperador en 1585, era una muestra del prestigio nacional de Hideyoshi y la legitimidad divina de la

confianza imperial. En 1595, los «códigos del castillo de Osaka» de Hideyoshi, que ordenaban a los señores de los Estados guerreros «obtener aprobación» antes de «suscribir deliberadamente contratos» entre ellos, cimentaron las relaciones políticas en el reino. En los albores de la última década del siglo XVI, gran parte del reino parecía estar bajo el poder de Hideyoshi, pero ambiciones militares que iban mucho más allá del control de Japón empezaron a rondar la calenturienta imaginación del señor de la guerra.

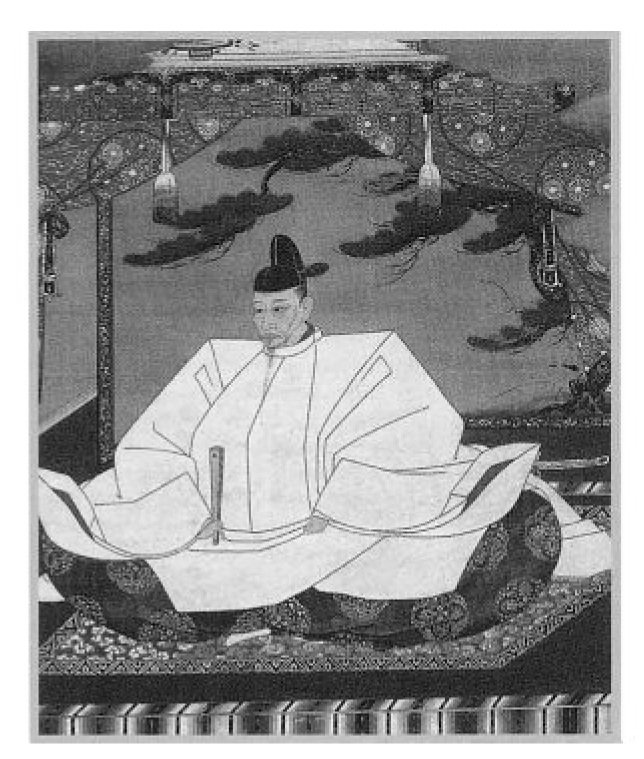


Figura 11. Toyotomi Hideyoshi (1536-1598), regente imperial (1585-1591); canciller del reino (1587-1598).

UNIFICACIÓN DE TRES PAÍSES

Ya en 1586 Hideyoshi comentó a Luìs Fróis (1532-1597), un jesuita confidente de Nobunaga, que una vez que pusiese «en orden los asuntos de Japón» los dejaría en manos de su hermano Hidenaga (1540-1591) y empezaría a planificar la «conquista de Corea y China». El año siguiente, aún exultante por su victoria en la campaña de Hyushu, Hideyoshi escribió

una carta a su esposa en la que explicaba: «He mandado mensaje con una nave rápida a Corea ordenando que comparezcan y se sometan al emperador. Les he dicho que si no se presentan serán castigados el año próximo». Y continuaba: «Y también controlaré China». En 1587, los coreanos rechazaron las aproximaciones japonesas, encabezadas por la familia Sô de Tsushima, pero posteriores intentos en 1590 tuvieron más éxito. Ese año, los coreanos accedieron a despachar enviados como «vecinos amistosos», pero se negaron a incluir el tributo, lo que habría supuesto un claro reconocimiento de la superioridad japonesa. No obstante, los enviados volvieron a Corea con una pomposa misiva de Hideyoshi, en la que declaraba: «Mi objetivo es invadir China, difundir las costumbres de nuestro país a las más de cuatrocientas provincias de esa nación». Y aclaraba: «Mi deseo no es otro que el de que mi nombre sea conocido en los tres países [Japón, China y la India]».

Poco después, Hideyoshi mandó una extraordinaria carta al virrey de las Indias, en la que expresaba la unidad teológica del reino más extenso que planeaba forjar por medio de la fuerza militar. «La nuestra es la tierra de los *kami*», aclaraba, en referencia a los dioses sintoístas,

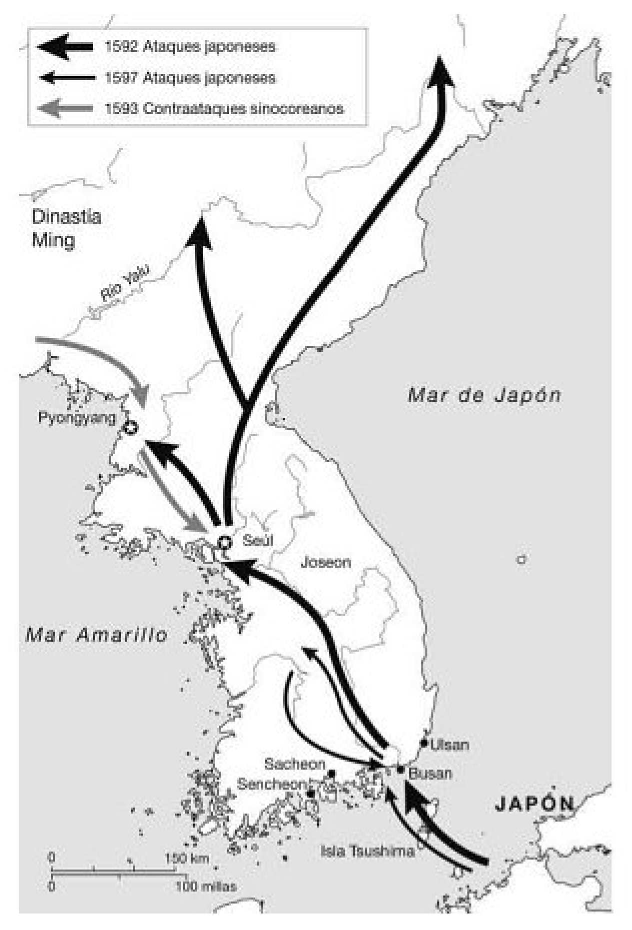
> y *kami* es espíritu, y el espíritu único lo abarca todo. Ningún fenómeno existe fuera de él [...] [Los dioses] son la raíz y fuente de todos los fenómenos. Están en la India bajo el nombre de budismo, en China bajo el de confucianismo, en Japón se les llama *shinto*. Conocer el *shinto* es conocer el budismo y el confucianismo.

En otras palabras, a nivel teológico Hideyoshi ya contemplaba la unidad metafísica de los «Tres países», en esencia el mundo civilizado conocido. (La India estaba incluida porque era el lugar de nacimiento del budismo.) En este aspecto, la invasión de Corea y China representaba una especie de restauración, una vía para la creación de la unidad política y militar donde ya existía unidad teológica. Hideyoshi sería el encargado de crear una esfera más amplia política y espiritual que abarcase a los «Tres países», por su papel en la unificación de Japón. «Tenka, el reino, no es *tenka* [el reino sometido a lo militar]», escribió:

> Yo soy *tenka*. Kami y Buda no son *kami* y Buda: yo soy *kami* y Buda. Los hombres no son hombres: yo soy la humanidad [...] Japón no es mi país, China no es mi país: China, la India y Japón son todos mi cuerpo. Si la gente de China o Japón está afligida es como si todo mi cuerpo estuviese afligido.

En su mente, Hideyoshi había llegado a encarnar físicamente la necesidad de conquista global, o al menos la de aquellas partes del globo que mereciese la pena conquistar.

Las tropas de Hideyoshi desembarcaron en Corea en 1592 lideradas por Konishi Yukinaga (1555-1600). Resultó ser una invasión que, junto con las atrocidades del siglo XX, envenenó las aguas de las relaciones coreano-japonesas durante siglos. En tres semanas habían llegado a Seúl, que fue abandonada en buena medida e incendiada. Al enterarse de que sus soldados habían entrado en Seúl, Hideyoshi escribió a su madre con optimismo: «Tomaré China en el noveno mes». Empezó a hacer planes para una audaz ocupación de la China Ming. «Nuestro soberano se mudará a la capital Ming y deberían emprenderse los preparativos apropiados», escribió en referencia al emperador japonés, al cual imaginaba instalado en Pekín. Nombraría a su sobrino Hidetsugu (1568-1595) «regente» de China y el «trono de Japón» sería ocupado por un príncipe. «Corea y China serán tomadas sin problema», proclamó. La fuerza de invasión de Hideyoshi, integrada por experimentados samuráis del periodo de los Estados en guerra, demostró ser capaz de mantener el campo en la mayoría de los combates militares. En el transcurso del conflicto de seis años, Hideyoshi desplegó aproximadamente 500.000 endurecidos soldados en la península de Corea (mapa 2).



Mapa 2. Invasión de Corea de Toyotomi Hideyoshi, 1592-1598.

Pero mientras Hideyoshi escribía estas frases, estaba en marcha una contraofensiva coreana. Cuando los japoneses asaltaron la ciudad costera de Busan, la dinastía coreana Joseon ordenó al brillante comandante naval Yi Sun-shin (1545-1598) que atacara a las tropas japonesas y las líneas de suministro que atravesaban el estrecho de Tsushima. El almirante Yi empleó con pericia el «barco tortuga» coreano para dejar fuera de maniobra a la Armada japonesa, inflingiéndole espectaculares derrotas en lo que los coreanos llaman la Guerra Imjin (1592-1598). En Okpo (1592), Sacheon (1592), las islas Hansen (1592) y otras victorias posteriores durante el conflicto como la de Myeongnyang, el almirante Yi destrozó a la Armada japonesa y mandó a cientos de hombres al fondo del océano. A continuación, las guerrillas Joseon emprendieron una campaña de tierra quemada, que dejó a los japoneses con escasos recursos y suministros. Cuando las tropas Ming cruzaron el río Yalu, Japón inició conversaciones

para poner fin al conflicto en 1593. La corte Ming rechazó las exigencias de Hideyoshi y la guerra se reanudó en 1597 con el envío de otros 140.000 hombres a la península. Sin embargo, a finales de 1598, Hideyoshi y sus sucesores habían ordenado el regreso a casa de la mayoría de las tropas japonesas.

La guerra devastó Corea, arrasó sofisticados palacios Joseon y causó pérdidas de cosechas, hambrunas y bandolerismo. En China, aunque la intervención del emperador Wanli (1563-1620) fue decisiva militarmente, supuso una carga económica para la dinastía Ming y en última instancia aceleró su hundimiento cuatro décadas más tarde a manos de los manchúes. Los coreanos experimentaron una auténtica fuga de cerebros durante la guerra, ya que los japoneses se llevaron a incontables artesanos y científicos a Japón, donde hicieron progresar la alfarería e industrias de tipo móvil. Ningún monumento resume mejor la brutalidad de la Guerra Imjin que la «Tumba de la Oreja» en Kioto, donde las orejas y narices mutiladas de cerca de 40.000 coreanos, arrancadas como trofeos de guerra por los soldados japoneses, permanecen enterradas hasta hoy. En el terrible mundo del combate samurái, los vencedores solían llevar cabezas cortadas a puestos de recogida, donde se pagaba por ellas. Durante la segunda invasión, Hideyoshi había ordenado a sus soldados «acabar con todo el mundo [...] y mandar las cabezas». No obstante, el hacinamiento en los barcos japoneses que atravesaban el estrecho de Tsushima determinó que se contaran, catalogaran y depositaran en sal para el viaje de vuelta orejas y narices, en vez de cabezas.

ENTRA EN ESCENA IEYASU

Hideyoshi murió en 1598, durante la segunda invasión coreana. Las primeras tres líneas de su poema fúnebre, «Como rocío / llegó mi vida / como rocío se desvanece», desmienten las monumentales consecuencias de un hombre cuya efímera existencia, similar a un sueño por lo improbable, había reconfigurado el mundo. Tras su «caza de la espada», su congelación del orden social, la invasión de Corea y otras decisiones políticas, el entorno del mundo medieval, en otro tiempo fluido social y geográficamente, quedó cristalizado y muy pocos pudieron seguir su

camino ascendente. La inmovilidad social, política y geográfica se convirtió en distintivo de la estabilidad moderna, o de lo que eventualmente se llamaría la «gran paz».

La elección de un sucesor por parte de Hideyoshi demostró ser menos duradera. Originalmente escogió a Hidetsugu, su retorcido y voluble sobrino. Un misionero afirmaba que, por simple entretenimiento, Hidetsugu «abría y desgarraba mujeres para ver sus entrañas y el sitio de la concepción». En 1593, después de que Hideyoshi tuviese a su hijo Hideyori (1593-1615) con su amante Yodogimi, se implicó convenientemente al malevolente Hidetsugu en una traicionera intriga y fue ejecutado en 1595 junto con 31 miembros de su familia. En su tumba figura: «La tumba de los traidores». Con Hidetsugu fuera de escena, Hideyoshi imploró en su lecho de muerte a sus aliados, en particular al astuto Tokugawa Ieyasu, que velasen por el joven Hideyori hasta que tuviese edad para gobernar el reino y dar continuidad al vulnerable linaje Toyotomi. «Dependo de vosotros para todo», se cuenta que dijo a sus vasallos reunidos.

Sin embargo, el futuro del gobierno Toyotomi tuvo un carácter más irreal de lo que Hideyoshi nunca imaginó. Con la muerte de Hideyoshi y con el joven Hideyori a buen recaudo en el castillo de Osaka, el reino se dividió en dos bandos armados. El resultado del conflicto en ciernes determinaría la dirección del Japón premoderno. El conocido como «Ejército del Oeste», que agrupaba a los señores de los dominios bajo el mando de Ishida Mitsunari (1560-1600), se enfrentó al «Ejército del Este» de Tokugawa Ieyasu en la batalla de Sekigahara en 1600. Vencieron las fuerzas de Ieyasu y las cabezas de generales del oeste como Mitsunari, Konishi Yukinaga y Ankokuji Ekei (1539-1600) fueron cortadas y colocadas en picas en el puente Sonjô de Kioto. El emperador Go-Yôzei, al que Hideyoshi había recibido en el palacio Jurakudai, concedió a Ieyasu el título de *shogun* en 1603. El señor de la guerra enseguida dio pasos para asegurar el reino y fortalecer el gobierno Tokugawa. Ieyasu maniobraba en un entorno volátil, donde señores de la guerra aliados como Ikeda Terumasa (1565-1613) almacenaban 1.200 arcabuces en su fortaleza del castillo de Himeji. Pese a esto, Ieyasu recompensó con generosidad a esos señores de la guerra que habían estado a su lado en el enfrentamiento de Sekigahara: distribuyó entre sus aliados 6 millones de *koku* de tierra (un *koku* tenía capacidad para producir unas cinco medidas, o 176 litros, de arroz).

La violencia que caracterizó el periodo de los Estados en guerra se prolongó hasta entrado el siglo XVII. En 1615, Hideyori fue asesinado en el castillo de Osaka por hombres armados de Ieyasu y las cabezas de sus aliados clavadas en picas bordearon el camino de Osaka a Kioto. Ese mismo año, las «leyes para dominios militares» plantearon un marco básico para el proceder de los clanes guerreros, incluyendo medidas contra matrimonios no permitidos, la construcción de nuevos castillos y alianzas no autorizadas. También establecían el tono moral de la conducta de los samuráis: les recomendaban la frugalidad, ya que el despliegue de riqueza corrompía los valores públicos. El *bakufu* Edo (1603-1868), con la nueva capital en Edo (el actual Tokio), despachaba «inspectores» y «censores provinciales» (básicamente espías) para vigilar de cerca a los señores, tanto aliados como enemigos.

Con el propósito de mantener la estabilidad política y la superioridad militar, el *bakufu* dividió a los señores del reino en tres categorías para vigilarlos mejor. La categoría otorgada a un dominio decidía su acceso a los círculos de toma de decisiones. Los «señores vasallos» *(fudai)* eran aquellos hombres que habían luchado junto a Ieyasu en Sekigahara. Después de su juramento de sangre a la familia Tokugawa podían colaborar en el gobierno, por ejemplo como «consejeros del reino». Aquellos hombres que podían remontar su linaje a la familia Tokugawa *(shinpan)* ostentaban un puesto especial en el orden Tokugawa y los parientes podían alcanzar la posición de *shogun*. Por último, los «señores de fuera» o «intrusos» *(tozama)* eran los infortunados que habían combatido contra los aliados de Ieyasu en Sekigahara. Quedaban excluidos de los círculos de toma de decisiones y eran dispersados por el reino de forma que quedaban aislados y sometidos al ostracismo. Durante los primeros 50 años de gobierno Tokugawa, 213 señores perdieron sus territorios y títulos y 172 vieron crecer sus dominios.

La capital de Edo fue erigida en los humedales del este de Japón, un área conocida como la llanura Kantô, entre 1603 y 1636. Al principio, Ieyasu se había decido por Edo, en ese tiempo una abandonada fortificación en un risco con muros de tierra rodeados en parte por pequeños riachuelos, porque era fácil de defender como posición militar. El nombre, Edo, hacía alusión a la aldea de unas 100 casas junto al río Edo. Ieyasu empezó a transformar la zona pantanosa de inmediato. Para recuperar las tierras anegadas por agua salobre, los obreros talaron bosques, nivelaron colinas,

recondujeron ríos, levantaron puentes, construyeron sólidas murallas de piedra para proteger el castillo y alzaron muchas estructuras de madera en su interior. Representó uno de los mayores proyectos de rehabilitación de tierras en la historia de Japón y los señores «intrusos», los *tozama*, corrieron con buena parte de la carga económica.

La unificación de Japón y la construcción de «ciudades-castillo» como Edo tuvieron graves consecuencias para el medio ambiente, sobre todo para los bosques japoneses. En el siglo XVI, las fortificaciones militares exigían madera y a lo largo de décadas los señores de la guerra las habían reconstruido, derribado, quemado y derrumbado. Para el torreón de madera de 42 metros de Nobunaga en Azuchi, cerca del lago Biwa, construido en 1576, hicieron falta ingentes cantidades de madera. Asimismo, las guerras de unificación intensificaron la construcción de ciudades. En 18 años, entre 1572 y 1590, se erigieron en Japón casi tantas ciudades como en el siglo anterior. La edificación de templos también consumía gran cantidad de madera, porque los señores de la guerra como Ieyasu pretendían atraerse el favor de los abades prometiendo madera para los proyectos de renovación de templos y santuarios. El recargo sobre la madera determinó que muchos señores de los Estados guerreros estrechasen el control en los terrenos forestales de sus dominios designándolos «bosques del señor». En 1564, por ejemplo, la poderosa familia Hôjô asumió la administración directa de los bosques del monte Amagi, al igual que la familia Takeda en la rica provincia forestal de Kai. Algunos señores de los Estados guerreros, como los de Sendai, empezaron a plantar árboles para proteger las costas frente a la erosión.

A pesar de estos esfuerzos, el incremento en el consumo de madera bajo Hideyoshi resultó destructivo. Erigido en 1582-1583, el castillo de Osaka precisó inmensas cantidades de madera, lo mismo que las flotas que con tanta habilidad hundió el almirante Yi durante la abortada invasión de Corea. Los opulentos monumentos al gobierno de Hideyoshi incluyeron el palacio de Jurakudai en Kioto, el templo Hôkôji también en Kioto (que albergaba una estatua de 50 metros de un Buda que superaba en tamaño al del templo Tôdaiji en Nara) y las elaboradas reconstrucciones del santuario de Enryakuji en el monte Hiei y otros complejos de templos a los que había prendido fuego el predecesor de Hideyoshi. Tras la muerte de Hideyoshi, Ieyasu mantuvo el consumo de madera para construir monumentales

castillos en Edo, Sunpu y Nagoya, así como para contribuir a la construcción de otros en Hikone y Zeze (provincia de Ômi), Sasayama y Kameyama (provincia de Tanba), Takada (provincia de Echigo) y Nijô en Kioto. Además, restauró sectores del complejo imperial de Kioto, que incluyeron la construcción del palacio de retiro imperial de Katsura. Un historiador calcula que la construcción de los tres grandes castillos, Edo, Sumpu y Nagoya, exigió la tala de 2.750 hectáreas de exuberantes coníferas. Los señores de los dominios suministraban mucha de esa madera.

Para conmemorar como se merecía los logros de Ieyasu, después de su muerte en 1615 se sacrificaron todavía más bosques. Hizo falta gran cantidad de madera para el complejo del santuario de Tôshôgû, en Nikkô, donde está el mausoleo de Ieyasu, así como otras manifestaciones más modestas que ensalzaban su vida. En 1634, el *shogun* Tokugawa Iemitsu (1604-1651), tras un desfile en Kioto, ordenó levantar el santuario de Asama en Sunpu, localidad de nacimiento y muerte de Ieyasu. Para proporcionar la madera necesaria, los leñadores talaron árboles a lo largo del río Ôi en la actual prefectura de Shizuoka. Luego, mandaron en balsas alrededor de 60.000 troncos hasta el océano, en dirección este por la costa y río arriba hasta Sunpu. Había que reconstruir constantemente los proyectos, desde santuarios a castillos, ya que el fuego echaba abajo de continuo partes de los pueblos y ciudades japoneses construidos en madera. Un historiador estima que entre 1601 y 1866 se produjeron 93 incendios importantes (cada uno destruyó al menos diez manzanas). Esto ejercía una incesante presión sobre los bosques de Japón. A finales del siglo XVII, cuando concluyó la unificación de Japón, gran parte del país había sido talado. Un erudito confuciano se lamentaba de que «ocho de cada diez montañas del reino han quedado desnudas».

Los señores de los dominios aportaban buena parte de esa madera y también pagaban el precio de políticas tan agobiantes como el sistema de «asistencia alterna» o «servicio alternado» (1635), por el que los *shogun* Tokunaga exigían a los señores viajar cada dos años a Edo. No sólo se hacían cargo de los gastos del complejo viaje a la capital, sino que mantenían allí residencias y dejaban atrás a sus mujeres e hijos. El sistema de «asistencia alterna» propiciaba la comunicación nacional y la interacción cultural, así como la urbanización y la comercialización en las rutas de viaje, como el circuito del mar Oriental (mar del Este o mar del Japón). El

shogun contribuía a hacer más inteligible el reino mediante el levantamiento cartográfico de los territorios de los *daimyô*. Estos «mapas provinciales», que demostraron ser de valor estratégico para los planificadores militares Edo, contenían información acerca de las fronteras y las cadenas montañosas, así como sobre el «rendimiento productivo de las aldeas» que los subvencionaban mediante la recaudación de impuestos.

CONCLUSIÓN

En el momento de la muerte de Ieyasu, la mayoría de los elementos del gobierno Tokugawa estaban firmemente asentados. A mediados del siglo XVII, el papel de la violencia despiadada y el poder militar menguó a medida que innovadoras estrategias para articular la autoridad política se extendían por el reino. Los señores mantenían la autonomía en sus dominios, en particular en asuntos económicos, pero Edo había surgido como nuevo centro de gravedad político en Japón. Los señores, que viajaban a Edo cada dos años dentro del sistema de «servicio alternado», dividían su tiempo entre el gobierno local y las obligaciones burocráticas en la capital. Como resultado de estos desplazamientos, las rutas de viaje japonesas experimentaron una difusión de la comercialización, mientras brotaban a lo largo de los frecuentados circuitos lugares para comer, burdeles, alojamientos y otros servicios. Lo que es más, el *shogun* había ordenado a los señores que cartografiasen sus dominios, dejando al descubierto los entresijos de los territorios locales, desde montes a costas, así como sus capacidades agrícolas. Cuando la «gran paz» Tokugawa se convirtió en una realidad, se puso en marcha el periodo premoderno de Japón. La centralización política, el crecimiento protocapitalista, el aumento de la urbanización, las ideologías políticas seglares, los avances tecnológicos, la diplomacia externa politizada y otros avances históricos vincularon a Japón con una comunidad global de naciones que estaban experimentando cambios similares.

7
Inicio del Japón premoderno (1600-1800)

Durante el periodo moderno temprano, de 1600 y 1868, surgieron muchos de los atributos japoneses, culturales y políticos más imperecederos. Además, se produjo la expansión de sus límites geográficos básicos. En lo que atañe a nuestros propósitos, la descripción de este periodo como «premoderno» es importante porque tiende un puente entre el caos histórico que tradicionalmente separa las esferas «tradicional» y «moderna» de la evolución histórica japonesa. Una vez que los tres unificadores completaron la tarea militar y política de unir el reino, Japón evolucionó de una manera que lo propulsó a la era moderna.

La entrada de Japón a mediados del siglo XIX en el periodo moderno no fue resultado exclusivo de su adopción de la civilización occidental tras la Restauración Meiji de 1868, sino también fruto del empuje de fuerzas internas. Esas fuerzas provocaron cambios autóctonos, como tempranas formas de capitalismo, creciente centralización política, desarrollo de la ciencia y la tecnología y la gradual emergencia del primer nacionalismo. Esas novedades conspiraron con la importación de instituciones y culturas de Occidente para convertir a Japón en una potencia en alza en Asia a finales del siglo XIX. La identificación de un periodo premoderno en Japón tiene profundas implicaciones. Sugiere cosas compartidas en historias humanas que trascienden notables variaciones culturales. Pese a lo diferentes de los europeos que llegaron a ser los japoneses a lo largo de los siglos, con sus dientes oscurecidos y sus cortes de pelo *chonmage* (cabeza afeitada), evolucionaron de un modo similar al de otras sociedades alrededor del globo.

LA REGLA TOKUGAWA

En 1603, el tercer unificador Tokugawa Ieyasu (1542-1616) había recibido el título de «general apaciguador de los bárbaros» *(seii taishôgun)*

del emperador y establecido el *bakufu* Edo. Puede que los señores de los Estados guerreros hubiesen dejado desnudas las laderas de las colinas japonesas en su búsqueda durante el siglo XVI de supremacía militar, pero en el siglo XVII el paisaje político se había vuelto más ordenado que el natural. Con excepción de la Rebelión Shimabara (1637-1638) y levantamientos campesinos dispersos de diversa trascendencia, Japón experimentó una relativa estabilidad en la época premoderna que alentó el crecimiento cultural y económico. Esto resulta aún más remarcable si tenemos en cuenta que entre el siglo XVII y mediados del siglo XIX, una guerra ininterrumpida sacudió Europa: Guerra del rey Guillermo (1689-1697), Guerra de la reina Ana (1702-1713), Guerra Angloespañola (1739), Guerra de Sucesión Austriaca (1743-1748), Guerra Francoindia (1755-1763), Guerra de Independencia de Estados Unidos (1763-1788), las guerras napoleónicas (1805-1815) y el surgimiento del Imperio germano (1871-1914). Durante el mismo periodo, Japón evitó esos debilitantes conflictos. En su lugar, con un asombroso grado de autonomía, Japón desarrolló las instituciones políticas, económicas y culturales que guiaron su posterior emergencia como una nación moderna.

La clave de los cambios más espectaculares de Japón fue el crecimiento urbano en el siglo XVII. Cuando Toyotomi Hideyoshi recolocó a los «samuráis del campo» *(jizamurai)* en ciudades-castillo con la desmilitarización de la «caza de la espada» (1588), creó sin darse cuenta algunas de las mayores ciudades del mundo. Los samuráis que, dada la naturaleza del orden social, tendían a producir poco y consumir mucho, poblaban esas ciudades. Por consiguiente, enclaves como Edo se transformaron en centros de consumo con considerable influencia, entornos urbanos que reconfiguraron el paisaje político, económico, cultural y ambiental del Japón premoderno.

No sólo en la capital del sogunato de Edo, sino también en ciudades como Himeji, Osaka, Wakayama, Okayama y muchas otras, las poblaciones urbanas se expandieron durante el siglo XVII como consecuencia de los samuráis allí trasplantados. En algunos casos, constituían el 50-80 por 100 de la población urbana. Para construir ciudades y abastecerlas, residentes y mercaderes seguían a los samuráis hasta áreas urbanas como Edo, poblada por alrededor de 1 millón de personas a comienzos del siglo XVII. Las ideologías neoconfucianas, patentes en el sistema de estatus, creaban

divisiones sociales entre los samuráis y el resto y definían los contornos de las ciudades japonesas. En el transcurso del siglo XVII, el *bakufu* Edo generó una ideología sincretista consistente originalmente en elementos del budismo zen y sintoístas, pero muy imbuida después del pensamiento neoconfuciano de Zhu Xi (1130-1200). Como señal de este desplazamiento ideológico, cuando Ieyasu murió en 1616, el *bakufu* construyó el gran mausoleo de Nikkô y el complejo del santuario Tôshôgû en su honor. El mausoleo de Nikkô resultó ser una estrategia de legitimación del *bakufu*, no sólo a través de la fuerza militar sino del poder espiritual de la autoridad sagrada. En el contexto del complejo Tôshôgû, Ieyasu sería visto como un «gobernante divino» mientras que otros santuarios más pequeños servían como recordatorios del tramo terrenal del «gobernante divino» y su progenie.

Como superestructura ideológica, el neoconfucianismo de Zhu Xi se adaptaba bien a las ambiciones políticas Tokugawa. El neoconfucianismo abarcaba los Cuatro Libros –*Lunyu* (Analectas), *Mengzi* (Mencio), *Da xue* (Gran Saber) y *Zhong yong* (Doctrina de la medianía)–, todos ellos clásicos chinos que propugnaban los preceptos confucianos básicos de «preservar el corazón», «socorrer a los débiles» y «mantener la aquiescencia». El neoconfucianismo era un sistema de creencias integrado por elementos confucianos, budistas y taoístas, y como tal más centrado en la relación metafísica entre las personas y el universo que el confucianismo tradicional. Para descubrir la «naturaleza original» de la gente, que se pensaba era benevolente, se clarificaba el ser físico a través del estudio y la contemplación callada. Hayashi Razan (1583-1657), director del principal instituto para estudios neoconfucianos en el siglo XVII, describía el proceso por el que la natural benevolencia humana se volvía malvada a causa de los deseos materiales del cuerpo físico. «Uno podría preguntarse por qué la naturaleza humana puede ser malvada cuando es inherentemente buena», escribía. «La naturaleza humana es como agua. Si se vierte en un contenedor limpio, sigue siendo pura; si se vierte en un recipiente sucio, se ensucia [...] Así se enturbia el corazón.»

Para aclarar las turbias aguas del deseo, el neoconfucianismo ponía el énfasis en la inmovilidad sobre la acción política y prometía generar armonía en el reino. Otra cosa importante es que el neoconfucianismo también apreciaba orden en el mundo natural. Zhu Xi escribía: «Si la gente

busca el principio moral, todo ocupará su lugar y se conectará con todo lo demás; cada cosa tendrá su orden». Presumiblemente, la gente vería que su lugar en el orden social era un reflejo del mundo natural. De hecho, una representación importante de ese orden natural era su manifestación social, una jerarquía natural que situaba a los samuráis *(shi)* en la parte superior, seguidos de los granjeros *(nô),* artesanos *(kô)* y, por último, los mercaderes *(shô)* en la parte inferior. Esta jerarquía social se transformó en la base del sistema de estatus, la lógica que subyacía al desplazamiento de los samuráis a las ciudades y la congelación del orden social en el siglo XVI. Dicho sistema dirigía muchos aspectos del gobierno, la sociedad, la economía y la cultura Tokugawa, además de manifestarse a través de cambios en el entorno natural.

El sistema confuciano de estratificación social también impulsó debates acerca de la ley y de la conducta privada. En el famoso «Incidente de Akô», convertido en la pieza teatral *Chûshingura* (El tesoro de los leales sirvientes o La leyenda de los cuarenta y siete rônin, 1748) y representada en obras de *kabuki,* el señor del dominio de Akô, Asano Naganori (1675-1701), agrede al maestro de protocolo de la corte Kira Yoshinaka (1641-1703) con una daga en el castillo de Edo en 1701 después de que este le llamase patán. Tras el insulto a Asano y a su tierra ancestral, el ataque a Kira tenía todo el sentido desde el punto de vista de los códigos del honor samurái, en especial si se tiene en cuenta la historia entre ambos hombres. La ley de los *shogun,* sin embargo, prohibía desenvainar la espada dentro de un castillo. El *bakufu* ordenó a Asano que se suicidase y renunciase a sus tierras, lo que convertía a sus sirvientes en *rônin,* guerreros sin señor. Encabezados por Oishi Yoshio (1659-1703), los antiguos siervos de Akô simularon ser unos borrachos viciosos, mientras en secreto planeaban vengar a Asano. Dos años más tarde, en enero de 1703, los samuráis sin amo liderados por Oishi cortaron la cabeza a Kira en su mansión de Edo. Habían conseguido vengar a su señor y cargaron con la cabeza hasta la tumba de Asano. Para los estándares de su tiempo, los samuráis de Akô demostraron ser maestros en lealtad y comportamiento samurái, pero una vez más habían quebrantado la ley. El *bakufu* permitió que los leales sirvientes se suicidasen, salvando así su honor. Ogyû Sorai (1666-1728), un renombrado experto confuciano, justificó la decisión explicando que aunque los 47 *rônin* habían violado la ley, tenían «vergüenza» y

conservaban sentido de la «rectitud», por lo que merecían muertes honorables. En resumen, bajo los *shogun* Tokugawa y sus consejeros, las nociones modernas de la ley y el orden estaban evolucionando dentro de los parámetros de la ideología confuciana.

Si Edo servía como núcleo político para controlar a samuráis como el indómito Asano y sus leales hombres, Osaka, también una ciudad grande con cerca de 400.000 habitantes, se convirtió en el centro financiero de Japón con una dinámica cultura comercial. Era un enclave de comerciantes, gente urbana y artesanos. Los señores del dominio cambiaban su arroz por dinero en Osaka para cumplir con los largos y costosos viajes de «asistencia alterna» *(sankin kôtai)* a Edo. Ihara Saikaku (1642-1693), un popular escritor del siglo XVII que escribió sobre las vidas de comerciantes y ciudadanos, comentaba:

> Osaka es el principal centro comercial de Japón y en el Kitahama 5.000 *kanme* en arroz y pagarés cambian de manos en un cuarto de hora. Mientras montañas de arroz se acumulan en los graneros, los especuladores miran al cielo en busca de signos de una tormenta esa noche o de lluvia a la mañana siguiente [...] Los grandes comerciantes de Osaka, los primeros de Japón, tienen también gran energía; y esos son sus métodos en los negocios.

Con esa creciente riqueza e influencia social, los comerciantes podían mandar a sus hijos a academias como la de Kaitokudô, donde recibían una educación confuciana no muy diferente de la que enseñaba Hayashi Razan a los jóvenes samuráis. El erudito Ishida Baigan (1685-1744) argumentaba que, por su imprescindible función, los comerciantes contribuían al orden y la prosperidad del reino, aunque ocupaban rangos bajos en la jerarquía confuciana. «Guerreros, granjeros, artesanos y mercaderes son todos de ayuda para el gobierno de la nación», insistía. «Si uno dice al comerciante: “Tu provecho sólo es un signo de avaricia, y por tanto una desviación del recto camino”, le demuestra odio y desea su destrucción. ¿Por qué detestar al comerciante como un ser inferior?»

Pese a la lógica de Ishida, muchos samuráis formados en el confucianismo aborrecían a los comerciantes y los consideraban una peste nacional, sobre todo cuando iban asociados con el progresivo empobrecimiento de los samuráis durante la época Tokugawa. Los lujos de los mercaderes irritaban al experto Kumazawa Banzan (1619-1691), que escribía que «lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas, en

lugares junto a ríos y al mar convenientes para el transporte, se están construyendo áreas urbanas y el lujo descontrolado aumenta día a día. Los mercaderes se enriquecen mientras se empobrecen los guerreros». Para Kumazawa el problema era sistémico: «La pobreza de los samuráis también significa que los comerciantes no tienen con quién intercambiar mercancías por grano y sólo los grandes mercaderes se enriquecen sin parar». Ogyû Sorai señalaba el traslado de los samuráis del campo a las ciudades como la fuente de las desgracias de Japón. Apelaba a los antiguos gobernantes de China y razonaba: «La base del orden social creado por los antiguos sabios era que toda la gente, de alta y de baja extracción, debían vivir en el campo». En las ciudades japonesas, «personas de mayor y menor importancia viven como huéspedes en una posada, lo que es directamente contrario al camino de los sabios».

No obstante, «los huéspedes en una posada» de Sorai se convirtieron en la base de la vibrante cultura urbana y el crecimiento económico protocapitalista en Japón. También fueron los causantes de cambios desestabilizadores en el entorno natural japonés. Aunque los *shogun* Tokugawa decidieron originalmente que Edo, la capital, fuese la «ciudad de los señores», los comerciantes y otros ciudadanos reclamaron poco a poco como propios los espacios urbanos. El nativo de Edo –que se decía «recibía su primer baño en el agua de los acueductos de la ciudad y crecía contemplando las gárgolas del tejado del castillo de Edo»– personifica la vida urbana con su preciado sentido de la sofisticación. Cuando se reunían, estos ciudadanos participaban en fiestas en las que se improvisaban versos cómicos, se hacían arreglos florales, se reproducían textos de *kabuki*, se adivinaba el futuro, se escuchaba música callejera y tenían lugar otros espectáculos. Muy cultos, tomaban prestados libros de los vendedores de tiendas como las de Suwaraya. Comían en los nuevos puestos de sushi y satisfacían sus deseos culinarios con gambas, huevos y un surtido de pescado. La prosperidad implicaba que disponían de mejores casas con sólidos cimientos de piedra, donde hacía falta espacio de almacenamiento en forma de arcones y aparadores para los frutos de su ostentoso consumo. De hecho, ese consumo se hizo tan visible que en el Japón premoderno vemos las primeras regulaciones suntuarias, como las propuestas por el *shogun* Tokugawa Tsunayoshi (1646-1709) en 1683. Estas normas estaban

pensadas para evitar que los comerciantes hicieran pública ostentación de su riqueza y provocasen la envidia social y el caos.

Cuando libros y marisco no bastaban para satisfacer a los ciudadanos, visitaban el barrio de placer de Yoshiwara, donde paseaban por el bulevar Nakanochô observando a las cortesanas de los burdeles. Si las estimaciones relativas a las tasas de sífilis y gonorrea son correctas (se cree que en torno al 30-40 por 100 de los habitantes de Edo padecían una de esas enfermedades), el comercio del sexo debía de estar muy extendido y ser, presumiblemente, lucrativo. Aparte de Yoshiwara, locales más especializados como las «tiendas de niños» satisfacían a clientes con gusto por los jóvenes. El médico alemán Engelbert Kaempfer (1651-1716) escribía sobre casas de té que ofrecían sus servicios a esa clientela:

> En la calle principal de esta ciudad se construyeron nueve o diez pulcras casas de té, o cabinas reservadas, delante de cada una de las cuales se sienta uno, dos o tres muchachos, de entre diez y doce años, bien vestidos, con las caras maquilladas y gestos femeninos, a los que mantienen sus lascivos y crueles amos para el placer secreto y el entretenimiento de viajeros ricos, ya que los japoneses son muy dados a este vicio.

A menudo, los padres vendían a sus hijas a los burdeles por complejas razones económicas e ideológicas. Tenía que ver, principalmente, con el lugar que ocupaban las mujeres en el orden patrilineal del Japón premoderno, en el que los hombres, no las mujeres, prolongaban los linajes familiares y honraban a las deidades ancestrales. Se esperaba de las mujeres que se comportasen como tales, lo que significaba, de acuerdo con el *Onna daigaku* (La enseñanza femenina, 1672), aspirar a la «mansa obediencia, castidad, bondad y delicadeza». La singular historia de una joven llamada Také ilustra la complejidad del comportamiento femenino en cuanto a los roles de género en Japón. Se sabía que la joven Také era muy poco femenina. En un gesto decididamente impropio de una mujer, se cortó el pelo y asumió el aspecto de un muchacho llamado Takejirô. El posadero para el que trabajaba se sintió ultrajado y la violó para que se reencontrase con su feminidad. Ella huyó al descubrir que estaba embarazada y cuando nació el niño lo mató de inmediato. Al ser detenida, los funcionarios del *bakufu* la acusaron de «corromper los valores morales», porque disociaba su género de su sexo biológico. Fue arrestada por no comportarse como una mujer. Al igual que las expectativas de estatus, demostraba su importancia

política: los comerciantes debían actuar como comerciantes, y lo mismo se aplicaba a los roles de género. Estas compartimentaciones de género y estatus rigieron de manera más o menos estricta la sociedad japonesa en los años del Japón premoderno.

A pesar de esos obstáculos culturales, algunas mujeres como Tadano Makuzu (1763-1825) llegaron a ser destacadas expertas. Sin desacreditar nunca el orden confuciano, que relegaba a las mujeres a una posición subordinada, en el *Hitori kangae* (Pensamientos solitarios, 1818), sostiene que «logros femeninos» como los de su abuela constituían una importante contribución a la sociedad. Puntualizaba que las diferencias entre mujeres y hombres se ajustaban al equilibrio yin-yang de la cosmología china, del mismo modo que lo hacían las diferencias fisiológicas entre sexos. Como su padre, el prestigioso académico Kudô Heisuke (1734-1800), escribió mucho sobre los problemas sociales y la amenaza planteada por Rusia.

Lo significativo es que el sistema de estatus neoconfuciano aportó el marco moral de la sociedad japonesa. Colocaba a los samuráis en lo alto de la escala social y a los comerciantes en la posición más baja. Exigía poca vigilancia real, aparte de la comprobación, en gran medida cultural, de que las mujeres se conducían como mujeres y los samuráis como samuráis. Sin embargo, había estabilidad en semejante orden social. Cuando el gobierno Meiji abolió el sistema de estratos sociales y agrupó a todos como «plebeyos», se desató la violencia entre granjeros y antiguos grupos de parias, porque se eliminaron las categorías de estatus que en otro tiempo los habían diferenciado y sustentado. En el Japón premoderno, el sistema tenía una manifestación espacial en los pueblos y ciudades, pero el Estado Meiji, que extendió una nueva lechada ideológica sobre las grietas de las relaciones sociales japonesas, mezcló a los anteriores parias y granjeros como plebeyos, provocando violentos episodios como la Rebelión del Impuesto de Sangre de Mimasaka (1873). La cuestión es que la violencia que siguió al derribo del sistema de estatus pone de manifiesto el importante papel armonizador que este desempeñaba en la sociedad Tokugawa.

CAMBIOS EN EL CAMPO

La huella ecológica de las grandes ciudades premodernas fue considerable. En el campo, que abastecía a las ciudades con sus productos, transformó a muchos campesinos que practicaban una agricultura de subsistencia en emprendedores que plantaban cultivos comerciales. A su vez, las complejas relaciones de parentesco en las familias rurales empezó a venirse abajo. En la época medieval, el trabajo en las granjas había adoptado con frecuencia la forma de patriarcados, que adoptaban hijos en sus familias porque necesitaban más mano de obra. En el siglo XVIII, a medida que los temporeros sustituían a las adopciones en las faenas agrícolas, en lugar de basarse en el parentesco se parecía más a un negocio. Los trabajadores temporales resultaban menos caros, porque los granjeros no tenían que mantenerlos todo el año y les pagaban sólo durante la cosecha. Ya no adoptaban hijos, elementos del exceso de población rural en Japón, ni vivían en las granjas y adoraban a los dioses ancestrales. Ahora habían sido desposeídos de la tierra y eran vulnerables a la escasez de comida que arrasó Japón en el siglo XVIII, sobre todo en el nordeste. Como resultado de muchas cosas, desde los cambiantes patrones climatológicos y las erupciones islandesas a la economía protocapitalista que surgía en Japón, en esos desastres murieron millones. Durante el periodo premoderno de Japón se produjeron cuatro devastadoras hambrunas, conocidas como la gran hambruna de Kan’ei (1642-1643), la gran hambruna de Kyôhô (1732), la gran hambruna de Tenmei (1782-1788) y la gran hambruna de Tenpô (1833-1837), bautizadas todas con los nombres de los reinos en los que ocurrieron. Una desastrosa combinación de fuerzas naturales y obra del hombre conspiraron para intensificar esas hambrunas y sus causas, lo que ilustra la repercusión medioambiental de los cambios históricos que transformaron Japón. Dichos acontecimientos fueron un presagio de generaciones de catástrofes naturales, como el «triple desastre» del 11 de marzo de 2011 en el nordeste del archipiélago.

La unificación de Japón en el siglo XVI, el sistema de estratificación social y la huella ecológica de las grandes ciudades-castillo se conjugaron con las fuerzas de la naturaleza para generar hambrunas. En este sentido, se trató tanto de desastres naturales como no naturales. La hambruna de Tenmei (1782-1788) fue probablemente la más cruel. Se produjo una escasez masiva de alimentos que afectó a muchas provincias japonesas, pero el nordeste experimentó las consecuencias más nefastas. En 1782, el

dominio de Hirosaki en el extremo nordeste sufrió temperaturas muy frías impropias de la estación, viento, lluvia incesante y otras anomalías climatológicas asociadas con la Pequeña Edad de Hielo, que afectaron a agricultores de todo el mundo. Las erupciones de Laki (Lakagígar) y el monte Grímsvötn en el sur de Islandia agravaron la situación. Puede que el *bakufu* Edo hubiese conseguido aislar a Japón de las corrientes políticas mundiales expulsando a los misioneros, pero no pudo aislarlo de las medioambientales y climatológicas. Hay que aclarar que Lakagígar es un sistema de fisuras volcánicas conectadas con la caldera de Grímsvötn. En 1783 y 1784, se produjo una explosión en la fisura de Laki que se prolongó ocho meses. Durante ese periodo, las grietas y el volcán expulsaron alrededor de 14 km^3 de lava basáltica y enormes columnas de ácido fluorhídrico (fluoruro de hidrógeno) y dióxido de azufre (dióxido de sulfuro) letales que se dispersaron por el mundo. La nube tóxica mató a la mitad del ganado en Islandia y la hambruna resultante acabó con una cuarta parte de la población humana. El caos desatado a escala global por los «fuegos de Skaftá», como se denomina a la erupción en Islandia, causó una hambruna mortal en Egipto y sucesos climatológicos extremos en Europa.

En Japón, esas erupciones volcánicas se combinaron con las anomalías meteorológicas locales y globales para reducir a una cuarta parte de lo normal la cosecha en el dominio de Hirosaki. El año siguiente se mantuvo una situación similar y la escasez de arroz golpeó a todo el reino después de que las autoridades de Tsugaru cometieran el error de transportar 40.000 fardos de arroz a Edo y Osaka como tributo para el *bakufu* Edo. El limitado abastecimiento supuso que los precios del arroz subieran vertiginosamente y en verano ya no quedaba arroz para la gente hambrienta. Se abandonaron las granjas familiares y se sucedieron las revueltas. En otoño la gente se alimentaba de raíces y plantas silvestres, además de comerse a bueyes, caballos, perros y gatos. También se extendieron rumores de canibalismo según la situación se volvía más desesperada. En respuesta, el *bakufu* ofreció a Hirosaki préstamos para construir cabañas y comprar arroz en los dominios vecinos. En 1784, sin embargo, a raíz de la malnutrición y el debilitamiento de los sistemas inmunológicos, la enfermedad azotó las zonas afectadas por la hambruna y las bajas se dispararon. Al terminar la hambruna, los muertos en Hirosaki se contaban en cientos de miles. La gran hambruna de Tenmei (figura 12) mató en toda la nación a casi un millón de

personas, en gran medida a aquellas que se habían vuelto más vulnerables a causa de las transformaciones económicas en Japón.

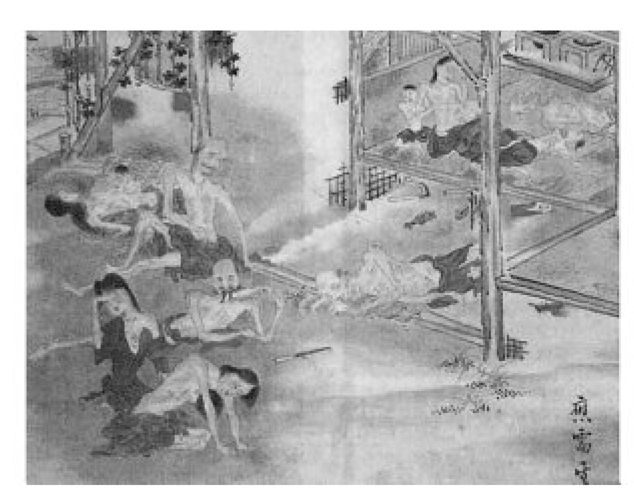


Figura 12. Imagen de la hambruna de Tenmei.

Lo que transformó esas catástrofes naturales en decididamente antinaturales fue la protocapitalización de la economía japonesa. Tomemos la «hambruna del jabalí» de Hachinohe en 1742, fruto como la gran hambruna de Tenmei de las alteraciones climatológicas locales y globales, pero resultado, además, de fuerzas rastreables de origen humano. En el transcurso del siglo XVIII, los granjeros de Hachinohe, también en el nordeste, comenzaron la roza y quema de ringleras de nueva tierra para plantar soja, casi en exclusiva para abastecer a Edo y otros mercados urbanos. La soja era parte importante de la dieta japonesa y aportaba proteínas muy necesarias. Originalmente, los granjeros habían cultivado soja más cerca de Edo, pero a medida que replantaban esos campos con moreras para la sericultura, un cultivo mucho más lucrativo, hubo que reacondicionar nuevos terrenos para alimentar a las ciudades japonesas. El cultivo de la soja a mayor altitud exigía que los granjeros rotasen las plantaciones, o las dejasen en barbecho, con el fin de mantener la productividad de las mismas. Pero los campos sin cultivar, sobre todo en zonas de altiplanicie, constituían el principal hábitat del jabalí. Cuando cortaban los árboles que producían bellotas para ganar espacio para más plantaciones de soja, sin darse cuenta privaban al jabalí de una importante

fuente de alimento y los ungulados, siempre hambrientos, buscaban otras, incluidas la batata y el arrurruz *(kuzu)*. Como resultado del paso al cultivo de soja en las mesetas, la población de jabalíes de Hachinohe empezó a competir con los hombres por la comida. Esta competencia se incrementó durante la Pequeña Edad de Hielo (*ca.* 1550-1850), cuando disminuyeron las cosechas. Normalmente, los agricultores retornaban a sus tierras para arrancar batatas, kuzu y otras plantas silvestres, pero muchos temporeros, la clase desposeída de tierra en Japón, no podían hacerlo. Incluso aquellos que recorrían los montes en busca de batatas y kuzu descubrían que el jabalí había llegado antes. Murieron miles de granjeros en un desastre causado, al menos en parte, por las demandas de mercado de las grandes ciudades japonesas. A una escala más pequeña, los agricultores de Hachinohe fueron víctimas de fuerzas globales similares a las que se ensañaron con la India durante la hambruna de Bengala (1769-1773): mientras los indios morían de hambre, la Compañía de las Indias Orientales británica embarcaba grano en los puertos de la India. No sorprende que algunos historiadores hayan comparado la integración de los dominios japoneses en el orden premoderno con el colonialismo interno, ya que tuvieron efectos negativos similares.

La huella ecológica de las ciudades japonesas tuvo otras manifestaciones en el medio ambiente. Los cuerpos desnutridos y famélicos no fueron las únicas cicatrices que dejó la transformación económica en Japón. Para construir aquellas enormes ciudades, la industria maderera pasó de ser una actividad de subsistencia y tala bajo demanda, en la que los señores encargaban árboles para construir sus castillos, a una extracción de tipo más empresarial. Con la explotación forestal, familias de comerciantes como los Yamatoya cortaron unos 8.000 árboles cerca de los ríos Tone y Katashina. Entregaron al *shogun* menos de la mitad y vendieron el resto en el mercado. Dado el alto valor de la madera, surgió en Japón un tipo de gestión forestal que mantuvo el archipiélago relativamente verde en los siglos XVII y XVIII. Los mares cercanos también experimentaron cambios a causa de la economía japonesa. Se abrieron nuevas pesquerías para producir fertilizantes para el abonado de los cultivos comerciales. Las pesquerías de arenques se expandieron hasta Ezo, en el lejano norte, donde comerciantes de Osaka y Ômi contrataban a los ainu para pescar lo que luego secaban y enviaban al sur. De este modo, la huella urbana del Japón

premoderno se extendió más allá de las fronteras tradicionales del reino. No sólo alteró el suministro de madera y los entornos forestales en Honshu, sino las pesquerías y los entornos marinos en torno a Hokkaido.

LA CONQUISTA DE EZO

El comercio en Hokkaido provocó cambios en la tierra y un intercambio epidemiológico que socavó la capacidad de los ainu de resistir las incursiones japonesas. La pesca de arenque fue sólo un componente de la intrusión del Japón premoderno en Ezo. Es importante recordar que la isla de Hokkaido, el lugar antes conocido como Ezo, representa alrededor de un 20 por 100 de Japón, así que la conquista de este área exige nuestra atención. Más tarde se convirtió en una importante fuente de carbón, un recurso crucial que impulsó la temprana industrialización japonesa, y fue transformada en el granero de Japón con ayuda de asesores estadounidenses, expertos en colonizar tierras antes habitadas por pueblos indígenas. Hay que destacar que la conquista japonesa de la tierra de los ainu comenzó con la reorganización política emprendida por el *bakufu* Edo.

Tras la batalla de Sekigahara (1600), Ieyasu reconoció «derechos exclusivos» para comerciar con los ainu a la familia Matsumae, que durante los siglos XVII y XVIII expandió ese comercio por todo Hokkaido. Los Matsumae gobernaban un pequeño territorio en el extremo sur de Hokkaido al que llamaron Wajinchi, o «tierra japonesa». Como los japoneses premodernos, los ainu de Hokkaido eran todo menos unificados. Los arqueólogos han localizado cinco grupos principales –Shumukuru, Menashikuru, Ishikari, Uchiura y Sôya– que habitaban Hokkaido, con diferencias en el lenguaje, las costumbres de enterramiento y otras prácticas culturales. Como la familia Matsumae no fue capaz de cultivar arroz, sobre todo por la latitud septentrional y el clima subártico más frío, el clan dependía de un floreciente comercio con los ainu, en parte vestigio de los primeros emishi epi-Jômon. El comercio fue inicialmente a pequeña escala: los barcos de los Matsumae viajaban hasta los puestos avanzados costeros dispersos por todo Hokkaido, donde conseguían artículos atrayentes, desde pieles de animales a plumas de aves y fármacos exóticos.

Se levantaron puestos comerciales en zonas costeras cerca de los ríos, porque las comunidades ainu, llamadas *pet-iwor* en su idioma, tendían a instalarse allí. Eso tenía que ver con siglos de herencia cazadora-recolectora. En gran medida, los ainu se identificaban con su hogar a través de una relación sagrada con los *jamuy*, o dioses locales, que a menudo adoptaban forma animal. Las relaciones sagradas con esos animales se expresaban mediante la caza: los cazadores ainu liberaban el espíritu del animal al matarlo. Animales como el oso pardo y el salmón eran parte de las comunidades ainu y los cazadores tenían obligaciones sagradas hacia ellos, al igual que las habían tenido sus antepasados. Quizá la expresión más elaborada de esas obligaciones era el *iyomante*, llamado con frecuencia la «ceremonia del oso». Los ainu criaban osos pardos desde que eran unas crías y los sacrificaban para mantener lazos con la tierra y sus deidades.

En otras palabras, la caza significaba algo distinto para los ainu que para los japoneses. Esto no quiere decir que los japoneses hubiesen cosificado por completo a los animales. Es cierto que partes de la anatomía de muchos animales, como la vesícula biliar del oso y el pene de foca, poseían valor farmacológico; y las pieles de nutria y de ciervo eran regalos prestigiosos en círculos políticos. Los japoneses, como los ainu, creían que los animales tenían un lado sagrado en forma del espíritu de las deidades sintoístas llamadas *kami*. De manera más elaborada, los japoneses asociaban a algunos animales, como los lobos, no sólo con mensajeros del sintoísmo como el Daimyôjin, sino con dioses budistas. Dicho de otra manera, el encuentro entre los ainu y los japoneses no era un encuentro entre protocapitalistas despiadados, que cosificaban a los animales y exterminaban la naturaleza, y cazadores espirituales que los reverenciaban. El intercambio comercial, que benefició a ambas partes, tuvo múltiples y conflictivas implicaciones, aunque al final fue mucho menos justo para los ainus. Las raíces de la dependencia ainu están firmemente plantadas en el comercio con los japoneses.

Eventualmente, la competencia por los recursos comerciales enfrentó a las comunidades ainu y llevó a la mayor batalla en Ezo, la llamada Guerra de Shakushain (1669), o Rebelión de Samkusaynu. En el que fue quizás el único ejemplo de «sometimiento de bárbaros» por parte del gobernante Tokugawa, tal como demandaba el título del *shogun* (gran general pacificador de los bárbaros), el *bakufu* envió tropas a Hokkaido para

aplastar al grupo de ainu reunido en Shakushain. El comercio se intensificó después del conflicto, pero también los intentos de dividir a japoneses y ainu en Hokkaido mediante diferencias consuetudinarias. A raíz de esto, el Estado premoderno fue capaz de definir con mayor precisión lo que significaba ser japonés en las regiones fronterizas. A lo largo de los siglos había ido tomando forma una identidad nacional incipiente: como hemos visto, Kitabatake Chikafusa definía Japón como una «tierra divina». Eso fue tras la invasión de los mongoles, cuando los japoneses experimentaron un violento choque con una brutal amenaza exterior. Asimismo, la Guerra de Shakushain supuso un encuentro violento, lo que sugiere que el contacto con los extraños, ya fueran invasores mongoles, misioneros de la península Ibérica o rebeldes ainu contribuyó a forjar la identidad japonesa. El encuentro con intrusos obligó a Japón a superar las divisiones internas, como las inherentes al sistema de estatus, y crear definiciones de una consciencia nacional cada vez mayor.

En elaboradas ceremonias, para vigilar las líneas marcadas por las costumbres entre ainu y japoneses en el norte, los funcionarios Tokugawa hacían que los ainu –como las embajadas de Ryukyu que desfilaban en Edo y que comentamos antes– luciesen ropas y cortes de pelo ainu. Esto se volvió cada vez más complicado durante los siglos XVII y XVIII, a medida que japoneses y ainu se mezclaban. Shakushain, que declaró la guerra a los japoneses en 1669, tenía un yerno japonés llamado Shôdayû que fue ejecutado por los samuráis junto a Shakushain después de la contienda. Como se hacía más difícil diferenciar a los ainu de los japoneses, al menos en el sur de Hokkaido, esas distinciones tenían que plasmarse a través de rituales. Es instructivo el caso de Iwanosuke. Era un ainu del sur de Hokkaido plenamente asimilado a las costumbres japonesas. Tenía un nombre japonés, vivía en un pueblo predominantemente japonés y llevaba el pelo a la moda japonesa. Pero durante las celebraciones de Año Nuevo, los funcionarios de Matsumae transformaron a Iwanosuke en un representante del pueblo ainu: le obligaron a dejarse crecer el cabello y llevar ropas tradicionales. Mediante la representación de esa diferencia, una especie de diplomacia ceremonial, se demarcaban los límites de las normas consuetudinarias del Estado japonés premoderno. Forzar a las delegaciones de Ryukyu procedentes del sur a vestir en Edo su atuendo tradicional servía a similares propósitos. Lo importante es que territorios fronterizos, que

mantenían una situación precaria con Japón, habían llegado a jugar un papel decisivo en la formación de la identidad nacional japonesa, algo que anticipaba el nacionalismo de la era Meiji (1868-1912).

Ritualizado o no, el comercio con los japoneses tuvo un alto precio para las comunidades ainu durante el siglo XVIII. Para comerciar con los japoneses, los ainu sobreexplotaron las pesquerías de salmón y las poblaciones de ciervos, mientras los japoneses, sin darse cuenta, introdujeron la viruela, el sarampión y la sífilis en las comunidades ainu. Estas socavaron sus propios sistemas de subsistencia, al tiempo que productos japoneses como sedas, espadas, artículos de hierro, arroz y sake se convertían en objetos de prestigio en las comunidades ainu. Jefes como Shakushain alcanzaron relevancia a través del comercio con los japoneses; los japoneses, miembros de la familia Matsumae, ganaron reputación gracias a los regalos a la familia Tokugawa. Esos presentes incluían desde productos farmacéuticos como vesícula biliar de oso a objetos de uso militar como plumas de águila para flechas, halcones para cetrería y pieles de ciervos para sillas de montar, todos conseguidos en Ezo. El comercio exigía que los animales descendiesen del mundo de los espíritus y los ancestros al del protocapitalismo y se convirtiesen en «mercancías cazadas» en el contexto de la interacción con los japoneses. Según algunas estimaciones, la población ainu se redujo a casi la mitad a causa de enfermedades en el siglo XIX y, en cuestión de décadas, Hokkaido estuvo listo para su incorporación al Estado moderno.

LA LEGIBILIDAD Y EL REINO

El moderno Japón también fue testigo de la mayoría de los esfuerzos concertados para hacer discernible la emergente nación e imaginar a la comunidad japonesa con rasgos culturales y geográficos comunes. Cuando el famoso poeta Matsuo Bashô viajó al norte y escribió su famosa obra del siglo XVII *Oku no hosomichi* (Sendas de Oku), contribuyó a establecer un sentimiento de legibilidad cultural en Japón, que unía estrechamente tiempo y espacio con la nación emergente. Cada lugar retratado en su narrativa y evocado a través de su poesía creaba un eje histórico y geográfico para describir la experiencia nacional de Japón. En 1689, Bashô se sintió

«henchido de un intenso deseo de vagabundear» y se dirigió al nordeste para visitar sitios sobre los que habían escrito anteriores poetas japoneses. Se desplazó geográficamente, abarcando el accidentado espacio nororiental, pero también viajó históricamente al explorar cómo los antiguos poetas habían recreado localizaciones y una cultura colectiva en medio del paisaje del nordeste de Japón. Bashô imaginó una comunidad cultural unida por la geografía de Japón y quiso rastrearla mediante sus reflexiones y poesía. Sus escritos muestran indicios de una primitiva consciencia nacional que se fusionan en el periodo premoderno.

Muchos de los emplazamientos que visitó en su viaje eran santuarios, pero otros eran localizaciones naturales. Bashô descansó sus «cansadas piernas» a la sombra de un sauce gigante ya cantado en la poesía de Saigyô (1118-1190). Recorrió las tierras ancestrales de Satô Motoharu, cuya familia había combatido con bravura al lado del trágico Minamoto no Yoshitsune. Cuando se detuvo en un templo a tomar té, contempló tesoros como la espada de Yoshitsune y el morral de Benkei. Rememoraba el famoso pino de Takekuma y respondía al poeta Kyohaku, que también había escrito acerca del árbol perenne de doble tronco. Tenía, escribió Bashô, «posiblemente la forma más hermosa que uno pueda imaginar para un pino». Cuando estuvo en el antiguo castillo de Taga, observó un monumento que databa del reinado del emperador Shômu (701-756). Evocó la inmutabilidad del pasado japonés y su persistencia en el imaginario cultural. Bashô escribió: «En este mundo constantemente mudable donde las montañas se derrumban, los ríos cambian de curso, se abandonan los caminos, las rocas quedan enterradas y los viejos árboles ceden paso a jóvenes brotes, no dista mucho de un milagro que este monumento haya sobrevivido el embate de mil años hasta transformase en recuerdo vivo de los antepasados». Y recordaba: «Siento como si me hallase en presencia de los mismos antepasados», o en presencia de los antecesores culturales de Japón. Durante su visita al santuario de Myôjin, quedó «impresionado por el hecho de que los poderes divinos de los dioses hayan penetrado incluso hasta el extremo norte de nuestro país, y me incliné en humilde reverencia ante el altar». A través de estos marcadores culturales, Bashô contribuyó a definir «nuestro país», demarcando sus límites, fronteras y características culturales.

Bashô colaboró para crear un creciente corpus de conocimiento cultural que resultó una pieza angular para la construcción de la moderna nación japonesa. Este archivo metafórico de conocimiento público, aglutinado por las fuerzas políticas de Tokugawa, vinculaba a los japoneses que vivían en el sur con los que lo hacían en el lejano nordeste. Ese archivo se fue edificando en el transcurso de siglos y quedó consolidado gracias al sistema de asistencia alterna, cuando la capital de Edo se convirtió en el lugar de encuentro que homogeneizaba dialectos y dispersaba historias de reliquias naturales y artificiales que constituían la estructura de la nación.

El periodo premoderno fue un momento importante para la construcción también de otras formas de nación. De hecho, en los siglos XVIII y XIX se adoptaron sistemas más exactos para trazar las fronteras. Los *shogun* Tokugawa se tomaron un especial interés en elaborar un mapa del reino. Mandaron a los señores de los dominios dibujar mapas en tres ocasiones (1644, 1696-1702 y 1835-1838). Cuando los señores entregaban esos «mapas de las provincias» (*kuniezu*) en Edo secundaban un importante objetivo político y militar. Por ejemplo, tras su entrega en 1700, todos los mapas fueron compilados y redibujados. El nuevo mapa, el *Shôhô Nihonzu* (mapa de Japón en la era Shôhô), representaba el gran reino con su accidentada línea costera, sus ríos serpenteantes, puertos y rutas comerciales, además de las demarcaciones provinciales. Por primera vez, los gobernantes de Japón podían contemplar una representación legible y estandarizada de todo el reino e imaginar la extensión de sus características geográficas y topográficas.

Más adelante, el *shogun* ordenó al cartógrafo Ino Tadataka (1745-1818) revisar la línea costera de Japón con el empleo de técnicas cartográficas occidentales. Deseaba definir mejor los límites geográficos de Japón. En 1821, los artífices de la política Tokugawa dispusieron del monumental *Dai Nippon enkai yochi zenzu* (mapas de las áreas costeras de Japón) de Ino. Los mapas tradicionales, que dependían del conocimiento local, contenían extensa información textual y estaban llenos de representaciones taxonómicas o significado religioso. Pero Inô elaboró sus mapas en el nuevo lenguaje de la ciencia occidental, que incorporaba líneas de latitud y longitud y hacía Japón discernible para una comunidad mundial premoderna. Con el mapa de Inô, Japón quedaba situado en la misma lógica espacial que Europa y sus colonias, lo que pavimentaba el camino para el

posicionamiento del país de acuerdo con la lógica del mundo moderno. Además, sus mapas eliminaron las referencias a taxonomías humanas y culturas, una práctica que, en el imaginario cartográfico, despojaba regiones de interés imperial futuro. Apoyándose en el trabajo cartográfico de Inô, Mamiya Rinzô (1754-1836) llevó las técnicas occidentales al norte. Viajó por Hokkaido, la isla de Sajalín y hasta el estuario del Amur cartografiando la región y documentando a sus habitantes y sus recursos naturales. También desplegó la ciencia cartográfica europea al colocar a Sajalín en una cuadrícula universalmente reconocible y anticiparse a las futuras ambiciones imperialistas de Japón en la región.

CONCLUSIÓN

Durante el periodo premoderno japonés se afianzó un acuerdo acerca de lo que constituía «nuestro país», o Japón, un reconocimiento que trascendía las categorías identitarias de estatus, región o familia. Como primitiva forma de nacionalismo, este proceso comenzó con la centralización del reino bajo los *shogun* Tokugawa y la exigencia política de que todos los señores de los dominios participaran en el sistema de asistencia alterna a Edo. En el transcurso del viaje, los señores plantaron las semillas del comercio a lo largo de los circuitos más frecuentados en Japón. Mientras permanecían en Edo cumplían con sus obligaciones oficiales, intercambiaban historias, homogeneizaban dialectos, ofrecían regalos e iniciaban el proceso de creación, visita tras visita y generación tras generación, de una política cultural nacional que giraba en tono a Edo, que por su localización, si no por su nombre, continua siendo la capital política, cultural y financiera de Japón. El sistema Tokugawa nunca eliminó por completo las peligrosas ambiciones individuales de las viejas rivalidades entre los dominios, u otras fuerzas que mantenían a Japón fracturado políticamente, pero los gobernantes japoneses comenzaron claramente a operar bajo la lógica de la existencia de una autoridad nacional. No obstante, el sistema creado por el *bakufu* Edo tenía problemas inherentes, que se manifestaron en los siglos XVIII y XIX y condujeron al hundimiento del régimen en Edo y el surgimiento de la Restauración Meiji en 1868.

8
El auge del nacionalismo imperial (1770-1854)

La paz Tokugawa se prolongó durante más de dos siglos. Sin embargo, las grietas empezaron a deformar el edifico del gobierno Tokugawa desde el principio. Con el tiempo, se ensancharon y ramificaron en una compleja red de problemas que derribó al *bakufu* Edo a mediados del siglo XIX y acabó con siglos de gobierno samurái en Japón. Algunos de estos problemas eran de naturaleza interna e incluían revueltas campesinas, disparidades entre la riqueza de los comerciantes y la pobreza de los samuráis, curiosos ejemplos de milenarismo urbano y retos ideológicos que reclamaban una vuelta al gobierno imperial. Estas dificultades internas se agravaron con otras exteriores, incluyendo la intrusión rusa en el Pacífico Norte y la llegada del comodoro estadounidense Matthew C. Perry (1794-1858) y sus «barcos negros» que escupían humo en 1853. Juntas, estas fuerzas nacionales e internacionales sobrecargaron al *bakufu* Edo y este se hundió en 1868 en un relativamente breve conflicto llamado la Guerra Boshin (1868-1869).

GRIETAS EN LA LEGITIMIDAD TOKUGAWA

Durante el periodo premoderno se produjeron unas 2.809 rebeliones campesinas de distinto tipo. Sus formas iban desde la «petición directa» y la «acción colectiva» violenta a la táctica de «aplastar y romper» y la «renovación del mundo». Pese a que muchas revueltas campesinas se debían más a razones económicas que políticas –esto es, que aspiraban a destrozar las casas de los mercaderes locales ricos o de campesinos que habían sacado provecho de la dinámica economía del cultivo comercial–, algunos levantamientos resultaron ser políticamente subversivos y contenían aspiraciones de cambio de régimen. En la ortodoxia neoconfuciana de la etapa premoderna existía una «economía moral» implícita, que garantizaba que los «campesinos honorables» fueran tratados con justicia por «benevolentes señores». Cuando, en el siglo XVII, los

dominios exprimieron con demasiada fuerza a campesinos como Sakura Sôgorô (m. 1653) y otros en Narita, estos pidieron directamente a los señores, y en el caso de Sôgorô incluso al *shogun*, que aliviaran algunas de las privaciones económicas en sus pueblos. Pensaban que tenían derecho a vivir. «Temerosos y trémulos presentamos respetuosamente nuestra reclamación por escrito», explicaba la dramática petición que Sôgorô entregó al *shogun* en Edo. La petición señalaba que los «campesinos en las aldeas han sufrido privaciones muchos años. Ahora se encuentran al borde de la inanición y son incapaces de sobrevivir». Debido a los altos impuestos sobre el arroz, «muchas personas, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, un total de 737, han muerto de hambre junto al camino o se han convertido en mendigos». Este episodio concluyó con la ejecución de Sôgorô y toda su familia por atreverse a reclamar directamente al *shogun*. En una escena brutal, Sôgorô y su mujer miraban, mientras estaban crucificados, cómo los verdugos decapitaban uno por uno a sus hijos antes de acabar violentamente con ellos dos. Aunque Sôgorô se convirtió en un mártir campesino, el coste de la reclamación ante el *shogun* fue enorme. De todas formas, la «economía moral» que configuró las relaciones políticas entre el Estado Tokugawa y los jefes de las aldeas empezó a mostrar graves fallos en la estructura de la economía japonesa en transformación.

Más adelante, las protestas «destructoras» de Shindatsu (1866), en buena medida fruto de los cambios sociales provocados por la producción de seda, y los levantamientos «renovadores» en Aizu (1868), tuvieron consecuencias perturbadoras y letales. Multitudes campesinas, airadas por los cambios económicos mencionados en el anterior capítulo, saquearon las casas de los residentes más ricos. Como resultado de la economía protoindustrial, otros campesinos se habían beneficiado ampliamente del crecimiento económico. Como anotó un observador: «El abuso más lamentable hoy entre los campesinos es que los que se han hecho ricos olvidan su posición y viven con tanto lujo como los aristócratas de la ciudad». No obstante, las mismas fuerzas que aportaron riqueza a algunos empobrecieron y mataron de hambre a otros. La agitación para «cambiar el mundo» de los últimos años Tokugawa tenía la apariencia política de revolución. Mientras tanto, en ciudades como Edo tenía lugar un fenómeno conocido como *ofudafuri*. Se decía que habían aparecido en ellas talismanes del gran santuario de Ise, el de la familia imperial, lo que desató

celebraciones callejeras. Con peligrosa indiferencia ante el estricto sistema de estratificación social y división por sexos, los alegres ciudadanos se travestían, portaban máscaras y danzaban en la calles. Mientras desfilaban y bailaban gritaban: «¡Es extraordinario!» y «¡Qué diablos!». La escena encarnaba el sentimiento de un momento milenarista. Claramente, soplaban refrescantes los vientos del cambio.

AMENAZAS EXTERNAS

Con la llegada del comodoro Matthew C. Perry en julio de 1853 a Uraga, cerca de Edo, el alboroto interno alcanzó un punto crítico. Como otros encuentros con forasteros que habían motivado reacciones nacionalistas, la llegada de Perry y su ultimátum en tres partes al *bakufu*, desequilibraron al gobierno. El presidente Millard Fillmore (1800-1874) pedía a Japón el establecimiento de relaciones diplomáticas, tratar a los balleneros náufragos con más humanidad (muchos eran simplemente decapitados si se quedan varados), abrir los puertos e iniciar relaciones comerciales. Desconcertado por el insistente Perry (regresó un año después de dejar Japón, en febrero de 1854), el *bakufu* Edo provocó sin pretenderlo un debate nacional al pedir opinión a los señores de los dominios. El reino se dividió en dos bandos: uno que quería «expulsar a los bárbaros, reverenciar al emperador» *(sonnô jôi)* y otro que deseaba «abrir el país» *(kaikoku).* El bando que buscaba «expulsar a los bárbaros» señalaba los problemas internos a los que se enfrentaba Japón, en particular el empobrecimiento de los samuráis y el aumento de la riqueza de los comerciantes, y argumentaba que el *bakufu* no había administrado bien el reino ni atajado la amenaza planteada por los «barcos negros» de Perry, por lo que había fracasado en los deberes de su cargo. Después de todo, el *shogun* era el «general apaciguador de bárbaros». El *shogun* era una especie de representante del emperador y, según proclamaban muchos, no había sido capaz de cumplir con su trabajo. La solución: expulsar a los occidentales y propagar el gobierno imperial directo.

Por otro lado, el bando partidario de la «apertura del país» apuntaba que oponer resistencia a Perry y a las potencias europeas sería una invitación a la destrucción nacional. Japón debía aceptar las demandas de

Perry y abrir el país. Tras siglos de virtual aislamiento de Europa y Estados Unidos, los observadores japoneses se enteraron de lo que estaba sucediendo en China con la Guerra del Opio, en la que los británicos desplegaron con su habitual crueldad tecnologías bélicas como el barco de vapor *Nemesis* para aplastar a la Armada Qing y sus defensas costeras. El erudito Sakuma Shôzen (1811-1864) escribió: «Según he oído, la situación es que los europeos [británicos] han contaminado el distrito de Li-yüeh, que existe desde la dinastía Tang. Nuestro país queda a corta distancia por mar de China y ningún país de Oriente podrá mantenerse fuera del alcance de los ataques anuales de las naves británicas». Para Sakuma, la amenaza occidental era muy real.

El bando que estaba a favor de «expulsar a los bárbaros» se apoyaba en décadas de debates, que habían fermentado en Japón, sobre si el emperador debía dirigir directamente el reino. Expertos «nativistas» *(kokugaku)* como Kamo Mabuchi (1697-1769), Motoori Norinaga (1730-1801) e Hirata Atsutane (1776-1843) se convirtieron en influyentes voces en este debate al criticar, de diferentes modos, la fijación ideológica del *bakufu* con la filosofía china. Básicamente, sostenían que Japón, no China, era el «Reino del Centro», porque a diferencia del emperador chino que era meramente el «hijo del cielo», el emperador japonés era en sí mismo el cielo, un «dios viviente». A menudo consideraba al neoconfucianismo artificial en vez de natural, en el sentido de que organizaba la sociedad de acuerdo con categorías artificialmente creadas. Sólo Japón, exponía Kamo, había «trasmitido el lenguaje de los dioses» por medio de la institución imperial. A continuación, escribía: «Conocer el *kokutai* [esencia nacional] es conocer a los antepasados y rendir así lealtad al emperador...». Es importante señalar que el término *kokutai* se convirtió más tarde en una especie de comodín para describir los atributos culturales y políticos exclusivos de los japoneses y de su nación. También Norinaga se centraba en la «sucesión ininterrumpida» de los emperadores japoneses. Criticaba a los eruditos neoconfucianos y razonaba que «no habían sido capaces de concebir y comprender que la Vía de los Dioses [Shinto] es superior a las vías de los países extranjeros». Estos estudiosos eligieron el lenguaje como la clave para entender el pasado de Japón previo a la importación del budismo y el confucianismo en los siglos VI y VII; estudiaban antiguos cantos y poemas de las antologías literarias clásicas. Lo importante para

estos hombres, lo que hacía excepcional a Japón, era su ilustre linaje imperial. Al final, esto se transformaría en la base del nacionalismo imperial en la era Meiji, al igual que en la «Restauración Shôwa» que fomentó el fascismo japonés en la década de 1930.

Hasta los sabios neoconfucianos empezaron a aportar razones para la restauración del emperador. En el llamado confucianismo de Wang Yangming (1472-1529), los sabios argumentaban que la naturaleza «estática» de la ideología del *bakufu* había puesto el acento en la «contemplación» en lugar de la «acción pública». Para Wang Yangming (destacado filósofo y general Ming) el énfasis en la «acción pública» amenzaba al *bakufu*, orientado con frecuencia a la cura de males políticos, lo que colocaba al régimen de Tokugawa en el punto de mira. Los seguidores de Wang Yangming, como Ôshio Heihachirô (1793-1837), ponían obsesivamente el foco en la expresión de la «sinceridad de la voluntad» y la «rectitud» del propósito para «enmendar las injusticias públicas». Una de esas grandes injusticias era la capacidad administrativa de los *shogun* Tokugawa. En 1834, Ôshio publicó *Senshindô satsuki* (Escuela de la limpieza interior) y rápidamente se convirtió en uno de los más destacados filósofos de la escuela de Wang Yangming, casi una especie de revolucionario. En 1837 lanzó una rebelión fallida en Osaka, en un intento de rectificar la sociedad por medio de la acción pública. Los lemas de los rebeldes eran «¡Salvar al pueblo!» y, de interés para lo que aquí nos ocupa, «¡Reinstaurar al emperador!». La rebelión fracasó y Ôshio se suicidó en su casa mientras el fuego se propagaba a su alrededor, pero fuerzas subversivas se habían puesto en marcha. Para estudiosos de Wang Yangming de distinta índole, rectificar la sociedad significaba recuperar al emperador y destruir el *bakufu*.

La escuela Mito también asumió la responsabilidad de restablecer al emperador. Esta tarea era complicada porque los *daimyô* del dominio Mito llevaban el apellido «Tokugawa» y podían convertirse en *shogun*. Destacados expertos de la escuela Mito, como Fujita Yûkoku (1774-1826), Aizawa Seishisai (1781-1863) y Fujita Tôko (1806-1855), también aceptaban que Japón necesitaba seguir la «vía imperial». Aizawa fue el más honesto de los críticos de esta escuela. En su *Shinron* (Nuevas tesis, 1825), apuntaba a las políticas fallidas Tokugawa, los avariciosos comerciantes y los desafiantes extranjeros. Muchos de los señores de los dominios estaban

endeudados, explicaba Aizawa, y «astutos y avaros difamadores manipulan a los grandes señores del país como si fuesen marionetas. Es evidente que la riqueza del reino ha caído en las garras de los mercaderes». Apelaba al miedo tradicional a los cristianos y prevenía a sus lectores contra los occidentales y su insidiosa religión: «Todos creen en la misma religión, el cristianismo, del que se sirven para anexionarse territorios. Allí donde van, destruyen lugares de oración, engañan a la población local y se apoderan de esas tierras. Estos bárbaros no pararán hasta sojuzgar a los gobernantes de todas las naciones e incorporar a sus filas a todos los pueblos». A continuación, su crítica giraba hacia un discurso nacionalista, que podría haber salido directamente de las bocas de los propagandistas de la Guerra del Pacífico, y escribía: «Nuestra Tierra Divina está donde el sol se eleva y la energía primordial tiene su origen [...] La posición de Japón en la cima de la tierra lo convierte en norma para las naciones del mundo. Arroja luz sobre el mundo y la distancia que alcanza el resplandeciente influjo imperial no conoce límites».

Sakuma Shôzan (1811-1864), que escribía al inicio de la Guerra del Opio en China, es otro crítico de la decadencia moral de la era Tokugawa, pero su enfoque era más práctico. Su lema, «La ética oriental como base, la tecnología occidental como medio», abarcaba los dos campos ideológicos. Pensaba que Japón debía restaurar el poder del emperador para frenar el declive moral y aprovechar la tecnología occidental para defenderse. La urgencia de la situación en China exigía un punto de vista práctico y era imposible «expulsar a los bárbaros», daba igual lo convincentes que fueran, hasta que Japón adoptase la tecnología militar necesaria para hacerlo. Compartimentaba su filosofía de la siguiente manera: «Al enseñar lo concerniente a la moralidad, la benevolencia y la rectitud, la devoción filial y el amor fraternal, la lealtad y la justicia, debemos seguir los ejemplos y preceptos de los sabios chinos. En lo tocante a la astronomía, la geografía, la navegación, los mapas, el estudio del principio de todas las cosas, el arte de las armas de fuego, el comercio, la medicina, la maquinaria y la construcción, debemos confiar principalmente en Occidente». Al final, este enfoque práctico llegó a caracterizar a Japón durante la era Meiji, pero sólo después de que se asentase la polvareda levantada por el hundimiento del gobierno Tokugawa.

Los expertos no sólo plantearon desafíos ideológicos a la ortodoxia neoconfuciana de los Tokugawa en el campo del discurso político y el naciente nacionalismo imperial. Es importante recordar que el neoconfucianismo constituía un bagaje filosófico más amplio que, además de ideas políticas, incluía medicina, historia natural y cosmología. Más o menos en la misma época en que los intelectuales nativistas empezaban a atacar al neoconfucianismo como «artificial» e inadecuado para Japón, los médicos comenzaron a apreciar discrepancias entre las colecciones chinas de láminas anatómicas y los cuerpos reales. Esto quedó aún más patente por la importación de obras de anatomía holandesas, que los médicos japoneses decidieron que eran mucho más exactas que las chinas. No pasó mucho tiempo antes de que los investigadores japoneses estableciesen una conexión más amplia entre las inexactitudes de la medicina china y las posibles imprecisiones de sus filosofías políticas. Una vez más, la ortodoxia neoconfuciana fue objeto de crítica, en esta ocasión debido a la aparición en Japón de la observación empírica y la medicina holandesa.

CIENCIA COSMOPOLITA Y DECADENCIA CONFUCIANA

La evolución de las ciencias en el Japón premoderno, en particular la influencia de las «enseñanzas holandesas», provocó nuevas fisuras en el edificio de la autoridad Tokugawa. En el campo del conocimiento relacionado con el cuerpo, la comprensión de la anatomía humana gracias a la disección se transformó en la prioridad para muchos médicos interesados en la medicina europea. Mientras que la medicina neoconfuciana había elegido un enfoque conservador y no intervencionista, las enseñanzas holandesas ofrecían una visión científica más revolucionaria que indagaba en el interior del cuerpo. Desde el principio, algunos neoconfucianos se opusieron a abrir y mirar de cerca los cuerpos por el riesgo que representaba para la interpretación tradicional de la anatomía y las ciencias médicas establecidas. Indirectamente, cuestionar la medicina neoconfuciana significaba cuestionar la base ideológica en la que descansaba el gobierno Tokugawa.

En su mordaz crítica de la práctica de la disección, por ejemplo, el médico Sano Yasusada ridiculizaba la necesidad de abrir los cuerpos y

observar los órganos humanos. Respecto a la disección y observación de los órganos internos escribía: «No puedo imaginar qué se gana mirándolos, escuchándolos o hablando de ellos». Otros médicos, sin embargo, como Yamawaki Tôyô (1705-1762) y Sugita Genpaku (1733-1817), de modo similar a sus colegas europeos, creían que había mucho que ganar abriendo y explorando el cuerpo. Para algunos médicos europeos y japoneses, los lugares de ejecución, con sus cadáveres picoteados por los pájaros y huesos blanqueados por el sol, resultaban irresistibles cotos de caza para los descubrimientos anatómicos.

En *Rangaku kotohajime* (Principio de los estudios holandeses, 1815), Sugita (figura 13) contaba la famosa historia de la disección de una anciana, una criminal apodada la «vieja arpía del té verde». La policía la había ejecutado en Kozukapara en abril de 1771. Normalmente, sólo los parias, los *eta* o *burakumin*, manipulaban cuerpos muertos por temor a la impureza, un factor social que limitaba el estudio empírico de la anatomía humana en el Japón premoderno. Maeno Ruôtaku (1723-1803), otro médico, acompañó a Sugita y llevaron con ellos una copia de *Anatomische Tabellen*, un texto de anatomía del médico de Danzig (actual Gdansk) Johannes Adam Kulmus (1689-1745), publicado en Alemania en 1725. Los japoneses conocían el libro por su título holandés, *Ontleedkundige tafalen*, publicado nueve años después. Maeno había conseguido la copia en Nagasaki, donde la Compañía Holandesa de las Indias Orientales comerciaba con los japoneses desde la pequeña isla artificial de Dejima. Coincidió que Sugita también había adquirido una copia de la obra. Nagasaki ofrecía una vía de conexión constante con los conocimientos holandeses que llegaban a Japón. Tanto Sugita como Maeno vieron de qué manera tan diferente representaban los holandeses los pulmones, el corazón, el estómago y el bazo en comparación con las imágenes anatómicas aportadas por la medicina neoconfuciana. Al principio pusieron en duda la exactitud del texto holandés, pero cambiaron de opinión con la disección de Kozukapara, cuando miraron e investigaron dentro del cuerpo que tenían ante ellos.



Figura 13. Sugita Genpaku tal como aparece en el título y la portada de *Rangaku kotohajime,* 1869 (Principios de los estudios holandeses, 1815).

Toramatsu, el marginado social escogido para llevar a cabo la autopsia, había caído enfermo, así que le sustituyó su abuelo de noventa años. Cortaron la arrugada piel de la «vieja arpía del té verde» y abrieron la carne. Opinaron sobre la localización de varios órganos internos y también señalaron otros para los que la medicina china no tenía nombre. Al compararlos con el *Ontleedkundige tafelen,* Sugita los identificó como arterias, venas y glándulas suprarrenales (figura 14). El anciano comentó que, en todas sus disecciones, los médicos nunca se habían interrogado acerca de las discrepancias entre el cuerpo real, descuartizado delante de ellos, y las descripciones anatómicas chinas. En contraste, Sugita y Maeno estaban asombrados por las similitudes entre el texto holandés y las interioridades de la «vieja arpía del té verde». Sugita y Maeno reunieron unos cuantos huesos blanqueados de Kozukapara y notaron que también eran idénticos a los del libro holandés. Los dibujos chinos resultaron completamente inexactos. Aún más, muchos órganos anatómicos chinos, como los «seis lóbulos y dobles aurículas de los pulmones» o los «tres lóbulos izquierdos y los cuatro derechos del hígado» parecían ser auténticas fabulaciones.

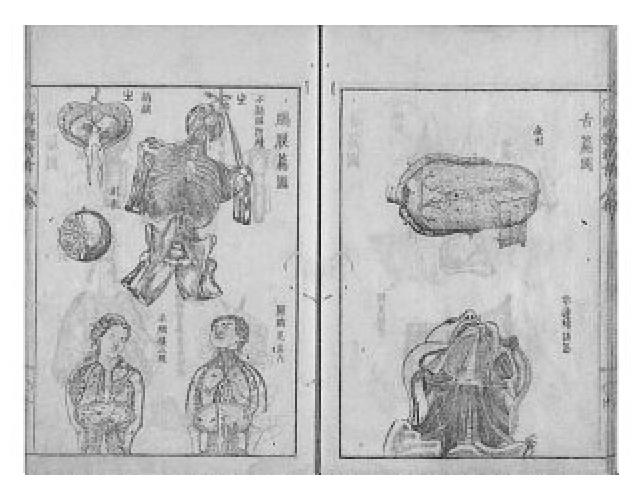


Figura 14. Detalle anatómico del *Kaitai shinsho* de Sugita Genpaku (Nuevo atlas anatómico, 1774).

Resulta tentador describir ese momento como un hito decisivo en la historia del Japón premoderno, una transición revolucionaria del aprendizaje deductivo y teórico de la medicina neoconfuciana a las observaciones empíricas en el lugar de ejecución de Kozukapara y los textos holandeses. En este sentido, no dista mucho de las disecciones y los dibujos anatómicos del belga Andreas Vesalio (1514-1564) que, en su *De Humani Corporis Fabrica* (De la estructura del cuerpo humano, 1543), desacreditaba miles de años de teoría anatómica, ejemplificada en la teoría de los humores de Claudio Galeno (129-199). De forma similar a la tradición médica neoconfuciana adoptada por Sano Yasusada y la mayoría de las instituciones del Japón premoderno, la teoría de los humores, o medicina hipocrática, consideraba que en el cuerpo había cuatro fluidos corporales básicos, que se correspondían con la teoría aristotélica de los cuatro elementos: la bilis negra (tierra), la bilis amarilla (fuego), la flema (agua) y la sangre (aire). El exceso o la deficiencia de esos fluidos eran la raíz de la enfermedad humana. Básicamente, esta teoría convergía con la teoría de las cinco fases del neoconfucianismo, que reducía el mundo a cinco elementos –agua, madera, fuego, tierra y metal–, que a su vez guardaban correlación con colores, números, direcciones y temperamentos.

En 1536, acompañado por su ayudante Regnier Gemma, Vesalio se desplazó a un lugar en las afueras de la localidad belga de Lovaina donde se realizaban ejecuciones y donde descubrió el esqueleto intacto de un ladrón. La autoridades habían encadenado al pobre tipo a la hoguera, lo habían

cocinado vivo y habían dejado la carne achicharrada a los hambrientos pájaros. Vesalio se llevó los restos a casa para sus estudios de anatomía. En la Universidad de Padua, cerca de Venecia, Vesalio realizó disecciones humanas y vivisecciones no humanas, reemplazando a los barberos (el equivalente europeo de los parias japoneses, al menos en lo tocante a disecciones) por sus estudiantes de Medicina. Durante esos años, Vesalio dirigió varias disecciones públicas, teatrales en cuanto a su puesta en escena e impacto, y la experiencia acumulada llevó a la publicación de *Fabrica* en 1543. Aunque los colegas, en especial su maestro Franciscus Sylvius (1614-1672), criticaban a Vesalio por sus conclusiones y sus dibujos contrarios a Galeno, su trabajo sentó las bases para el estudio empírico del cuerpo en Europa y finalmente en Japón. Los grandes espectáculos de las conferencias y disecciones en Padua tipifican la etapa posterior a Vesalio, en la cual estudiantes y profesores interactuaban para producir y difundir conocimientos anatómicos.

Aunque no tan innovadora como *Fabrica* de Vesalio, y claramente influida por la difusión de ideas y métodos europeos, la tradución e interpretación de Sugita supuso un avance para el pensamiento empírico japonés. Logros parecidos ya habían trastocado el consenso científico japonés. El nuevo ambiente científico llevó al médico Kosugi Genteki (1730-1791) a concluir que las representaciones anatómicas chinas estaban «completamente equivocadas», tras una disección a la que asistió en 1751 realizada por su maestro Yamawaki Tôyô. Yamawaki dirigió la disección del cuerpo de un delincuente sin cabeza en un templo de Kioto. Su *Zôshi* (Descripción de los órganos, 1759) fue el primer texto de anatomía japonés que no se basaba en las enseñanzas chinas sino en observaciones empíricas. Más tarde, Sugita comentaba acerca de la disección: «Juzgando por lo que [Kosugi] vio, descubrió que todo el conocimiento transmitido por los antepasados es completamente erróneo: eran todas invenciones huecas». En el siglo XVIII los médicos japoneses se mostraban cada vez más escépticos con los textos de anatomía chinos. Dado que tenían pocas restricciones para abrir cuerpos, y contaban con una reserva de marginados dispuestos a contravenir los tabúes existentes, los médicos del Japón premoderno empezaron a descubrir de forma empírica el cuerpo humano.

A pesar de que los médicos tradicionales condenaron la disección de 1751 en Kioto, los expertos oficiales neoconfucianos, los funcionarios

Tokugawa y la mayoría de los demás médicos mantuvieron un relativo silencio sobre el asunto. Sugita escribió que Okada Yôsen (1722-1797) y Fujimoto Rissen (1703-1769), médicos oficiales del *bakufu* que habían realizado siete u ocho disecciones, también mencionaron las diferencias entre los textos chinos y los cuerpos reales. Para reconciliarse con la evidencia, especularon sobre las posibles diferencias en la anatomía de chinos y «bárbaros» (en este caso, japoneses y europeos respectivamente). Esta dudosa lógica no es sorprendente, ya que falaces teorías raciales de las diferencias humanas también calaron en la medicina occidental. Los comentarios de Sugita sobre sus observaciones, combinados con el *Zôshi* de Yamawaki, apuntan a que, durante el siglo XVII, floreció en Japón una cultura investigadora reprimida, que recordaba a anteriores experiencias en Europa.

Tras la disección de Kozukapara, Sugita planteó la hipótesis de que la antigua China conocía la disección porque el término aparece en antiguos textos médicos, pero que la práctica no había sido transmitida a lo largo de los siglos. Debido a esto, afirmaba que Japón sólo había recibido las migajas de la sabiduría china. Sugita insistía en que tras la experiencia de Kozukapara, él y otros médicos deberían aprender la «verdadera estructura del cuerpo humano» para poder ejercer mejor la medicina. En el siglo XIX, a inicios de la era moderna en Japón, Sugita rememoraba la popularidad de la enseñanza holandesa y especulaba sobre las razones por las que había prosperado. Un motivo era que «expresaba los hechos tal como eran», o una realidad filológica empírica en vez de deductiva. Otra razón para que floreciese el saber holandés era que «el momento era el apropiado para ese tipo de conocimiento», con su gran énfasis en las observaciones. Ese empirismo, reflexionaba, constituía el corazón de la «verdadera medicina» que «salva las vidas de la gente».

De hecho, «el momento era el apropiado» para una crítica de la ciencia china. Las autoridades Tokugawa temían que si la medicina neoconfuciana china resultaba ser incorrecta y equivocada, si no «expresaba los hechos tal como eran», lo mismo podría aplicarse a todo el neoconfucainismo Zhu Xi y sus marcos políticos y sociales. Combinado con actividades radicales como «reverenciar al emperador, expulsar a los bárbaros», bastaría para debilitar la legitimidad del Estado. Los samuráis radicales empezaron a

meter cuñas en las grietas de los cimientos de la autoridad Tokugawa, lo que condujo al hundimiento del *bakufu* en 1868.

HOMBRES Y MUJERES DE GRAN RESOLUCIÓN

No es extraño que la mayoría de los señores de los dominios que abrazaron la doctrina de «expulsar a los bárbaros» pertenecieran a dominios exteriores, hombres que aún se resentían de sus derrotas en la batalla de Sekigahara (1600) dos siglos antes. Los samuráis de los dominios «exteriores» se fueron agrupando en Kioto y advirtieron al *shogun* de que no traicionase los deseos del emperador. Entre los fanáticos imperiales que fueron a Kioto para aportar sus energías al inminente cambio había una mujer procedente de un enclave rural, Matsuo Taseko (1811-1894). En 1852, Matsuo había entrado en contacto con un discípulo del nativista Hirata Atsutane, que atacaba al budismo por considerarlo otra destructiva importación foránea. No sorprende que muchos fanáticos imperiales comenzaran a pintarrajear estatuas budistas para apoyar a la religión nativa, el sintoísmo, que adoraba a dioses nativos. Matsuo viajó a Kioto con algunos «hombres de gran resolución *(shishi)*» para hacer campaña en favor de una restauración imperial. Mientras estaba en la ciudad, se vio desbordada por el nacionalismo, como demostraba un poema que escribió: «¿Cómo esperas / que me detenga ahora? / Mis pensamientos constantemente / se elevan cuando la locura / del espíritu japonés me embarga». La energía del espíritu japonés había calado en todos los estratos sociales.

Pese a la intensa agitación política de «hombres de gran resolución», el *bakufu* tomó un rumbo de apertura del país y firmó el Tratado de Amistad y Comercio (Tratado de Harris, 1858) con Estados Unidos. A los fanáticos imperiales les irritó la mayor parte de este acuerdo, pero nada tanto como las condiciones de extraterritorialidad. En el artículo 6, el tratado estipulaba: «Los estadounidenses que cometan ofensas contra los japoneses serán juzgados en tribunales consulares de Estados Unidos y, si son declarados culpables, serán castigados de acuerdo con la ley estadounidense». En otras palabras, los ciudadanos estadounidenses que vivieran en los puertos incluidos en el nuevo tratado se someterían a la ley

norteamericana no a la japonesa, considerada «oriental», despótica y bárbara por los occidentales. La mayoría de los observadores japoneses vieron esto como una quiebra de la soberanía. Debido al artículo 6, y a otras cláusulas relativas a tarifas injustas, este y otros acuerdos, como el impuesto a China (en el que se inspiró el Tratado de Harris), fueron bautizados con el término de «tratados desiguales».

El artífice de la estrategia de «apertura del país» del *bakufu* fue el intrépido Ii Naosuke (1815-1860). Inmediatamente después de firmar el Tratado de Harris hizo una purga entre simpatizantes imperiales, como Hotta Masayoshi (1810-1864), y los expulsó de la corte y de los círculos del *bakufu*. En 1860, intervino en una disputa sucesoria entre los Tokugawa para asegurarse de que Tokugawa Iemochi (1846-1866), partidario de «abrir el país», fuera el siguiente *shogun* en vez del más radical Tokugawa Hitotsubashi (del dominio de Mito). Entretanto, el regente Manabe Akikatsu (1804-1884) ejercía una presión considerable para que la corte aceptase la postura diplomática del *bakufu*. Pero los fanáticos imperiales contraatacaron con fuerza: en respuesta a la purga de Ii de seguidores del emperador, los samuráis radicales devolvieron el golpe en nombre de la corte y en defensa de la «tierra divina» en 1859. Justo después de la firma del Tratado de Harris, atacaron con brutalidad a un oficial naval ruso, un capitán mercante holandés, un empleado chino de los franceses y un japonés contratado por el Consulado británico. En enero de 1861, los samuráis mataron en la capital de Edo al secretario de Townsend Harris, cónsul general estadounidense. Luego, en el Incidente Sakuradamon, el mismo Ii y el primer ministro del *shogun* fueron atacados con un hacha en el exterior del complejo oficial en Edo. Como todos los samuráis, estos «hombres de gran resolución» creían que por algunas cosas merecía la pena matar y morir, tal como dictaba el honor. Esa herencia de violencia política radical y honorables muertes voluntarias tuvo un persistente impacto en la política del moderno Japón, ya que durante la tumultuosa década de 1930 los asesinatos políticos se generalizaron en ese país.

En respuesta a los ataques de los samuráis, en particular al asesinato de Ii Naosuke, el *bakufu* lanzó otra serie de reformas pensadas para lograr la «unión de la corte y el *bakufu*». El responsable de las reformas, Matsudaira Shungaku, envió representantes a Kioto para anunciar oficialmente el cambio de opinión del *bakufu* y su adopción de la disposición de «expulsar

a los bárbaros». El giro de los Tokugawa tras el asesinato de Ii, hizo que los consejeros imperiales Sanjô Sanetomi (1837-1891) e Iwakura Tomomi (1825-1883) se jactasen de que el *shogun* «tiembla» ante la autoridad imperial. Sanjô se regodeaba en el debilitamiento del *bakufu* y proclamaba: «La restauración imperial pronto llegará. ¡Qué alegría! ¡Qué alegría!». Alardease o no, el cambio de criterio del *bakufu* indicaba una falta de voluntad política y muchos de los atributos del poder real y simbólico de los Tokugawa empezaron a erosionarse. De cara a los inquietos dominios, el régimen Tokugawa modificó el sistema de asistencia alterna, o servicio alternado, y eliminó las costosas ceremonias de entrega de presentes durante las audiencias con el *shogun*. La canibalización de la autoridad Tokugawa había comenzado.

Mientras tanto, los fanáticos imperiales presionaban con drásticas acciones diseñadas para reinstaurar el poder imperial, echar a los bárbaros y socavar el gobierno Tokugawa. En 1862, samuráis del dominio de Satsuma, vivero del bando partidario de «expulsar a los bárbaros», mataron a un comerciante inglés llamado Charles Richardson (1834-1862). Los británicos respondieron exigiendo una indemnización, cosa a la que el dominio de Satsuma no estaba dispuesto. La respuesta final de los británicos fue bombardear Satsuma con la artillería. En los siguientes dos años se incrementaron todavía más las revueltas políticas. En 1863, el general del *bakufu* Ogasawara Nagamichi (1822-1891) fue enviado a Kioto después de que el *shogun*, Tokugawa Iemochi (18476-1866) fuese retenido brevemente en la capital imperial como rehén. Ese mismo año un grupo de samuráis que se hacían llamar «patriotas del reino» prendieron fuego a una parte del castillo de Edo, lo que ilustra los matices nacionalistas del encuentro de Japón en el siglo XIX con Occidente. En 1864, cuando el funcionario del *bakufu* Matsudaira Yorinori (1831-1864) desertó para liderar un ejército contra el *shogun*, la autoridad nacional parecía estar escapando de las manos del *bakufu*. Más tarde, ese mismo año, los británicos mandaron un mensaje exigiendo un ajuste de cuentas con Satsuma en respuesta al asesinato de Richardson. Los retos para el gobierno Tokugawa empezaron a ser abrumadores.

Como Satsuma, el dominio de Chôshû se había convertido en una espina en el costado del *bakufu*. Los líderes de Chôshû y otros dominios exteriores seguían estando ansiosos por vengar a sus antepasados por la

pérdida de Sekigahara, la batalla que había empujado a la familia Tokugawa hacia la supremacía. De hecho, habían ritualizado su animosidad hacia su ancestral enemigo. En una ceremonia secreta, los más viejos de Chôshû preguntaban al señor del dominio: «¿Ha llegado la hora de empezar a someter al *bakufu*?». El señor respondía: «Todavía es muy pronto. Aún no llegó el momento». Las madres aleccionaban a los niños de Chôshû para que durmiesen con los pies orientados al este, signo de desprecio hacia los *shogun* de Edo. Chôshû se convirtió en un refugio para los fanáticos imperiales. También aprovecharon la debilidad del *bakufu* en el dominio para reforzar su propia posición política y militar. En 1865 Chôshû había comprado unos 7.000 rifles modernos que serían usados contra los aliados Tokugawa sólo tres años después. Intelectuales de Chôshû, como Yoshida Shôin (1830-1859), hablaban abiertamente de «destruir el *bakufu*» y promovían la lealtad nacionalista, inherente a reverenciar al emperador, como opuesta a la lealtad feudal, compartimentalizada, del sistema Tokugawa. Cuando Chôshû se alió con samuráis de los dominios de Tosa y Satsuma para crear la Alianza Sarchô, el destino del *bakufu* quedó sellado. En enero de 1868, en los campos de batalla de Fushimi y Toba, el *bakufu* Tokugawa sucumbió ante sus enemigos y se hundió.

CONCLUSIÓN

El discurso político en los años de ocaso del periodo premoderno en Japón estructuró el discurso político durante la Restauración Meiji, desde el «Programa de Ocho Puntos» de Sakamoto Ryôma (1836-1867) a los samuráis de Tosa, que expusieron un plan de restauración imperial, o la proeza de Yoshida Shôin. Sakamoto ridiculizó la conducta del *bakufu:* «Esos canallas de Edo son uña y carne con los bárbaros. Pero aunque esos sinvergüenzas tengan buena parte del poder, en cuanto me alíe con dos o tres *daimyô* [señores de los dominios] no les quedará más remedio que pensar en su país [...] Es mi firme deseo limpiar Japón». Los artífices del gobierno Meiji, como Itô Hirobumi (1841-1909), estudiaron con samuráis radicales como Yoshida Shôin y esos antecedentes dieron forma a su enfoque del gobierno imperial, el nacionalismo japonés y los proyectos de construcción de un imperio en la región de Asia-Pacífico.

En respuesta a los «tratados desiguales» y alentado por la política radical del nacionalismo imperial, durante la era Meiji Japón empezó a embarcarse en formas de construcción del Estado radicalmente nuevas, que prácticamente igualaban al pequeño país insular con las grandes potencias. El encuentro cultural con Estados Unidos y Europa desató una respuesta intensamente nacionalista, que se caracterizó por el movimiento «reverenciar al emperador». Las actividades de los fanáticos imperiales ilustran esas políticas radicales nacidas en el crisol del colonialismo, que tendrían un legado perdurable en Japón y otras partes. No obstante, los resultados más inmediatos de la revuelta política y el diálogo nacionalista de la década de 1860 fueron el colapso del poder Tokugawa y la Restauración Meiji de 1868.

9
Ilustración Meiji
(1868-1912)

En enero de 1868, en los campos de batalla de Fushimi y Toba, el *bakufu* Edo sucumbió a la Alianza Satchô. Después de 268 años de malestar, los perdedores de la batalla de Sekigahara (1600), los dominios «exteriores» que los *shogun* habían mantenido tan estrechamente sojuzgados, obtuvieron por fin su venganza. Si bien los artífices de la Restauración Meiji habían ensalzado la doctrina de «expulsar a los bárbaros, reverencia al emperador» a inicios de la década de 1860, la realidad de gobierno –y de la amenaza planteada por las grandes potencias y sus empobrecedores «tratados desiguales»– hacía que esos eslóganes fuesen indefendibles políticamente. El nacionalismo imperial radical de inicios del siglo XIX se rindió ante un compromiso de *realpolitik* con Estados Unidos y Europa, en el cual la modernización se convirtió en la preocupación de la política, la cultura y la sociedad japonesas. Los reformadores Meiji aspiraban a llevar Japón a la edad moderna, con su gobierno constitucional, potentes motores de vapor y fábricas iluminadas por electricidad las 24 horas. Guiados por poderosas políticas y filosofías, los reformadores Meiji reinventaron Japón entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Lo moldearon para que fuese un país que, menos de medio siglo después, se transformó en una potencia económica y militar en el mundo.

ESTADO MEIJI

Los nuevos líderes del régimen Meiji eran, como lo describió Ôkuma Shigenobu (1838-1922), semejantes a una «miríada de dioses» dispuestos a construir un nuevo Estado. La Carta de Juramento de abril de 1868 estableció el marco básico para el nuevo régimen. Aunque los primeros cuatro postulados –«asambleas deliberativas», sufragio universal masculino, abandono de las «costumbres nocivas del pasado» y acceso

abierto a las oportunidades empresariales– tardaron en materializarse, el nuevo liderazgo persiguió con ahínco el quinto principio, que declaraba: «Se buscará en todo el mundo el conocimiento para fortalecer los cimientos del poder imperial». Este compromiso internacional transformó Japón a todos los niveles, desde el préstamo cultural al conflicto armado.

La Misión Iwakura de 1871-1873 encarna la determinación de los japoneses a utilizar la cultura y las instituciones occidentales para «fortalecer los cimientos del poder imperial». Kume Kunitake (1839-1931), autor de la crónica oficial de la misión, reflexionaba: «La Restauración Meiji ha conducido a una transformación política sin precedente en Japón». Cuando la misión viajó a Estados Unidos y Europa, accedió a un mundo moderno, donde pasaron muchos días «en ruidosos trenes con chirridos de ruedas y pitidos de silbatos, que escupían fuego en medio del olor a hierro, a través de ondulantes nubes de humo». La locomotora a vapor se transformó en un importante símbolo de la transformación Meiji, al igual que el emperador, que a partir de 1871 lució el traje de mariscal de campo prusiano. En 1872, se abrió la primera línea de ferrocarril japonesa entre Tokio y Yokohama, a la que pronto siguieron muchos kilómetros de vías férreas.

Inmediatamente después de la Restauración Meiji, los reformadores eliminaron los registros de los dominios, un importante vestigio del poder feudal. En el nuevo Estado, los dominios se convirtieron en prefecturas y los grandes *daimyô* en «gobernadores». Líderes Meiji como Kido Kôin (Takayoshi, 1833-1877) y Ôkubo Toshimichi (1830-1878), procedentes de Chôshû y Satsuma respectivamente, orquestaron a una cohorte de dominios para que hiciesen una declaración en marzo de 1869, en la cual renunciaban a su autoridad regional, antiguamente institucionalizada por el «despotismo sin límites» de los *shogun* Tokugawa. «Las tierras en las que vivimos son tierras del emperador», declararon. «La gente que gobernamos pertenece al emperador. ¿Cómo podemos tratar a la ligera a esas personas como si fuesen nuestras? Ahora entregamos nuestros registros al trono y pedimos que la corte disponga de ellos como le plazca». Exponían que la cesión de sus tierras colocaría a Japón «en manos de una única autoridad» y por tanto pondría al país en «pie de igualdad con países de más allá del mar», o sea, las grandes potencias decididas a conquistar Asia. Con tales declaraciones los reformadores Meiji, actuando a través de la corte, desmantelaban el

orden del Japón premoderno en favor de uno nuevo centralizado. Japón quedaba ahora nominalmente bajo el control de «una única autoridad», el emperador Meiji. De hecho el «mando personal del emperador» sería un notorio punto de reunión en esos primeros años, aunque una pequeña oligarquía de hombres de los antiguos dominios exteriores gobernaron de hecho el país.

Hombres como Kido creían que Japón necesitaba ser centralizado de acuerdo con líneas militares antes de poder emprender reformas de modernización sustanciales. Kido mencionaba que «la tarea importante hoy es desterrar las prácticas de los dominios y establecer con firmeza el eje militar sin el cual nada puede llevarse a cabo». Sanjô Sanetomi (1837-1891), un funcionario de la corte, pensaba que era el momento de la esencia cuando se trataba de centralizar los poderes políticos y militares: «El resultado de la Restauración depende de los próximos tres, cuatro o cinco meses», conjeturaba. Para acelerar y ejecutar nuevas reformas emanadas del centro político, los líderes Meiji establecieron una fuerza policial centralizada, que configuraron a la manera de las *gens d'armes* de Francia y a la que colocaron bajo la dirección de otro notable de Satsuma llamado Kawaji Toshiyoshi (1829-1879). Esta fuerza policial pasó por varias versiones y al final quedó a cargo del todopoderoso ministro de Interior. Esto representaba un gran cambio respecto a las prácticas regionales de imposición de la ley basadas en el estatus de la época Tokugawa. En 1873, la militarización del Estado Meiji dio otro paso de gigante con Yamagata Aritomo (1838-1922) mediante el establecimiento de lo que los plebeyos llamaban «tasa de sangre», o reclutamiento universal en un ejército totalmente leal al emperador.

Tan decisiva como esos ejemplos de ingeniería administrativa Meiji fue la reestructuración social. A partir de 1869, la corte desmanteló el sistema de estratificación social premoderno y creó amplias categorías nuevas para situar a aquellos que ocupaban la parte superior e inferior de la pirámide social. El Estado Meiji garantizó la libertad de ocupación a los antiguos samuráis (y a la mayoría de las demás personas), eliminó los registros de los dominios e instauró lazos directos entre el Estado y los individuos. En 1871, con la creación de la Ley de Registro de Familias, la corte dividió a la sociedad en cuatro categorías principales. Un año más tarde, la mayoría de la gente era considerada «plebeya». Un «edicto de

liberación» abolió las categorías de parias del sistema de estatus premoderno, que tan conectadas habían estado con la subsistencia. En la etapa Tokugawa, esos marginados manipulaban cadáveres y curtían el cuero. La asociación de esos medios de sustento con la «impureza», principalmente en forma de muerte y sangre, relegaba oficialmente a los parias, de manera hereditaria, a los márgenes de la sociedad japonesa. En 1871 el gobierno decretó que «Los nombres *eta*, *hinin* y así sucesivamente quedan abolidos. A partir de aquí, tanto en su estatus como en su ocupación [los anteriores parias] deberán ser tratados como plebeyos». Incluso después del «edicto de liberación», no era raro que los funcionarios anotasen en los registros familiares a los antiguos parias como «nuevos plebeyos» y a los ainu como «antiguos aborígenes», perpetuando básicamente formas de discriminación atenuadas. Sin embargo, el simbolismo de estos cambios es importante. Como sucede con otros cambios Meiji administrativos y sociales que revolucionaron la vida japonesa, la subsistencia de una persona dejó de girar en torno el estatus. Ahora dependía de la distancia al emperador de esa persona. En el vórtice meteorológico del huracán Meiji, el emperador siempre representaba el ojo de la tormenta. Igualar a los antiguos marginados con plebeyos tuvo como coste una violencia social asesina. En el sistema de estatus premoderno todo el mundo ocupaba un lugar y los anteriores campesinos, que disfrutaban de prestigio en el sistema de valores neoconfuciano, se amontonaban ahora con los marginados. En el próximo capítulo, veremos cómo el «edicto de liberación» hizo más vulnerables a la violencia social que antes a muchos de estos parias.

LA RESTAURACIÓN MEIJI EN LA HISTORIA

En medio del torbellino del cambio político, el periodo Meiji representa uno de los momentos más dramáticos de la historia de Japón y no es sorprendente que su legado aún provoque discusión. Los historiadores debaten qué representó en realidad la Restauración Meiji, el Meiji *ishin* en japonés. Es evidente que la confusión surge del hecho de que nadie sabía, ni siquiera los reformadores Meiji, que deparaba el futuro. Inicialmente, los líderes Meiji proclamaron 1868 como el año de «la restauración del poder

imperial», refrendado por su victoria en la Guerra Boshin (1868). Pero estaban en juego implicaciones mucho más profundas que una anacrónica vuelta al gobierno imperial de mil años antes. Como hemos visto, una burocracia central surgió para reemplazar a los dominios del periodo premoderno, a medida que un nuevo orden social emergía de las ruinas del sistema de estratificación social Tokugawa. El servicio militar ya no era hereditario de los samuráis, sino que se aplicó una política de reclutamiento nacional. Veremos que la «industriosa revolución» premoderna fue absorbida por una auténtica revolución industrial. La educación y la ciencia occidentales, que impulsaron el progreso tecnológico, se convirtieron en la norma. Dada la naturaleza impresionante de estos cambios, la era Meiji llegó a ser considerada menos como un periodo de «restauración» que como uno de «renovación» al transformarse Japón en una de las naciones «ilustradas» del mundo. En el siglo XIX, Ernest Satow (1843-1929), miembro del Foreign Service británico en Japón, comprendió la naturaleza revolucionaria de esos cambios. En sus memorias se refiere repetidamente a la «revolución de 1868». «La revolución en Japón fue como la de 1789, salvo la guillotina», reflexionaba.

Los historiadores japoneses luchaban por situar en contexto esos cambios. Taguchi Ukichi (1855-1905), un erudito Meiji, quiso explicar la total «renovación» de Japón que tuvo lugar durante la primera mitad de la etapa Meiji, aunque el derrocamiento de los *shogun* Tokugawa pretendía en principio «restaurar» las viejas instituciones imperiales. Taguchi consideraba que la historia impulsaba de forma natural a las sociedades desde la «barbarie» a la «civilización». La sustitución de la autoridad «feudal» Tokugawa por la unidad nacional del gobierno imperial no fue más que un paso en la dirección de la inevitable «ilustración» histórica de Japón. De modo similar, Nishimura Shigeki (1828-1902), otro experto Meiji, argumentaba que la historia «generaba progreso», incluso cuando ascendían y caían regímenes como el de los Tokugawa. Influidos por intelectuales occidentales como John Stuart Mill (1806-1873) y otros, estos estudiosos contextualizaron la Restauración Meiji en una secuencia de regímenes y Estados, impulsados por fuerzas incrustadas en la historia y la ley evolutiva natural que sólo salieron a la luz a finales del siglo XIX. Orquestaron una revolución temporal en la que las antiguas nociones cíclicas del tiempo y la historia, embutidas en el confucianismo y la

cosmología china, fueron reemplazadas por las ideas progresistas occidentales.

El joven Fukuzawa Yukichi (1835-1901), otro investigador Meiji al que conocimos en la introducción, acompañó en 1860 a una misión a Estados Unidos para ratificar el Tratado de Harris (1858). Sus experiencias reflejan la naturaleza de esta revolución. Fukuzawa quedó deslumbrado por Occidente, que describe como «maravilloso» y «poderoso». Él y la oligarquía Meiji llegaron a la conclusión de que era fundamental reproducir la civilización occidental. Encabezados por Fukuzawa y la Sociedad de los Seis, una serie de pensadores se dedicaron a llevar la civilización occidental a Japón. La noción de progreso dominó las primeras décadas del experimento Meiji. Fukuzawa creía que los japoneses necesitaban renovar su perspectiva temporal y su comprensión de lo que realmente significaban términos como «civilización» e «historia». En una serie de publicaciones, Fukuzawa refinó el modo en que los japoneses debían ver el pasado y el futuro. Sostenía que la civilización humana, lo mismo en Japón que en Inglaterra, progresaba desde la «barbarie», el «caos primitivo» y la «semicivilización» a una «civilización» avanzada. Para Fukuzawa y sus compañeros, la historia generaba progreso y todas las naciones se encontraban en algún punto de su trayectoria de la barbarie a la civilización. Era, como la ha descrito Taguchi, la «ley del desarrollo histórico». Esta perspectiva temporal era radicalmente distinta del punto de vista neoconfuciano de la historia y la civilización, que miraba al pasado y a los sabios de la antigua China en busca de respuestas políticas y normas morales. El neoconfucianismo miraba al pasado, el progreso occidental estaba obsesionado con el futuro.

Consideremos brevemente a dos figuras clave del pensamiento en Asia Oriental y Europa. En las *Analectas*, Confucio (551-479 a.E.C.), fundador de la filosofía de Asia Oriental, declaraba: «Transmito, pero no creo». Este se convirtió en el *modus operandi* del confucianismo, con numerosos intentos por parte de diversos intérpretes de descubrir y «transmitir» ese pasado moral por medio de una atenta lectura de los textos confucianos clave. En este aspecto, aunque muy dinámico, el confucianismo era ante todo antiguo, en busca constantemente de respuestas a los retos contemporáneos en las enseñanzas de sabios del pasado de China. Debido a esta dependencia del pasado, Fukuzawa Yokichi pensaba que la filosofía

china era una «doctrina retrógrada» con «influencias degeneradas» y, por tanto, «responsable de nuestras obvias limitaciones» en comparación con las grandes potencias. La filosofía occidental enseñaba «independencia» y «respeto por uno mismo», creencias importantes para Fukuzawa. En gran medida, esas ideas estaban arraigadas en la filosofía de Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), uno de los artífices del pensamiento moderno progresista. Afirmaba: «La historia del mundo no es otra que la del avance de la consciencia de libertad». En otras palabras, según la filosofía occidental adoptada por Fukuzawa y sus contemporáneos, la historia no era un edén político perdido gobernado por iluminados sabios, sino una estela que se abría y desparecía lentamente detrás de un bote, una filosofía que permitía seguir la pista al progreso de la civilización a medida que las naciones se deslizaban poco a poco por el tiempo.

Guiado por estos ideales progresistas, Japón absorbió las ideas y la cultura materialista de Occidente a gran velocidad. Se crearon nuevos vocabularios para describir los conceptos importados de Occidente. *Bunmei*, que tradicionalmente hacía referencia a un concepto confuciano de «civilización china», pasó a significar «civilización occidental» para la intelectualidad Meiji. En otros casos, los intelectuales crearon neologismos como *jiyû* y *kenri* para describir conceptos occidentales como «libertad» y «derechos», los mismos rastreados por el modelo hegeliano. Algunos neologismos correspondían a la ingeniería social antes mencionada: *shakai*, o «sociedad», sustituyó a *shimin*, o «cuatro pueblos» del sistema de estatus premoderno (recordemos que los «cuatro pueblos» habían sido los samuráis, los campesinos, los artesanos y los comerciantes). También hacían falta nuevas palabras para describir objetos materiales extranjeros, como *shashin* para «fotografía» y *kokkai* para «asamblea nacional». Con la colaboración de políticos e intelectuales progresistas, Japón fue ajustándose para adaptarse a una hueste de poderosas nociones occidentales. Ejemplos de cultura materialista empezaron a brotar como margaritas. Desde la construcción en ladrillo del barrio de Ginza (1872) al pabellón Rokumeikan (1883), la cerveza (1869) y los espaguetis (1872), los japoneses importaban cultura material a un ritmo fantástico.

Sin embargo, algunos reformadores y políticos japoneses se desilusionaron poco a poco de Occidente, sobre todo después de contratiempos diplomáticos como la «Triple Intervención» tras la Guerra Sinojaponesa

(1895). Quedó claro que, por muy moderno que Japón se volviese, se le seguiría negando un sitio en la mesa de las grandes potencias. La segunda generación Meiji buscó un estilo de nación más japonés, una nación más arraigada en los valores tradicionales orientales, en las «costumbres nocivas» que rechazaba la Carta del Juramento de 1868 y consideradas «retrógadas» por Fukuzawa. La Constitución Meiji (1889) conservó las estrías y fracturas de esa transición, al igual que el Edicto Imperial sobre la Educación (1890).

POLÍTICA MEIJI

A inicios de la era Meiji, muchos exsamuráis y campesinos prósperos, desilusionados por la dirección de la reforma política y económica Meiji, formaron el «Movimiento por la Libertad y los Derechos del Pueblo» basado en los conceptos occidentales de «libertad individual» y «derechos naturales». Hombres de Tosa como Itagaki Taisuke (1837-1919) y Gotô Shôjirô (1838-1897), influidos por la petición de Sakamoto Ryôma de una «asamblea nacional», empezaron a hacer campaña en pro de la participación popular en el gobierno. En 1881, Itagaki creó el Jiyûtô (Partido Liberal), que ayudó a presionar a la oligarquía Meiji para redactar una constitución. Para pensadores como Fukuzawa, la nación japonesa se liberaría a sí misma de la amenaza del imperialismo occidental mediante la consecución de derechos para el pueblo: «Si nosotros los japoneses comenzamos a buscar el aprendizaje con espíritu y energía para conseguir la independencia personal, para así enriquecer y fortalecer la nación, ¿por qué vamos a temer al poder de los occidentales?». Pero la Constitución Meiji se construyó sobre una base distinta a la defendida por el Movimiento por la Libertad y los Derechos del Pueblo, una base que reflejaba más una segunda oleada de reformas Meiji.

Itô Hirobumi (1841-1909), padre de la Constitución Meiji, la describía no como producto de la «ley natural» o los «derechos individuales», sino como «un regalo de un benevolente y caritativo emperador al pueblo de su país». La legitimidad de la Constitución Meiji no procedía de un «Creador» jeffersoniano o de los inealineables derechos naturales, sino de la inagotable caridad del emperador. Itô rechazaba la idea de la «separación de poderes»

y argumentaba que la soberanía residía únicamente en el emperador. El Estado es «como un cuerpo humano», concluía, «que tiene extremidades y huesos, pero cuya fuente de vida espiritual es la mente [p. e. el emperador]». Con la segunda oleada Meiji, el excepcionalismo de la historia de Japón –el hecho de que, como escribía Itô, «nuestro país fue fundado y gobernado por el emperador desde el principio de nuestra historia»– configuró directamente el lenguaje y las leyes de la Constitución. El Edicto Imperial sobre la Educación (1890) aún estaba más centrado en el deterioro moral a causa de los excesos de los primeros años Meiji. «El estudio de Confucio es la mejor guía de moralidad», explicaba el preámbulo del edicto.

En suma, durante la primera etapa Meiji se importaron todas las ideas e instituciones occidentales para «fortalecer los cimientos del poder imperial». Pero Occidente no era ni mucho menos monolítico y los reformadores Meiji se enfrentaron a ideas que iban desde los «derechos naturales» y el gobierno participativo a la monarquía ejecutiva prusiana. Al final, la evidente necesidad de reforzar el nuevo Estado frente al imperialismo occidental para no sufrir el destino de la dinastía Qing china durante la Guerra del Opio (1839-1842) superó a la necesidad de democratización generalizada. En la segunda oleada Meiji los reformadores criticaron muchos aspectos de la cultura occidental como excesivos y la decepción con las grandes potencias se instauró lentamente. En ningún otro campo fue más marcado el conflicto entre democratización y conservadurismo Meiji que en el de los derechos de las mujeres. Desde el principio, muchos reformadores Meiji, como aquellos asociados con la Sociedad de los Seis, defendieron los derechos y el sufragio femeninos. Pero a medida que ganó terreno la segunda oleada de reformas, los cuerpos de las mujeres se convirtieron en el principal campo de batalla para librar la lucha por el legado de la modernidad japonesa.

LA POLÍTICA MEIJI Y LAS MUJERES

Esta contienda por el destino del Estado Meiji –si forjar una nación de estilo occidental o una imperial japonesa con el espíritu de los valores conservadores confucianos– se libró más intensamente que en ninguna otra

parte en los cuerpos de las mujeres japonesas. Inicialmente, para grupos como la Sociedad de los Seis, el estatus femenino sirvió como medida del progreso japonés hacia la civilización. En los primeros años de la era Meiji, el gobierno pidió a las mujeres que contribuyeran al Estado con frugalidad, trabajo duro, manejo eficiente de la casa, cuidado de jóvenes y ancianos y crianza responsable de los hijos. El lema del Ministerio de Educación, «Buena esposa, madre sabia», encarnaba las expectativas acerca de las mujeres durante la primera fase Meiji. Sin embargo, las mujeres tenían ideas propias y no transcurrió mucho tiempo antes de que ganase impulso un movimiento por los derechos femeninos. En 1872, después de que el educador estadounidense David Murray (1830-1905) animase a los líderes Meiji a mejorar el acceso de las mujeres a la educación, se fundó la «Escuela Normal Femenina de Tokio», que presumía de un exigente plan de estudios para las jóvenes. Cuando los dirigentes Meiji recorrieron el mundo en busca de modelos para modernizar el país, un puñado de mujeres formó parte de la Misión Iwakura. Uno de esos líderes, Tsuda Umeko (1864-1929), creó una universidad femenina. Para algunos iluminados oligarcas como Kuroda Kiyotaka (1840-1900), la educación seguía siendo la clave para conseguir mujeres progresistas e ilustradas y no dejaba de recomendar que se las enviase al extranjero.

Los debates sobre los derechos de las mujeres empezaron en 1872, durante el Incidente del *María Luz*. Una nave de bandera peruana con ese nombre ancló en el puerto de Yokohama y varios pasajeros escaparon. Resultó que los pasajeros eran hombres reclutados como obreros y mujeres contratadas como prostitutas de toda Asia. La publicidad que se le dio al suceso hizo que reformistas y gobiernos extranjeros presionasen a Japón para reformar las leyes relativas a la prostitución, y más concretamente que cancelase los contratos y deudas que encadenaban a las mujeres a proxenetas y burdeles. En 1872, poco después de liberar a sus parias, Japón liberó a sus prostitutas. Aunque suponía un avance, los cuerpos de las mujeres continuaron siendo un campo de batalla en el que dirimir la dirección de la transformación Meiji. Ese mismo año, los funcionarios prohibieron a las mujeres cortarse el pelo o llevar peinados de estilo masculino. Algunos de los pensadores japoneses más destacados, como Fukuzawa, Nakamura Masanao (1832-1891) y Mori Arinori (1847-1889), respondieron que «las mujeres también son personas» y atacaron el sistema

«feudal» de familia de Japón, que relegaba a las mujeres al hogar y las sometía a los maridos.

Como reacción al Movimiento por la Libertad y los Derechos del Pueblo, el Estado Meiji se volvió más conservador a finales de la década de 1870. Como hemos visto, este movimiento comenzó en 1874, cuando Itagaki Taisuke y Gotô Shôjirô pidieron una Asamblea Nacional basada en el modelo ofrecido por John Stuart Mill. En 1880, organizaron la «Liga para establecer una Asamblea Nacional». En respuesta, los funcionarios Meiji recortaron los derechos de asociación política, en particular a las mujeres. En 1890, el gobierno dictó la «Ley de Asamblea Pública», o «Ley de Asociación y Reunión», que, entre otras restricciones, prohibía a las mujeres tomar parte en reuniones políticas. El gobierno apuntaló esta medida en 1900 con la «Ley de Policía y Seguridad Pública» del Ministerio del Interior, que limitó todavía más la implicación política de las mujeres. El Ministerio sostenía que las mujeres politizadas representaban un peligro, porque los mítines políticos comprometían sus virtudes femeninas. Señalaba los disturbios por la comida durante la Revolución francesa (1792) como un caso en el que las mujeres habían dejado de ser inocentes para transformase en animales a causa de la política radical. En la revista *Shinmin* (El súbdito), el Ministerio de Interior promovía su visión idealizada de la mujer. Por ejemplo, transformó los sufrimientos privados de Yamasaki Ichi en una exhibición pública de moralidad cuando su historia fue publicada: «Ichi cuidaba de su padre ciego, de sus hermanas menores y de su madre loca. Se casó en 1891, pero sólo cinco años más tarde su marido enfermó. Se ocupó de su esposo y de su padre hasta que murieron y sigue cuidando de su desagradecida madre». Historias parecidas se convirtieron en modelos de conducta femenina. El Estado Meiji empezó a negar derechos a las mujeres porque sus demandas a las familias eran fundamentales para su enfoque del gobierno y para definir la nación.

Varias mujeres desafiaron el ataque estatal a sus derechos. Desafíos como el de la «abuela de los derechos del pueblo», Kusunose Kita (1833-1920), se centraron en la relación entre propiedad, impuestos y derecho al voto. Tras la muerte de su marido en 1872, heredó la propiedad de él y, en consecuencia, sus obligaciones impositivas. Escribía:

> Las mujeres que somos cabezas de familia debemos responder a las exigencias del gobierno como cualquier otro cabeza de familia, pero dado que somos mujeres, no gozamos de iguales derechos. No tenemos derecho a votar a los representantes de la asamblea de distrito ni a actuar como garantes legales en asuntos de propiedad, pese a que disponemos de instrumentos legales para ese fin. Esto representa una enorme infracción de nuestros derechos.

Haciéndose eco de las bostonianas del siglo XVIII, continuaba: «Lo más reprensible de todo es que la única igualdad que comparto con los hombres que son cabezas de familia es la obligación de pagar impuestos».

A la prosa llena de sentido común de la «abuela de los derechos del pueblo» le siguió un incesante flujo de mujeres activistas. Kishida Toshiko (1863-1901) fue una de las primeras defensoras de las mujeres. A la tierna edad de veinte años, Kishida sorprendió a los asistentes a un mitin del Movimiento para la Libertad y los Derechos del Pueblo en Osaka con un discurso sobre «El camino para las mujeres». Kishida procedía de una familia acomodada; incluso había sido tutora literaria de la emperatriz. Otra famosa activista de los derechos femeninos que escuchó a Kishida, Fukuda Hideko (1865-1927), describía la experiencia de esta manera: «Oyendo su discurso, con aquel maravilloso estilo de oratoria, fui incapaz de contener mi resentimiento e indignación [...] e inmediatamente empecé a organizar a las mujeres y a sus hijas», recordaba Fukuda. Kishida argumentaba que Japón nunca lograría la ilustración Meiji mientras los hombres sojuzgasen a las mujeres: «En este país, lo mismo que en el pasado, los hombres siguen siendo respetados como maestros y esposos, mientras las mujeres son menospreciadas como criadas y sirvientas. En semejante ambiente no puede haber igualdad». La ofensiva de Kishida en pro de la educación de las mujeres y la igualdad entre los sexos propició la creación de varios grupos a favor de los derechos femeninos.

Lo importante es que la articulación Meiji de la nación que estaba en marcha seguía interconectada con la lucha por la igualdad y los derechos de las mujeres. Como el nacionalismo Meiji hacía hincapié en la noción de «Estado familiar», el papel de las mujeres en la familia como defensoras de los valores tradicionales se anteponía a su acceso al derecho al voto y la ciudadanía plena. La suerte de las mujeres en el Japón Meiji es un importante signo de una política cada vez más conservadora durante el último periodo. A diferencia de la primera oleada de reformas, que respaldaban la completa adopción de ideas e instituciones occidentales, la

segunda impulsó el atrincheramiento confuciano, una vuelta a esa «ética oriental» central en el nacionalismo imperial japonés. Este estilo agresivo, de arriba abajo, caracterizó también el punto de vista Meiji sobre la revitalización de la economía japonesa para que participase de manera más competitiva en el comercio mundial.

ECONOMÍA POLÍTICA

La transformación económica constituyó otro elemento decisivo en la Restauración Meiji. Los reformadores se dieron cuenta de que la riqueza industrial se traducía en fortaleza nacional y abrazaron con entusiasmo las teorías y prácticas económicas occidentales. No obstante, aunque Japón se integró rápidamente en los mercados globales capitalistas, sometidos en buena medida a la coacción imperialista de Occidente, no era la primera vez que comerciaba con el extranjero. Como hemos visto, las avanzadillas comerciales de los siglos XV y XVI en el Sudeste Asiático significaron una apertura para los japoneses medievales, al igual que la participación de Japón en el comercio de plata de los siglos XVII y XVIII que se desarrollaba en torno a China. Resulta fácil magnificar la ruptura histórica que supuso la capitalización e industrialización de la economía japonesa en los primeros años Meiji. Algunos historiadores, señalando la industrialización de Japón a finales del siglo XIX, etiquetan al país insular como un «modernizador tardío». Sin embargo, existen pruebas por todos lados de que la economía japonesa mostró elementos protocapitalistas y protoindustriales mucho antes de la «apertura» Meiji. Si tenemos en cuenta su historia premoderna, Japón no encaja en la descripción de «modernizador tardío». Tanto en las pesquerías de arenques del norte como en el comercio de algodón de Kinai en el oeste, los gremios madereros en Edo o simplemente el poder de la cultura consumista japonesa, desde comerciantes de planchas de madera que vendían grabados de estrellas *kabuki* hasta tiendas especializadas en algas secas, la de Japón ya era una economía sólida, diversificada, orientada a los consumidores y en rápida expansión. Puede que los japoneses no hablasen fluidamente el idioma del capitalismo occidental a comienzos del siglo XIX, pero ya conocían mucha de la gramática básica en ese tiempo. Este hecho, lo mismo que las notables

habilidades de Japón para la apropiación, explican su meteórico ascenso económico en el siglo XX.

Los artífices de la política Meiji estaban impresionados por el poder la industrialización. Durante la Misión Iwakura, las plantas industriales atrajeron la atención de la embajada. Pero los funcionarios Meiji no fueron los primeros en quedarse impresionados por la economía y la industrialización occidentales. El *bakufu* Edo había instaurado el Instituto para el Estudio de Escritos Bárbaros, en el que se enseñaba algo de teoría económica holandesa. Los reformadores Meiji, sin embargo, otorgaron una prioridad sin precedentes a la industrialización. En 1877, tras la creación de la Universidad de Tokio (surgida del instituto antes citado), Ernest Fenelossa (1853-1908), historiador del arte por formación, viajó a Japón para enseñar economía política. En 1858 Fukuzawa había fundado la Universidad de Keiô, que ponía el énfasis en la economía, donde dio conferencias sobre partes sustanciales de *Elementos de economía política* (1837), de Francis Wayland (1796-1865). En 1875 el ministro de Educación Mori Arinori estableció la Escuela Superior de Comercio, que enseñaba teoría económica. Al mismo tiempo, se produjo un torbellino de importantes traducciones, incluyendo *La riqueza de las naciones* (publicada en japonés en 1884), de Adam Smith (1723-1790), y *Principios de economía política* (publicado en japonés en 1886), de John Stuart Mill. Los japoneses empezaron a incorporar dinámicas teorías occidentales de desarrollo capitalista a la rica estratigrafía de su propia experiencia económica.

Nuevas filosofías económicas propiciaron una interacción más explotadora con las personas y, como veremos en el próximo capítulo, con el medio ambiente natural. Sin embargo, es fácil poner el énfasis en la ruptura entre la economía protocapitalista del periodo premoderno y la industrial de finales del siglo XIX. A pesar del enfoque premoderno de un medio ambiente vivo, con deidades sintoístas y el continuo budista de la vida, los pensadores de ese periodo defendían la explotación del medio ambiente para obtener ventajas económicas y políticas. Satô Nobuhiro (1769-180), un ecléctico filósofo premoderno, entendía que la naturaleza estaba dirigida por fuerzas creativas a las que daban vida los dioses sintoístas. No obstante, este enfoque animado de la naturaleza no excluía la explotación del entorno. Al describir el papel del gobierno, por ejemplo,

Satô decía en *Keizai yôryaku* (Resumen de economía, 1822): «El desarrollo de productos es la primera tarea del gobernante». Los humanos se organizan en Estados, señalaba Satô, para explotar mejor los recursos y controlar la energía, en una defensa premoderna de la moderna ecología política. De hecho, los vínculos para Satô entre el «gobernante» y el «desarrollo de productos» anticipaban el pensamiento político económico y las prácticas del periodo Meiji.

Aunque algunos economistas presionaban en favor de un modelo económico de *laissez-faire,* el deseo que prevalecía era el de una economía política de estilo prusiano, en la que los intereses del Estado estuvieran estrechamente alineados con los privados. Este tipo de modelo comenzó con Friedrich List (1789-1846), el economista alemán del siglo XIX que defendía la «economía nacional». A diferencia de la «economía individual» propugnada por Adam Smith, que beneficiaba sobre todo los intereses personales, List consideraba al individuo en «unión comercial» con los intereses del Estado. Sin duda, muchos economistas japoneses contemplaron el futuro económico de Japón a través de esta óptica de «economía nacional». La Sociedad Económica Nacional, por ejemplo, creada en 1890, adoptó este enfoque de la economía política. Su manifiesto fundacional anunciaba: «La riqueza genera poder. No se conoce que ese poder pueda existir donde no existe riqueza. La actual competencia entre naciones no es otra cosa que competencia por la fuerza y el poder productivo». La riqueza era la clave para que Japón contrarrestase los «tratados desiguales» y la soberanía nacional de las grandes potencias. Al principio, economistas como Seki Hajime (1873-1935), futuro artífice de la economía de entreguerras japonesa y alcalde de Osaka, suscribía la «prosperidad de List» y su defensa de la economía nacional. Sin embargo, más tarde se desplazó hacia una «economía nacional del pueblo» algo más próxima al *laissez-faire* liberal, en la cual la economía nacional conservadora sería sustituida por una «progresista, activa, internacional» más basada en la energía emprendedora. El enfoque intermedio de Seki, nacido en Alemania y modificado sobre el terreno en Japón, caracterizaba algunos aspectos de la economía japonesa cuando llegó el siglo XX.

Construir vínculos entre el desarrollo industrial y el Estado significaba que la mayoría de las principales industrias Meiji antes de 1880 eran estatales. Pero bajo el ministro de Finanzas Matsukata Masayoshi (1835-

1924), responsable de las políticas deflacionistas en 1881 y de la creación del Banco de Japón en 1882, el gobierno entregó poco a poco sus *holdings* industriales a firmas como Mitsui, Mitsubishi y Sumitomo, que más adelante se convirtieron en megacorporaciones industriales conocidas como *zaibatsu*. El gobierno Meiji planificó el crecimiento priorizando algunas industrias, construyendo fábricas modelo y contratando a asesores extranjeros para supervisar el desarrollo de industrias seleccionadas. Las políticas establecidas en la década de 1880 impulsaron la primera fase de crecimiento económico. Entre 1885 y 1905, las importaciones y exportaciones se duplicaron; el consumo de carbón subió de 2 millones de toneladas en 1893 a 15 millones de toneladas en 1913 y la producción de acero, un importante indicador de la industria pesada, se incremento desde las 7.500 toneladas de 1901 a las 255.000 de 1913. Empresarios como Shibusawa Eiichi (1840-1931), que fundó el First National Bank, una operación conjunta de capitales, encabezó el desarrollo de la industrial textil del algodón en Japón. En 1888, sus plantas de Spinning Mills en Osaka contaban con unos 1.100 empleados. A nivel nacional, en 1900 no menos del 70 por 100 de las fábricas japonesas se dedicaban a la producción textil. Shibusawa instaló motores de vapor en sus hilanderías, que permitían que los 10.500 husos dispusiesen de electricidad día y noche.

La electrificación de Japón desempeñó un papel importante en la economía Meiji. La electrificación de las fábricas textiles de Shibusawa presagió la electrificación general de la nación, cuando se tendieron líneas de transmisión de cobre entre las islas japonesas. Itô Hirobumi escribió sobre el recién fundado Ministerio de Industria que su objetivo era «compensar las deficiencias de Japón con celeridad sacando provecho de los puntos fuertes de la industria occidental; construir en Japón todo tipo de equipos mecánicos inspirados en el modelo occidental, incluidos astilleros, ferrocarriles, telégrafos, minas y edificios; y así, con un gran salto, introducir en Japón el concepto de ilustración». Los mineros extraían cobre en lugares como Ashio, transformando el metal en 6.500 km de tendidos en 1895. En 1910 algunas residencias privadas de Kioto contaban con luz eléctrica. En su diario, Nakano Makiko anotaba que en enero de 1910 un nuevo alumbrado eléctrico iluminaba su casa. «Es tan brillante que me siento como si hubiese entrado en la casa equivocada». En 1935 Japón se había convertido ya en líder en electrificación al abastecer a un 89 por 100

de las viviendas familiares con electricidad, curiosamente más que Gran Bretaña y Estados Unidos.

CRIMEN Y CASTIGO

Junto con la reforma económica, la revisión de los códigos legales japoneses fue otro ingrediente clave para liberarse de las cadenas de los «tratados desiguales». Lo que más irritaba a los japoneses era el artículo 6 del Tratado de Harris. En una disposición legal colonialista conocida como «extraterritorialidad» el tratado especificaba: «Los estadounidenses que cometan ofensas contra los japoneses serán juzgados en tribunales consulares de Estados Unidos y, si son declarados culpables, serán castigados de acuerdo con la ley estadounidense». La razón de la inmunidad de los estadounidenses ante la ley japonesa era que percibían como de naturaleza bárbara las formas «orientales» de castigo y detención, que a ojos de la mayoría de los occidentales eran feudales y salvajes. Para poner fin a los «tratados desiguales» con las grandes potencias y acceder a una etapa de paridad global multilateral, Japón tenía que reescribir sus códigos penales de modo que fuesen un reflejo de las recién descubiertas «civilización e ilustración».

La atención que los reformadores del Estado Meiji prestaron a la reforma legislativa no fue la primera muestra de interés por este tema. Como hemos visto, en el siglo VIII la corte importó códigos legales de la China Tang para facilitar la creación del Estado *ritsuryô*. En 1698, durante el periodo premoderno, el *bakufu* Edo quiso aportar uniformidad nacional a los delitos y castigos mediante una orden dictada a los señores de los dominios. Más adelante, a mediados del siglo XVIII, el *shogun* Tokugawa Yoshimune (1684-1751) sistematizó los códigos penales con los «Cien artículos». En los pueblos y ciudades premodernos, esos códigos se mostraban en postes indicadores. En las afueras de Edo, los lugares de ejecución, llenos de cadáveres en descomposición, disuadían a la gente de cometer futuros delitos. En unos de esos lugares de ejecución, Sugita Genpaku, el intrépido disector, diseccionó con ayuda de un marginado a la «vieja arpía del té verde». En 1832, cuando llegó a Edo una embajada de Ryukyu, el *bakufu* hizo coincidir una ejecución especial con su llegada. De

este modo, esos sitios que decoraban las proximidades de la capital del *shogun* servían como marcadores disciplinarios de la autoridad del Estado. En 1610 el *bakufu* construyó también el complejo carcelario de Kodenmachô, que siguió siendo utilizado para el mismo propósito hasta bien entrada la era Meiji. Con espeluznantes castigos como «la sierra», «la picota», «los azotes», «el tatuaje» y la crucifixión, algunos de los cuales se llevaban a cabo en lugares como una «sala de perforación», no es de extrañar que los visitantes estadounidenses del siglo XIX se mostrasen aprensivos ante la posibilidad de que sus ciudadanos fuesen castigados de acuerdo con procedimientos tan crueles.

Las condiciones de los prisioneros en Estados Unidos no eran mucho mejores, aunque la información que corría por Asia Oriental los hacía parecer «progresistas». Un libro chino titulado *Haiguo tuzhi* (Un tratado ilustrado de los países marítimos), escrito por Wei Yuan (1795-1857), acercó las circunstancias que rodeaban a las prisiones estadounidenses a los lectores japoneses, en especial a activistas del siglo XIX como Yoshida Shôin (1830-1859). Cuando el comodoro Matthew C. Perry entró en la bahía de Edo con sus «barcos negros», Yoshida y un compatriota intentaron colarse en uno de los cañoneros para viajar a Estados Unidos y ver el país por sí mismos. Yoshida y su compañero fueron detenidos y encerrados en una prisión del dominio de Chôshû. Mientras estaban encarcelados, Yoshida consiguió una copia del *Haiguo tuzhi*. Descubrió que en las cárceles estadounidenses los delincuentes «cambiaban y se convertían en buenas personas» gracias a la instrucción positiva. En las prisiones Edo, reflexionaba Yoshido, «no he conocido nunca a una persona que tenga buenos pensamientos» como resultado de su encarcelación.

Como los rumores y las realidades de la «barbarie oriental» estaban relacionados tan estrechamente con los «tratados desiguales», los japoneses se dieron cuenta de que la reforma penal era decisiva para arrebatar la soberanía total de Japón a las grandes potencias. Iwakura Tomomi (1825-1883) encabezó los esfuerzos para pedir al emperador que diese prioridad a la reforma penal. Poco después de la Restauración Meiji, la corte anunció que «entre los centenares de reformas que hay que poner en marcha junto con la restauración del poder imperial, las leyes penales son una cuestión de vida o muerte para las masas y por tanto necesitan ser corregidas con urgencia». La crucifixión, antes reservada a los acusados de regicidio o

parricidio, fue prohibida en el *Shinritsu kôryô* (Esbozo del nuevo código) de 1871, al igual que ser quemado vivo. A instancias de reformadores de prisiones como Ohara Shigechika, el ministro de Justicia Meiji construyó la primera cárcel moderna en Kajibashi. Arquitectónicamente tenía forma de cruz con un punto de observación en el centro, que recordaba al «*panopticon*» de Jeremy Bentham (1748-1832), y como señaló Ohara, la prisión entera podía ser inspeccionada «de un simple vistazo». Un periodista allí encarcelado recordaba: «El diseño sigue el de una cárcel occidental y tiene forma de cruz [...] hay un guardia en el medio [...]que vigila las cuatro direcciones». Los funcionarios Meiji reprodujeron el exitoso modelo de prisión de Kajibashi en Sapporo (1875) y otras ciudades importantes. Las reformas del código penal japonés y la construcción de modernas prisiones fueron cruciales para demostrar a las grandes potencias que Japón había abandonado las prácticas «orientales» del periodo premoderno.

CONCLUSIÓN

Es difícil exagerar hasta qué punto fragmentos importados de la civilización occidental configuraron la Restauración Meiji. A esas alturas, la apropiación cultural por parte de Japón superaba incluso a la adopción de instituciones dinásticas Tang de los siglos VII y VIII. Después de la Misión Iwakura, los legisladores, intelectuales y empresarios de Japón emprendieron la remodelación estratégica de prácticamente todas las facetas de la vida japonesa. Prusia aportó el modelo de ejército para la defensa de la nación; la Armada, como es natural, se basó en el modelo británico. La fuerza policial que haría cumplir la ley en el país guardaba semejanza con la del centro de París. La Escuela Agrícola de Sapporo era un calco de los centros de enseñanza superior estadounidenses creados mediante la Ley Morrill de Concesión de Terrenos para Universidades (1862). Con el pensamiento político occidental en mente, Japón reinventó su aparato de gobierno, las jerarquías sociales y el concepto de sociedad civil, al tiempo que remodelaba la naturaleza básica de la economía y los acuerdos de comercio internacionales. En el terreno judicial, los draconianos castigos y las prisiones del pasado fueron sustituidos por otros

innovadores inspirados en los de Estados Unidos y otras partes. Para entretener y educar, museos, zoológicos, jardines botánicos y universidades adornaron la capital, Tokio, y las principales ciudades. Artefactos materiales como los bloques de varios pisos en ladrillo alojaron usos culturales importados como salas de baile. La cerveza y los espaguetis, ambos de origen occidental, aparecieron junto a los entrantes tradicionales japoneses en los menús de los restaurantes. El béisbol, un nuevo pasatiempo, resultó una importación estadounidense popular y perdurable, al igual que otras formas de deporte y ocio. En nombre de «la civilización y la ilustración», Japón se modernizó a un ritmo asombroso tras la Restauración Meiji y se situó en la misma trayectoria que las grandes potencias.



Figura 15. El emperador japonés Mutsuhito (1852-1912), *ca.* 1880-1901.

Pero la modernización de Japón fue también producto de acontecimientos históricos internos: no todo en la era Meiji se limitaba a copiar modelos extranjeros. Japón tomó prestadas muchas teorías económicas e instituciones de Occidente, pero tras las experiencias

protocapitalistas de la etapa premoderna, fue relativamente fácil para los reformadores Meiji imponer esas teorías e instituciones en contextos económicos japoneses ya receptivos. La Constitución Meiji creó un sistema político monárquico distinto a cualquier cosa que Japón hubiese visto antes, aunque la idea de un poderoso Estado centralizado, con influyentes y sofisticadas burocracias, no era nueva en absoluto. El emperador recibió la era Meiji vestido con atuendo tradicional y un enorme sombrero, pero un año más tarde lucía un traje de mariscal de campo prusiano (figura 15). La noción de restauración imperial estaba profundamente arraigada en las tradiciones japonesas, aunque fuesen tradiciones en buena medida inventadas. En otras palabras, la Restauración Meiji injertó lo viejo y lo nuevo, lo japonés y lo occidental, de tal manera que generó nuevas relaciones entre el Estado y sus súbditos. Para muchos, no obstante, estas nuevas relaciones marcaron el inicio de malos tiempos, ejemplificando hasta qué punto los beneficios de la modernidad no estaban equitativamente repartidos en Japón en el siglo XIX e inicios del siglo XX.

10
Revueltas Meiji
(1868-1920)

Al despuntar el siglo XX, las reformas Meiji reconfiguraron la nación insular. Las experiencias premodernas de Japón, combinadas con las tendencias globales durante el siglo XIX, fueron lo bastante poderosas para convertir a Japón en una pujante nación moderna. Transformaron la política, la sociedad y la cultura, junto con el medio ambiente y muchos de los organismos no humanos que habitaban en el archipiélago. Tanto las personas como el mundo natural se convirtieron en artefactos de la vida moderna e industrial. «Chicas modernas» con melenas cortas y dandis urbanos exhibían la última moda occidental. Japón empezó a tener más en común con las naciones industriales de Europa que con su propia imagen previa a la era Meiji o sus vecinos más cercanos. En este sentido, las reformas Meiji habían reconfigurado y reescrito virtualmente cada aspecto del paisaje y la vida japonesa, a menudo con un gran coste social y medioambiental. El periodo Meiji tuvo un profundo punto débil, caracterizado por la adversidad humana y los primeros signos de problemas medioambientales propiciados por la industrialización desbocada y la dependencia de los combustibles fósiles.

CAMBIOS EN EL CAMPO

Las reformas Meiji supusieron una dura carga para los plebeyos, sobre todo para los que vivían en el campo. A mediados del periodo Meiji, los granjeros japoneses cultivaban alrededor de un 11 por 100 del total de la tierra disponible, aproximadamente 4 millones de hectáreas, que en 1919 ascendería a casi el 16 por 100, cerca de 6 millones de hectáreas. Esto contrasta con prácticas más contemporáneas: en los años posteriores a la Guerra del Pacífico, Japón experimentó un acelerado descenso en el número de granjeros y explotaciones agrícolas. En 1965, la cifra de «trabajadores del campo» era de 8,94 millones, pero disminuyó a 2,24 millones en 2005.

En términos de hectáreas de tierra cultivada, Japón pasó de 6 millones de hectáreas en 1965 a 4,69 millones en 2005, estabilizándose en torno a las cifras de mediados del periodo Meiji. Esto a pesar del hecho de que la población de Japón había crecido desde justo por debajo de 40 millones en 1890 a casi 128 millones en 2005. Los números sugieren que con los japoneses urbanizando buena parte de su suelo cultivable y la población rural disminuyendo rápidamente, la nación insular estaba al borde de no ser capaz de alimentarse a sí misma. Como veremos, se puede rastrear gran parte de la turbulencia rural en Japón hasta la Restauración Meiji y las políticas impositivas.

Aunque la nueva era desencadenó cambios generalizados por todo Japón, las condiciones materiales reales en el campo se habían modificado poco desde el periodo premoderno. Con la abolición del sistema de estatus y la liberación de los antiguos parias, la posición social de los granjeros como «honorables campesinos», venerables productores de grano en el orden neoconfuciano, se debilitó, y esos trabajadores de la tierra se encontraron agrupados con los antiguos marginados. Estos últimos habían sido tratados tradicionalmente con desprecio: Kaiho Siryô (1755-1817) escribió que los parias eran descendientes de «bárbaros», no de la diosa del Sol, por lo que eran distintos de los japoneses. Parecían japoneses, proseguía, pero tenían «corazones impuros». En sus escritos, Kaiho llegaba a recomendar que los marginados adultos llevasen marcas tatuadas en la frente para que la gente pudiera identificar más fácilmente a esos «corazones impuros», ya que aparentemente era difícil distinguirlos desde lejos. Sin embargo, a pesar de esas tradiciones discriminatorias, el gobierno Meiji abolió el estatus de paria en 1871, perturbando por completo las anteriores jerarquías sociales Tokugawa. En respuesta, dos años más tarde se declaró la Rebelión del Impuesto de Sangre en la provincia de Mimasaka (1873), en la cual la violencia iba dirigida hacia los antiguos marginados sociales.

En algunos aspectos, no sorprende que la violencia estallase en Mimasaka. La zona tenía una larga tradición de tensiones entre las comunidades de parias y granjeros. A inicios del siglo XIX, ese área albergaba alrededor de un 7 por 100 de la población marginada, más que en el conjunto de Japón (donde estaba entre un 2 y un 3 por 100), aunque aproximadamente la misma que en otras regiones del oeste. A menudo, las

poblaciones de parias se veían golpeadas por la pobreza, incluso después de la legislación liberadora de la Restauración Meiji. Las reformas Meiji, los rumores acerca del «impuesto de sangre» y la tradición de violencia marginal configuraron los contornos de la revuelta. La violencia en Mimasaka comenzó cuando Fudeyasu Utarô, un residente local, promovió un alzamiento contra el nuevo régimen, basándose en habladurías sobre bandidos que recorrían el campo en busca de carne y grasa, supuestamente para vendérselas a los occidentales. Al principio, Fudeyasu escenificó la revuelta como un movimiento de resistencia a esos supuestos recolectores de una tasa de sangre, pero pronto se extendió por el área rural próxima. Durante seis días, en mayo de 1873, rondaron bandas por la zona de Mimasaka cuyo objetivo eran los funcionarios locales y los parias recién liberados. Resulta revelador que estos grupos sólo destruyeran propiedades de funcionarios pero a los marginados liberados les arrebataran la vida: mataron a 18 e hirieron a muchos más. Durante los primeros días, los rebeldes destrozaron propiedades al típico estilo premoderno de «golpear y romper», pero al final de las revueltas recurrieron a la violencia indiscriminada con incendios provocados. Después de que las autoridades aplastaran la rebelión y arrestaran a los líderes alborotadores, quedó claro en los interrogatorios que los granjeros pensaban que los parias liberados mostraban una falta de deferencia hacia ellos. Como dijo uno de los cabecillas: «Desde la abolición de la etiqueta de *eta* [marginado], los antiguos *eta* de la aldea de Tsugawahara se han olvidado de su anterior posición y en muchos casos se han comportando de forma impertinente». La liberación de los parias conllevó una enorme carga social. La violencia asesina en Mimasaka provocó más revuelta y violencia social causadas por las supuestas reformas progresistas Meiji.

Con la Reforma del Impuesto sobre la Tierra (1873), el gobierno reconocía los derechos de los granjeros a su propia tierra, en lugar de considerarlos simples cajas registradoras para el señor *daimyô*. Esto fue acompañado de cambios fundamentales en las políticas impositivas. Bajo los *shogun* Tokugawa, los granjeros ofrecían un tributo de entre el 40 y el 60 por 100 de su cosecha a los señores locales, pero el gobierno Meiji lo revisó y ajustó al 3 por 100 del valor estimado de la tierra. En general, eso se traducía en alrededor de un 33 por 100 de la cosecha, pero como tasaban los impuestos en metálico, la cantidad de la cosecha entregada dependía del

valor del arroz en el mercado. Como consecuencia, los agricultores cargaron con la peor parte del coste de la Revolución Meiji. Entre 1875 y 1879, más del 80 por 100 de los ingresos del gobierno Meiji procedían de los despiadados impuestos sobre la tierra. De 1882 a 1892, esa cifra se elevó hasta el 85 por 100. Los reformadores Meiji lo racionalizaron como una necesidad para proteger el incipiente sector industrial japonés. Debido a las fluctuaciones en el mercado del arroz, el valor absoluto de la tasa sobre el suelo se duplicó, obligando a muchos pequeños propietarios de tierras a endeudarse y abandonar sus propiedades. En muchos aspectos, se convirtieron en arrendatarios o aparceros, una situación que se generalizó y persistió hasta 1945.

Como vimos con la Rebelión del Impuesto de Sangre en Mimasaka, los «impuestos de sangre», en realidad reclutamiento militar forzoso, solían acompañar a los enormes impuestos sobre la tierra. En 1873, el gobierno Meiji resaltaba la importancia de servir en el ejército mediante el reclutamiento: «Ante todo, está el servicio militar. Luego, la gente es libre de seguir con sus ocupaciones [...] Si quieren libertad, deben tomar parte en el servicio militar». A pesar de semejante retórica altisonante, los granjeros de la prefectura de Shizuoka, en buena medida como los de Mimasaka, creían que el gobierno «se llevará a los jóvenes, los colgarán cabeza abajo, extraerán su sangre para que los occidentales se la beban». Con semejantes rumores en circulación, no es extraño que estallasen en varias prefecturas disturbios en contra del reclutamiento forzoso. El problema era que muchos granjeros, que a menudo vivían en condiciones precarias, no habían hecho la transición del gobierno Tokugawa al Meiji. En una ocasión, cuando Fukuzawa Yukichi se encontró con un granjero a caballo mientras estaba de vacaciones con sus hijos, el granjero desmontó rápidamente y ofreció su caballo a Fukuzawa, que era un antiguo samurái. «De acuerdo con las leyes del actual gobierno, cualquier persona, granjero o comerciante, puede montar a caballo libremente, sin preocuparse de quién se encuentra en el camino», explicaba un exasperado Fukuzawa. Dado que los granjeros aún se consideraban encadenados a las obligaciones feudales, no sorprende que muchos de ellos viesen el reclutamiento como una forma de menospreciar su penoso trabajo; o, lo que es peor, que lo imaginasen como una sangría para sedientos occidentales. Un líder del movimiento en contra del reclutamiento protestaba: «Si somos reclutados por la fuerza en el ejército

no quedaremos libres en seis o siete años y estaremos abocados a sufrir penalidades». El servicio militar duraba tres años, no seis, pero seguía perjudicándoles. Además, muchas personas estaban exentas y existía la opción de pagar para librarse del servicio, una práctica injusta con la que el gobierno terminó en 1889.

En los primeros años de la era Meiji, los levantamientos rurales fueron endémicos, un barómetro que medía las crecientes presiones sociales de las reformas. Sólo en 1868, estallaron unas 180 revueltas por distintos motivos, entre ellos los impuestos, el reclutamiento, la liberación de los parias, la introducción del cristianismo y las inoculaciones de cólera. En 1873, el mismo año de la Rebelión de Mimasaka, 300.000 personas se amotinaron en Fukuoka, en la isla de Kyushu, porque opinaban que los altos precios de los alimentos estaban motivados por el acaparamiento, una sospecha típica del periodo Tokugawa entre los granjeros más ricos. El gobierno mandó tropas, que reprimieron con éxito la revuelta y ejecutaron o encarcelaron a muchos de los cabecillas. Las protestas de los agricultores en la prefectura de Mie se volvieron violentas en 1876, cuando el gobierno subió los ya excesivos impuestos sobre la tierra muy por encima del valor en el mercado. Las protestas se extendieron con rapidez a todo el centro de Japón, pero el gobierno también las sofocó. Al final, multó o castigó a unas 50.000 personas por su implicación en este episodio en concreto. En 1877, mientras antiguos samuráis ahora convertidos en marginales luchaban contra el reclutamiento de tropas en la Rebelión de Satsuma, que acabó con el dramático suicidio ritual de Saigô Takamori (1828-1877), las revueltas en el campo empezaron a remitir. No obstante, la pobreza rural persistía. En 1881, con la política deflacionista del ministro de Finanzas Matsukata Masayoshi (1835-1924), la pobreza rural siguió aplastando al campo japonés. En 1883, fueron a la bancarrota unas 33.845 granjas familiares y sólo dos años más tarde la cifra se elevó a 108.050.

Las medidas deflacionistas de Matsukata (1881-1885) arrasaron muchas comunidades rurales. Un prospero granjero y líder de la comunidad escribía que, en la prefectura de Kanagawa los campesinos «son incapaces de pagar sus deudas por la caída de los precios y la situación deprimida del negocio de los gusanos de seda y la industria textil en general». Continuaba: «Los usureros han pisoteado a la gente como si fueran hormigas». Advertía que si no se aliviaba el problema, los campesinos podían volverse violentos,

pero el gobierno ignoró sus súplicas. Entonces estallaron los disturbios en el centro y el este de Japón que culminaron en el Incidente de Chichibu (1884). Ese mismo año, los precios de la seda cruda se redujeron un 50 por 100 y el año siguiente fallaron las cosechas, lo que condenó a los campesinos a la miseria más abyecta. Los prestamistas aplicaron en Chichibu crueles tácticas de cobro y los intentos de los campesinos de negociar la deuda fracasaron. Como respuesta, campesinos y activistas políticos locales formaron el Partido de los Pobres, que exigió una moratoria en el cobro de la deuda y otras formas de alivio de la presión financiera. Entre los que respaldaban al Partido de los Pobres en Chichibu estaban los miembros del Jiyûtô (Partido Liberal), un partido político nacional comprometido con el Movimiento por los Derechos del Pueblo, que apoyaban el derrocamiento del gobierno Meiji.

El Partido Liberal era producto de las chispas revolucionarias del cambio político Meiji. Sus fundadores, Itagaki Taisuke (1837-1919) y Gotô Shôjirô (1838-1897), influidos por el filósofo inglés John Stuart Mill, pedían que se estableciese una «asamblea nacional». Se hacía eco del «Programa de Ocho Puntos» de Sakamoto Ryôma (1836-1867) de finales del periodo Tokugawa, que defendía la creación de cuerpos legislativos nacionales, junto con la restauración del poder de la corte imperial. En octubre de 1881, Itagaki y otros instauraron formalmente el Partido Liberal, que mantuvo su compromiso con el Movimiento por los Derechos del Pueblo y la creación de una «asamblea nacional». Al menos en parte, el Movimiento por los Derechos del Pueblo y el Partido Liberal estaban impulsados por filosofías occidentales de los «derechos naturales», que refutaban las jerarquías tradicionales confucianas y el poder oligárquico Meiji. Durante los primeros años Meiji, una oleada de ideas occidentales saturaron el panorama intelectual japonés, destacando las nociones de «derechos naturales» tal como las exponían Mill en su *Sobre la libertad* (1860) y Jean-Jacques Rousseau en *El contrato social* (1762). Dos destacados pensadores, Ôi Kentarô (1843-1922) y Ueki Emori (1857-1892) creían que el *Liberal Newspaper* y otras publicaciones difundirían el concepto occidental de «derechos naturales» en el campo. Defendían una reforma de la tierra y de los impuestos e insistían en que las principales «obligaciones» de cualquier gobierno ilustrado, cosa que afirmaba ser el poder Meiji, eran garantizar la «libertad individual» y la «libertad de

acción». Es importante resaltar que ambos visitaron Fukushima y Chichibu sólo meses después de que en ambas zonas estallara una violenta rebelión.

Sin embargo, el Partido Liberal en Chichibu se distanció del Partido de los Pobres, al que acusaban de estar dirigido por «extremistas». Hay algo de cierto en esto: en 1884, fue descubierto un complot para asesinar a funcionarios y antes de que el gobierno pudiera adoptar acciones, el Partido de los Pobres anunció el inicio de su rebelión en el monte Kaba, en la prefectura de Ibaraki. Su manifiesto, claramente influido por los «derechos naturales», decía: «De fundamental importancia para crear una nación es garantizar una distribución justa de la riqueza y los derechos que el cielo ha concedido a todos los individuos [...] Parece que nuestro sabio y virtuoso emperador se ha olvidado de que este no es el momento de imponer pesadas exigencias a gente que va camino de la inanición». Se reunían en el monte Kaba para «luchar por la revolución y derrocar al gobierno despótico». El Partido de los Pobres comenzó a reunir un ejército campesino encabezado por una especie de Robin Hood llamado Tashiro Eisuke (1834-1885). «Está en mi naturaleza ayudar a debilitar y aplastar a los fuertes», dijo en una ocasión. En noviembre de 1884, el «ejército revolucionario» de Tashiro marchó contra la capital del condado, Ômiya, asaltando las casas de los prestamistas y edificios públicos. Cuando el «ejército revolucionario» llegó a Ômiya sus filas habían crecido hasta 8.000 personas. Proclamaron la creación de un «gobierno revolucionario», con Tashiro como primer ministro. Al final, las autoridades controlaron la rebelión, pero sólo después de capturar a unos 3.000 rebeldes y arrestar a Tashiro, que fue sentenciado a muerte.

El Incidente de Chichibu hizo poco por desviar la atención hacia el abandonado campo japonés. A inicios del siglo XX, la diferencia entre la vida en las ciudades japonesas y el campo era asombrosa. Mientras en las ciudades se podían ver cortes de pelo de estilo occidental y restaurantes, teatros, trenes, luz de gas (más tarde, eléctrica), telégrafos, periódicos, salas de baile y un montón de otros pasatiempos civilizados, el campo seguía atrapado en unas condiciones de miseria. En 1874, el siempre observador Fukuzawa Yukichi escribió: «El objetivo [del gobierno] parece ser utilizar los frutos del trabajo rural para hacer flores para Tokio». Otro escritor que trabajaba como ayudante de un médico observaba:

> No hay nadie tan miserable como un campesino, en especial los más empobrecidos del norte de Japón. Allí los campesinos visten harapos, comen cereales crudos y tienen muchos hijos. Son tan oscuros como sus sucias paredes y llevan vidas sin alegría, tan miserables que pueden ser comparadas con las de esos insectos que se arrastran por el suelo y sobreviven a base de lamer la porquería.

La importación de la civilización occidental abrió un abismo entre la ciudad y el campo, entre las personas educadas y las no educadas, entre las que estaban conectadas y las que no, y por encima de todo entre los ricos y los pobres. En ninguna otra parte de Japón se dejaron sentir tanto las crecientes penurias como en el campo, donde el peso de las reformas Meiji agobiaba a muchos granjeros que disfrutaban poco de los frutos de la ilustración japonesa del siglo XIX. En gran parte, la situación persistió hasta la abolición del sistema de arrendamiento y las espectaculares reformas emprendidas durante la ocupación estadounidense.

EXTINCIONES MODERNAS

Las reformas Meiji no sólo aplastaban a los granjeros. Con la llegada del siglo XX, las políticas Meiji ejercieron una enorme presión sobre la vida silvestre en Japón. En el Japón premoderno, el sintoísmo y el budismo consideraban que la vida salvaje estaba investida de vida espiritual, ya se encarnase en los *kami*, en esencias deificadas o mensajeros divinos. Con el budismo, el continuo de la vida y la trasmigración implicaban que el alma de los antepasados podía habitar el cuerpo de un animal no humano, por lo que la gente solía tratarlos de forma compasiva. Para los primeros teólogos budistas, los bosques y montañas, y las plantas y los animales que en ellos vivían, cobraron creciente importancia como espacios divinos. Para el monje Ryôgen, por poner un ejemplo, el ciclo vital de las plantas era similar al proceso budista de iluminación. «La germinación de una planta es, en realidad, el modo en que brota su deseo de iluminación; su residencia en un lugar fijo refleja su compromiso de disciplina y austeridad; su reproducción es su consecución de la iluminación», reflexionaba. No es extraño que los santuarios sintoístas, con sus puertas *torii*, estuviesen con frecuencia al borde del bosque. El sintoísmo creía que la vida silvestre era una encarnación de los *kami* y algunos animales, como los zorros, tenían que

ver con prácticas religiosas específicas como el culto a Inari. Muchos pensaban que los zorros, al igual que los perros mapache japoneses conocidos con el nombre de *tanuki*, tenían la capacidad de metamorfosearse y, cuando lo hacían, a menudo adoptaban la forma de traviesos embaucadores, o de beldades que seducían a los leñadores.

Aunque los animales deificados fuesen poderosos, su *kami* interior no les inmunizaba frente a la explotación. Bajo los *shogun* Tokugawa, los consumidores compraban enormes cantidades de animales de caza a los carniceros de las ciudades. Como escribía un observador europeo, en algunas carnicerías de Edo los clientes adquirían «conejos, liebres, jabalí y ciervo» en abundancia. Los libros de cocina del periodo Edo contienen recetas de estofado de jabalí, así como una variedad de otros platos de caza. El Japón premoderno tampoco se inhibió del exterminio de la vida salvaje. En 1700, en la isla de Tsushima, situada entre Kyushu y la península Coreana, los funcionarios del dominio local emprendieron un programa de exterminio del jabalí de nueve años, que llevó casi a la aniquilación de esos obstinados omnívoros ungulados. Durante la campaña, los funcionarios compartimentaron la isla en secciones y fueron eliminando a las poblaciones de jabalíes de una en una. Con excepción de algunos cerdos en Nagasaki, donde la influencia china era más fuerte debido a su infraestructura comercial, Japón tuvo relativamente poca industria pecuaria bajo el gobierno Tokugawa. El exagerado recargo sobre el trabajo, incluyendo el no humano, determinó en gran medida la falta de cría de ganado para consumo humano en Japón antes de la era Meiji. Esta mezcla de trabajo y compasión por los animales se puede apreciar en las memorias de Katayama Sen (1859-1933). Destacado socialista, escribió sobre el trabajo en el campo con animales en los años previos al periodo Meiji: «Nací en una granja y trabajé como granjero. El buey de la familia era absolutamente necesario para arar y lo queríamos como a uno de nosotros. Trabajaba detrás de él y gané dinero con su esfuerzo. Son tantos los recuerdos que tengo del animal que nunca desearía comer carne».

Con la llegada de la industrialización Meiji y el desarrollo económico, el hábitat silvestre se vio sometido a una creciente presión que condujo a la disminución de especies susceptibles. El destino de las dos subespecies de lobo, el japonés y el de Hokkaido, ejemplifica bien las presiones a las que la expansión económica sometió a la vida salvaje en Japón durante el periodo

Meiji. Desde el principio, los lobos japoneses formaron parte de tradiciones sagradas. La antología poética *Man'yôshû*, por ejemplo, contiene poemas que hacen referencia a las «llanuras del verdadero dios puro de la boca grande», una imagen que conjura la guarida divina del lobo. El término japonés para lobo, *ôkami*, puede significar fonéticamente «gran deidad» y muchos santuarios sintoístas en Japón celebran tradiciones relacionadas con la veneración al lobo. La deidad sintoísta Daimyôjin del santuario de Ôkawa, en la prefectura de Kioto, representaba al lobo como mensajero divino, mientras en el santuario de Mitsumine, en la prefectura de Saitama, dos lobos sustituían a las divinidades guardianas de la entrada. Resulta interesante el paralelismo entre la historia de Mitsumine y los altibajos del budismo y el sintoísmo en el transcurso de la historia japonesa. Al comienzo de su historia, Mitsumine incorporaba elementos esotéricos del budismo Tendai y Shingon, incluidos los del Shugendô, o ascetismo en la montaña. Pero tras la Restauración Meiji los funcionarios consideraron que el lugar estaba incluido en las «órdenes de separar a los dioses budistas y sintoístas». El monasterio modificó muchos de sus elementos budistas y se transformó en un santuario sintoísta dentro del sistema oficial. Aunque convertido en un santuario sintoísta, Mitsumine no dejó de exhibir su iconografía única, incluyendo amuletos votivos y talismanes con imágenes de lobos (figura 16).

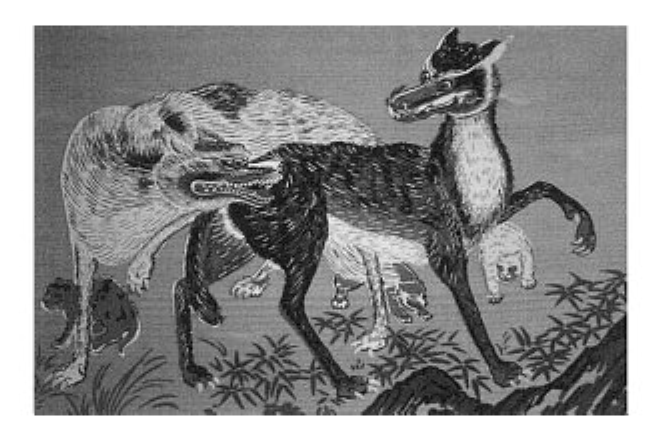


Figura 16. Amuleto votivo en madera con imagen de lobos del santuario Mitsumine.

La separación de sintoísmo y budismo fue parte importante de la difusión del nacionalismo Meiji. Los *kami* sintoístas fueron significativos

legitimadores de la Restauración Meiji porque, como bien expresaron pensadores nativistas premodernos como Motoori Norinaga (1730-1801), eran deidades puramente indígenas, sin influencias del continente. Los reformadores Meiji insistían en que la genealogía del emperador japonés se remontaba a la diosa del Sol Amaterasu Ômikami, y que ciertos *kami*, según los antiguos textos mencionados en capítulos previos, habían creado las islas japonesas. Las deidades budistas, argumentaban esos reformadores, habían contaminado a los *kami* nativos y ese modo de pensar incitaba a reconfigurar el panorama de la divinidad en Japón. Los reformadores Meiji ordenaron la separación obligatoria de las categorías de santuarios sintoístas y templos budistas antes interrelacionadas, una división que dura hasta hoy y que desde ese momento vinculó el recién formulado *Shinto*, «camino del *kami*», o del espíritu, con el Estado imperial. El emperador Meiji no sólo era el monarca de Japón, sino el sacerdote supremo del sintoísmo. Como ejemplo, tras la Restauración Meiji el monje tonsurado del monte Zôzu, en la isla Shikoku, dejó a un lado sus conexiones budistas y rebautizó a la deidad local con el nombre claramente sintoísta de Kotohira Ôkami, asociando así sólidamente el complejo religioso con el Estado sintoísta. El santuario de Kotohira difundía enseñanzas sintoístas dirigidas a combatir religiones foráneas y homenajeaba al Estado imperial.

Aunque los campesinos y otros japoneses habían adorado a los lobos en santuarios donde se fusionaban el sintoísmo y el budismo, y habían colocado talismanes de lobos alrededor de sus campos para protegerlos del voraz apetito del ciervo y el jabalí, el compromiso del gobierno Meiji con la agricultura científica, incluyendo las granjas para cría de ganado, degradó al lobo a la categoría de animal «dañino». Antes de la Restauración Meiji, campesinos del nordeste, que cultivaban valiosos montes samuráis, habían llevado a cabo algunas cacerías de lobos por los ataques a los ponis y la difusión de la rabia en el siglo XVIII, que hizo de los lobos animales potencialmente peligrosos. Pero cazar lobos no es lo mismo que erradicarlos, y esto último fue producto de las políticas Meiji introducidas en Japón por asesores estadounidenses, que tenían una considerable experiencia en matar lobos.

Edwin Dun (1848-1931) fue uno de esos consejeros. Dun llego a Japón en 1873 desde Ohio por recomendación de los industriales ganaderos de allí. Bajo la dirección de la recién creada Kaitakushi (Agencia para el

Desarrollo de Hokkaido), Dun fue contratado para supervisar el desarrollo de la industria ganadera en Hokkaido (antes territorio de Ezo, como vimos en capítulos previos). Conocido como «el padre de la agricultura de Hokkaido», Dun impulsó la cría de ovejas, caballos y vacas, lo que representó una desviación radical del pasado de Japón basado en el cultivo de grano. De acuerdo con las ideologías neoconfucianas Tokugawa, los japoneses creían que, como había escrito el filósofo Kumazawa Banzan (1619-1691), el «tesoro del pueblo es el grano», mientras que otros elementos de la economía son meros «sirvientes del grano». Pero el compromiso Meiji con la cría de ganado y demás elementos de la agricultura científica occidental desviaba la atención de Japón a la producción de animales no humanos, lo que alteró el lugar que ocupaban los lobos en el imaginario japonés. Como señalaba un informe ministerial, cuando Japón entró en el siglo XX, la moderna nación había experimentado una «revolución en el negocio de la carne» con 1.396 mataderos construidos en todo el país. Entre 1893 y 1902, los empleados despacharon 1,7 millones de reses para alimentar a los ciudadanos del Japón Meiji. Dada la apuesta por la cría de ganado, y el aumento de la masa muscular que producía, los lobos dejaron de ser los «dioses puros de la boca grande» que patrullaban los cultivos de cereales en busca del ciervo y el jabalí y pasaron a ser «animales dañinos» candidatos a la exterminación. La modernización Meiji había reconfigurado por completo el modo en que los japoneses veían la vida salvaje, en particular a los lobos.

Subrayando las transformaciones medioambientales causadas por las reformas Meiji, la desaparición del ciervo, una importante presa para los lobos, fue una de las razones de que estos atacasen a tantos caballos en Hokkaido. De 1873 a 1881, los cazadores exportaron unas 400.000 pieles de ciervo desde Hokkaido, eliminando casi la principal fuente de alimento para los lobos. En su lugar, los lobos escogieron a los caballos, un importante objetivo militar en el emergente Imperio japonés. Como consecuencia, la Agencia de Desarrollo de Hokkaido supervisó la caza del lobo y el oso a un ritmo diseñado para borrar a dichos animales de ese territorio. En la tercera década del periodo Meiji, los cazadores, muchos de ellos ainu, habían empujado al lobo de Hokkaido a la extinción. Es importante no subestimar las implicaciones culturales y ecológicas de la extinción de los lobos en Hokkaido, al igual que en el resto de Japón. Las

antiguas crónicas y antologías de poesía japonesas conectaban al lobo con el poder imperial y la cultura confuciana, mientras que los ainu de Hokkaido se consideraban descendientes de la unión de un lobo y una princesa mítica. En el contexto Meiji, la caza del lobo y su eventual extinción en torno al cambio de siglo representaron una forma de parricidio mitológico. Los reformadores, a través de un sistema imperial y otras técnicas y tecnologías de erradicación, mataron a anteriores deidades animistas y las reemplazaron por una institución imperial renovada. Para los ainu, el emperador japonés representaba a la nueva divinidad en su mundo colonizado. El último lobo japonés fue matado en 1905, después de décadas de exitosas campañas de erradicación. Las reformas Meiji no sólo transformaron la política, la economía y la sociedad japonesas, sino que rehicieron el mismo entramado ecológico del país. En el modernizado paisaje, el ganado para carne y los caballos, diseñados para servir a las necesidades industriales, habían sustituido a la vida salvaje reverenciada de anteriores siglos. Aunque sin duda la agricultura previa ayudó, la extinción de los lobos está entre los primeros signos de la contribución japonesa al Antropoceno, una época geológica caracterizada por una reconfiguración de la superficie de la Tierra por los humanos para ponerla al servicio de sus necesidades, y también por lo que a menudo se denomina la «sexta extinción».

MINANDO EL RÉGIMEN CON NUEVA ENERGÍA

Las matanzas de lobos no sólo implicaron una radical reconfiguración del ecosistema nacional japonés sino también de la biodiversidad básica de la Tierra. De modo similar, el paso a la economía de los combustibles fósiles representó una de las más importantes transiciones en la historia japonesa. Además, supuso un gran giro en la historia mundial, e incluso en el tiempo geológico reciente, a causa del vínculo entre los combustibles fósiles y el cambio climático. Antes de la Restauración Meiji, Japón dependía del carbón vegetal y la madera, fuentes de energía renovables extraídas de bosques gestionados con mayor o menor atención. Como hemos visto, los *daimyô* premodernos solían practicar una silvicultura racional en los bosques de sus dominios para protegerlos de la tala ilegal.

También controlaban la recolección de madera para la industria del carbón y las reservas de vida salvaje para la caza. Los castillos y los templos budistas necesitaban madera, al igual que la edificación de las ciudades-castillo, y los señores de los dominios sacaban provecho de la exportación de madera a lugares como la capital de Edo. Combustibles renovables como la madera y la energía hidráulica, junto con la fibrosa potencia de los músculos humanos y no humanos, impulsaron la economía protoindustrial de Japón.

A partir de 1868, Japón comenzó a usar carbón en un esfuerzo concertado de industrialización. Esta transición energética llevaba implícita la revolución en las estructuras políticas japonesas y una reconfiguración radical del espacio geográfico, ya que nuevos rasgos topográficos verticales creados artificialmente explotaban la energía del carbón almacenado bajo el suelo. En muchos aspectos, la historia Meiji es una historia de transiciones energéticas: la industrialización exigió la reconfiguración de la energía humana en forma de nuevas prácticas laborales; alimentar a más personas con menos trabajo agrícola exigió nuevas prácticas científicas de cultivo, que produjesen más energía calórica; e impulsar el Japón industrial exigió explotar los combustibles fósiles no renovables del planeta.

Esta transición energética es crucial por varios motivos: por primera vez en mil años, la historia de Japón transcurría bajo tierra. Hasta 1868, la historia japonesa había fluido en sentido horizontal, por encima de paisajes domésticos e imperiales. A partir de 1868, sin embargo, comenzó a impulsarse hacia abajo en sentido vertical. En Japón, como en todas partes en el mundo, la edad de los combustibles fósiles creó nuevas formas de política de masas. Los trabajadores del carbón y el transporte estuvieron entre los primeros en organizarse en sindicatos militantes; mediante la amenaza de huelgas generales, esos mismos trabajadores democratizaron poco a poco las prácticas políticas en un país tras otro. En Japón, como en otros lugares, las minas de carbón se convirtieron en enclaves importantes de protestas, a menudo violentas, del desarrollo de una mano de obra sindicada y, a la larga, de la ampliación de la participación política. No es extraño que a activistas como Ishimoto Shidzue, a quien conocimos en la introducción, y su primer marido, el progresista barón Ishimoto Keikichi, les empezaran a salir los dientes políticos en las minas de carbón de Kyushu. De hecho, tanto el empleo de combustibles fósiles como la

adopción de filosofías políticas occidentales hicieron posible la democratización.

Las cifras de producción de carbón reflejan esa moderna transición energética. En 1874, el rendimiento nacional fue de 208.000 toneladas, pero en 1890 esa cifra se elevó a 3 millones de toneladas. En 1919 la producción japonesa de carbón había alcanzado 32 millones de toneladas. No obstante, el recurso a la energía no renovable almacenada tenía sus límites. Para empezar, los suministros de carbón y petróleo en la Tierra son finitos, incluyendo las ricas vetas explotadas en otro tiempo en el norte de Kyushu y Hokkaido, emplazamientos de los mejores yacimientos de carbón en Japón. La civilización de los combustibles fósiles del moderno Japón queda limitada por realidades físicas y geológicas. Lo que es más, el cambio climático resultado de la quema de combustibles fósiles ha transformado las sociedades humanas en agentes geológicos. Básicamente, el proceso de alteración de la geología del cambio climático puede datarse en 1874 y la máquina de vapor de James Watt (1736-1819). Esta permitió a los mineros bombear agua fuera de los pozos e incrementar enormemente los depósitos de carbón accesibles. En este aspecto, el motor de vapor, que marcó el nacimiento de la era industrial, es un punto de inflexión de transformaciones históricas además de geológicas: la Revolución industrial y la aparición del Antropoceno. La geología no es ya el resultado de la tectónica de placas natural, el vulcanismo y la erosión, sino que está determinada también por decisiones humanas basadas estrictamente en el coste. Esto incluye los valores inherentes a la Restauración Meiji. Las minas de carbón que impulsaron a Japón hasta la fase de los combustibles fósiles se desarrollaron a una velocidad asombrosa durante las décadas previas al siglo XX. Pero este crecimiento también tuvo como resultado riesgos a largo plazo.

En los primeros años de la era Meiji, el Estado controlaba muchas minas como la de Miike en Kyushu. Desde 1873, los prisioneros trabajaron en muchas de las vetas de Miike, incluso después de que Mitsui comprase la mina en 1888 como parte del esquema del ministro de Finanzas Matsukata de vender las industrias del gobierno creando el gigantesco *zaibatsu* japonés. Sólo en 1933 dejaron de trabajar prisioneros en la mina de Miike. También las mujeres trabajaban el carbón. Una trabajadora de Miike recordaba: «Estaban en constante peligro de perder la vida. En cualquier

momento puede producirse un derrumbe. Hay veces en que escapa el gas. Una bola de fuego sale disparada a continuación por las galerías. El ruido es lo bastante fuerte para hacer que te estallen los tímpanos». Miike explotó en 1963 y murieron 458 personas. El mayor accidente minero en suelo japonés ocurrió a principios de 1914, en el norte de Kyushu, cuando se produjo una explosión en la mina de carbón de Hôjô matando a 687 personas.

El caso de Hôjô condensa los nuevos peligros de ese paisaje vertical y subterráneo. La principal veta de Hôjô había sido descubierta en 1897. A lo largo de la siguiente década, los ingenieros tendieron raíles hasta la mina e instalaron en el pozo la jaula que hacía descender a los mineros decenas de metros bajo la superficie en cuestión de segundos con los oídos taponados. Para 1913, la mina de Hôjô producía unas 230.000 toneladas de antracita y carbón bituminoso de alta calidad al año. La región de Chikuhô, donde estaba situada la Hôjô Colliery, producía unos 10 millones de toneladas de carbón al año, casi la mitad de la producción total de Japón. La mina subterránea de Hôjô era crucial para que se extendiese el imperio en la superficie, porque alimentaba a los barcos y trenes que permitían la expansión japonesa. El carbón de las vetas de Nanaheda y Tagawa en Hôjô producía la formidable potencia de 7.353 calorías por tonelada, algo decisivo para llevar a Japón a la edad de los combustibles fósiles.

A comienzos del siglo XX, los accidentes en las minas de carbón en la prefectura de Fukuoka, incluyendo derrumbes, explosiones químicas, inundaciones, asfixia y explosiones de gas o de polvo de carbón se incrementaron drásticamente y se cobraron cientos de vidas. En la región de Chikuhô, las explosiones por polvo de carbón y gas mataron a 210 obreros en la mina de Hôkoku en 1899 y posteriormente, en la misma mina, a 365 en 1907. También acabaron con 256 mineros en la mina de Ônoura en 1909 y con 365 en la misma explotación ocho años más tarde. La explosión en la mina de Hôjô no fue un fenómeno aislado o anómalo, como no lo fue la causa de la explosión que redujo a pedazos ese frágil entorno subterráneo.

Un intrépido funcionario de la prefectura, tras su investigación oficial, determinó que la causa de la explosión había sido una lámpara de seguridad defectuosa. Tras analizar los patrones en el carbón de coque y otros materiales incendiados en las galerías, decidió que la ignición había ocurrido cerca de la intersección entre el «acceso 7 ½» y el «lateral 16». A partir de ese punto, violentas oleadas explosivas se habían sucedido en

cascada por las galerías; la mayoría de los mineros murieron quemados vivos, mientras otros se asfixiaban cuando las grandes llamas absorbieron hasta la última molécula de oxígeno existente en las galerías. El funcionario de la prefectura descubrió pequeñas trazas de polvo de coque en la gasa de malla de una de las lámparas de seguridad. La malla metálica estaba diseñada para permitir que entrase oxígeno, pero no combustibles como el polvo de carbón o el gas metano. La lámpara que falló pertenecía a Negoro Yôjirô, un hombre de Hiroshima que trabajaba en la mina con su mujer Shizu y su hija mayor, Hatsuyo. En un mapa realizado tras la explosión, hay seis cuerpos dibujados en la intersección del «acceso 7 ½» y el «lateral 16». Dos de ellos son sin duda los de Yôjirô y su esposa, que murió a su lado. A diferencia de otras minas de roca dura, donde las supersticiones relacionadas con «diosas de las montañas» mantenían fuera a las mujeres, en las de carbón trabajaban tanto ellas como ellos, a menudo en equipo. Pese a los peligros que implicaba el imperio subterráneo de bocas y galerías, el carbón extraído en Hôjô y otras partes construyó el Japón moderno, de la misma manera que el petróleo continúa haciéndolo hoy.

METALES MODERNOS

La extracción de minerales en Ashio también fue crucial para la industrialización japonesa. Originalmente, dos campesinos descubrieron cobre al norte de Edo y comunicaron el hallazgo a Nikkô Zazen'in, un templo budista. Poco después de esto, el *bakufu* Edo se interesó por el cobre. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, los arrozales y las minas de roca dura apuntalaron el poder Tokugawa. Los *shogun* exportaron miles de toneladas de cobre a China y los Países Bajos. Entre 1684 y 1697, unas 55.000 toneladas de cobre salieron de Japón. Tras la Restauración Meiji, el cobre y las tecnologías electrificadas mediante cable estuvieron ligados a la industrialización japonesa. Después de la creación del Ministerio de Industria en 1870, Itô Hirobumi (1841-1909) escribió que el propósito era «compensar las deficiencias de Japón con celeridad sacando provecho de los puntos fuertes de la industria occidental; construir en Japón todo tipo de equipos mecánicos inspirados en el modelo occidental, incluidos astilleros, ferrocarriles, telégrafo, minas y edificios; y así, con un gran salto, introducir

en Japón el concepto de ilustración». Para Itô y muchos otros reformadores Meiji, la clave para la «ilustración» de Japón era el «equipamiento mecánico» que facilitase la industrialización y el tendido de cobre fue decisivo para afrontar ese reto. En 1895, casi 6.500 km de líneas de transmisión en cobre conectaban a Japón con su nueva ilustración moderna.

El empresario Furukawa Ichibei (1832-1903) lo hizo posible en parte al adquirir la mina de cobre de Ashio en 1877. Tras el descubrimiento de ricas vetas de cobre en 1884, Ashio producía más del 25 por 100 del cobre japonés, una cifra que siguió creciendo. No obstante, la evidencia de la destrucción medioambiental y las peligrosas consecuencias para la salud humana en torno al emplazamiento de la mina iban emparejadas con el incremento en la producción de cobre. La tasa de nacimientos cayó en áreas contaminadas por la erosión y las emanaciones tóxicas de la mina de Ashio: en la impoluta prefectura de Tochigi, la tasa de nacimiento rondaba el 3,44 por 100 por cada 100 personas, mientras que en las zonas contaminadas esa cifra descendió al 2,80. De modo similar, los residentes en Togichi experimentaron un 1,92 por 100 de muertes prematuras en las secciones no contaminadas y más del doble, o 4,12 incidentes, en las partes contaminadas de la prefectura. No pasó mucho tiempo antes de que las madres de Togichi se quejaran de problemas en la lactancia y otros relacionados con las toxinas en el ambiente. Esos portentos fisiológicos fueron vívidos recordatorios de que, incluso en el paisaje cada vez más industrializado de Japón, los organismos humanos estaban inextricablemente ligados a los entornos que los rodeaban, en especial a los que quedaban aguas abajo de las minas activas.

El río Watarase, que atravesaba el lugar donde se encontraba la mina de Ashio, empezó a volverse de un color «blanco azulado» y los habitantes locales informaron de peces muertos que flotaban en el agua. Los niños que jugaban en el río o lo vadeaban observaron úlceras enrojecidas y supurantes en sus piernas. Las existencias en las pesquerías se desplomaron, lo que afectó a la economía local; las cercanas plantaciones de moreras, cultivadas como guarderías para los gusanos de seda, se marchitaron bajo la lluvia ácida producida por la fundición de mineral en Ashio. Los depósitos de cobre japoneses eran famosos por su alto contenido sulfúrico: más del 30-40 por 100 de la mena estaba compuesto de azufre. Las fundiciones de Ashio liberaban en la atmósfera altas dosis de dióxido de azufre empapando

miles de hectáreas con lluvia ácida. Entretanto, el río Watarase se transformó en un transportador muy eficiente de arsénico procedente de la mina. Cuando el río se salió de su cauce en 1890 y 1891, y de nuevo en 1896, inundó aún más tierras cultivables en una sopa de químicos tóxicos que cubrió miles de hectáreas con cieno cargado de azufre y arsénico. La inundación dejó tras ella un paisaje lunar y los granjeros compararon su nuevo entorno industrial con un «infierno budista».

Aunque la ilustración Meiji tuvo defensores como el intrépido Fukuzawa Yukichi o el enérgico Ishimoto Shidzue, también produjo críticos, precursores de un movimiento ambientalista mundial. Tanaka Shôzô (1841-1913) fue uno de eso hombres (figura 17). En sus atronadores discursos en la Dieta, la nueva Asamblea Nacional japonesa, uno detecta las semillas de una poderosa y persistente crítica de la modernización de Japón. La misma que tras el «triple desastre» del 11 de marzo de 2011 ha vuelto a captar la atención de la nación. Como atestigua la historia de Japón, se produjeron muchas bajas humanas como resultado de la rápida industrialización de Japón durante el periodo Meiji.



Figura 17. Retrato de Tanaka Shôzô.

A inicios del siglo XX, Tanaka percibió esas amenazas medioambientales para Japón. Había nacido en la cuenca del río Watarase, donde la tierra se había convertido en un «infierno budista» y había sido testigo de primera mano de la devastación causada por la mina de cobre de Ashio. En 1890, durante las primeras elecciones parlamentarias japonesas, Tanaka representó a la prefectura de Tochigi en la Dieta. Un año más tarde, en el hemiciclo, reprendió al gobierno Meiji por no suspender las operaciones en Ashio causantes de la horrible polución. En tono estruendoso exclamó: «Se ha permitido que [...] los venenosos vertidos de la mina de cobre de Ashio [...] ocasionen graves pérdidas y penalidades todos los años desde 1888 en las aldeas de los distritos a ambos lados del río Watarase». Augurando las enfermedades que vendrían después de la experiencia industrial de Japón en el siglo XX, continuó: «Con los campos envenenados, el agua potable contaminada y hasta los árboles y la hierba de las acequias amenazados, nadie puede decir qué desastrosas consecuencias

nos esperan en el futuro». En 1897 la situación aguas abajo de la mina de cobre de Ashio había empeorado, lo que provocó la siguiente reflexión de Uchimura Kanzô (1861-1930), el famoso humanista cristiano: «La contaminación en Ashio es una mancha para el Imperio japonés. Si no la limpiamos, no existen la gloria ni el honor en todo nuestro imperio». Tanaka también esgrimió su retórica contra la oligarquía Meiji. Comparó el Ministerio de Agricultura y Comercio con un «club de criminales a sueldo de Furukawa». Tachó al Ministerio de Interior de «banda de trasgos». Prestando atención a un pasado en el que, como escribía el neoconfuciano Kumazawa Banzan, el «tesoro del pueblo» era el grano, Tanaka señalaba al propietario de la mina de Ashio, Furukawa Ichibei, y señalaba que el gobierno Meiji estaba «dirigido por traidores que condecoraban a Furukawa mientras le permitían arrasar los campos que eran la verdadera vida de la nación».

Tras las graves inundaciones en 1902, el gobierno propuso allanar varias aldeas, incluida la de Yanaka en la prefectura de Tochigi, para construir una gigantesca cuenca de sedimentos. Después de bajarle los humos en una cárcel de Tokio por «comportamiento insultante hacia un funcionario», Tanaka se mudó a Yanaka para luchar contra el desplazamiento forzoso y la destrucción del lugar. «Ha sido inevitable que viniese aquí, era lo natural», reflexionaba. Yanaka se transformó en el centro simbólico de la lucha de Tanaka contra el gobierno Meiji. Cuando el gobierno inició las «expropiaciones» en Yanaka, Tanaka dedujo que «el gobierno estaba en guerra con su propio pueblo». Fue durante la lucha por Yanaka cuando condensó su filosofía en una frase: «Cuidar de las montañas y bosques, cuidar de los ríos y arroyos», anticipándose en décadas a la de Aldo Leopold (1887-1948): «Pensar como una montaña». Tanaka escribió: «Para cuidar de las montañas, vuestros corazones deben ser como montañas; para cuidar de los ríos, vuestros corazones deben ser como ríos». Era una llamada solitaria en favor de una conciencia medioambiental en mitad de ruidosas máquinas, chimeneas humeantes y excavadoras a vapor del industrializado Japón Meiji, pero anticipaba la necesidad de protección ambiental en el siguiente siglo. Tanaka llegó a vincular su propia vida con la del medio ambiente japonés. «Si ellos mueren», dijo refiriéndose a las montañas y los ríos de Japón, «él también muere», en alusión a sí mismo. En una carta a amigos continuaba en tercera persona: «Cuando él cae es

porque los ríos y bosques de Aso y Ashikaga están muriendo, y el mismo Japón también [...] Si los que preguntan por él desean su recuperación, que recuperen primero las arrasadas colinas y los ríos y bosques, y Shôzô estará de nuevo bien».

CONCLUSIÓN

La Restauración Meiji trajo «civilización e ilustración» a Japón, impulsando rápidamente al país según todos los baremos modernos o industriales, pero también tuvo graves costes a corto y largo plazo. Los nuevos sistemas políticos, maneras de fundar el Estado, acelerada industrialización y sofisticados esquemas de desarrollo impusieron una pesada carga sobre los japoneses más vulnerables, así como sobre su medio ambiente. Las reformas Meiji exprimieron a la población rural de Japón, en particular los casos de violencia asesina entre los anteriores «campesinos honorables» y los marginados «no humanos» tras la «liberación» de estos y la instauración de la clase de los «plebeyos», que abarcaba a la mayoría de los habitantes rurales. Otro coste a corto plazo fue la destrucción del medio ambiente local, como en el caso de la degradación de la cuenca del río Watarase como resultado de la mina de cobre de Ashio. Los escombros de la mina, así como la erosión y los vertidos tóxicos, transformaron una tierra de labranza en otro tiempo rica en un auténtico paisaje lunar. Pero son los costes medioambientales a largo plazo de la modernización japonesa los que han empezado a atraer más atención.

La energía –energía en grandes cantidades– fue clave para la industrialización y la producción de estilos de vida modernos. La transición a los combustibles fósiles de Japón fue, tras la Restauracion Meiji, inmediata y generalizada. La llegada de la economía industrial y la quema de combustibles que producían gases de efecto invernadero causaron un cambio en el clima antropogénico, que a su vez propició cambios geológicos como el derretimiento de glaciares y la elevación del nivel del mar que redibujaron la faz de la Tierra. Como nación insular con gran desarrollo costero, Japón tenía mucho que perder con la subida del nivel de los mares, en especial a causa de la aparición de tormentas y tsunamis, un tema sobre el que volveremos en el capítulo final. Pero toda historia de una

nación altamente industrializada debe tener en cuenta las consecuencias medioambientales a largo plazo del paso a los combustibles fósiles, porque aunque todos los organismos compartirán los deletéreos efectos, la responsabilidad del cambio antropogénico del clima la comparten sólo un puñado de economías industriales, y Japón es una de ellas.

11
Nacimiento del Estado Imperial japonés (1800-1910)

Los historiadores observan a menudo que las fuerzas surgidas tras la era Meiji dieron forma a la dirección que tomó el Imperio japonés, y en su mayor parte esta observación es correcta. Los artífices de la política Meiji aprendieron mediante sus encuentros con elementos como los «barcos negros» y acuerdos internacionales como los «tratados desiguales» que la construcción del imperio era parte integral de la modernidad occidental, sobre todo en lo relativo al fomento de la fortaleza económica. El imperio era una característica que compartían todas las grandes potencias y si Japón quería sumarse a sus filas, la nación insular necesitaba construir un imperio propio. Por supuesto, no se trataba de una lección nueva para los artífices de la política japonesa. Japón había llevado a cabo experimentos coloniales antes, no necesariamente forjados en el crisol de sus encuentros con Occidente sino más bien surgidos de los encuentros con los okinawanos en el sur y los ainu en el norte. El dominio de Satsuma había conquistado el reino de Ryukyu (Okinawa) en 1609, transformando el archipiélago en una especie de protectorado. En el norte, los funcionarios Tokugawa justificaron la lenta y progresiva colonización del sur de Hokkaido no con el lenguaje de los acuerdos internacionales y el comercio global, sino con el de las costumbres confucianas y, más importante, la necesidad del comercio. Eventualmente, el entrelazamiento de la fase premoderna y las fuerzas modernas aportó la justificación para la expansión japonesa en el continente y la creación de la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental», donde los intereses imperiales de Japón chocarían con los de Estados Unidos y sus aliados europeos.

Durante las últimas décadas del *bakufu* Edo, Japón se embarcó en sus experimentos de colonización. En 1802, después de dos siglos de gobierno del dominio Matsumae, el *bakufu* instauró la magistratura de Hakodate, básicamente un virrey en el norte, y Edo empezó a determinar los asuntos de la región septentrional y sus habitantes, los ainu. La intrusión rusa en la

isla Sajalín y las islas Kuriles obligó a Edo a establecer una autoridad más centralizada en el norte. Tras el Tratado de Nerchinsk (1689) entre Rusia y China, tramperos rusos se desplazaron a las islas Kuriles en busca de valiosas pieles y hacia final de siglo crearon un puesto avanzado en la península de Kamchatka. Desde Kamchatka, los tramperos rusos conseguían pieles de los kamchadal locales y los ainu de las Kuriles, que los zares consideraban como un «tributo» de los «obedientes pueblos conquistados» del Pacífico Norte. Sin embargo, los ainu no siempre fueron participantes sumisos. En 1770, durante el «Incidente de Iturup», los rusos mataron a varios ainu que se negaron a rendir tributo a sus nuevos amos. El año siguiente, los ainu contraatacaron y tendieron una emboscada a comerciantes rusos en la isla Iturup del archipiélago de las Kuriles, matando al menos a diez de ellos. Durante el incidente, los guerreros ainu persiguieron a los rusos hasta sus barcos, los abordaron y los atacaron con flechas envenenadas y palos. A pesar de estos momentos de resistencia enconada, al llegar el siglo XVIII los comerciantes y exploradores rusos se habían convertido en elementos fijos en la frontera norte de Japón.

En 1778, por ejemplo, dos rusos desembarcaron en el este de Hokkaido buscando establecer comercio con Japón. En el este de Hokkaido se encontraron con un funcionario local Matsumae que les dijo que debido a las prohibiciones marítimas Edo era mejor que se fuesen antes de ser detenidos por los intolerantes representantes del *bakufu*. Sin embargo, antes de marcharse, los rusos ofrecieron a los funcionarios Matsumae presentes hechos en Rusia. Cuando llegaron noticias de esto a Edo, aumentaron las sospechas de que el dominio más septentrional, en contra de los deseos del *bakufu*, comerciaba clandestinamente con Rusia. El *bakufu* envió al funcionario Satô Genrokurô para determinar el alcance de ese comercio ilegal. Durante el interrogatorio al supervisor de una pesquería local, Satô fue consciente del comercio existente entre ainu y rusos, y de que el grueso de ese intercambio se hacía en el idioma ainu, que algunos rusos habían aprendido. Satô descubrió también que ropa y otros productos rusos cambiaban de manos en lugares tan remotos como Edo. Aunque los comerciantes japoneses del este de Hokkaido mantuvieron sus labios sellados, los jefes ainu hablaron de las «hermosas sedas y las prendas de algodón, además del azúcar y las medicinas» que obtenían de los comerciantes rusos a cambio de pieles. En respuesta al comercio con los

rusos y otras violaciones Matsumae, el *bakufu* tomó el control de Ezo a comienzos del siglo XIX.

De forma parecida a las justificaciones de los colonos angloamericanos para la conquista de las tierras de los nativos americanos, o la llamada «carga del hombre blanco» de los imperios europeos, los japoneses proyectaron la conquista de los territorios ainu mediante el enfoque del «poder benevolente» confuciano, o la necesidad de rescatar a los ainu de una vida agobiada por la enfermedad. De hecho, la asistencia médica a los ainu fue una manifestación del control japonés sobre Hokkaido. Culminó en 1857 con el envío de médicos para vacunar de la viruela a los ainu. En sus encuentros con los ainu, médicos como Kuwata Ryûsai empezaron a crear el mapa de las nuevas fronteras del cuerpo político japonés. También fueron importantes los marcos culturales: los ainu creían que la viruela era una deidad y el hecho de que los japoneses pudieran vencer al asesino divino que se transmitía por el aire con un pinchazo en el brazo seguramente desestabilizó el panteón ainu. Los funcionarios japoneses animaron a los ainu a dejarse asimilar por la vida japonesa, incluido el aprendizaje del idioma japonés. En suma, a comienzos del siglo XIX, Japón tuvo su primera experiencia colonial en la isla del norte, lo que pavimentó el camino para su incorporación formal en la Agencia de Desarrollo de Hokkaido tras la Restauración Meiji.

El control sobre los ainu alteró el curso de las fuertes corrientes de las iniciativas Meiji para modernizar e introducir mejor al Estado en las vidas de sus súbditos. La política japonesa pasó del «benevolente cuidado» confuciano a la «protección» colonial de los ainu evolutivamente rezagados. En el transcurso del siglo XX, la expansión colonial japonesa se ocultó con frecuencia tras el discurso que propugnaba extender la «civilización», fuese cual fuese la definición del término en ese momento histórico, y ofrecer beneficios económicos y de otro tipo a los colonizados. Eso implicaba, por ejemplo, la adopción forzosa de nombres japoneses por parte de los pueblos sometidos.

Esa transición a la «protección» de los ainu señaló el comienzo de políticas diseñadas para transformar a los que hasta entonces eran cazadores, recolectores y mercaderes en agricultores a pequeña escala. Las políticas paternalistas Meiji culminaron en la «Ley de Protección de los Antiguos Aborígenes de Hokkaido» de 1899, que distribuyó parcelas

agrícolas de cinco hectáreas entre los ainu. En el fondo, el gobierno Meiji aspiraba mediante esta política a quebrar la autonomía cultural ainu: a partir de 1878 se convirtieron en súbditos llamados «antiguos aborígenes», del mismo modo que los parias habían pasado a ser «nuevos plebeyos». Kayano Shigeru (1926-2006), un activista ainu que formó parte de la Dieta, resumía las políticas de asimilación Meiji de manera directa:

> Leyes como la de protección de los antiguos aborígenes de Hokkaido restringieron nuestra libertad ignorando primero nuestros derechos básicos, como cazadores, a cazar osos y ciervos o pescar libremente salmones y truchas, en cualquier parte y en cualquier lugar, y obligándonos luego a trabajar la mala tierra que los japoneses nos «proporcionaban». Al «proporcionarnos» tierra, los japoneses también legitimaban su expolio de la región.

La Agencia de Desarrollo de Hokkaido, que supervisó la colonización de la isla entre 1872 y 1882, se ocupaba principalmente del desarrollo agrícola e industrial, invitando a la frontera norte, como hemos visto, a asesores extranjeros como Edwin Dun y su experiencia en la matanza de lobos. Pero la Agencia de Desarrollo también intentó desterrar prácticas culturales ainu como el tatuaje de cara y manos de las mujeres, los pendientes en los hombres, la quema de los hogares después de la muerte, las ceremonias tradicionales de felicitación y prácticas como la caza con flechas envenenadas. El régimen Meiji mantuvo la anterior política Tokugawa y animó a los ainu a aprender japonés. Llegó a enviar a 35 ainu, mujeres incluidas, a Tokio en 1878 para que estudiasen en una escuela superior agrícola.

Bajo expertos como el geólogo Benjamin Lyman (1835-1920), el presidente de la Escuela de Agricultura William Smith Clark (1826-1886), el criador de ganado Edwin Dun, el maestro cervecero educado en Alemania Nakagawa Seibei (que fundó Sapporo Beer en 1876) y muchos otros, Hokkaido se transformó en campo de pruebas para la creación del imperio, un área en la que el bisoño gobierno Meiji perfeccionó su capacidad para controlar territorios extranjeros. Los ainu se convirtieron en un pueblo miserable que necesitaba desesperadamente atención y civilización colonial, mientras la viruela, el sarampión, la gripe y, tras la Restauración Meiji, la tuberculosis arruinaban a la población. En una carta a su contrapartida japonesa Kuroda Kiyotaka (1840-1900), Horace Capron (1804-1885), un veterano de la Guerra Civil estadounidense y supervisor

extranjero de desarrollo en Hokkaido, comentaba: «Parece que los esfuerzos para civilizar a esta gente [los ainu] encuentran las mismas dificultades que intentos similares con los indios de Norteamérica. No obstante, [los ainu] poseen rasgos de carácter más afables y atractivos que los indios, y mayor capacidad para apreciar las ventajas de una civilización superior». El marco de referencia de Capron para interpretar Hokkaido era el Oeste americano. Lyman y otros expertos extranjeros ayudaron en Hokkaido a buscar e inspeccionar depósitos de carbón y otros minerales, matar a incontables osos, cuervos y lobos por medio de programas subvencionados, transformar a los cazadores ainu en agricultores, explotar las pesquerías y deforestar las laderas de los montes. Como las fronteras coloniales alrededor del globo y su relación con los centros políticos y económicos, Hokkaido fue expoliada, a menudo con dureza y violencia, por el régimen de Tokio hambriento de recursos, un precedente que se aplicaría en todo el Imperio moderno japonés en los años siguientes.

LA CUESTIÓN COREANA

Tras la experiencia en Hokkaido, se produjo una convergencia de fuerzas históricas que impulsaron al país hacia la construcción de un imperio propio en Asia-Pacífico, en buena medida como las grandes potencias a las que emuló durante el periodo Meiji. Un importante indicador de este movimiento hacia el imperialismo fue el cambio en la posición que tradicionalmente ocupó China en el imaginario político japonés. Los filósofos premodernos consideraban a China un lugar eminente que evocaba poderosas asociaciones morales y culturales como el «Reino Medio» o el «Reino del Centro» o, todavía más ilustre, «flor central». Para aquellos que defendían el confucianismo Zhu Xi en los siglos XVII y XVIII, China se convirtió en una abstracción política sin historia, asociada con el orden moral y los antiguos y benevolentes reyes sabios a los que aspiraban a emular los líderes japoneses. Como hemos visto, los expertos nativistas desafiaron la centralidad moral de China en las décadas finales del periodo Tokugawa argumentando que Japón, y no China, era la «flor central» en base a la longevidad de la institución imperial. Motoori Norinaga (1730-1801) enfatizaba que la historia de China, a diferencia de la

de Japón, estaba repleta de desorden y falta de legitimidad política. De manera similar, Ôkuni Takamasa (1791-1871) puntualizaba que era Japón el que había gozado de gobierno directo e ininterrumpido de la familia imperial, no China, a la que no aludía como la «flor central» sino con el peyorativo nombre de «Shina». El conocido texto de Satô Nobuhiro (1769-1850), que articulaba una estrategia secreta para la expansión, insiste en la superioridad moral japonesa en un diálogo expansionista al presionar a favor de la conquista militar de Manchuria por parte de Japón. Incluso antes del hundimiento del *bakufu* Edo, China y Manchuria estuvieron en el punto de mira del imaginario imperial de Japón.

Inicialmente, el interés por la expansión continental se centró en la Corea Joseon (1392-1897), que a finales del siglo XIX se encontró inextricablemente embutida entre dos mundos incompatibles: los confines tradicionales del orden tributario de la China Qing, cuyos funcionarios consideraban al país peninsular como un Estado tributario, y las ambiciones imperialistas del Japón Meiji. La complejidad de la situación quedó patente cuando, tras la Restauración, la diplomacia japonesa envió a la corte Joseon un anuncio oficial de la fundación del gobierno imperial Meiji. Como el «decreto imperial» contenía un lenguaje utilizado sólo por el emperador chino –para así colocar a Japón en paridad con China–, los coreanos se negaron a reconocerlo. Además, se produjo el Incidente de Un'yô (1875): una guarnición costera coreana en la isla Ganghwa, ya tensa después de haberse defendido de intrusos franceses y estadounidenses, disparó a una embarcación japonesa. Al igual que el comodoro Perry había «abierto» Japón con sus «barcos negros» en 1852, estableciendo lazos comerciales y diplomáticos con el en otro tiempo cerrado Japón mediante los «tratados desiguales», Japón devolvió el «favor» a Corea. Hanabusa Yoshitada (1842-1917) viajó a Busan para iniciar la «apertura» de Corea a los interesentes diplomáticos y comerciales japoneses con el «Tratado de Amistad Japón-Corea» (1876). Como el «Tratado Harris» (1858) entre Estados Unidos y Japón, el tratado entre Japón y Corea abrió los puertos comerciales coreanos, ratificó las relaciones diplomáticas, permitió que Japón inspeccionase las costas y especificó el «estatus independiente de Corea», desvinculándola de sus anteriores obligaciones tributarias con China. La aventura imperial de Japón en Asia Oriental, inspirada en buena medida en

el encuentro del país con lanchas cañoneras de Occidente, había comenzado.

Fukuzawa Yukichi, con un impecable pragmatismo imperial propio del siglo XIX, articuló la necesidad de expansión japonesa en Corea en el contexto de experiencias con los imperios estadounidense y europeos. No es extraño que el «Tratado Japón-Corea» recordase tanto al «Tratado Estados Unidos-Japón» de casi dos décadas antes. En su famoso tratado *Datsu-A-ron* (Adiós Asia), publicado primero en 1885 en *News of the Times*, un medio de gran difusión, Fukuzawa lo exponía con claridad: o Japón colonizaba Asia, o sería colonizado por las grandes potencias. Decidido partidario de la occidentalización, argumentaba que tras la Restauración Meiji Japón había adoptado «la civilización occidental contemporánea en todo, lo oficial y lo privado, en todo su territorio». A diferencia de sus vecinos asiáticos, más concretamente de Corea y China, «Japón es el único que se ha liberado de los viejos usos y debe ir más allá que el resto de los países orientales asumiendo el "fin de la asociación con Asia" como clave de una nueva doctrina». En su opinión Japón necesitaba distanciarse de sus vecinos de Asia Oriental.

Para Fukuzawa, con la Restauración Meiji Japón había trascendido culturalmente sus propios orígenes históricos y geográficos. «Aunque Japón está cerca del extremo de Asia», escribía en una declaración reveladoramente histórica, «el espíritu de su pueblo ha trascendido el conservadurismo oriental y se ha desplazado hacia la civilización occidental». La diplomacia japonesa en Corea fue una muestra de esa mudanza. Dado «el cariño [de Corea y China] por la convención y las costumbres anticuadas, parece inevitable que pierdan su independencia», debido a la colonización, «repartida entre las naciones civilizadas del mundo», observaba. Fukuzawa sostenía que en vez de ampliar los privilegios especiales de Corea y China, «deberíamos relacionarnos con ellos como lo hacen las naciones occidentales». Japón, que todavía se hallaba dolido por los «tratados desiguales», entendía cómo se relacionaban exactamente las naciones occidentales con las orientales. Esa mentalidad de colonizar o ser colonizado, implícita en la experiencia japonesa del siglo XIX, impulsó la eventual creación de la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental».

Con el gobierno Meiji trazando el rumbo para un futuro imperial, Japón centró su atención en Corea, lo que desembocó inevitablemente en una confrontación con China. Al tiempo que redoblaban su interés por Corea, los japoneses sellaban la Convención de Tientsin con China en 1885. El acuerdo, firmado por Itô Hirobumi (1841-1909) y Li Hongzhang (1823-1901), aspiraba a disipar la tensión tras el Golpe de Gapsin en Corea de 1884. Kim Ok-gyun (1851-1894) y Pak Yonghyo, miembros del Movimiento de la Ilustración coreano favorable a Japón, desataron un *coup d'état* de tres días destinado a derrocar a la corte Joseon. Cuando el golpe fracasó, los perpetradores huyeron a Japón y las tropas chinas ocuparon gran parte de Corea. La Convención de Tientsin acordó que ambos países retirarían sus fuerzas de Corea y que ninguno de los dos países mandaría allí tropas de nuevo sin avisar al otro. En contra de lo pactado, cuando estalló en 1894 la Rebelión campesina de Donghak (revolución panteísta), la corte Joseon pidió ayuda militar a China, que envió soldados sin alertar a los japoneses. Los rebeldes de Donghak hicieron la situación aún más inestable al prender fuego a la legación diplomática de Japón en Seúl.

El ministro de la Guerra, Yamagata Aritomo (1838-1922), aplicó una considerable presión y Tokio despachó 1.500 hombres a Incheon, cerca de Seúl, para vigilar sus intereses diplomáticos y comerciales. Poco después se produjeron choques entre fuerzas japonesas y chinas. En cuestión de días, Japón, equipado con su nuevo ejército entrenado al estilo occidental, tomó Pyongyang. Tres meses más tarde controlaba territorio de China y Manchuria, incluido Port Arthur, de crucial valor estratégico. En marzo de 1895, China pidió la paz y Li fue a Japón para negociar un armisticio.

Enardecido por su patriótica victoria, Japón exigió tierras y una indemnización a la dinastía Qing. Pero Alemania, Rusia y Francia intervinieron y negaron a Japón el botín de guerra mediante la «Triple Intervención». Rusia tenía sus propios planes para la península Coreana y de cara a ese objetivo alcanzó un tratado por su cuenta con la dinastía Qing en 1898. Japón contraatacó con un acuerdo con Inglaterra en 1902. Cuando los rusos optaron por no reconocer los intereses japoneses en Corea, ambos países entraron en guerra en 1905. Una vez en marcha el conflicto, el general Nogi Maresuke (1849-1912) asedió la plaza fuerte rusa de Port Arthur durante 156 días y forzó la rendición de los rusos. Cuando el almirante Tôgô Heihachirô (1848-1934) hundió en una espectacular

maniobra la mayor parte de la flota rusa del Báltico en la batalla del estrecho de Tsushima, el zar pidió la paz. La victoria japonesa hizo estallar otra efusión de exuberante patriotismo en todas partes. En el Tratado de Portsmouth (1905), Japón obtuvo importantes concesiones. No obstante, tanto Tôyama Mitsuru (1855-1944), un líder político de derechas, como el líder de la oposición, Kôno Hironaka, proclamaron que Japón había aceptado un compromiso humillante dado el alto coste económico y humano del conflicto. De hecho, se calcula que los japoneses perdieron a 70.000 hombres, incluidos los muertos por enfermedades y heridas. Pese a todo, alentado por el éxito militar contra una potencia europea y el estridente patriotismo en el país, Japón había irrumpido en el escenario mundial a inicios del siglo XX.

JAPÓN EN LOS ALBORES DEL IMPERIO

Mientras Japón expandía su influencia en Corea y más allá, el país experimentaba importantes cambios. Las políticas económicas Meiji condujeron a la predominancia japonesa en áreas clave, incluyendo la producción de algodón y seda textil. Muchos de los primeros intereses a gran escala auspiciados por el gobierno Meiji fueron los de las empresas textiles, que se beneficiaron de generosas ayudas. En la década de 1880 los fabricantes crearon la Asociación de Tejedores de Algodón, que propició algunas de las legendarias técnicas de eficiencia laboral japonesas. En 1935, la producción de algodón textil suponía el 26 por 100 de las exportaciones japonesas y casi el 15 por 100 de toda la producción industrial. Desde el último periodo Meiji, la industria textil se convirtió en un coloso en Japón. El país no sólo estaba preparado para competir en el escenario geopolítico del astuto juego colonial, sino también en el terreno de la manufactura y el comercio.

Aunque Japón ya producía seda en el periodo premoderno, los modelos occidentales impulsaron la moderna industria textil, como sucedió con la mayoría de las iniciativas Meiji. En 1870, especialistas europeos viajaron a Japón para ayudar a levantar fábricas textiles. Dos años después, el gobierno Meiji abrió una «planta modelo» en Tomioka, que imitaron otros fabricantes del país con asombroso éxito. En 1868, momento de la

Restauración Meiji, Japón exportaba 1 millón de kilogramos de seda. En 1893, mientras Japón redoblaba sus esfuerzos imperiales en Corea, la producción aumentó a 4,6 millones de kilos exportados. Dos años después de terminar la Guerra Sinojaponesa de 1895, Japón producía alrededor del 27 por 100 de la seda cruda mundial. En 1913, en los albores de la Primera Guerra Mundial, no menos de 800.000 obreros, e incontables gusanos de seda, trabajaban para la industria de la seda japonesa. Resulta irónico que la industria predominante en el Japón Meiji, la pieza central de su moderno conglomerado industrial, se alzase sobre una simbiosis de siglos entre humanos, en este contexto «obreras», y un insecto que era su tradicional aliado, el *Bombyx mori*.

Las obreras fabriles eran miles de jóvenes a las que convencían las compañías o los reclutadores profesionales para que trabajasen en las plantas textiles. La mayoría de estas «obreras», como concluía un informe de 1927, soportaron las húmedas y terribles condiciones de las tejedurías para contribuir a la economía familiar. Una mujer recordaba:

> Cuando regresé a casa con las ganancias de un año y entregué el dinero a mi madre, ella aplaudió y dijo: «Con esto podemos arreglárnoslas hasta fin de año». Y mi padre, que estaba enfermo, se sentó en la cama y me hizo repetidas reverencias. Dijo: «Ha tenido que ser duro, Sué. Gracias [...] gracias [...]». Luego metimos el dinero en una caja de madera, pusimos la caja en el altar y rezamos [...] Cuando pienso en la cara de mi madre en ese momento, soy capaz de soportar cualquier penalidad.

Para las obreras de las fábricas trabajar en la brutal industria textil era una manera de cumplir con los sempiternos deberes filiales confucianos. Al principio, cuando abrió la planta modelo de Tomioka, resultó atrayente por sus conexiones con la industrialización de estilo occidental. Un 40 por 100 de las 371 empleadas procedían de antiguas familias samuráis. Al final, la industria exigió «hijas del campo dóciles y obedientes». Los agricultores no solían perder la oportunidad de mejorar su suerte y cambiar el gusto leñoso de los rábanos *(daikon)* por el delicado sabor del arroz blanco.

Las condiciones en los molinos textiles eran atroces y el aire estaba cargado de pelusas. Por razones de patente, había que sumergir los capullos en agua hirviendo y cocerlos antes de extraer el hilo. Como resultado, la condensación se acumulaba en los techos de la fábrica y goteaba todo el día sobre las trabajadoras. En invierno, las mujeres contraían a menudo catarros

o gripe a causa de la penetrante humedad. La industria expuso también a las mujeres a una serie de enfermedades pulmonares, incluida la tuberculosis. A la tuberculosis se la solía llamar la «epidemia moderna», porque estaba relacionada con enclaves industriales. El proceso de manufactura hacinaba a la gente en entornos donde el bacilo viajaba con facilidad entre cuerpos ya inmunológicamente deprimidos. La tuberculosis es debilitante y mortal: los bacilos no son tóxicos en sí mismos, pero la fuerte respuesta inmunológica del organismo frente a ellos causa tuberculosis pulmonar. Estas áreas caseosas de los pulmones, reconocibles por una consistencia similar a la del queso, dejan cavidades y cuando esas cavernas se forman cerca de arterias y venas provocan hemorragia, o la tos sangrante llamada hemoptisis, asociada con la enfermedad. Esas fábricas, literalmente cálidas y húmedas incubadoras de bacilos, se multiplicaron a lo largo del periodo Meiji; las mujeres representaban en torno al 90 por 100 de la fuerza de trabajo, la mayoría de menos de veinticinco años.

La tuberculosis y otras enfermedades pulmonares se convirtieron pronto en asesinos de masas. En 1903 el gobierno Meiji encargó un estudio sobre los molinos textiles titulado «La situación de los trabajadores fabriles»: de 689 obreros despedidos por problemas de salud entre 1899 y 1902, la mitad lo fueron por «enfermedad respiratoria», y la mitad de estos por tuberculosis, aunque los médicos raramente diagnosticaban tuberculosis debido al estigma social ligado a esta enfermedad. Dañaba la reputación de las familias porque, según se decía hasta hace poco, era hereditaria. Otros estudios llevados a cabo por médicos concluyeron que el 50 por 100 de las mujeres fallecidas en la industria textil morían de tuberculosis, que consideraban el reto más serio para la salud de esa industria y quizá de todo el Japón industrial. En un discurso de 1913 ante la Sociedad Médica Nacional, un médico implicaba a la industria textil en la expansión de la tuberculosis, porque para lidiar con el problema los propietarios de las fábricas se limitaban a echar a las trabajadoras cuando enfermaban. Esto generaba vectores de transmisión de la enfermedad por todo el país y una epidemia nacional. Junto con el beriberi, una enfermedad nutricional causada por deficiencia de tiamina, que solía matar a tantos soldados y marineros como la guerra, la tuberculosis se estaba convirtiendo en la enfermedad nacional del Japón Meiji.

Un factor que facilitó la difusión de la tuberculosis es que muchas mujeres la mantenían en secreto, o se referían a ella con una serie de eufemismos para la enfermedad pulmonar. Dado que muchos pensaban que era hereditaria, la enfermedad podía acarrear la desgracia y la vergüenza a la familia entera, o al menos arruinar las perspectivas de matrimonio. Tanizaki Jun'ichirô (1886-1965) explora este delicado tema en su obra maestra, *Sasameyuki* (Las hermanas Makioka, 1948). En la novela, una acomodada familia japonesa, representada por las hermanas Makioka, intenta encontrar un marido adecuado para la tercera hermana, Yukiko. En una ocasión, un potencial candidato pide que Yukiko se haga una radiografía porque tiene un físico frágil y enfermizo. Los resultados dan negativo en tuberculosis, pero las hermanas encuentran un fallo en el historial del aspirante, en concreto que la madre del caballero lleva loca más de una década, y se anula el compromiso. Más adelante, un rico hombre de Nagoya corteja a Yukiko y contrata a un detective privado para que investigue a fondo a la familia Makioka. Cuando descubre que la madre murió de tuberculosis a los treinta y seis años, el individuo rompe el compromiso. Como sugiere la novela, los rumores acerca del estigma social y hereditario de la tuberculosis persistían mucho después de que el científico alemán Robert Koch (1843-1910) descubriese el bacilo de la tuberculosis en los años 1880.

En gran medida como el gobierno prusiano, que aportó fondos para la investigación de Koch, el gobierno Meiji se mostró muy interesado en la tuberculosis y su posible cura, a la vista de que constituía una epidemia en enclaves industriales, urbanos y militares, donde las multitudes podían dispersar fácilmente la enfermedad. Tenía sentido que, en 1890, cuando Koch presentó su informe preliminar sobre una cura para la tuberculosis en Berlín, Kitasato Shibasaburô (1853-1931) (figura 18), un destacado científico, lo presentase de inmediato a una publicación médica puntera. El gobierno Meiji había enviado a Kitasato, un aspirante a bacteriológo que trabajaba para el Ministerio del Interior, a Berlín en 1885 para que estudiase con Koch. Kitasato, de treinta y dos años de edad, rápidamente se convirtió en uno de sus estudiantes favoritos. Kitasato había resultado crucial en el descubrimiento. En 1889, por ejemplo, Kitasato cultivó con éxito una muestra del bacilo del tétanos, y mientras trabajaba con Emil von Behring (1854-1917), otro científico alemán, descubrió muchos de los misterios de

la inmunidad frente a las toxinas. Así que no sorprende que Kitasato ayudase a Koch en su laboratorio. Cuando la burocracia del Ministerio del Interior amenazó con hacerle volver a casa, el emperador intervino y se permitió que Kitasato permaneciese en Berlín para continuar su prestigiosa tarea con Koch.



Figura 18. El bacteriólogo Kitasato Shibasaburô.

En marzo de 1891 llegaron a Japón los primeros cargamentos de tuberculina, la cura de Koch. El ejército, la Sociedad de Higiene y Salud japonesa y la Universidad de Tokio iniciaron ensayos clínicos. Al final la tuberculina obtuvo resultados desiguales y habrían de pasar muchos años antes de encontrar una verdadera cura para la tuberculosis. Sin embargo, el descubrimiento supuso una revolución bacteriológica en la ciencia y la medicina japonesas. Para ilustrarlo, en 1891 no se podía ver un sólo microscopio en las estanterías de las tiendas de toda la prefectura de Tokio:

sólo dos de las tiendas habían vendido 170 instrumentos. Ese mismo año, el gobierno Meiji abrió su Centro de Microscopía en Tokio, que llevaba a cabo análisis bacteriológicos del bacilo de la tuberculosis y otros microorganismos. Con el tiempo, la industria y el gobierno cambiaron su enfoque hacia la prevención, pero la tuberculosis siguió siendo un asesino en Japón durante décadas.

DISCIPLINA PÚBLICA

Los intentos del Estado Meiji de controlar a los súbditos japoneses se habían vuelto opresivos en 1910. Con la emergencia del Imperio japonés, se luchó activamente por la «reforma del cuerpo y el alma», como proclamaba una consigna, para resistir la amenaza del imperio occidental y crear un nuevo Estado japonés. Se consiguió la reforma mediante el control del cuerpo y la sexualidad humanos de una forma nunca antes vista en la historia japonesa. Si el Estado premoderno se había preocupado por el control del sistema de estatus, vigilando los cortes de pelo y otros usos que marcaban los límites de la posición social, el Estado Meiji aspiraba a disciplinar el cuerpo con ayuda de la higiene y el control de la sexualidad, como escenificaba la creación de la Agencia Central de Salud (1872), el sistema escolar de higiene (1898) y varias leyes que imponían revisiones sanitarias. Como tantas otras cosas durante el periodo Meiji, el foco en la sanidad y la higiene exigía un lenguaje y un nivel de implicación nuevos por parte del Estado. Durante la Misión Iwakura (1871), Nagayo Sensai (1838-1902), impresionado por la medicina y las instalaciones sanitarias en Alemania y los Países Bajos, creó el nuevo término japonés para higiene *(eisei)* basado en la palabra alemana. Fundó la Agencia para la Higiene en 1874, luego integrada en el Ministerio de Interior. Esta oficina supervisaba la situación de la higiene en la nación y el emergente imperio.

De modo similar, Gotô Shinpei (1857-1927), influido por las teorías europeas sobre la higiene y la medicina, planteó proyectos de infraestructuras sanitarias e higiénicas en el incipiente Imperio japonés. Gotô, que formaba parte del creciente contingente de intelectuales que bajo influencia alemana consideraban a la nación como un cuerpo u organismo, se inspiró en la «medicina social» de Rudolf Virchow (1821-1902) y la

«política social» de Otto von Bismarck (1815-1898). En su analogía del «Estado como cuerpo humano», el ejército constituía los dientes y garras y la higiene y las políticas sanitarias su sistema inmunitario. Esta metáfora del «Estado como cuerpo humano» se popularizó al mismo tiempo que Japón avanzaba hacia la Guerra del Pacífico y desarrollaba políticas fascistas en el país.

Los funcionarios Meiji creían que amenazas para la salud como la tuberculosis, e incluso la locura, eran contagiosas y malignas y podían propagarse del individuo a todo el cuerpo nacional. En un reflejo de este enfoque estatal, Ôkuma Shigenobu (1838-1922) señalaba: «En ocasiones la locura se vuelve infecciosa. Esta infección puede ser terrible y extenderse sin cesar entre la gente. Puede hacerse patológica en una sociedad y hasta en un Estado». Armados con tales filosofías higiénicas, los legisladores japoneses de principios del siglo XX querían «mejorar la raza» y «corregir la sociedad» por medio de estrictas políticas relacionadas con la salud. En 1902, el gobierno Meiji contrató a miles de médicos para que trabajasen en las escuelas y revisasen a los niños en busca de enfermedades como la escrofulosis (una forma de tuberculosis que afectaba a los nódulos linfáticos), enfermedades crónicas y alteraciones nerviosas. Con frecuencia, los médicos japoneses vinculaban síntomas como el agotamiento con la masturbación, considerada una enfermedad social resultado de una educación sexual inapropiada. Algunos políticos defendían la «pedagogía sexual» basada en el modelo alemán para inocular al cuerpo nacional frente a la masturbación generalizada y las enfermedades venéreas. Las escuelas femeninas y las fábricas textiles también se convirtieron en focos de políticas sanitarias, algunas de las cuales buscaban reformar los hábitos en los dormitorios de las «obreras» para que no amenazasen la constitución moral del cuerpo nacional japonés. Es importante señalar que mientras los legisladores e intelectuales japoneses echaban mano del pensamiento alemán y utilizaban la analogía corporal para describir a la nación, toda desavenencia social u oposición política eran consideradas enfermedades amenazadoras, un presagio del deslizamiento de Japón hacia el fascismo décadas después.

Recurrir al cuerpo como analogía para describir a la nación también modeló las ciencias naturales en Japón, sobre todo el desarrollo del pensamiento ecológico. Inspirándose en el pensamiento ecológico de

Alemania y de un puñado de universidades estadounidenses, los intelectuales japoneses empezaron a participar en discusiones sobre el papel de las sociedades en la dirección de la evolución, no sólo la de los individuos sugerida por Charles Darwin (1809-1882). Reflexionando desde el ámbito confuciano japonés, los humanos podían ser considerados no sólo como criaturas individualistas, como sugería el liberalismo occidental, sino como una especie altamente social en la que el éxito evolutivo del grupo pesaba más que el de los individuos. Imanishi Kinji (1902-1992), un destacado biólogo evolucionista, anticipaba la importancia de la evolución social hace más de medio siglo.

En *Seibutsu no sekai* (El mundo de las cosas vivientes, 1941), propuso primero la existencia de la *specia*, o sociedad de especies holística que evoluciona socialmente. Degradaba el organismo individual en evolución, un hito del darwinismo, y ascendía al todo social. Imanishi escribió: «Se pueden considerar miembros de una especie los vinculados por lazos de parentesco y relaciones territoriales y que comparten la misma forma de vida». Imanishi, aunque no era fascista, argumentaba que al igual que el súbdito no es más que un elemento de la nación imperial, el organismo individual «no es otra cosa que un elemento de la especie» y la sociedad «un lugar de vida compartida» en el que «el individuo se reproduce y sobrevive». Mientras que Darwin consideraba en el *Origen de las especies* (1859) de la mayor importancia las «diferencias individuales» heredadas, porque «aportaban materiales para la selección natural», Imanishi pensaba que la evolución se producía a nivel social, a través de afinidades que transcendían al individuo. Aunque no eran necesariamente el producto de pensadores fascistas, estas teorías ecológicas promovieron la idea básica de que los grupos sociales, incluidas las naciones, constituían organismos naturales que necesitaban ser fortalecidos mediante la higiene estatal y otras medidas.

CONCLUSIÓN

A pesar de que Japón aprendió muchas de sus estrategias coloniales de las duras experiencias de sus «tratados desiguales» con Estados Unidos y las naciones de Europa, el colonialismo japonés no fue producto

exclusivamente del préstamo cultural de Occidente. Tanto en Okinawa como en Hokkaido, Japón había sacado sus propias lecciones acerca de lo que suponía conquistar y colonizar otros pueblos y sus tierras. En manos de los artífices de la política, estas lecciones cruzaron el mar hasta las nuevas fronteras coloniales de Asia Oriental. Como un reflejo del entorno confuciano en el que habían nacido, esas tácticas indígenas japonesas eran en gran medida de naturaleza cultural y funcionaban bajo el viejo principio confuciano de que los «bárbaros» de la periferia podían ser incorporados por medio de la adopción de la civilización central. De ahí que los japoneses obligasen a los ainu a hablar japonés y a abandonar la caza para transformarse en agricultores. Los obligaron a adoptar nombres japoneses y a acatar los sistemas de creencias japoneses. Los obligaron a considerar al emperador japonés su nuevo líder patriarcal. En mayor o menor medida, los coreanos fueron los destinatarios de similares prácticas coloniales blandas, además de tácticas más duras de pura violencia. A inicios del siglo XX, Japón ya había emprendido el camino para crear un imperio, camino que en muchos aspectos llegaría a dominar su historia durante ese siglo.

12
Imperio y democracia imperial (1905-1931)

En la primera mitad del siglo XX, el imperio era el centro de la vida japonesa: la competencia con las potencias europeas y estadounidense en la región de Asia-Pacífico, la necesidad de recursos naturales, el trabajo en caladeros de pesca distantes para renovar ingresos y alimentar bocas hambrientas y otras fuerzas contribuyeron a la construcción del imperio. Al final, sin embargo, la «política china» de Japón fue la chispa en la yesca seca que prendió la Guerra del Pacífico. Los «intereses especiales» de Japón en China, que desafiaban el acceso de Estados Unidos y Europa a los productos y mercados chinos, colocaron a Japón en un derrotero que lo enfrentó a las grandes potencias. La política exterior japonesa estaba diseñada para proteger sus inversiones económicas y militares en China, la mayoría de las cuales giraban en torno al Ferrocarril del Sur de Manchuria, arrendado a Japón tras la Guerra Rusojaponesa (1905). Pero otras fuerzas soterradas empujaron a Japón hacia la «guerra total» en Asia. Medio siglo de legislación racial contra la inmigración y la política exterior antagónica en Estados Unidos desilusionaron a muchos diplomáticos y legisladores japoneses, que instauraron una creciente deriva autárquica hacia el imperio. Tras la doble victoria en las guerras Sinojaponesa (1895) y Rusojaponesa (1905), las grandes potencias conspiraron para privar a Japón de su botín de guerra, sobre todo territorio en el norte de Corea y China. Claramente, no había lugar para la emergente nación asiática en la mesa de las grandes potencias. En este contexto, Japón perseguía una forma alternativa de nacionalidad moderna que entretejiese la legitimidad de un imperio en Asia Oriental con los retos de la modernización y el «panorientalismo». Desde el punto de vista de la retórica, Japón buscaba defender a sus hermanos y hermanas asiáticos de la agresión y la invasión imperialista occidental. No es un secreto que esta carrera fue un poderoso impulsor de los sucesos que condujeron a la Guerra del Pacífico.

La Guerra Rusojaponesa fue un conflicto salvaje. Ambos bandos sufrieron grandes pérdidas en Mukden y otros enfrentamientos importantes. Reunidos en Portsmouth, New Hampshire, con la mediación de Estados Unidos, los diplomáticos japoneses y rusos acordaron reconocer las propiedades coloniales del otro en el continente, incluido el despliegue de pequeñas fuerzas policiales para vigilar sus respectivos intereses. Es significativo que Rusia cediese el usufructo del Ferrocarril del Sur de Manchuria a Japón, una concesión que más adelante resultó fundamental en el estallido de la Guerra del Pacífico. Originalmente, Rusia había tendido la línea férrea a finales del siglo XIX como parte del Ferrocarril de China Oriental, pero luego perdió la parte sur de la línea desde Harbin a Port Arthur. El gobierno japonés financió con generosidad en 1906 la Compañía del Ferrocarril del Sur de Manchuria y le encargó el desarrollo de recursos económicos a lo largo de la zona del tendido, básicamente 62 metros a cada lado de las vías durante una distancia de aproximadamente 1.100 km. La línea férrea unía más de 20 ciudades y pueblos, en los que los japoneses estacionaron carbón, equipamiento eléctrico y otros suministros necesarios para mantener los trenes en movimiento (figura 19). Gotô Shinpei (1857-1929), antiguo gobernador de Taiwán al que presentamos antes, fue el primer presidente de la compañía, cuya sede oficial japonesa estaba en Dalian, en la península de Liaodong.



Figura 19. Cargando carbón en una mina de Fushun en 1940.

El ferrocarril demostró ser el eje de las posesiones japonesas en Asia Oriental y el factor definitorio de las inversiones económicas japonesas en el noroeste de China y Manchuria, ricos en recursos. Durante sus primeros 25 años, los activos de la compañía del ferrocarril ascendieron de 163 millones de yenes a más de 1 billón, con un 20-30 por 100 de tasa de crecimiento anual. No sólo se transformó en la compañía más grande de Japón, sino que durante muchos años también fue la más provechosa. Como resultado del contrato de arrendamiento, las implicaciones económicas y personales con China no dejaron de aumentar a comienzos del siglo XX. En 1900, antes de que Japón ganase la concesión, sólo alrededor de 3.880 japoneses residían en China. En 1910, cinco años después del Tratado de Portsmouth, esa cifra se había elevado a 26.600. En 1920 eran 133.930. La mayoría de los japoneses residían en Manchuria, pero algunos habían empezado a asentarse en ciudades del sur como Shangháí como consecuencia de la expansión de la industrial textil. Japón se benefició de diferentes maneras de la Primera Guerra Mundial, que angustiaba a las grandes potencias. En 1914, cuando «la guerra que acabaría con todas las guerras» estalló en Europa, el comercio japonés con China suponía 591 millones de yenes. En 1918 había crecido hasta 2.000 millones de yenes. En 1895, justo antes de la Guerra Sinojaponesa, el comercio exterior de Japón constituía alrededor de un 3 por 100 del mercado chino; esa cifra subió al 30 por 100 en 1920, demostrando la capacidad de Japón para sacar provecho de la Primera Guerra Mundial.

Provocativas políticas coloniales acompañaron la creciente presencia económica en China y Manchuria. En 1915, mientras las grandes potencias tendían alambre de espino y cavaban trincheras en el continente europeo, el primer ministro Ôkuma Shigenobu (1838-1922) y el ministro de Asuntos Exteriores Katô Kômei (1860-1926, también conocido como Katô Takaaki) intentaron imponer las famosas «Veintiuna exigencias» al inoperante gobierno chino, recientemente sometido por el alzamiento del señor de la guerra Yuan Shikai (1859-1916). En resumen, la dinastía Qing había caído en 1911 después del Levantamiento de Wuchang, cuando los revolucionarios eligieron a Sun Yatsen (1866-1925) como presidente provisional.

Sin embargo, Sun entregó el incipiente gobierno republicano a Yuan a cambio de que consiguiese la abdicación del emperador niño Qing Puyi

(1906-1967), que más tarde sería el emperador títere del Manchukuo controlado por Japón (1932). La joven república china también buscaba el apoyo del ejército de Pekín, que dirigía Yuan. En 1913, cuando China celebró elecciones a la nueva Asamblea Nacional, el Kuomintang (Partido Nacionalista) obtuvo una aplastante victoria. La estrella más brillante del Kuomintang, Song Jiaoren (1882-1913), fue asesinado mientras viajaba con amigos en el andén de una estación de tren por alguien que probablemente trabajaba para Yuan. Inmediatamente después, Yuan tomó medidas contra el incipiente Kuomintang y se declaró emperador de China. El nuevo emperador, que reinaba sobre una China frágil e inestable, recibió en ese momento las «Veintiuna exigencias» secretas de Japón y se vio forzado a aceptarlas casi todas, aunque se retractó de muchas.

Las descaradas «Veintiuna exigencias» buscaban expandir los intereses económicos y la influencia de Japón en China. Como recompensa por ponerse al lado de los aliados durante la Primera Guerra Mundial, Japón adquirió las posesiones alemanas en la península de Shandong, además de los valiosos ferrocarriles de la región. China reconoció los «derechos especiales» de Japón en Manchuria y Mongolia Interior, y una empresa Sinojaponesa consiguió el monopolio minero a lo largo del curso del río Yangtzé. Japón también intentó reducir la capacidad de las potencias europeas de arrendar bahías y puertos en la costa china y logró un mandato amplio para la construcción de líneas férreas en China. Aún fue más controvertido que Japón quisiera desplegar su propia policía en el país, así como que el 50 por 100 de las adquisiciones militares chinas procediesen de Japón y que China contratase asesores militares japoneses.

En resumen, los japoneses impusieron exigencias coloniales de gran calado a China en un momento en que Estados Unidos y las potencias europeas estaban preocupados por la guerra. Para Estados Unidos, las «Veintiuna exigencias» iban en contra de la «política de puertas abiertas», que insistía en que ningún país tenía «intereses especiales» en China. En 1899, el secretario de Estado estadounidense John Hay (1838-1905) había despachado una nota diplomática a los principales actores imperiales, incluido Japón, estableciendo la «política de puertas abiertas». En esencia, Hay afirmaba que todas las potencias tenían derechos sobre los puertos chinos en sus respectivas esferas de interés colonial, así como un acceso proporcional a los mercados chinos. Este desacuerdo básico entre los

«derechos especiales» de Japón y la «política de puertas abiertas» de Estados Unidos y sus aliados fue un importante punto de fricción que condujo a las dos potencias del Pacífico a la guerra.

La disputa sobre la «política de puertas abiertas» no era la primera discordia que surgía entre ambos países. En Estados Unidos, una serie de decisiones políticas discriminatorias habían marginado a Japón y a los inmigrantes japoneses, enfrentando a ambos países. En 1906, la San Francisco School Board anunció que «para evitar que los niños blancos se viesen afectados por la relación con pupilos de raza mongol», los niños asiáticos serían separados de los estudiantes blancos en los colegios. En 1913, la «California Alien Land Law» (Ley de la Tierra y de los Extranjeros) prohibió «que los extranjeros [que poseían tierras en la costa del Pacífico] fuesen candidatos a la ciudadanía». Esta ley, que iba principalmente dirigida a los japoneses, salpicó también a chinos, coreanos e indios. El gobierno japonés respondió explicando que la ley era «injusta e incompatible [...] con los sentimientos de amistad y buena vecindad que habían presidido las relaciones entre los dos países». La ley estaba pensada para reducir la inmigración japonesa y crear un ambiente hostil para los japoneses que ya vivían y trabajaban en California. En 1922, el Supremo de Estados Unidos dictaminó que los japoneses no tenían derecho a la ciudadanía. En el caso *Takao Ozawa vs. Estados Unidos*, la Corte Suprema sentenció que Ozawa era miembro de una «raza no asimilable» y no podía ser naturalizado como ciudadano estadounidense. El insulto final, la «Ley de Inmigración» de 1924, prohibía a los japoneses emigrar a Estados Unidos porque no eran candidatos a la ciudadanía.

El racismo estadounidense afectó a las negociaciones internacionales. En las conversaciones del Tratado de Versalles de 1919, la delegación japonesa aspiraba a reafirmar el control japonés sobre antiguas posesiones alemanas en la península de Shandong, cosa que consiguió. Además, quería que se garantizase en términos explícitos la «igualdad racial» en los documentos fundacionales de la Liga de Naciones. Pero el presidente estadounidense Woodrow Wilson (1856-1924) y otros lograron rehuir el asunto. Para la delegación japonesa, la mayor parte de la retórica sobre la «igualdad racial» en el nuevo orden internacional posterior a la Primera Guerra Mundial era retórica hueca. Tres años más tarde, en la Conferencia Naval de Washington (1922) Japón aceptó a regañadientes la relación «5-5-

3» para el tonelaje de los respectivos buques de guerra, lo que colocó al joven imperio oriental en desventaja frente a Estados Unidos y Gran Bretaña. Japón era cada vez más consciente de que el nuevo orden internacional era racista y el incipiente Imperio japonés tendría que luchar para conseguir un puesto en la mesa de las grandes potencias.

En cierto sentido, estos acontecimientos internacionales propiciaron que el eje se desplazase a China. Japón redobló su interés en el continente y estableció nuevas conexiones con sus vecinos asiáticos. Desde la Guerra Rusojaponesa, Japón se había convertido en un modelo de independencia en los círculos nacionalistas orientales. En relación con el enfrentamiento naval durante ese conflicto, un diplomático de Londres comentó: «La batalla de Tsushima es con mucho la mayor y más importante batalla naval desde Trafalgar». En Estados Unidos, el presidente Theodor Roosevelt (1858-1919) llamó a la increíble derrota de Rusia «el mayor fenómeno que el mundo jamás haya visto». Pero más importante que las observaciones occidentales fueron las de los vecinos en Asia, irritados desde hacia mucho tiempo con el poder colonial. La victoria japonesa impulsó a Jawaharlal Nehru (1889-1964), futuro primer ministro de la India, a fantasear con «la libertad india y asiática de la esclavitud de Europa». En Sudáfrica, un joven Mohandas Gandhi (1869-1948) se sintió igualmente inspirado: «Cuando todos en Japón, ricos o pobres, sintieron respeto por ellos mismos, el país fue libre. Pudo abofetear a Rusia [...] Del mismo modo, también nosotros necesitamos sentir el espíritu del amor propio». Incluso Mao Zedong (1893-1976), cuyo Partido Comunista Chino se hizo famoso luchando contra los japoneses, recordaba: «En ese momento conocí y percibí la belleza de Japón y sentí algo de su orgullo». Japón se había convertido en un faro de esperanza en Asia, hecho que provocó e impulsó el giro de Japón hacia China.

Revolucionarios chinos como Sun Yatsen fueron atraídos por las crecientes señales de libertad asiáticas. En buena medida, fundó su «Alianza Revolucionaria» mientras estudiaba en Japón. Al mismo tiempo que los partidos políticos crecían y se diversificaban en Japón durante la década de 1920, en lo que con frecuencia se denomina «democracia Taishô», en China se produjo una democratización similar con el Movimiento del Cuatro de Mayo (1919), en el que los estudiantes expresaron su ira por la capitulación de China en el Tratado de Versalles.

Algunos en Japón, como el periodista y político Ishibashi Tanzan (1884-1973) defendían una política del «pequeño Japón» con el abandono de las posesiones en Manchuria. Tanizaki Jun'ichirô, destacada figura literaria, viajó en 1918 a Corea, norte de China y Manchuria. En 1922, se creó en la Universidad Imperial de Tokio el «Instituto para la Cultura Oriental» y una década después la «Sociedad para la Concordia», que promovía la armonía entre los cinco grupos étnicos existentes en Manchuria. En 1941, la «Sociedad para la Concordia» todavía distribuía panfletos en Manchuria defendiendo la igualdad racial y repudiando el racismo de la Alemania nazi. El punto focal de Japón en China fue decisivo para fortalecer lazos con sus vecinos de Asia, aunque todos esos lazos quedarían rotos por la conducta japonesa durante la Guerra del Pacífico. También legitimaba, en sentido cultural, la expansión japonesa en China y la esfera de la región Asia-Pacífico.

IMPERIO PELÁGICO

Emparejados a los éxitos en tierra, en la construcción del imperio existían temores marítimos. La sucesión de conquistas territoriales de Japón era impresionante para un país del tamaño de Montana: las islas Ryukyu en 1871, las islas Bonin y Kuriles en 1875, Taiwán en 1895, el sur de la isla Sajalín y partes de la península de Liaodong en 1905, la anexión de Corea en 1910, Micronesia tras la Primera Guerra Mundial y Manchuria después de 1931. La Guerra del Pacífico empezó con el Incidente del puente Marco Polo de 1937, que llevó a una invasión de China y el Sudeste Asiático. Pero el líquido imperio marítimo japonés, que un historiador ha etiquetado como «imperio pelágico», igualaba y apuntalaba estos espectaculares logros en tierra. Del mismo modo que buscaba recursos naturales en tierras asiáticas, como carbón en Manchuria o caucho en el Sudeste Asiático, Japón también buscaba recursos marinos en su imperio pelágico con la explotación de pesquerías en alta mar en buena parte del océano Pacífico.

La conquista pelágica fue una parte crucial del poder japonés a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. El Tratado de San Petersburgo de 1875 permitió a los japoneses pescar en aguas del Pacífico Norte ruso y los pescadores tardaron poco en montar las operaciones en el litoral de

Okhotsk. En 1875 había en el área 300 barcos de pesca, pero en 1904, en vísperas de la Guerra Rusojaponesa, esa cifra se había multiplicado por diez. Mientras, las embarcaciones pesqueras rusas en la zona seguían siendo unas 200. Cuando se trataba de explotar caladeros, Japón estaba a la vanguardia de la innovación tecnológica, lo mismo que hoy. En 1908 Japón encargó su primer «arrastrero», un barco de pesca diseñado en Gran Bretaña. Cinco años más tarde, 100 de estos barcos llenaban los mares en torno al archipiélago japonés. Japón también encargó atuneros a motor en 1906, que permitieron a los pescadores japoneses capturar listados cerca de las islas Bonin, a casi 1.200 km de las islas principales. Mientras los arrastreros barrían las aguas al norte y al sur de las principales islas, las tropas japonesas atraían la atención internacional por sus triunfos en guerras contra China y Rusia.

El ansia de recursos naturales impulsó la conquista terrestre de Manchuria. A medida que crecía la población japonesa, los planificadores vieron en Manchuria un terreno fértil para aumentar el rendimiento agrícola y alimentar a las hambrientas bocas. A mediados de la década de 1930, un ministerio supervisaba los asentamientos experimentales en Manchuria en un intento de incrementar la productividad agrícola. En cuatro años, los planificadores movilizaron a 321.882 granjeros de muchas prefecturas japonesas para que participasen en el programa. Guiados por la investigación social científica, los planificadores esperaban recolocar a un tercio de la población rural de Japón en parcelas de 1,6 hectáreas en la Manchuria colonial. Allí se convertirían en propietarios rurales y producirían comida para el hambriento imperio. Con el rural japonés despoblado, los planificadores tenían la esperanza de que surgirían granjeros independientes (no arrendatarios) en las islas importantes. Al final, unas tecnologías retrógradas y una mala comprensión del terreno frustraron a muchos agricultores japoneses en Manchuria, pero los vínculos entre el imperio y la ampliación de las bases de recursos naturales continuaron siendo importantes. Los planificadores contemplaban de manera similar el imperio pelágico japonés. Como explicaba un funcionario del ministerio:

> Con el constante aumento de la población [...] la demanda de productos de la pesca muestra un asombroso avance, situación que aún acelera más la creciente demanda exterior. En estas

> circunstancias los pescadores ya no pueden conformarse con trabajar sólo en la costa y están obligados, en mayor medida que nunca, a aventurarse en mar abierto e incluso a llegar hasta las distantes costas de Corea y las islas del mar del Sur.

En otras palabras, los agricultores japoneses ya no podían contentarse con labrar el suelo de las principales islas japonesas y los pescadores necesitaban expandir sus esferas desde la línea de costa hasta incluir el «mar abierto». Muchos japoneses atendieron a esta llamada: la flota de barcos camaroneros, por ejemplo, amplió las capturas japonesas a 407.542 cajas de cangrejo enlatado en 1931, ocho veces lo producido diez años antes. La vida en uno de esos barcos industriales sirvió de tema para una de las grandes novelas proletarias japonesas, *Kanikôsen* (El pesquero, 1929), de Kobayashi Takiji (1903-1933), que sería arrestado, desnudado en pleno invierno y golpeado hasta morir por la Policía del Pensamiento, famosa por su brutalidad.

Aunque los planificadores explicaban a menudo que Japón necesitaba productos del mar para alimentar a una población en aumento, buena parte del pescado era enlatado y vendido en los mercados occidentales para reunir recursos en caso de guerra, como petróleo, caucho y mineral de hierro. Para conseguir esto, cada aspecto de la flota pelágica japonesa creció. En 1910 Japón tenía sólo un 1 por 100 de las capturas mundiales de ballenas, pero en 1938 había ascendido al 12 por 100. Ahora, Japón y caza de ballenas son casi sinónimos. En este sentido, el imperio pelágico japonés evolucionó en gran medida de la misma forma que el terrestre. Manchuria, convertida en un importante mercado, fortaleció la economía japonesa. Un hombre de negocios de Osaka señalaba en 1933: «Manchuria se ha convertido recientemente en un área con una increíble expansión como mercado de consumidores para los productos japoneses; las exportaciones este año se acercaron a los 300.000 yenes, más de diez veces lo que representaban hace sólo unos cuantos años, y superan con mucho las exportaciones a China». De forma parecida, uno de los propagandistas de la industria de pesca pelágica japonesa comentaba en 1940: «La industria pesquera es una importante fuente de divisas para Japón. Sus exportaciones de productos del mar suman anualmente entre 150 millones y 160 millones de yenes, con lo que es la tercera industria exportadora después de la seda cruda por piezas y las hilaturas de algodón sin confeccionar». Una muestra de la importancia

del imperio pelágico para las ambiciones japonesas fue la exploración, subvencionada por el Estado, de nuevas pesquerías. Japón inspeccionó aguas próximas en el mar de la China Meridional, el mar del Japón y el mar de Bering, así como otras más lejanas cerca de la costa mexicana del Pacífico, la bahía argentina de La Plata y el mar Arábigo. Era frecuente que los arrastreros japoneses incluyeran a pescadores locales, como hacían los pescadores chinos de corvinas en el mar de China Oriental. En la década de 1930, Japón era capaz de obtener tanto de sus imperios terrestre y pelágico como para prepararse para la guerra total.

La expansión de la flota pelágica japonesa se correspondía con la creciente identificación de Japón como un «imperio oceánico». Un autor explicaba: «Desde la era de los dioses, Japón ha sido el reino de la pesca». El folclorista Yanagita Kunio (1875-1962), que aspiraba a descubrir los orígenes del pueblo japonés, argumenta en cierto momento que los japoneses proceden del Pacífico Sur, generando una obsesión en tiempos de guerra por tomar la región conocida como «Nan'yô». Muchos sugerían que las ambiciones militares japonesas deberían extenderse hacia el sur, hacia Micronesia, en vez de hacia las áridas estepas del noroeste de Asia, donde el Ejército de Kwantung (Guandong) estaba atascado. En 1941, en vísperas del ataque naval a Pearl Harbor, el gobierno proclamó el «Día de Conmemoración del Mar» como fiesta nacional para «dar las gracias por las bendiciones del mar y rogar por la prosperidad del Japón marítimo». En semejante entorno cultural, los océanos fueron integrados con facilidad en la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental» de tiempos de guerra. Aunque el esfuerzo de guerra reclutó y al final sacrificó la impresionante flota de pesca japonesa, la idea de un imperio pelágico continuó siendo una fuerza impulsora en las ambiciones imperiales de Japón.

El legado del imperio pelágico japonés no carece de importancia en la historia mundial. El país insular fue pionero en muchas técnicas y tecnologías de pesca que hoy han reducido casi hasta la extinción las poblaciones de peces comerciales del planeta. Las redes de deriva, los «muros de la muerte» o «cortinas de la muerte» como se las llama a menudo, una tecnología japonesa perfeccionada en los años 1970, mata incontables ballenas, delfines, tortugas, tiburones y otras formas de vida marina. En 1990, los científicos estimaron que estas redes de enmalle y

deriva mataban anualmente entre 315.000 y 1 millón sólo de delfines. En su momento de apogeo, tendían suficientes redes por la noche para dar una vuelta y media al globo, sin escatimar malla monofilamento. Palangres con una línea única, que arrastran carcasas de albatros y caparazones de tortugas, por no hablar de que están diseñados para atrapar las dos especies de atún de aleta azul y otras especies comerciales, atraviesan sigilosamente los océanos del mundo como autómatas asesinos. A escala mundial, los palangreros japoneses arman unos 107 millones de anzuelos todos los años y matan 44.000 albatros, considerados «capturas accesorias».

En 1971, aproximadamente 1.200 palangreros japoneses trabajaban en el océano Antártico, o Austral, en torno a Australia, cada uno con millones de anzuelos. Debido a esto, las capturas de atún de aleta azul ascendieron a más de 20.000 toneladas en 1982. En 1991, sin embargo, los científicos calcularon que el número de ejemplares de esta especie se había reducido en un 90 por 100 desde 1960, y que estaba amenazada de extinción por la sobrepesca. No obstante, hay mucho en juego en la industria del atún. En 2001, un atún de aleta azul capturado frente a las costas de la prefectura de Aomori alcanzó un precio de 173.600 dólares en una subasta en Tsukiji, 800 dólares por cada kilo del gigante de más 200 kg. La carne del atún rojo de cola azul, muy valorada en los restaurantes de sushi de todo el mundo, representa el nuevo metal precioso de nuestra moderna bonanza oceánica. Los japoneses se han dado cuenta de que las poblaciones de túnidos se enfrentan a la inminente desaparición comercial bajo semejante presión y han establecido «granjas de cultivo» en Port Lincoln, Australia: capturan peces jóvenes, los crían y los sacrifican para los mercados de sushi de Japón. En esta industria, los «vaqueros de atunes» forcejean con atunes vivos en cercados de los puentes de embarcaciones de pesca, donde son liquidados con golpes en el cerebro y el lomo con barras metálicas antes de llevarlos a Tsukiji. En los criaderos de túnidos del Mediterráneo, por el contrario, esperan a que los animales se hagan más grandes, los pastorean hasta un rincón del redil y les disparan con rifles desde los barcos. La mayor parte de este pescado es para los mercados japoneses y también para los de sushi europeo.

En el momento de escribir esto, las llamadas naves de «investigación» todavía persiguen y matan ballenas en el Pacífico Norte y el Pacífico Sur con arpones explosivos en el marco de una industria impulsada menos por

la economía, la subsistencia o las ciencias marinas que por tradiciones inventadas y un nacionalismo antioccidental desfasado. Los defensores de la caza de ballenas insisten en que «hace más de mil años que nos alimentamos de ellas», pero ignoran el hecho de que la carne de ballena nunca fue una parte significativa de la dieta o la economía japonesas. Otros partidarios de la matanza de ballenas invocan «estilos de vida alimentarios» como motivo de esta controversia. «La cultura gastronómica de los japoneses, que emplea carne de ballena como fuente de proteína animal, debe ser respetada», afirmaba el editorial de un periódico. «Los europeos y americanos presionan [a Japón] con su cultura culinaria y sus puntos de vista éticos al decir que está bien comer carne de vaca y de cerdo, pero que es inaceptable comer carne de ballena.» Durante una reciente manifestación, un defensor de la caza de ballenas, con un clásico peinado yakuza y gafas de sol, enarbolaba orgulloso una pancarta que rezaba: «¡No jodáis a los japoneses!». La mayoría de los japoneses están en contra de matar ballenas y rara vez, o nunca, han probado su carne, pero la industria se mantiene en funcionamiento con ayuda de muchos de los elementos más sombríos del país. De momento, sus voces han demostrado sonar más alto que las otras y Japón prosigue su caza «científica» a expensas de su reputación internacional.

LA NUEVA CLASE MEDIA

Las experiencias políticas de Japón en las décadas de 1920 y 1930 se engloban entre el declive de la «democracia Taishô» y el ascenso de la «emergencia nacional» Shôwa. Los altibajos de la economía japonesa durante ese periodo provocaron desigualdades sociales y agitación política. Durante la Primera Guerra Mundial aumentó tanto la implicación económica de Japón en China como la totalidad de su rendimiento industrial. A causa de las dificultades en que se encontraban Estados Unidos y Europa, representó una oportunidad clave para la expansión económica japonesa. Entre 1914 y 1918, la producción industrial creció casi siete veces, de 1.400 millones de yenes a 6.800 millones; sólo las exportaciones de algodón se incrementaron un 185 por 100. Debido a la escasez de trabajadores industriales, los salarios subieron mucho, al igual

que los precios de los productos de consumo, y una enorme inflación anuló los beneficios para el pueblo del crecimiento económico. Una profunda desigualdad económica caracterizó este periodo, en el que los nuevos ricos industriales ganaron relevancia. Según una fuente, entre 1915 y 1919 el número de «millonarios» en Japón aumentó un 115 por 100. En esos años dorados, floreció una nueva prosperidad, pero en 1920 el país experimentó una devastadora crisis bancaria. Las industrias despidieron trabajadores al tiempo que se producía una desaceleración. El año siguiente la economía empezó a mostrar signos de recuperación, pero de repente el «gran terremoto de Kantô» redujo a escombros y cenizas gran parte del entramado político y económico japonés. Una vez más, en un par de años, se evidenciaron algunos signos de recuperación, pero entonces Japón sufrió otra crisis bancaria en 1927 que hundió de cabeza al país en la Gran Depresión mundial. Los principales bancos se desplomaron, incluidas destacadas instituciones coloniales como el Banco de Taiwán, y Japón se sumió en el estancamiento económico. Los efectos de estos tumultuosos años supusieron algo más que meras preocupaciones económicas: también sirvieron para socavar la legitimidad de las políticas democráticas, al asociar a políticos de partido con peces gordos de la industria y por la progresiva implicación del ejército en la política, principalmente en asesinatos políticos y en acciones temerarias en otros países.

Los éxitos económicos japoneses de la década de 1920 llevaron a un aumento del consumismo generalizado y a la aparición de una clase media japonesa. El lujo asociado con la nueva prominencia económica de Japón dio lugar a nuevos pasatiempos como el «recorrido por Ginza», donde atildados dandis y sus acompañantes femeninas examinaban con atención los grandes almacenes como Mitsukoshi y visitaban las cafeterías de los restaurantes caros. Las mujeres de clase media hojeaban las páginas de *Fujin no tomo* (El amigo de las mujeres), una popular revista femenina del hogar y estilos de vida propios de la clase media, que alcanzó una circulación de 3 millones de copias en los años 1920. Esta publicación promovía una imagen de las mujeres modernas como amorosas madres y entregadas amas de casa, personas que cultivaban su talento doméstico. En 1925, las emisoras de radio comenzaron a retransmitir en las grandes ciudades japonesas. Un año después, el gobierno agrupó a tres emisoras independientes para crear la cadena nacional NHK, que monopolizó las

ondas durante años. Con algo menos de 1,5 millones de aparatos de radio en el país, las familias de clase media podían reunirse en torno a sus receptores para escuchar música occidental, comedias y otras historias. El cine también se hizo popular. Este medio llegó a Japón con el cambio de siglo, gracias a la importación del Edison Vitascope y el cinematógrafo Lumière, pero floreció de verdad con la aparición de la clase media japonesa. El clásico de 1924 *Nichiyôbi* (Domingo) aportó diversión a esa clase media, de empleados de cuello blanco, un poco en el mismo estilo de películas como *¿Bailamos?* (1996), un *remake* japonés realizado 50 años más tarde del clásico estadounidense de 1937 *Ritmo loco*.

En los años 1910 surgió el término «oficinista» para describir a un varón urbano de clase media vestido a la manera occidental que cargaba una tartera *bentô* camino del despacho. El «oficinista» se convirtió en una caracterización de los trabajadores de clase media de las ciudades que perdura hasta hoy. Con la expansión de la nueva clase media, los papeles e identidades de las mujeres cambiaron espectacularmente. Como hemos visto, el Estado Meiji había mostrado gran interés por las mujeres y había dictado regulaciones y políticas, como prohibir determinados peinados, que convertían a las mujeres en depositarias de la tradición japonesa. Sin embargo, la «chica moderna» de la década de 1920 desafiaba tales prohibiciones. Algunos historiadores ven en la «chica moderna» un icono feminista, otros la consideran una consumista caprichosa, pero de cualquier modo fue un producto de su época y simbolizó la manera en que la nueva cultura consumista de Japón transformó el tejido social.

La «chica moderna» recorría Ginza embutida en su vestido ajustado hasta las rodillas, con relucientes medias transparentes y zapatos de tacón alto, lo que tenía el efecto de acentuar su voluptuoso trasero. Influida por estrellas del cine estadounidense como Clara Bow (1905-1965) y Gloria Swanson (1899-1983), cubría su melena corta con un sombrero de ala blanda, ocultando provocativamente su liberador corte de pelo. El corte de pelo a lo *garçon* estaba de moda y era políticamente volátil porque desafiaba la ordenanza Meiji de 1872 que prohibía el cabello corto en las mujeres. La «chica moderna», como identificación, aparece por vez primera en un artículo de 1924 que explica que «los chicos jóvenes se enamoran de muchachas que dicen lo que piensan en lugar de mostrarse siempre humildes y callar sus opiniones». La melena por encima de los hombros

traspasaba los límites de la conducta aceptable. Cuando una mujer volvía de Europa y decidía cortarse el pelo, su madre se sentía ultrajada y la acusaba de manchar la reputación de la familia. «¡Tienes que estar loca! Si sales así, todo el mundo dirá que eres una de esas nuevas mujeres», exclamaba excitada su madre. La feminista y poeta Takamure Itsue (1895-1964) pensaba que la «chica moderna» (en realidad, todas las cosas «modernas») no era más que un producto del superficial hedonismo estadounidense. Comentaba: «Estados Unidos, donde se concentra toda la riqueza del mundo, es el lugar de nacimiento del moderno hedonismo, o de la modernidad. La concentración de riqueza es lo que hay detrás de la diversión y el entretenimiento». Ya fuese una activista del feminismo o una frívola diva de la moda, la «chica moderna» siguió siendo un poderoso símbolo en Japón antes de la Gran Depresión y no transcurrió mucho tiempo antes de que la hiciese compañía el «chico moderno» en el paseo por el distrito de Ginza en Tokio.

No obstante, el ascenso de la clase media se produjo a expensas de otras. El tumultuoso ambiente económico y social provocaba una gran desigualdad económica y social en la sociedad japonesa. En la década de 1920, por ejemplo, aumentó el número de miembros de los sindicatos de 103.412 a 354.312 y muchas huelgas importantes amenazaron el moderno motor industrial japonés. En 1921, las empleadas de la Tokyo Muslin Company abandonaron sus puestos de trabajo para pedir mejores pagas, una jornada de ocho horas y mejor comida en los alojamientos comunitarios. Ese mismo año, 30.000 obreros industriales cualificados de los astilleros Kawasaki y Mitsubishi en Kobe pararon para exigir subida de salarios y mejores condiciones laborales. En 1927, miles de trabajadores de la empresa Noda Soy Sauce, fabricante de la marca Kikkoman, fueron a la huelga. Esta se volvió violenta cuando la compañía despidió a los huelguistas y contrató a esquiroles, que fueron atacados por los piquetes de trabajadores. A uno incluso le arrojaron ácido a la cara y la policía respondió golpeado a los huelguistas. Al final, el afamado industrial Shibusawa Eiichi (1840-1931) hizo de mediador en las conversaciones entre ambas partes, que consiguieron poner fin a la huelga.

Mientras los obreros luchaban por una parte mayor del pastel económico Taishô, otros grupos marginales seguían buscando un acceso. Muchos consideraban a los ainu del norte de Japón, acribillados por las

enfermedades y atrapados en la pobreza tras el periodo Meiji, una «raza moribunda». Para combatir esa percepción, en 1930 unos cuantos activistas crearon la «Asociación Ainu», que aún presiona a favor de un mejor trato. En muchos aspectos, representaba un intento de asimilación total de este pueblo en la corriente principal de la sociedad japonesa. Otros pretendieron elevar el nivel de la cultura ainu. El joven Chiri Yukie (1902-1922), antes de su trágica muerte a los diecinueve años, recopiló cuentos de transmisión oral para la «La canción del dios búho», un homenaje a las tradiciones orales que estaban desapareciendo de las aldeas ainu. Como los ainu, los marginados japoneses aspiraban a un trato igualitario en la década de 1920. Se seguía asociando con la «impureza» a estos parias, que constituían alrededor del 2 por 100 de la población y luchaban para conseguir empleo e integrarse en la sociedad japonesa. En 1922, jóvenes activistas marginales formaron la «Sociedad de los niveladores» y se dedicaron a perseguir la «liberación total por nuestros propios medios». Emprendieron una «campaña nacional de denuncia» en un intento de lograr que la gente que los había discriminado en el pasado pidiese disculpas y para prevenir futuros prejuicios.

DEMOCRACIA IMPERIAL

Junto a la emergencia de una nueva clase media e identidades consumistas, la nueva política democrática de Japón avanzó en paralelo al ascenso económico del país. Antes de la promulgación de la Constitución Meiji, «viejos estadistas» habían manejado los asuntos de Japón. Personajes como Itô Hirobumi (1841-1909) y Kuroda Kiyotaka (1840-1900), nombrados por el emperador, supervisaron el gobierno Meiji. Durante las primeras décadas de este periodo, unos cuantos hombres, principalmente de los dominios de Chôshû y Satsuma, ocuparon poderosos cargos en el gabinete. Los votantes masculinos japoneses acudieron por primera vez a las urnas en julio de 1890 para elegir a 300 hombres para la nueva Cámara de Representantes. Los resultados emocionaron a los activistas demócratas en Japón porque partidos como el Shinpotô (Partido Progresista) de Ôkuma Shigenobu (1838-1922) y el Jiyûtô (Partido Liberal) de Itagaki Taisuke ganaron la mayoría de los escaños. A finales del siglo XIX, parecía que la

democracia parlamentaria había arribado a las costas japonesas. Pero los partidos políticos enseguida irritaron a los «viejos estadistas» con sus incesantes disputas, tomas de posiciones y polémicas, lo que desató acusaciones de que estaban sólo al servicio de sus propias «agendas interesadas y estrechas de miras». Durante el último periodo Meiji, el temor a los políticos partidistas de conveniencia motivó la aparición de estadistas de «gabinetes trascendentales» que, como Kuroda Kiyotaka proclamó, podían «estar incondicionalmente por encima de los partidos políticos y mantenerse al margen de los mismos, para seguir así el camino correcto». El miedo de Itô a las repercusiones internacionales si la democratización naufragaba, hizo que abandonase la idea del «gabinete trascendental» y nombrara a Itagaki ministro de Interior en 1896. Le siguieron los nombramientos de otros políticos de partido.

El político más destacado de inicios de la década de 1920 fue Hara Kei (1856-1921, también conocido como Hara Takashi) (figura 20), que con sus Rikken Seiyûkai (Amigos del Partido del Gobierno Constitucional) consolidó el primer gobierno de partido verdadero de la historia japonesa. Hara fue el primer político importante de Japón de origen plebeyo, pero no por eso hizo concesiones en su ansia de ley, orden y crecimiento económico. En 1920, por ejemplo, Hara desplegó al ejército para disolver una huelga de trabajadores del acero. Con esto se ganó la admiración de viejos militares como Yamagata Aritomo, que sirvió mucho tiempo como estadista en la institución política. Yamagata hacía la siguiente observación: «¡Hara es extraordinario! Los tranvías y las acerías se han tranquilizado. Las políticas de Hara son admirables».



Figura 20. Retrato de Hara Takashi.

La herencia de Hara es desigual: fracasó a la hora de explotar su mayoría para impulsar la legislación mediante sufragio universal, para gran enfado de sus críticos socialistas y demócratas. Para defender su falta de acción, Hara argumentaba: «Es demasiado pronto. La abolición de las restricciones al impuesto de propiedad [para votar] con intención de erradicar las distinciones de clase es una idea peligrosa». En 1919, modificó finalmente los requisitos para tener derecho a voto, lo que aumentó el electorado en Japón de 3 millones de hombres al 5 por 100 de la población. Al cambiar la legislación Meiji de 1900, el gobierno garantizó derechos limitados a las mujeres para que asistiesen a mítines políticos. También convirtió a Japón en miembro fundador de la Liga de Naciones.

Entre 1918 y 1931, el sistema de partidos japonés creó una puerta giratoria para primeros ministros y sus gobiernos: 11 primeros ministros, todos del Rokken Seiyûkai, Kenseitô (Partido Constitucional) y Rokken Minseitô (Partido Democrático Constitucional) formaron gabinetes. La política de partidos en Japón se asoció cada vez más con la ambición y la corrupción, lo que enfureció a los ultranacionalistas de derechas y dio lugar

a lo que un observador estadounidense describió como «gobierno por asesinato». Para ilustrar la inestabilidad política de esa época, un guardagujas ferroviario de diecinueve años acuchilló a Hara hasta matarlo en 1921. Los años 1920 y 1930 fueron peligrosos para los políticos e industriales japoneses. Los ultranacionalistas, que condenaban a los industriales y a sus lacayos de los partidos políticos por socavar el imperio con sus mezquinos intereses, tomaron cartas en el asunto. En 1920, por ejemplo, los ultranacionalistas atacaron al primer ministro Hamaguchi Osachi (1870-1931), que murió a causa de las heridas nueve meses más tarde. En 1932, algunos miembros del ultranacionalista «Cuerpo de la Fraternidad de la Sangre» dispararon a Inoue Junnosuke (1869-1932), antiguo gobernador del Banco de Japón, y un mes más tarde otros miembros del mismo grupo asesinaron a Dan Takuma (1858-1932), director general del *zaibatsu* Mitsui, cuando salía de su despacho. La Fraternidad de la Sangre responsabilizaba a esos hombres de las penurias económicas de Japón durante la Gran Depresión. A continuación, cadetes de la Armada asesinaron al primer ministro Inukai Tsuyoshi (1855-1932) en su residencia, después de que el líder del gobierno civil japonés desafiara tímidamente la continua «vigilancia» militar en Manchuria del ejército de Kwantung. Además, los cadetes navales lanzaron granadas en oficinas del gobierno y de los partidos políticos, y en la sede central del Mitsubishi Bank en Tokio. A juzgar por los objetivos elegidos, los ultranacionalistas consideraban que los principales industriales japoneses y los partidos por ellos subvencionados eran los responsables de los males sociales, económicos y de política exterior de la nación.

Hombres como Dan Takuma, que se graduó en el MIT (Massachusetts Institute of Technology), fueron coherentes defensores la democracia y las políticas económicas liberales. En 1921 viajó con hombres de negocios a Estados Unidos y Europa y buscó estrechar relaciones con las grandes potencias, una elección que, a ojos de los ultranacionalistas, aseguraba su muerte. Para aquellos jóvenes, había traicionado el legado de la Restauración Meiji, o lo que con frecuencia llamaban el «orgullo Meiji».

A inicios de los años 1930, el gobierno civil era más frágil que nunca y los críticos de derechas más vociferantes. El documento fundacional de otro grupo ultranacionalista formado en 1930, la Sociedad del Cerezo en Flor, expresaba las preocupaciones de la derecha de manera concisa: «Si

observamos las recientes tendencias sociales, los principales líderes asumen una conducta inmoral, los partidos políticos son corruptos, ni capitalistas ni aristócratas entienden a las masas, las aldeas rurales están devastadas, el desempleo y la depresión son graves». En esencia, bajo el sistema de partidos democráticos, «el espíritu emprendedor positivo que marcó el periodo que siguió a la Restauración Meiji se ha desvanecido por completo». Las sombras de la era Meiji se cernieron amenazadoras a medida que avanzaba lentamente el estancamiento de finales de la década de 1920 e inicios de la de 1930. Jóvenes oficiales del ejército y otros ultranacionalistas impulsaron el nacionalismo imperial de finales de los periodos Tokugawa y Meiji, comparando la pureza del poder imperial con la avaricia y el egoísmo de la política de partidos. De ahí que la Sociedad del Cerezo en Flor pudiera afirmar: «El pueblo comparte nuestra ansia por la aparición de un gobierno limpio y enérgico, basado de verdad en las masas y con el emperador como centro genuino». Para esta Sociedad, fundada por un teniente coronel, el ejército, bajo mando exclusivo del emperador de acuerdo con la Constitución Meiji, podía jugar un papel decisivo a la hora de restaurar un gobierno «limpio», en el que la corrupción de la política de partidos pudiese ser barrida. «Aunque nosotros, como militares, no participemos directamente en el gobierno, quedará patente nuestra devoción por servir al país cuando el momento y la ocasión lo demande, y trabajaremos para enmendar a los gobernantes y expandir el poder nacional», continuaba la Sociedad.

A pesar de ser progresistas en un sentido restringido, los gobiernos japoneses de la década de 1920 también fueron capaces de ejercer la violencia política. En 1920, Hara reprimió una huelga en la acería más grande de Japón de forma brutal y concluyente. Tres años más tarde, después del gran terremoto de Kantô, las fuerzas gubernamentales toleraron e incluso alentaron la violencia contra «bolcheviques» y «coreanos», mientras los partidos políticos cerraban los ojos. Dos semanas después del temblor, la policía asesinó a la feminista y crítica social Itô Noe (1895-1923) y a su amante anarquista Ôsugi Sakae (1885-1923), junto con el sobrino de este. También mataron a un destacado líder sindical. En 1925, bajo el Kenseitô, el gobierno aprobó la «Ley de Preservación de la Seguridad Pública», por la cual las críticas al emperador y al sistema de posesión de la propiedad privada eran castigadas con la muerte. Amparada

por esta ley, en 1928 la policía persiguió a miles de miembros del Partido Comunista. El gobierno también potenció las actividades de la Policía del Pensamiento, que erradicaba la disensión política, principalmente la de los comunistas. Se estima que entre 1925 y 1945 la policía del gobierno arrestó a 70.000 personas con ayuda de esta ley. Se convirtió en un símbolo tristemente célebre del «valle oscuro» japonés durante las décadas de 1910 a 1930.

En este inestable ambiente político empezaron a surgir nuevas voces, que no encajaban exactamente en las categorías de derecha o izquierda. La de Kita Ikki (1883-1937) fue una de ellas. A los catorce años empezó a interesarse por el socialismo y a los diecisiete publicaba artículos en un periódico local criticando las teorías políticas Meiji sobre la «esencia nacional» de Japón. Los artículos le hicieron merecedor de una investigación política, pero el asunto no fue más allá. En 1904 Kita se trasladó a Tokio, donde se introdujo en círculos socialistas, aunque quedó decepcionado con aquellos superficiales «oportunistas». De hecho, las teorías políticas socialistas de Kita tenían poco de marxistas y recordaban más al nacionalsocialismo alemán, excepto por el antisemitismo. Kita pasó varios años en China, implicado en el derrocamiento de la dinastía Qing. Cuando regresó a Japón en 1919 se vinculó con la política ultranacionalista radical. Ese año publicó su *Nihon kaizô hôan taikô* (Plan para la reorganización de Japón), que resaltaba la necesidad de que Asia se liberase de los grilletes del imperialismo occidental. Un Japón revitalizado conduciría a Asia lejos de la oscuridad de la opresión de Occidente. «Verdaderamente, nuestros 700 millones de hermanos en China e India no tienen otro camino a la independencia que el que les ofrece nuestra guía y protección», escribió. Japón debía convertirse en un carismático Estado autoritario liderado por el emperador, consumando así lo que Kita llamó la «restauración Shôwa». Mediante la suspensión de la Constitución Meiji, Japón podía evitar la «influencia maligna» de la Dieta y el egoísmo de los partidos políticos. La voz de Kita, ultranacionalista, antidemocrática y antipartido, cobró cada vez más influencia al entrar Japón en los años 1930. Y, lo que es más importante, ganó empuje entre un gran número de jóvenes oficiales del ejército, cada día más convencidos de que debían tomar cartas en el asunto.

Un sombrío evento ilustra el campo minado de la política imperial japonesa en esta coyuntura. En 1936, un puñado de maestros de artes marciales de Okinawa se reunió en Naha para discutir cómo integrar mejor los estilos de lucha de Okinawa en las artes marciales y los clubes deportivos del Japón imperial. Tradicionalmente, los habitantes de Okinawa llamaban a su modalidad de arte marcial *tôdi*, que también se puede leer como *karate*. En *kanji* significa «manos chinas» y tiene sentido porque las técnicas de lucha había sido importadas originalmente de China, donde sus practicantes las conocían como *quanfa*. Antes de convertirse en la prefectura de Okinawa, en 1879, las islas Ryukyu habían sido una importante vía de entrada para los productos, medicinas e ideas procedentes de China. Pero el clima político en 1936 implicaba que los maestros de Okinawa cambiasen el *kanji* de sus artes marciales tradicionales para que fuesen incluidas junto a actividades como el yudo y el kendo. Al final cambiaron el *kanji* para karate de «manos chinas» a «manos vacías», en alusión al estilo de lucha sin armas. El punto importante es que un arte marcial quintaesencialmente japonés había llegado de China a través de Okinawa, cuyos maestros, para preservar su herencia cultural, tuvieron que sortear con cuidado la política imperial de la década de 1930, en la que el repertorio chino había sufrido una considerable merma en el imaginario japonés. China, en otro tiempo cuna del confucianismo y los «dioses eminentes», estaba siendo borrada literalmente de las tradiciones de Okinawa y asimilada en el Imperio japonés.

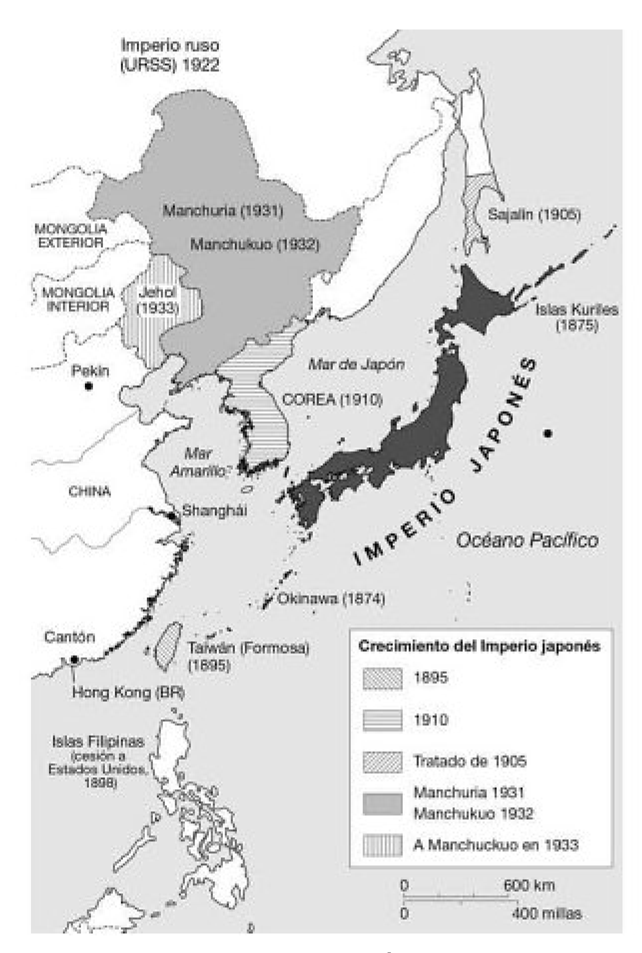
CONCLUSIÓN

En octubre de 1929 se hundió la Bolsa de Nueva York. Como sucedió en muchas otras naciones, la Gran Depresión golpeó con fuerza a Japón, aunque estadísticamente provocó menos daños que el colapso financiero estadounidense. La Gran Depresión afectó duramente a los arrendatarios rurales japoneses y a los comerciantes, pero las estadísticas de desempleo nunca llegaron a ser como las de Estados Unidos o ciertas partes de Europa. No obstante, la Gran Depresión socavó el poco respaldo que aún tenía la política de partidos en Japón. Los acontecimientos internacionales, sobre todo los del norte de China y Manchuria, prendieron con facilidad en la leña

seca del ámbito interno japonés. En medio de la crisis económica, Machuria parecía encerrar una importante promesa de ayuda para sacar a Japón de su estancamiento económico. Jóvenes oficiales, rebosantes de los ideales de Kita Ikki y cansados de la egoísta política partidista, empezaron a hacerse con el control. Los asesinatos estratégicos fueron un ingrediente en la emergencia del ultranacionalismo y el fascismo en Japón, al igual que la vigilancia militar en Manchuria. En 1931, jóvenes oficiales del ejército de Kwantung se encargaron de organizar los sucesos que precipitaron la Guerra del Pacífico. En sus mentes, desatar una «guerra final» con Estados Unidos purgaría la economía liberal de Japón, que actuaba en interés propio, con el fascismo imperial en ascenso. En opinión de muchos, el destino del mundo estaba en la balanza.

13
La Guerra del Pacífico
(1931-1945)

En los años 1930, la cultura fascista japonesa configuró su política, su cultura y sus relaciones exteriores. El «aventurismo» militar en Manchuria y los asesinatos políticos en casa llevaron al hundimiento de la política de partidos y al ascenso del gobierno militar, en el que generales, almirantes y sus lugartenientes ocuparon los puestos más altos del gabinete. En 1931, el ejército de Kwantung conquistó gran parte de Manchuria y Tokio acabó aceptando esas ganancias territoriales como *fait accompli*. El nacimiento del Imperio autárquico japonés (mapa 3) avanzó en paralelo a esas victorias militares. Indignado con la fastidiosa diplomacia, Japón renunció a la Liga de Naciones y a la mayoría de sus acuerdos internacionales. Con una invasión en toda regla de China, a partir de 1937 Japón libró la llamada «Gran Guerra de Asia Oriental», atacando Pearl Harbor (1941) y arrastrando a Estados Unidos al conflicto. El racismo, los malentendidos culturales y la pura crueldad caracterizaron la contienda en ambos bandos. Las corrientes históricas que llevaron al espectacular colapso de la política de partidos y la emergencia del militarismo tuvieron sus raíces en el nacionalismo imperial y la Constitución Meiji, que había aislado al ejército de la creciente desazón en la política parlamentaria. Los militares japoneses siempre estuvieron al margen de la refriega política y en el imaginario popular trascendían la corrupción de la economía y la política liberales, cada vez más estrechamente asociada con los excesos del individualismo estadounidense y la codicia.



Mapa 3. Imperio japonés, 1874-1945.

Todos los implicados en la Guerra del Pacífico pagaron un alto precio. Millones murieron en el escenario bélico del Pacífico como resultado del expansionismo japonés. Dentro del país, aunque inicialmente fascinados por la exuberante cultura de la guerra total, los japoneses empezaron a sufrir mientras atravesaban el llamado «valle oscuro» a medida que la derrota se alzaba amenazadora en el horizonte. En 1945, Estados Unidos y sus aliados habían paralizado la industria y la maquinaria militar de Japón y con el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki Japón «se rindió incondicionalmente». En los siete años de ocupación estadounidense que siguieron a la guerra se produjeron profundos y generalizados cambios en las instituciones políticas japonesas, la aplicación de la ley, la defensa, la educación, la economía y la cultura popular, cuyo legado configuró la sociedad nipona durante los años de posguerra.

INCIDENTE EN MANCHURIA

El oficial del ejército de Kwantung Ishiwara Kanji (1889-1949), artífice del Incidente de Mukden o de Manchuria (1931), creía que Japón y Estados Unidos estaban abocados a una confrontación masiva en el Pacífico, o lo que llamó una «guerra final». Estaba en juego nada menos que la «salvación del mundo». Como muchos jóvenes oficiales idealistas, no veía la hora de que se produjese un incidente que hiciera estallar la guerra en Manchuria. «Cuando los preparativos militares estén completados no tendremos que ir muy lejos para encontrar el motivo o la ocasión. Todo lo que necesitamos es elegir el momento y proclamar al mundo nuestra incorporación de Manchuria», sostenía. «Si hace falta el ejército de Kwantung puede crear la ocasión para que esto suceda mediante una conspiración y obligar a la nación a aceptarlo.» Eso es precisamente lo que él y su colaborador Itagaki Seishirô (1885-1948) hicieron en septiembre de 1931.

El ejército de Kwantung había intentado fomentar y aprovechar los disturbios en Manchuria antes. En 1928, por ejemplo, sus fuerzas volaron el vagón del señor de la guerra manchú Zhang Zoulin (1875-1928). En su viaje de regreso desde Pekín, el tren de Zhang cruzó la línea del Ferrocarril del Sur de Manchuria controlada por los japoneses, donde un oficial del ejército de Kwantung había colocado explosivos. Los oficiales japoneses aseguraron después que el ejército de Kwantung estaba molesto por la incapacidad de Zhang para frenar la Expedición del Norte (1926-1928) de Chiang Kai-shek (1887-1975), el intento del Kuomintang (Partido Nacionalista) de unificar China bajo una sola autoridad nacional. Los japoneses habían prosperado en el vulnerable y descentralizado ámbito político y las tentativas del Kuomintang de unificar el país amenazaban su empresa colonial. También es cierto que al matar a Zhang el ejército de Kwantung esperaba generar un conflicto mayor en Manchuria, que ofreciese la *raison d'être* para extender la guerra en el norte de China y sacar ventaja a los políticos de los partidos en Tokio.

El asesinato de Zhang en 1928 no consiguió expandir el conflicto, pero el 18 de septiembre de 1931 el Incidente de Mukden obtuvo el efecto deseado. Amparados en la oscuridad, miembros de ejército de Kwantung intentaron volar una sección del Ferrocarril del Sur de Manchuria. El

ejército culpó de inmediato de la explosión a bandidos chinos y en cuestión de días ocuparon Mukden y Changchun. Con la velocidad del rayo, el ejército de Kwantung ocupó Jilin (22-23 de septiembre), Qiqihar (20 de noviembre), el sudoeste de Manchuria (31 de diciembre) y Harbin (5 de febrero). Hartos de que en Tokio se hicieran los remolones, los oficiales del ejército de Kwantung obligaron al gobierno civil a aceptar el *fait accompli*. El gabinete del primer ministro Wakatsuki Reijirô (1866-1949) aprobó con renuencia la conquista de Jilin. Wakatsuki renunció a su cargo tras la toma de Qiqihar e Inukai Tsuyoshi (1855-1932), el último primer ministro civil hasta el periodo de posguerra, tomó las riendas hasta su asesinato en 1932 por ultranacionalistas. En 1932, bajo Inukai, Japón instauró el Manchukuo, que se convirtió en protectorado del imperio.

En diciembre de 1931, la Liga de Naciones encargó que el «Informe Lytton» determinase qué había ocurrido en realidad en Manchuria. Cuando el informe fue finalmente publicado en octubre de 1932, el tema de quién había provocado el incidente quedó en buena medida sin examinar. No obstante, el informe era crítico con las acciones de supuesta autodefensa del ejército Kwantung tras el incidente, en particular las invasiones de las principales ciudades manchúes. Cuando la Liga de Naciones elevó una moción para condenar a Japón como «agresor» en Manchuria, el extravagante embajador Matsuoka Yôsuke (1880-1946) se marchó. Japón se retiró oficialmente de la Liga de Naciones el mes siguiente. A raíz de este abandono, Japón empezó a renunciar a otros acuerdos internacionales como la Convención para la Caza de Focas de 1911. Se creó un imperio autárquico en gran parte divorciado de la ley internacional.

Las acciones militares en Manchuria siguieron transformando la política y la cultura en Japón, llevaron a la aparición de un Estado fascista. Los informes desde Manchuria inundaron los medios de noticias japoneses. Los periódicos y las emisoras de radio introdujeron a Manchuria en las salas de estar familiares. Más gente que nunca escuchaba la información de la guerra, incluida la cobertura en directo desde el frente. En 1932, *Para entender las nuevas armas* y *El comentarista militar* estaban entre los títulos más populares en Tokio, prueba de la cultura militarizada que consumía la mayoría de la población japonesa. Las publicaciones centraban su atención en el «problema de Manchuria» con ediciones especiales en los kioskos. Las canciones bélicas patrióticas sustituyeron al jazz

despreocupado de la década previa, con «¡Ah, nuestra Manchuria!» entre los temas favoritos del público. Producciones teatrales como *Los primeros pasos en Fengtian – Manchuria del Sur resplandece bajo el sol naciente* copaban las carteleras de Tokio. Muchas obras promovían el mito del sacrificio y los «tres proyectiles humanos» ocupaban los primeros puestos de las listas. A mediados de la década de 1930, la mayoría de los japoneses consideraban excitante la perspectiva de la guerra total en Manchuria. Y Manchuria se transformó en el tema dominante en las noticias y el mundo del entretenimiento.

Sin embargo, no todos los japoneses creían en esa estimulante cultura de la guerra. El mismo año del Incidente de Manchuria, la policía secreta japonesa detuvo a 10.422 izquierdistas, y en los dos siguientes años 13.938 y 14.622 izquierdistas, respectivamente, fueron encarcelados. El gobierno consideraba a la izquierda un peligro subversivo para el *kokutai* de Japón, la «esencia nacional». También situó a los intelectuales en su punto de mira, incluido el experto constitucionalista Minobe Tatsukichi (1873-1948). Minobe había expuesto en su «teoría del emperador como órgano» que la institución imperial era sólo uno de los «órganos» de gobierno, siendo los otros dos la Dieta y la burocracia. Sus teorías limitaban implícitamente la posición central del emperador en la política Taishô y la Shôwa, lo que desató la ira de los ultranacionalistas. Una organización patriótica se quejaba de que la «teoría del emperador como órgano es contraria a la esencia de nuestra inigualable política nacional y una blasfemia contra la sacralidad del trono». En 1937, el Ministerio de Educación expuso la idea de la «inigualable política nacional» en *Kokutai no hongi* (Principios fundamentales de la política nacional), mencionada brevemente en el capítulo 2, que vinculaba la «hermosa naturaleza de Japón, no vista en otros países» con su «esencia nacional» única. El *Kokutai no hongi* ofrecía ejemplos comparativos: «Los atractivos naturales sobrepasan a los de la India, y en Occidente se tiene la impresión de que el hombre somete a la naturaleza. En ningún sitio como en nuestro país se encuentra la profunda armonía entre hombre y naturaleza. Nuestro pueblo está en constante armonía con la naturaleza». El entorno natural quedó ligado a ese carácter nacional «inigualable». En ese contexto, no sorprende que Japón creara sus primeros parques nacionales en la década de 1930, en un intento de preservar elementos de ese medio ambiente natural sublime.

Durante el dramático «Incidente del 26 de febrero», el pensamiento patriótico que consideraba la política nacional, el emperador y el ejército «inigualables» tuvo una terrible expresión en las calles de Tokio. El 26 de febrero de 1936, 21 jóvenes oficiales de la Primera División incitaron a 1.400 hombres a abandonar sus acuartelamientos en Tokio para derrocar al gobierno. Esa mañana de febrero, los disparos que se dejaron oír en la nevada capital señalaron otra ronda de asesinatos políticos. Los fanáticos militares mataron al ministro de Finanzas Takahashi Korekiyo (1854-1936), al anterior primer ministro Saitô Makoto (1858-1936) y a otras personalidades. El primer ministro Okada Keisuke (1868-1952) logró escapar gracias a que su esposa lo sacó de casa disfrazado de mujer. A mediodía los cabecillas del golpe se habían hecho con gran parte del control y tenían rodeados la Dieta y los cuarteles. La filosofía política de derechas de Kita Ikki había inspirado a los responsables, que aspiraban a «despertar al pueblo y traer una Restauración Shôwa». Básicamente, los líderes golpistas deseaban «eliminar las barreras que separaban al pueblo del emperador», nacionalizar las principales industrias, ayudar a los arrendatarios rurales y echar a los corrompidos partidos políticos del poder. La toma de poder fracasó cuando el emperador Hirohito (1901-1989) se puso en contra de los autores: diez batallones se desplazaron a Tokio y rodearon las posiciones rebeldes. El 29 de febrero todo había acabado. El ejército perdonó a la mayoría de los soldados y suboficiales, pero mandó ante un pelotón de fusilamiento público a 13 jóvenes oficiales, así como al cabecilla intelectual del golpe, Kita Ikki. El «Incidente del 26 de febrero» fue el último desafío serio a la autoridad del gobierno en esos tormentosos años, en buena medida porque el país se enfrentaba a la acuciante perspectiva de la guerra total en China.

GRAN GUERRA DE ASIA ORIENTAL (GUERRA DEL PACÍFICO)

En julio de 1937, Japón y China se sumergieron en una guerra total tras el aparentemente trivial «Incidente del puente Marco Polo». De acuerdo con el Protocolo Boxer (1901), Japón había estacionado tropas cerca de Pekín. Mientras realizaban maniobras nocturnas en las proximidades del ornamentado puente, los soldados chinos respondieron, supuestamente, a

los cartuchos de fogueo japoneses con fuego real. Un soldado japonés desapareció temporalmente. Los oficiales en Tokio y en el escenario chino procuraron de inmediato bajar la tensión de la situación. Hasta el artífice del Incidente de Manchuria, Ishiwara Kanji, al que habían transferido a Tokio, quiso quitar hierro al asunto. Como muchos colegas en ese momento, Ishiwara creía que la Unión Soviética, no China, era la mayor amenaza estratégica en la región para Japón. Con un buen conocimiento de la historia militar, Ishiwara comparó la posible implicación en China con la campaña de Napoleón en España, considerándola un «lento hundimiento en el lodazal más profundo». El primer ministro Konoe Fumimaro (1891-1945) secundó a los militares y reiteró el compromiso de «no expansión» de Tokio y el «arreglo local» de lo que empezó a ser denominado el «problema de China». Aunque los responsables militares chinos y japoneses alcanzaron un acuerdo, Chian Kai-shek se negó a aceptarlo. El Kuomintang se había vuelto más poderoso en el norte de China tras la instauración en 1928 del régimen nacionalista en Nanjing. Chiang empezó a canalizar el sentimiento nacionalista, que tenía una intensa antipatía por Japón. Abriéndose camino cautelosamente en el panorama político, Chang dio instrucciones a los mandos militares locales de que rechazasen el acuerdo. Luego, recolocó a sus cuatro divisiones en la provincia de Hebe en violación de anteriores pactos sinojaponeses.

Dos días después del Incidente del puente Marco Polo, Chiang dijo: «Si nos permitimos perder un centímetro más de nuestro territorio, seremos culpables de un delito imperdonable contra nuestra raza». Chiang desplazó con éxito el problema de manos de los comandantes locales al terreno de las maniobras geopolíticas. Japón respondió a la retórica de Chiang con sonido de sables: despachó tres divisiones a China por consejo del general Tôjô Hideki (1884-1948). Treinta días después del incidente, el Ejército Japonés de Guarnición de China ocupó Pekín. El «problema de China» se transformó así en la guerra de China. Pronto estalló la violencia en Shanghái, con crueles enfrentamientos entre nacionalistas y comunistas chinos en abril de 1927. Las fuerzas japonesas allí eran mínimas comparadas con los 100.000 soldados del Kuomintang. Una vez más, el primer ministro Konoe procedió al bombardeo retórico al declarar que China había adoptado una actitud «arrogante e insultante» hacia Japón que exigía una «acción decidida». A continuación, bombarderos chinos atacaron

las instalaciones navales japonesas en Shanghái y Chiang ordenó la completa movilización de China para la guerra. «China está abocada a defenderse a sí misma y a su existencia como nación», explicó. La lucha en Shanghái fue salvaje y las tropas se enzarzaron en combates cuerpo a cuerpo en las calles durante meses. Aunque al final los japoneses tomaron Nanjing, la capital de Chiang, y Cantón, en 1938 la guerra había llegado a un punto de estancamiento, como había profetizado Ishiwara que ocurriría.

Japón perseveró en su altiva retórica al enumerar sus objetivos geopolíticos en Asia Oriental. Tras la caída de Cantón, el primer ministro Konoe aclaraba: «Lo que Japón persigue es el establecimiento de un nuevo orden que garantizará la estabilidad permanente de Asia Oriental. Ese es el propósito último de la actual campaña militar». De cara a esos fines, en agosto de 1940, el ministro de Exteriores Matsuoka anunció la formación de la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental», un área de cooperación que abarcaba el Estado títere de Manchukuo y China, además de la Indochina francesa y las Indias Orientales holandesas. El primer ministro Konoe proclamó que las naciones de la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental» estarían unidas como «ocho cuerdas en la cumbre, un solo tejado», en referencia al *Nihon shoki* (Crónicas de Japón, 720) del siglo VIII, que describía la extensión de los dominios del emperador Jinmu en el antiguo reino. En su reencarnación del siglo XX, «ocho cuerdas, un cielo» sugería una familia de naciones dirigidas por la benevolencia imperial. Fue la culminación del panorientalismo, en el que todas las naciones encontrarían «su lugar en el mundo» bajo el paternalismo japonés. Para bloquear una respuesta estadounidense al movimiento en el Sudeste Asiático, el ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka firmó el «Pacto Tripartito» con la Alemania nazi y la fascista Italia el mes siguiente, consolidando una alianza de seguridad con los países europeos beligerantes. En diciembre de 1941, cerró la «Alianza entre Tailandia y Japón», en la que ambos países prometían «relaciones estrechas e inseparables», incluso en caso de ataque. En abril de 1941, Matsuoka fue a Moscú para sellar el «Pacto de neutralidad Soviético-japonés», que aseguraba la frontera norte de Manchukuo para Japón. En julio, como resultado de la vorágine diplomática de Matsuoka, tropas japonesas fueron desplazadas a la Indochina francesa.

Estados Unidos respondió a la beligerancia japonesa en el este y el Sudeste Asiático con sanciones que restringían la posibilidad de Japón de adquirir recursos que necesitaba urgentemente para su esfuerzo de guerra. Las sanciones comenzaron en octubre de 1937, cuando el presidente Franklin Roosevelt (1882-1945) pronunció un contundente discurso condenando una «epidemia de terror e ilegalidad internacional», en una alusión nada sutil a Japón y la Alemania nazi. A medida que Japón conseguía más territorio, los estadounidenses ampliaron el alcance de sus sanciones. En 1939, Roosevelt extendió las sanciones al aluminio, molibdeno, níquel y tungsteno. El año siguiente se incorporó a las sanciones el combustible para aviación, el aceite lubricante y otros productos de la maquinaria bélica japonesa. En 1941, después de que los japoneses entrasen en la Indochina francesa, Roosevelt congeló los bienes de Japón en Estados Unidos e impuso un embargo total sobre el crudo. Ese año Roosevelt nombró al general Douglas MacArthur (1880-1964) comandante en Extremo Oriente, fortaleciendo la posición militar de Estados Unidos en Asia. Por último, también ese mismo año, Winston Churchill (1875-1965) y Roosevelt firmaron la «Carta del Atlántico», que llamaba al internacionalismo y el desarme de las naciones que cometiesen «agresiones fuera de sus fronteras». Estas medidas no bastaron para disuadir a Japón. Mientras la guerra con Estados Unidos se cernía en el horizonte, Japón empezó a planear las invasiones de Filipinas, Malasia, Birmania y, bajo los auspicios del almirante Yamamoto Isoroku (1884-1943), la base naval estadounidense de Pearl Harbor. Con esta última acción, Yamamoto aspiraba a lograr un golpe rápido y decisivo contra la Flota del Pacífico estadounidense y a establecer el dominio de Japón en el escenario del Pacífico.

En octubre de 1941, mientras Estados Unidos y Japón se escoraban a gran velocidad hacia la guerra, el emperador Hirohito nombró al general Tôjô primer ministro para «borrar la pizarra» diplomáticamente. El jefe del Estado Mayor de la Armada advirtió que Japón quemaba «400 toneladas de crudo a la hora», y que debía poner fin al punto muerto con Estados Unidos. El primer ministro Tôjô trabajó estrechamente con asesores militares para formular dos propuestas, ambas inaceptables para el secretario de Estado Cordell Hull (1871-1955). Estados Unidos se negó a reconocer a la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental», mientras Japón rechazaba la

presencia estadounidense en Asia, que consideraba peligrosa para sus intereses económicos y su seguridad. En los primeros días de diciembre de 1941, Tôjô dijo a sus consejeros que había «agotado todos los medios a su disposición» y que Estados Unidos no daba su brazo a torcer. El presidente del Consejo Privado japonés resumió las preocupaciones japonesas en esta coyuntura al confesar que los estadounidenses querían destruir los modernos logros japoneses y socavar el legado del periodo Meiji. «Está claro que la existencia de nuestro país está siendo amenazada», anunció, «que todos los grandes éxitos del emperador Meiji habrán sido en vano y no hay nada que podamos hacer. Creo que si las negociaciones con Estados Unidos son inútiles, es inevitable el inicio de la guerra». En el mismo momento en que aireaba estos pensamientos, la flota de Yamamoto se dirigía hacia Pearl Harbor y hacia el enfrentamiento entre los dos adversarios del Pacífico.

El 7 de diciembre de 1941, cuando expertos pilotos japoneses dejaron caer las bombas sobre Pearl Harbor, ocho acorazados estadounidenses y 200 aviones resultaron dañados o destruidos y casi 4.000 soldados murieron. Un escribiente que viajaba en el buque insignia del almirante Yamamoto recordaba tras el ataque: «Llovieron telegramas de celebración y felicitación al almirante Yamamoto Isoroku [...] Me ocupé de ellos, abrí cada sobre y se lo pasé personalmente al almirante». El almirante respondió con humildad sabiendo que la guerra sería larga. «Juro que realizaré los más arduos esfuerzos y no me regodearé en este pequeño éxito al comienzo de la guerra». Cinco días más tarde, el gobierno japonés proclamó la «Gran Guerra de Asia Oriental», que ahora incluía a Estados Unidos y las potencias ABCD (siglas inglesas de America [Estados Unidos], Britain [Gran Bretaña], China y Dutch [holandeses]).

Las tropas japonesas entraron raudas en Hong Kong (25 de diciembre), Manila (2 de enero de 1942), Singapur (15 de febrero), Yakarta (5 de marzo) y Rangún (8 de marzo). No obstante, en el verano de 1942, la en apariencia invencible máquina de guerra japonesa se hallaba a la defensiva. En la batalla de Midway, la Armada estadounidense mandó al fondo del océano Pacífico a cuatro de los seis buques implicados en Pearl Harbor. El desembarco de marines estadounidenses en Guadalcanal obligó a los japoneses a evacuar la isla después de una feroz lucha en la jungla. La batalla de Midway no fue el primer enfrentamiento importante entre

Estados Unidos y Japón, pero fue la más decisiva. En mayo de 1942, en la batalla del mar del Coral, estadounidenses y japoneses se encontraron en el primer choque marítimo; los dos países se retiraron renqueando con serios daños, aunque Japón destruyó un mayor número de barcos estadounidenses. En 1943, Estados Unidos y sus aliados habían infligido varias derrotas importantes al ejército japonés, incluido el derribo del avión de transporte del almirante Yamamoto, en el que murió. Tras una serie de hirientes derrotas, Tôjô informó crípticamente a la Dieta: «La verdadera guerra empieza ahora». En octubre de 1944, el admirante de la flota Chester Nimitz (1885-1966) y MacArthur confluyeron en el golfo de Leyte, en las islas Filipinas, donde hundieron seis cargueros japoneses y aplastaron irreversiblemente a la en otro tiempo orgullosa Armada japonesa. Con la pérdida de Filipinas, el esfuerzo bélico japonés se volvió más desesperado. En los primeros meses de 1945, pilotos kamikaze, «viento divino», se dejaban caer sobre los marines estadounidenses que se acercaban. A pesar de estas tácticas suicidas, Estados Unidos ocupó Iwo Jima (marzo de 1945) y Okinawa (abril de 1945) en su aproximación a tierras japonesas. Al acercarse a Okinawa, las fuerzas estadounidenses desembarcaron en la pequeña isla de Tokashiki, unas 20 millas al oeste de la isla principal. Cuando tocaron tierra a finales de marzo de 1945, con la eufemísica orden de «pulverizar las joyas», los japoneses de Tokashiki comenzaron a suicidarse en masa, a menudo matando a los miembros de la familia con sus propias manos: había corrido el rumor de que los estadounidenses mutilaban los cuerpos de los japoneses capturados. Un hombre agazapado en una cueva de Tokashiki recordaba: «Sabíamos que si éramos capturados nos harían pedazos. Nos cortarían la nariz, las orejas, los dedos y nos pasarían por encima con sus tanques». Asustados y desesperados, él y su hermano mataron a su madre machacando la cabeza de la pobre mujer con piedras. También mataron a su hermano menor y a su hermana. Al llegar a Okinawa, la batalla se tornó feroz (figura 21). 110.000 hombres de una guarnición japonesa cayeron defendiendo la isla; 50.000 soldados estadounidenses murieron para tomarla. La propaganda racista saturaba las dos orillas del Pacífico y japoneses y estadounidenses libraron una guerra salvaje y despiadada. El reportero estadounidense Ernie Pyle (1900-1945) comentó: «En Europa tenemos la sensación de que nuestros enemigos, por horribles y mortíferos que sean, siguen siendo personas [...] [Pero en el

Pacífico] pronto me di cuenta de que los japoneses eran vistos como algo subhumano y repulsivo; del mismo modo que algunos miran a los ratones y a las cucarachas». No fue por azar que los soldados estadounidenses consideraran «subhumanos» a los japoneses. Años de propaganda gubernamental, en los que con frecuencia se retrataba a los japoneses como monos o piojos, se habían instaurado profundamente en la mentalidad de los soldados estadounidenses, transformando a hijos de granjeros en asesinos en el campo de batalla.



Figura 21. El *Yamato*, orgullo de la Armada japonesa. Era el barco de guerra más pesado de su época. Este acorazado fue encargado en diciembre de 1941 y botado cerca de Okinawa en abril de 1945.

En lugar de deshumanizar a los soldados estadounidenses, la propaganda en Japón ensalzaba la pureza racial de los japoneses convirtiendo la «Gran Guerra de Asia Oriental» en una contienda moral contra el imperialismo de las grandes potencias ABCD. De hecho, como proclamó el gobierno japonés durante el conflicto:

> Nosotros, la raza Yamato, estamos vertiendo ahora nuestra sangre para cumplir nuestra misión en la historia del mundo de establecer una Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. Para liberar al billón de personas de Asia, y también para mantener nuestra posición de liderazgo en la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, debemos regar con la sangre de los Yamato este suelo.

Pese a la noble retórica, los japoneses habían librado una guerra despiadada, simbolizada por la «Masacre de Nanjing» (diciembre de 1937) y otras atrocidades bien documentadas, como la guerra biológica y los

crueles experimentos en humanos llevados a cabo por la Unidad 731. Por desgracia, las observaciones de Lewis Smythe (n. 1901), un misionero cristiano, eran un lugar común en Nanjing cuando los mandos japoneses perdieron el control de sus soldados. «La pasada noche, 15 de diciembre, soldados japoneses entraron en una casa china [...] y violaron a la joven esposa y se llevaron a tres mujeres. Cuando dos de los maridos huyeron, los soldados les dispararon a ambos.» Más tarde, en 1946, el Tribunal de Distrito de Nanjing calculó que las fuerzas japonesas habían asesinado a cerca de 300.000 hombres, mujeres y niños en la masacre.

HUELLAS ECOLÓGICAS DE LA GUERRA

Es bien sabido que la guerra total se cobró un terrible peaje entre la población humana de las islas japonesas y en el escenario del Pacífico. Después de la guerra, Japón quedó reducido a ruinas. Tokio perdió alrededor del 50 por 100 de sus edificios a causa de los bombardeos; a nivel nacional, la guerra dejó a 8 millones de personas sin hogar. El 80 por 100 de los barcos japoneses fueron destruidos y el 30 por 100 de su capacidad industrial. 2,1 millones de japoneses perecieron en el conflicto. En líneas generales, Estados Unidos estimó que entre 18 y 19 millones de personas murieron dentro de la esfera de las actividades militares japonesas. La Guerra del Pacífico resultó catastrófica para la región Asia-Pacífico.

Sin embargo, es menos conocido el coste de la guerra para el medio ambiente natural japonés. El daño medioambiental y las bajas humanas se entremezclaron con frecuencia. En marzo de 1945, el «gran bombardeo aéreo de Tokio» arrasó casi 44 km^2 de la capital de la nación y mató a 80.000 personas. Durante los bombardeos de 1944 y 1945, casi una cuarta parte de las viviendas de Japón fueron destruidas, quemadas o demolidas, dejando al 30 por 100 de la población sin hogar. En total, los bombardeos estadounidenses mataron a cientos de miles de japoneses. En muchos aspectos, aunque Tokio fue en gran medida reconstruida en 1923 tras el gran terremoto de Kantô, la ciudad era un yesquero. Muchas ciudades estaban construidas en buena parte de madera y fueron objetivos fáciles para las bombas incendiarias. Como comentó proféticamente un periodista francés sobre Tokio justo antes de los bombardeos:

> La capital se revuelve en su inmundicia. Una casa japonesa se pudre en 20 años, lo mismo que una ciudad. Tokio, reconstruida en 1923 después del gran terremoto, estaba deteriorada [...] No pueden imaginar una manea de salvar esta capital de la descomposición y la ruina a menos que alguna catástrofe impulse a reconstruirla de nuevo [...] un fuego purificador, por ejemplo, que lo destruyese todo.

En marzo de 1945, durante la «Operación Meetinghouse», los bombardeos en altura de las «superfortalezas» B-29 estadounidenses dejaron caer miles de bombas incendiarias sobre la ciudad.

No obstante, el mundo natural demostró ser sorprendentemente resistente a las bombas, incluso después de que Estados Unidos lanzase bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Tras las dos bombas atómicas de agosto de 1945, la radiación residual se disipó deprisa en los hipocentros y la vida animal y vegetal retornó a las ciudades arrasadas. Las ratas y los insectos de Hiroshima, por ejemplo, reaparecieron relativamente indemnes, lo mismo que la mayor parte de la vida vegetal. Cuando los científicos japoneses recolectaron insectos en torno al hipocentro de la explosión en Hiroshima, no detectaron alteraciones genéticas. En las ciudades reducidas a ruinas, las plantas comenzaron a colonizar espacios anteriormente habitados y la mayoría de las malformaciones florales desaparecieron en dos o tres años. Un año después de la explosión 25 tipos de herbáceas habían colonizado el hipocentro de Hiroshima, muchas de ellas plantas antes escasas. Las plantas prosperaron de tal manera que un observador occidental escribió: «De hecho, parece como si hubiesen dejado caer con las bombas una retorta con semillas de *Senna tora*». En otras palabras, el incendio de las principales ciudades japonesas, tanto por bombas incendiarias como atómicas, abrió el camino a plantas y animales colonizadores, e incluso sus habitantes humanos, una vez que terminó la guerra, recolonizaron rápidamente sus entornos construidos.

Con anterioridad a la guerra y durante la misma, la actividad económica japonesa transformó el entorno natural. Como se ha mencionado, el gobierno japonés quería acumular divisas extranjeras antes de declarar la guerra total y expandir las pesquerías disponibles ofreció un modo de cumplir ese objetivo. En la década de 1930, cuando los pescadores japoneses empezaron a explorar las costas más allá de Japón, lo hicieron para suministrar pescado enlatado a los mercados estadounidenses. Japón también incrementó la caza pelágica de ballenas y en 1938 era la tercera

nación del globo con mayores capturas. En los años 1930 Japón había explotado los entornos de su imperio para impulsar su esfuerzo bélico. Corea comenzó a cultivar arroz para los consumidores japoneses, mientras en Manchuria la soja se convirtió en la cosecha por excelencia. Los campesinos japoneses sembraron más trigo para exportarlo a Manchuria a cambio de soja. Cuando fallaron las cosechas en Corea, que no era adecuada para el monocultivo de arroz, las hambrunas golpearon Japón dificultando la autosuficiencia durante los años de guerra y minando la filosofía autárquica del imperio.

En general, la agricultura japonesa experimentó masivas convulsiones en los años del conflicto. Antes de la guerra, Japón era famoso por su uso intensivo de fertilizantes químicos, pero cuando los funcionarios desviaron la producción a instalaciones de fijación del nitrógeno, como la planta de Chisso en Minamata, para generar químicos para el esfuerzo bélico, la producción de fertilizantes disminuyó. El gobierno había suspendido todas las importaciones de fosfato y potasio, que los granjeros utilizaban como abono. Para sustituirlos, comenzaron a explorar el bosque en busca de mantillo y otros desechos orgánicos que pudiesen emplear en su lugar. Como consecuencia, los bosques resultaron dañados y el crecimiento de los árboles se atrofió. La erosión se intensificó y la sedimentación de las vías de agua alcanzó un ritmo alarmante. Muchos campesinos volvieron a la práctica de usar excrementos, a menudo en forma de aguas residuales sin tratar ni compostar. El resultado fue que los excrementos contaminaron las fuentes de agua y parásitos e infecciones bacterianas florecieron durante los años de la contienda. El ganado desapareció virtualmente de las granjas, porque los soldados requisaron casi todos los caballos para el servicio en Manchuria y en otras partes. La mayoría de los animales de compañía, como los perros, hacía mucho que habían sido sacrificados para alimentar al creciente número de bocas humanas hambrientas. Los pájaros escaseaban, ya que cazarlos para obtener comida se convirtió en un «deber patriótico». Los cazadores mataban 7,5 millones de tordos, picogordos, pinzones, verderones y escribanos palustres cada año para consumo humano.

La matanza de grandes animales en el Zoológico Imperial de Tokio fue el ejemplo más dramático de carnicería animal durante la guerra. A finales del siglo XIX e inicios del siglo XX el zoo era un popular escenario de exhibición del imperio, parte de la euforia de tiempos de guerra mencionada

antes. En 1897, el Ministerio de la Familia aprobó una exposición de animales «trofeos de guerra» y el zoológico se convirtió en un centro de la cultura imperial. Un jabalí salvaje, capturado en Corea mientras las tropas japonesas estaban de «safari», fue encerrado junto a un ciervo del continente; tres camellos bactrianos confiscados a las tropas chinas en Port Arthur en 1894 también se convirtieron en «nuevos huéspedes» del zoo, lo mismo que el leopardo que una unidad manchú tenía como mascota. Los niños podían alimentar a los caballos o animales de tiro que habían servido en el frente. El emperador Meiji costeó la exhibición con dinero de los propios cofres imperiales. Una vez que estuvo en marcha la «Guerra de la Gran Asia Oriental», los funcionarios movilizaron el zoológico para impulsar las exigencias culturales de la guerra total. Eran habituales las exposiciones de «animales militares»: elefantes, camellos, yaks, mulas, asnos, palomas, perros y caballos desplegados en campañas. Debido a la enorme popularidad del zoológico entre los japoneses, y a su utilización como propaganda imperial y de tiempo de guerra, la decisión de matar a los animales en el verano de 1943 resultó realmente dramática. La matanza se realizó al amparo de la oscuridad, teóricamente para ahorrar alimentos escasos. Los cadáveres de los más famosos habitantes del zoo fueron sacados por la entrada de servicio en carretillas tapadas. Los cuidadores y empleados del zoológico mataron a unos 27 animales de hambre, por envenenamiento, a martillazos y con lanzas de bambú afiladas. Dispararles habría atraído demasiada atención. Dos leones de Abisinia recibidos como regalo por el emperador Hirohito del emperador de Etiopía estaban entre las víctimas, al igual que tres elefantes amaestrados y el leopardo de Manchuria. En muchos sentidos, la matanza de los animales del zoológico fue similar a otras acciones dramáticas que tuvieron lugar en Japón mientras el país entraba en una «fase crítica» del esfuerzo de guerra. También los zoológicos de Londres y Berlín habían matado animales, pero la ceremonia budista que rodeó a las muertes, el «Servicio en recuerdo de los animales mártires» celebrado en septiembre, revelaron que incluso muertos, los animales servían como valiosa propaganda para el esfuerzo bélico japonés.

Japón no sólo perdió muchos de sus animales, sino muchos árboles. Japón cortaba cada vez más bosques para las importaciones de madera. A finales de los años 1930 la vendía incluso en mercados internacionales para obtener divisas. Durante la guerra los leñadores talaron muchos de los

enclaves más majestuosos de Japón. Las cifras son impactantes: entre 1941 y 1945 los leñadores talaron el 15 por 100 de los bosques japoneses para el esfuerzo de guerra, y la inmensa mayoría del terreno no fue reforestada. En 1951, un silvicultor estadounidense en Japón observó que «los bosques accesibles han quedado reducidos a un estado de agotamiento por una mala gestión forestal, la sobreexplotación prolongada, una reforestación insuficiente, la erosión del suelo y la depredación de los insectos».

El «proyecto del aceite de pino» también contribuyó a esta rampante deforestación. Tras el embargo del petróleo de Estados Unidos, las reservas de petróleo cayeron y en 1944 los investigadores japoneses buscaron fuentes alternativas de energía para mantener en marcha la maquinaria bélica de Japón. Para muchos, el aceite de pino era la respuesta a la escasez de combustibles, pero la extracción resultaba laboriosa y muy destructiva para el medio ambiente. A pesar de que la energía humana y los sacrificios medioambientales exigidos para fabricar el combustible eran sobrecogedores, los súbditos japoneses golpeados por años de guerra total, construyeron 34.000 alambiques para extraer 70.000 barriles de crudo de aceite de pino de los bosques que aún quedaban en pie. Un observador comentaba: «Monumentales pilas de raíces y tocones se alinean a lo largo de muchas cunetas. Las laderas de los montes han quedado desnudas de árboles y retoños». Lo irónico es que muy poco de este valioso aceite se quemó en los motores de los cazas o los acorazados japoneses, porque los científicos nunca perfeccionaron los métodos de refinado. El último clavo en el ataúd de los bosques japoneses fue una plaga de coleópteros escolítidos provocada por la rapacidad de las prácticas forestales de tiempo de guerra. Los silvicultores calcularon que en 1946 los voraces escarabajos habían infestado 600.000 hectáreas de bosques de coníferas.

También en el terreno industrial, los preparativos para la guerra produjeron problemas medioambientales. Con el cambio de siglo, la mina de Mitsui en Kamioka, en la prefectura de Toyama, pasó de la extracción de plata y cobre a la de plomo y zinc, metales decisivos en la guerra. Al hacer esto, la mina liberó cientos de toneladas métricas de cadmio muy pulverizado en la cuenca de drenaje del río Jinzû. El cadmio envenenó a miles de agricultores, sobre todo mujeres, que contrajeron la enfermedad itai-itai («¡ay, ay!» en japonés). Japón necesitaba plomo para baterías y proyectiles; las fábricas de municiones usaban zinc con casquillos de latón

y los astilleros lo utilizaban para galvanizar los acorazados navales. Una intricada red de circunstancias históricas llevó a la aparición del envenenamiento por cadmio en la década de 1950, pero el empleo del método de pulverización Potter, una tecnología para la separación de metales, contribuyó a la biodisponibilidad de los desechos del cadmio en las cercanas plantaciones de arroz. El pulverizado de minerales de Kamioka, que en los años 1920 se había reducido a partículas de 0,18 mm que flotaban en cubas de separación, se oxidaba e ionizaba al ser lavado en arroyos y ríos, lo que facilitaba su camino hasta los tallos en los arrozales de las zonas bajas. Las prácticas de trabajo imperiales también contribuyeron a la contaminación y las enfermedades. En 1941, antes de que un gran número de prisioneros coreanos y pilotos estadounidenses derribados trabajasen en Kamioka, los porcentajes de recuperación del zinc representaban casi un 90 por 100 y los trabajadores liberaban unas 20 toneladas de cadmio en el ambiente. A partir de 1943, cuando coreanos no cualificados traídos básicamente como esclavos constituían el 50 por 100 de los mineros, extrajeron menos zinc y la cantidad de cadmio desechada se triplicó. La huella perdurable de la Guerra del Pacífico en Toyama fue la contaminación por cadmio y el envenenamiento. Después de acabada la guerra las mujeres siguieron sufriendo a causa de la contaminación medioambiental debilitante provocada por el esfuerzo de guerra japonés. Los cuerpos de esas mujeres no fueron consagrados en Yasukuni como mártires, pero también ellas deben ser incluidas como víctimas de la «Guerra de la Gran Asia Oriental».

HIROSHIMA Y NAGASAKI

En 1945, el machacante zumbido de los B-29 aterrorizaba por igual a los civiles y a los soldados japoneses. Las «superfortalezas» construidas por Boeing llevaban el caos y la destrucción gratuita a cualquier sitio donde apuntasen. De la ciudad de Toyama no quedó prácticamente nada; la mayor parte de Tokio, como hemos mencionado, quedó reducida a cenizas. El 6 de agosto de 1945, el B-29 *Enola Gay* tiró su carga atómica, «Little Boy», sobre Hiroshima, que detonó justo por debajo de los 600 metros sobre la ciudad. Tres días después se produjo el bombardeo de Nagasaki. En

Hiroshima, el aire sobrecalentado por una emisión masiva de rayos-X explotó a partir del hipocentro y se expandió concéntricamente hacia afuera a la velocidad del sonido, reduciendo a cenizas la mayor parte de todo lo inflamable en su camino. La bola de fuego producida por «Little Boy» tenía 370 metros de diámetro y provocó temperaturas en la superficie que alcanzaron los 6.000 grados centígrados. En cuestión de minutos tras la explosión, «Little Boy» provocó una tormenta de fuego de 3,2 km de diámetro. Yamaoka Michiko, que entonces tenía quince años, recordaba el momento en que explotaron las bombas: «Nadie allí parecía un ser humano. Hasta ese momento pensaba que habían caído bombas incendiarias. Todo el mundo estaba aturdido. Los humanos habían perdido la capacidad de hablar. La gente ni siquiera era capaz de gritar "¡Qué dolor!" aunque estuviesen ardiendo. No decían "¡Quema!". Se limitaban a permanecer sentados achicharrándose» (figura 22). Unos 66.000 ciudadanos de Hiroshima murieron directamente a causa de «Little Boy» y «Fat Man» se cobró 73.883 vidas en Nagasaki. Por supuesto, miles más murieron por la radiación a lo largo de los siguientes meses y años. El presidente Harry Truman (1884-1972) expresó con claridad la venganza estadounidense cuando explicó el empleo de la nueva arma: «La hemos usado con aquellos que nos atacaron sin aviso en Pearl Harbor, contra los que han matado de hambre, golpeado y ejecutado a los prisioneros de guerra estadounidenses, contra los que han dejado de fingir que obedecen las leyes internacionales relativas a los conflictos armados».



Figura 22. Una víctima quemada en el bombardeo atómico de Hiroshima.

Japón se rindió el 15 de agosto de 1945. A mediodía, los japoneses se reunieron en torno a sus aparatos de radio para escuchar, por vez primera, la voz temblorosa del emperador Hirohito explicando la decisión. Manipulando deliberadamente su considerable papel en la declaración, agitación y prolongación de la guerra, Hirohito proclamó que se rendía para salvar a la «civilización humana» de la «extinción total» y para lograr una «gran paz para todas las generaciones venideras». Mientras las ciudades japonesas ardían, Hirohito afirmaba: «Que la nación entera continúe adelante como una sola familia de generación en generación, siempre firme en su fe en la inmortalidad de este país divino, siempre consciente de la pesada carga de sus responsabilidades y del largo camino que se abre ante ella». Con ese país divino arrasado por la guerra se encontró el general MacArthur cuando descendió del avión en la base de la fuerza aérea de Atsugi el 28 de agosto de 1945.

CONCLUSIÓN

Hasta hoy, Japón sobrelleva con incomodidad el legado histórico de su agresión imperial en el siglo XX. Muchos jóvenes han empezado a

investigar relatos justificadores como la polémica historieta gráfica de Kobayashi Yoshinori (n. 1953): *Sensôron* (Sobre la guerra, 1998). Dirigida directamente a una generación de jóvenes nacidos después de la guerra, la crítica de Kobayashi de la idea de que Japón libró una «guerra de agresión», en vez de perseguir objetivos legítimos de política exterior antes y durante la Guerra del Pacífico, ganó considerable empuje cuando apareció, para gran consternación de los vecinos de Japón. La Guerra del Pacífico sigue siendo la experiencia que define el siglo XX japonés. Muchos, como el primer ministro de posguerra Nakasone Yasuhiro (n. 1918), a la hora de ilustrar otros legados de esa guerra insisten en que la Constitución de posguerra «huele a mantequilla» y han buscado reescribirla para reflejar valores japoneses, incluyendo la renovación del vocabulario relacionado con el emperador y el «Artículo Nueve». Nakasone comentó en una ocasión: «Mientras existan las actuales instituciones, persistirá el estado de rendición incondicional».

Si Japón aún vive una situación de «rendición incondicional» es una cuestión de perspectiva política, pero la necesidad de reconstrucción de Japón después de la guerra era imperativa. Tras concluir la ocupación estadounidense en 1952, Japón empezó a trabajar para recuperar su infraestructura económica, social y política. Obtuvo un éxito extraordinario en esta tarea, pero no sin experimentar costes nacionales. A medida que Japón comenzó a emerger como un líder económico mundial por segunda vez, durante su «milagrosa» recuperación tras la guerra, las implicaciones medioambientales de priorizar el crecimiento económico desbocado empezaron a afectar a algunas de las comunidades japonesas más vulnerables.

14
Historia del Japón de posguerra (1945-hoy)

Japón salió de la guerra tambaleante, pero gracias a la resolución del periodo Meiji y el apoyo de Estados Unidos, el pequeño país insular empezó enseguida su reconstrucción. En la década de 1950 Japón había entrado en la era del «crecimiento acelerado», y lavadoras, frigoríficos y televisores, las «tres joyas sagradas» del consumismo de posguerra, empezaron a forma parte de la mayoría de los hogares japoneses, o al menos de la imaginación de la mayoría de los consumidores, iluminando vidas antes abatidas. Las agencias gubernamentales, en colaboración con las grandes empresas y los sindicatos, resguardados bajo el paraguas de seguridad de Estados Unidos, orquestaron la recuperación económica que dio a luz a fuerzas motrices mundiales como Toyota Motor Corporation y Sony. En lo político, el conservador Partido Liberal Democrático lideró la Dieta durante décadas. Revisó las reformas de los años de ocupación estadounidense y promovió más tarde cambios constitucionales, así como una mayor privatización de la economía. No obstante, cuando Japón entró en los años 1970, la contaminación medioambiental tiñó su celebrado éxito económico. Aunque los «cuatro grandes» casos –el envenenamiento por metilmercurio en Niigata y Minamata, el asma en Yokkaichi y el envenenamiento por cadmio en Toyama– acapararon la mayor parte de los titulares nacionales e internacionales, hubo otros problemas de contaminación, más pequeños pero igualmente devastadores, allí donde el desarrollo industrial fue desenfrenado. En aras de la recuperación económica de posguerra, que constituyó una preocupación de la política japonesa durante décadas, la nación parecía dispuesta a envenenar a las personas y los entornos más vulnerables.

Del mismo modo que las exportaciones de productos japoneses, desde el Toyota Corona al *walkman* de Sony, caracterizaron las décadas posteriores a la Guerra del Pacífico, la exportación de cultura popular ha caracterizado décadas recientes. Desde los destrozos urbanos de Godzilla a

las películas de animación de Miyazaki Hayao (n. 1941), la producción cultural refleja muchas ansiedades japonesas relacionadas con la guerra nuclear y la contaminación industrial. Japón ha emergido como un importante exportador de cultura. Hoy la nación insular es tan famosa por sus novelas gráficas como por la «guerra santa» que libra contra Estados Unidos y su asombrosamente exitosa economía de posguerra.

LA OCUPACIÓN Y EL CAMBIO DE RUMBO

Japoneses y representantes de los Aliados sellaron los términos del Acta de Rendición el 2 de septiembre de 1945, a bordo del acorazado de la Armada estadounidense *Missouri*. Aunque hubo pocos alardes en tan sombría ocasión, las dos banderas de Estados Unidos que había a bordo del *Missouri* habían sido cuidadosamente elegidas. La primera había sido desplegada por funcionarios de la Casa Blanca la mañana del «día de la infamia» en Pearl Harbor; la otra, una «Old Glory» con 31 estrellas, había ondeado en el buque insignia del comodoro Matthew C. Perry cuando «abrió Japón» casi un siglo antes. Mediante la firma, Japón se rindió incondicionalmente. De acuerdo con un informe de Estados Unidos al general MacArthur: «Nuestras relaciones con Japón no descansan en una base contractual, sino en una rendición sin condiciones. Dado que ostenta la autoridad suprema, no atenderá ninguna cuestión que los japoneses planteen como de su competencia». MacArthur entendía que su «competencia» en Japón era total. En sus propias palabras, aspiraba a «poner a Japón al día con modernos pensamientos y acciones progresistas». Los japoneses, por su parte, asumieron la derrota, aceptaron estratégicamente el liderazgo de MacArthur y, justo después de la ocupación estadounidense (1945-1952), reformaron las políticas y prioridades según fue necesario. Como atestiguan sus memorias, la política de ocupación de MacArthur era profundamente ambiciosa: ante todo, destruir el poder militar. Castigar a los criminales de guerra. Levantar la estructura del gobierno representativo. Modernizar la Constitución. Celebrar elecciones libres. Conceder el derecho al voto a las mujeres. Liberar a los prisioneros políticos. Liberar a los campesinos. Instaurar una prensa libre y responsable. Liberalizar la educación. Descentralizar el poder político. Separar la Iglesia del Estado...». A

determinado nivel, buscaba reproducir la experiencia del Japón Meiji y recolocar al país en una trayectoria democrática muy parecida a la de Estados Unidos.

Pese a que los japoneses se prepararon para la ocupación con inquietud, la ansiedad pronto se convirtió en excitación cuando resultó evidente que los soldados estadounidenses no planeaban transformar Japón en un colosal parque de atracciones, como se había rumoreado, con un puñado de japonesas esclavizadas en los puestos de comida. Muchos japoneses acogieron a sus ocupantes, porque los habían liberado del Estado militarizado que dominó Japón durante décadas. Como comentó un reportero tras la guerra:

> Parece que la razón por la que los jóvenes consideran Tokio un sitio maravilloso es porque fueron liberados de las fuerzas opresoras por los estadounidenses. La policía ya no puede pavonearse con arrogancia, ni tampoco los profesores y rectores. Los jóvenes pueden comportarse con la libertad que deseen mientras no infrinjan la ley. Tokio parece ahora preparado para asegurarles los placeres de la juventud y la libertad.

Considerada desde esa perspectiva ventajosa, la ocupación estadounidense liberó a los japoneses de su ser militarizado.

En ese aspecto, existía una atmósfera de liberación no sólo en la antigua «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental», sino en el mismo Japón, donde la derrota del gobierno militar fascista liberó al japonés medio de una sucesión de primeros ministros y gabinetes de guerra. Sin embargo, como muchos han señalado, esa sensación de liberación interna también sirvió para obviar el sentido de responsabilidad popular por las atrocidades cometidas por Japón en tiempo de guerra, cargando la culpa sobre un puñado de líderes militares como el general Tôjô Hideki. Como hemos visto, en los primeros años la euforia nacional por la guerra total se había extendido mucho más allá del pequeño grupo de generales. Eran muchos los japoneses que consumían gustosamente películas, programas radiofónicos y libros bélicos, y que visitaban a los «animales militares», desde heroicos caballos a patrióticas palomas, exhibidos en el Zoológico Imperial de Tokio. Ahí radican algunas de las críticas contemporáneas chinas y coreanas sobre la falta de voluntad de Japón a aceptar responsabilidades de guerra. Mientras que las retribuciones por la responsabilidad de los hechos en Alemania se distribuyeron ampliamente

entre la población a través de iniciativas educativas, en Japón nunca hubo una conciencia de responsabilidad nacional por barbaridades como la masacre de Nanjing (1937). Los agotados fantasmas del general Tôjô y 13 de sus colegas criminales de «Clase A» continúan cargando con ese peso nacional en el santuario de Yasukuni en Tokio, donde descansan las almas de los muertos japoneses de la guerra.

En parte, esta incapacidad para aceptar la responsabilidad nacional ha abierto la puerta a encendidos debates en Japón relacionados con la culpa y las crueldades de la guerra. El debate comenzó cuando el historiador Ienaga Saburô (1913-2002) publicó *Shin Nihonshi* (Nueva historia japonesa, 1947) y un importante editor de Tokio le propuso revisar el libro para convertirlo en texto universitario. A causa de la estructura altamente centralizada del sistema educativo japonés, el libro de texto se habría utilizado en todo en país. No obstante, a lo largo de los años 1950 Ieanaga se enfrentó a los procedimientos de autorización del Ministerio de Educación, que no dejaba de encontrar fallos en la interpretación que hacía Ienaga de los acontecimientos clave durante el conflicto. En 1965 Ienaga emprendió tres prolongados litigios contra el gobierno por la naturaleza inconstitucional de los protocolos de autorización de los libros de texto, que sostenía violaban sus derechos a la libre expresión tal como los recogía la Constitución de posguerra (promulgada en marzo de 1946). Obtuvo victorias parciales a lo largo de los años, pero lo más importante fue que el caso centró la atención internacional en las controversias relativas a las interpretaciones sobre la Guerra del Pacífico. Desde entonces, historiadores conservadores como Hata Ikuhiko (n. 1932) han desafiado la versión establecida de las brutalidades en tiempo de guerra como la masacre de Nanjing. En varios libros escolares, Hata ha revisado con regularidad la cifra de civiles chinos asesinados en Nanjing (su cálculo reduce el número de 300.000 a 40.000, en buena medida gracias a la exclusión de soldados chinos). Varias obras de Hata han sido traducidas al chino y las consiguientes polémicas históricas siguen enfureciendo a los vecinos de Japón. La estrategia del novelista gráfico Kobayashi Yoshinori (n. 1953) ha sido algo diferente. En lugar de dirigirse a esos «aburridos hombres con traje» que generalmente interpretan el pasado, con su popular historieta gráfica *Sensôron* (Sobre la guerra, 1998) Kobayashi quería hacer «algo que los intelectuales no pueden escribir, algo que les guste leer a los jóvenes y les absorba por completo, sin

que sea superficial sino profundo». En esta historia gráfica, Kobayashi argumenta que Japón no libró una guerra de agresión, sino una guerra justificada para liberar a Asia del imperialismo occidental «blanco». Además, afirma que la denigración de los héroes de guerra japoneses es una confabulación de Estados Unidos para «lavar el cerebro» a los jóvenes japoneses y mantenerlos alejados de un saludable amor por su país. Con su trabajo, Kobayashi buscaba despertar el «nacionalismo inconsciente» que vivía en todos los japoneses con su nueva versión de la saga de la «Guerra de la Gran Asia Oriental».

La principal divergencia con las historias prevalecientes está en que Kobayashi trata a los soldados japoneses, incluidos muchos criminales de guerra, como héroes, lo que constituye una revisión histórica de una de las iniciativas más ambiciosas durante la ocupación: el Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente, que pretendía sentar ante la justicia a aquellos japoneses que hubiesen cometido «crímenes contra la paz». De los 28 inculpados como criminales de guerra de «Clase A» el más famoso era el general Tôjô. Tras la llegada del general MacArthur a Atsugi intentó suicidarse, pero fue audazmente resucitado por los médicos estadounidenses y ahorcado tras el juicio tres años más tarde. Otros tribunales sentenciaron a miles de hombres por delitos de Clase B y C, muchos de los cuales participaron después en el gobierno de posguerra. MacArthur contrató a 12 juristas para que supervisasen al tribunal, la mayoría procedentes de naciones que habían firmado el «acta de rendición» al acabar la guerra. La opinión del jurista indio Radhabinod Pal (1886-1967) fue la única discordante: «Lamento sinceramente mi incapacidad para compartir el juicio y la decisión de mis camaradas letrados». Básicamente, el juez Pal acusó a Estados Unidos y a sus aliados de aplicar la justicia del vencedor al escribir: «Los beligerantes, que durante la guerra se anotaron victorias y capturaron prisioneros de guerra, son susceptibles de que se les atribuyan crueldades del mismo tipo que las supuestas en la presente formulación de cargos y, si en último término son derrotados, es su derrota como tal la que establece su carácter más diabólico y malvado». Al margen de la opinión del juez Pal, de los 28 criminales de «Clase A», se consideró que uno no estaba en condiciones de afrontar el juicio y dos murieron durante el proceso. De los 25 que sobrevivieron, siete fueron ahorcados y 16 condenados a cadena perpetua.

La decisión de no encerrar al emperador Hirohito fue la más polémica. Cuando Washington pareció decantarse por la detención del emperador (en gran medida por la presión de rusos y británicos), MacArthur escribió: «He advertido de que necesitaría al menos un millón de refuerzos para adoptar dicha acción. Creo que si el emperador es imputado, y quizá ahorcado, como criminal de guerra, habría que implantar el gobierno militar en todo Japón». Así que la ocupación asumió la tarea de reescribir la historia japonesa para exonerar al emperador de cualquier responsabilidad por la guerra. A finales de 1945, el jefe de la Sección de Educación e Información Civil del Mando Supremo Aliado escribió una serie de artículos que fueron traducidos al japonés por la nueva agencia oficial de noticias. La primera entrega, que de modo simbólico apareció el 8 de diciembre de 1945, incluía el siguiente párrafo: «El emperador en persona ha afirmado recientemente que no fue su deseo atacar Pearl Harbor sin aviso, pero la policía militar aplicó todos los esfuerzos para evitar que [esta declaración] llegase al pueblo». En otras palabras, el emperador Hirohito era un amante de la paz. La campaña para redibujar al emperador como paladín de la democracia no beligerante había comenzado. Al final, los aliados perdonaron al emperador, pero administraron su renuncia al estatus divino. En un discurso retransmitido por radio a la nación el 1 de enero de 1946, Hirohito explicaba: «Los lazos entre nos y nuestro pueblo siempre han sido de mutua confianza y cariño. No dependen de meras leyendas y mitos. No se apoyan en la falsa concepción de que el emperador es divino y que el pueblo japonés es superior a otras razas y está destinado a gobernar el mundo». De la misma manera que el emperador Meiji cambió su atuendo tradicional por un uniforme de mariscal de campo prusiano cuando la ocasión lo requirió, el emperador Hirohito desmontó de su blanco caballo de guerra, se quitó el uniforme militar y se convirtió en el símbolo benigno de una nación democrática hasta su muerte en 1989.

Las reformas de la ocupación estadounidense fueron verdaderamente generalizadas y transformadoras. Los ocupantes supervisaron la llegada de un nuevo sistema educativo, el «rompedor *zaibatsu*», una nueva fuerza política descentralizada y la elaboración de una Constitución progresista. Los funcionarios del SCAO (Supreme Commander of Allied Powers) recurrieron primero al experto legal Matsumoto Jôji (1877-1954) para que redactase la nueva Constitución, pero MacArthur no quedó satisfecho con

los resultados. En el texto de Matsumoto la soberanía seguía residiendo en el emperador en vez de en el pueblo. Al final, los oficiales del SCA.P. hicieron su propio borrador de la Constitución. En él el emperador se convertía en un «símbolo del Estado y de la unidad del pueblo». Ya no era el centro de la soberanía del Estado. A diferencia de la Constitución Meiji (1889), el documento no era un «regalo» de un gobernante divino ni la soberanía emanaba de él; más bien, fue producto de un pequeño grupo de oficiales del New Deal que sirvieron en Japón durante la ocupación. En su «Artículo Nueve» la Constitución renunciaba al «derecho a la beligerancia» de Japón para resolver disputas internacionales. El polémico artículo decía: «El pueblo japonés, que aspira sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y el orden, renuncia para siempre a la guerra como un derecho de soberanía de la nación y a la amenaza o el uso de la fuerza como medios para resolver disputas internacionales». La ocupación estadounidense, dirigida en gran parte por representantes del New Deal, estaba rehaciendo Japón desde abajo para transformarlo en una sociedad progresista, pacifista y democrática.

A pesar del tenor liberal del New Deal de los dos primeros años de ocupación, en 1948 eran evidentes los signos de cambio. Las actitudes y políticas del SCA.P. hacia los muy activos sindicatos japoneses constituyen un importante barómetro del cambio de actitudes y prioridades a medida que Estados Unidos pivotaba hacia la Guerra Fría con la Unión Soviética. Antes de la guerra, la mano de obra japonesa había pasado rápidamente de la predominancia femenina en el sector textil a los trabajadores varones en la industria pesada. Los sindicatos obreros se hicieron más fuertes en la inmediata posguerra debido a su importancia para la recuperación económica de Japón. Los políticos socialistas y comunistas empezaron a colaborar con los sindicatos de trabajadores aportando su destreza organizativa. Aunque MacArthur era conservador, el SCA.P. había garantizado a los sindicatos un margen de maniobra relativamente amplio, ya que los consideraba útiles para coaccionar a un gobierno japonés muy nervioso por la extensión del comunismo después de la guerra. En 1945, el SCA.P. presionó a la Dieta para que aprobase la «Ley Sindical», inpirada en la progresista Ley Wagner estadounidense de 1935. Pronto la siguieron la progresista «Ley de Ajuste de Relaciones Laborales» (1947) y la «Ley de Estándares Laborales» (1947). En resumen, esta legislación inicial

garantizaba el derecho a organizarse, participar en negociaciones colectivas y en huelgas, además de fijar la jornada laboral, vacaciones, seguridad e higiene en el puesto de trabajo, incluidas restricciones al trabajo femenino e infantil. No obstante, en 1948 los sindicatos comenzaron a entrar en conflicto con el SCA.P., fundamentalmente porque este creía que las tácticas sindicales amenazaban la recuperación económica que Estados Unidos tanto deseaba. Los funcionarios de ocupación se quedaron perplejos ante el estridente activismo político de los sindicatos japonses, que se comportaban de forma muy diferente a las comparativamente dóciles organizaciones sindicales de Estados Unidos.

En febrero de 1947, el SCA.P. empezó a acortar las riendas de los sindicatos japoneses con la cancelación de una huelga general del ferrocarril. A partir de ahí, los líderes sindicales se vieron enfrentados a la policía japonesa respaldada por tropas de combate estadounidenses, que en ocasiones situaban tanques visiblemente en la retaguardia. En 1949, bajo influencia del SCA.P., la Dieta abandonó la filosofía progresista de la Ley Wagner (1935) por la más conservadora Ley Taft-Hartley (1947). Sorprendido por el cambio de rumbo del SCA.P., el movimiento obrero desconfiaba cada día más de Estados Unidos y sus planes en Japón. En esta misma época (febrero de 1949) el banquero Joseph Dodge (1890-1964) llegó a Japón como asesor económico del SCA.P. Siguiendo la «Línea Dodge», el SCA.P. coercionó a la Dieta para que promoviera la austeridad fiscal, equilibrara el presupuesto, estableciese una única tasa de cambio de divisas y privatizase todavía más la economía japonesa, medidas todas ellas de vuelta a la «política económica» controlada por el Estado de la etapa Meiji. En resumen, Japón fue cada vez menos un experimento de democratización New Deal y más un bastión capitalista en Asia para la inminente Guerra Fría.

POLÍTICA DE POSGUERRA

En esta coyuntura crítica, apareció en escena un eminente político de posguerra encarnado en Yoshida Shigeru (1878-1967).Yoshida no era nuevo en el gobierno japonés: había servido como embajador en Italia y Reino Unido durante la tumultuosa década de 1930. Debido a su destacada

posición en el Imperio japonés, las autoridades estadounidenses le encarcelaron brevemente en 1945. Sin embargo, tras su liberación, se convirtió rápidamente en una figura central de la política de posguerra. Los funcionarios del SCA.P. dieron el visto bueno a Yoshida por su deseo explícito de alinear económica y militarmente a Japón con Estados Unidos. En lo que llegó a conocerse como «Doctrina Yoshida», el primer ministro priorizó la recuperación económica de corte liberal occidental, al tiempo que confiaba en la protección militar de Estados Unidos, un ingrediente clave del éxito económico en el Japón de posguerra. En esencia, Japón pudo reconstruirse sin el exorbitante gasto en defensa. Para cumplir estos objetivos y desterrar el espectro de la rendición incondicional, Yoshida firmó el Tratado de Paz de San Francisco y el Tratado de Seguridad Estados Unidos-Japón, que acabaron formalmente con la guerra en abril de 1952 y fijaron los acuerdos de seguridad de Japón con Estados Unidos. Con el fin de la ocupación, empezó el periodo de posguerra en Japón.

A lo largo de la década de 1950, Yoshida y otros políticos conservadores buscaron mitigar o modificar muchas de las reformas más progresistas del SCA.P. En el terreno educativo, por ejemplo, el SCA.P. había ordenado al gobierno que liberalizara la educación y eliminara elementos militaristas y nacionalistas de los planes de estudio. Con Shidehara Kijûrô (1872-1951), primer ministro cuando Japón se rindió, el gobierno japonés se opuso a dichas reformas, esgrimiendo la necesidad de combatir la «raíz de nuestro reciente declive moral». El primer ministro Shidehara era partidario de poner el énfasis en el Decreto imperial Meiji sobre la Educación (1890), un documento que se recitaba en las escuelas japonesas y enseñaba patriarcado tradicional confuciano y reverencia al emperador. No hace falta decir que MacArthur rechazó esas preocupaciones e insistió en que se revisasen los planes de estudio para armonizarlos con «el gobierno representativo, la paz internacional, la dignidad del individuo y derechos fundamentales como la libertad de asociación, opinión y religión». Más controvertido fue que el SCA.P. cediese el control de los planes de estudio a juntas electas en cada prefectura, así como que les otorgase el poder de aprobar los libros de texto. El SCA.P. había destruido la autoridad central del Ministerio de Educación, en especial en lo relativo a la autorización de los textos, en favor de modelos de educación descentralizados estadounidenses.

Tales reformas alarmaron al conservador Yoshida, que estaba preocupado por el «deterioro de la moral pública, la necesidad de poner freno a los excesos derivados de un mal entendido sentido de la libertad, el abandono en el que el respeto por la nación y sus tradiciones habían caído debido a las erróneas ideas de progreso». Justo después de la guerra, la salud moral del pueblo se convirtió en una preocupación para los políticos conservadores japoneses; incluso recurrieron a eso para explicar la rendida derrota de la nación. El 28 de agosto de 1945, por ejemplo, el primer ministro Higashikuni Naruhiko (1887-1990) mencionó el deterioro de la moralidad pública como una de las razones por las que Japón había perdido la guerra. «Hemos llegado a este final porque las políticas del gobierno fueron débiles», explicó en su primera conferencia de prensa. «Pero otra causa [de la derrota] fue un deterioro en la conducta moral de la gente». Para invertir el sentido de las reformas del SCA.P. y combatir el declive moral del país, en 1954 la Dieta introdujo cambios que debilitaron el Sindicato de Maestros y, eventualmente, iniciaron la recentralización del control de la educación.

Resultan instructivas, además, las reformas de las fuerzas policiales japonesas. De modo parecido a como había hecho con la educación, el SCA.P. descentralizó a la policía de acuerdo con líneas estadounidenses. Durante la guerra fue competencia del Ministerio de Interior, incluidas las ruines actividades de la policía secreta. Según el modelo estadounidense, los municipios y prefecturas se ocupaban ahora de hacer cumplir la ley. Al igual que hizo con la reforma educativa, con la Ley de Reforma de la Policía la Dieta abolió, entre 1951 y 1954, la policía municipal en favor de una fuerza policial en las prefecturas bajo control de la Comisión de Seguridad Pública Nacional. En el contexto de la Guerra Fría y el estallido de la de Corea (1950-1953), Asia se había vuelto cada vez más inestable, sobre todo a partir de la fundación de la República Popular China (1949). En respuesta, el primer ministro Yoshida empezó a reforzar las capacidades defensivas de Japón, pese al marco de no beligerancia del «Artículo Nueve». En 1950 Japón creó la Reserva de la Policía Nacional, diseñada para reemplazar a los 75.000 soldados estadounidenses que habían cambiado el escenario japonés por el coreano. Tras el «Tratado de Cooperación Mutua y Seguridad» entre Japón y Estados Unidos (1952), la Reserva de la Policía Nacional se metamorfoseó en las Fuerzas de

Autodefensa japonesas en 1954, que continúa al servicio de los intereses de seguridad defensivos de Japón. En origen, las Fuerzas de Autodefensa quedaban restringidas a las islas japonesas, pero en décadas recientes Japón ha comenzado a desplegarlas en operaciones de mantenimiento de la paz. A nivel estratégico, en el siglo XX las Fuerzas de Autodefensa comenzaron a centrar su atención en China con la disputa por las islas Senkaku/Diaoyu y otros puntos calientes próximos. Como testimonio de su importancia, en 2013 Japón tenía el quinto presupuesto de defensa más alto, aunque su ejército esté exclusivamente dedicado a la autodefensa.

En el momento de escribir esto, las islas Sensaku constituyen un punto crítico en las relaciones sinojaponesas. Compuestas por ocho islotes, con un área conjunta de 6,3 km^2, estas islas han reavivado las discusiones en Japón sobre el papel de las Fuerzas de Autodefensa y la necesidad de modificar el «Artículo Nueve» de la Constitución. La historia es la siguiente: en 1895, tras la Guerra Sinojaponesa, Japón reclamó las islas y, poco después, empresarios japoneses construyeron allí plantas de procesamiento de pescado. Estas fracasaron en 1940 y, aunque eran propiedad de ciudadanos japoneses, permanecen desiertas desde entonces. En 1945, el gobierno de Estados Unidos asumió el control de las islas; posteriormente, en 1971, cedieron el control mediante el «Tratado de reversión a Okinawa». El año siguiente, tanto la República Popular China como la República de China (Taiwán) reclamaron las islas después de que la Comisión Económica de Naciones Unidas para Asia y Extremo Oriente descubriese cerca reservas de gas y petróleo. A partir de ese momento, la rivalidad entre los dos gigantes asiáticos se intensificó. En octubre de 2012, cuando China hizo oír con más fuerza sus quejas sobre las islas Senkaku, el primer ministro Noda Yoshihiko (n. 1957) anunció que Japón estaba «firmemente resuelto a defender su suelo y sus aguas territoriales». En un inusual despliegue de fuerza, lanchas patrulleras de los guardacostas japoneses jugaron al ratón y al gato con las naves de vigilancia chinas. Además, intentaron evitar que los ultranacionalistas japoneses llegasen a nado para plantar banderas en las islas. Frente a la postura de confrontación de China respecto a las islas Senkaku/Diaoyu, de Corea por las islas Takeshima/Dokdo y la amenaza de programas de armas nucleares y misiles de Corea del Norte, Japón se ha visto forzado a reevaluar el lugar de las Fuerzas de Autodefensa dentro de su propia posición geopolítica.

Durante la mayor parte del periodo de posguerra, Japón estuvo gobernado por el Partido Liberal Democrático (1955), respaldado por una triangulación del poder entre los políticos conservadores de la Dieta, los burócratas del gobierno y los ejecutivos de las grandes corporaciones. EL PLD gobernó Japón entre 1955 y 1993, con 15 primeros ministros durante ese tiempo. La política de posguerra de Japón se parece con frecuencia al juego de las sillas musicales. Una excepción fue el carismático Nakasone Yasuhiro (n. 1918), contemporáneo y aliado de su contrapartida estadounidense, el presidente Ronald Reagan (1911-2004). Nakasone fue primer ministro desde 1982 a 1987. Hay que señalar que el primer ministro Nakasone, acérrimo conservador y nacionalista, fue el primer jefe de Estado japonés que visitó el santuario de Yasukuni después de que los cadáveres de 14 criminales de guerra de «Clase A» fueran trasladados allí en 1978. Nakasone provocó un revuelo diplomático entre Estados Unidos y Japón en 2001 cuando señaló la homogeneidad racial como la raíz de los excelentes resultados en los tests educativos. Refiriéndose a Estados Unidos, Nakasone explicaba: «Hay muchos negros, puertorriqueños y mexicanos en Estados Unidos. En consecuencia, la puntuación media es muy baja». Luego intentó clarificar sus comentarios: había que admitir que Estados Unidos había«conseguido grandes logros», pero «hay cosas que los estadounidenses no han sido capaces de hacer a causa de las múltiples nacionalidades que hay allí». Como muestra de los que mucho que algunas actitudes tardan en extinguirse, Nakasone señaló a continuación: «Por el contrario, las cosas son más sencillas en Japón porque somos una sociedad unirracial». Las palabras de Nakasone fueron reproducidas en los medios como algo exclusivo de él, pero es evidente que entre los conservadores del PLD aún resuenan esas ideas de tiempos de guerra alusivas a la pureza racial de Japón. También privatizó elementos clave de la economía japonesa, incluida la industria tabaquera en 1985, monopolio estatal desde 1898, y los Ferrocarriles Nacionales, sustituidos en 1987 por siete compañías privadas conocidas como «Grupo JR». El mantra de la privatización se convirtió en el sello de fábrica del gobierno conservador del PLD en el Japón de posguerra.

EL SEGUNDO MILAGRO ECONÓMICO Y SUS DECEPCIONES

En menos de una década de ocupación estadounidense la economía japonesa empezó a recuperarse. Inmediatamente después de la guerra, el objetivo fundamental de la planificación económica era evitar que la gente muriese de hambre, pero en 1955 Japón entró en la era del «crecimiento acelerado», en el que la expansión económica se convirtió en la principal prioridad. En los años 1960 el crecimiento económico japonés asombró al mundo: como media, su PNB crecía un 10 por 100 al año, superando a Alemania Occidental y los demás países capitalistas del mundo, con excepción de Estados Unidos. En gran medida, la economía japonesa experimentó una aceleración gracias a las lucrativas adquisiciones de Estados Unidos para la Guerra de Corea. En 1955, después de que los estadounidenses hubieran gastado 2.000 millones de dólares en productos japoneses, las condiciones económicas en Japón habían mejorado hasta el punto de que mucha gente contaba con los recursos para adquirir bienes de consumo familiar no perecederos. A inicios de los años 1970, la economía japonesa se ralentizó ligeramente cuando la Organización de Países Productores de Petróleo bajó los precios. Sin embargo, tras esta breve contracción, Japón recuperó un asombroso crecimiento del PNB durante décadas, a menudo entre el 3,5 y 5,5 anual. En 1987, la economía japonesa sobrepasó a la de Estados Unidos en PNB per cápita. Organismos gubernamentales como el Ministerio de Comercio Internacional e Industria (1949) y la Agencia de Planificación Económica (1955) orquestaron buena parte de la planificación industrial que condujo al éxito japonés. A diferencia de lo sucedido en el periodo Meiji, cuando las reformas beneficiaron a las ciudades, el «crecimiento acelerado» de Japón dispersó los beneficios materiales también en el campo. En la década de 1970, los ingresos familiares en el campo fueron cinco veces más altos que 20 años antes y esas familias rurales adquirían las mismas «tres joyas» (lavadoras, frigoríficos y receptores de televisión) que sus contrapartidas urbanas. La recuperación de posguerra abarcó así muchos niveles de la sociedad japonesa.

Muchas industrias de antes de la guerra prosperaron en el ambiente de posguerra. En 1937, por ejemplo, Toyoda Loom Works inició su transformación en Toyota Motor Company. El hijo del fundador, Toyoda Kiichirô (1894-1952), levantó una sofisticada planta de producción cerca de Nagoya y comenzó a rodearse de expertos, incluidos ingenieros y

catedráticos de física. El complejo contenía 17 instalaciones distintas, desde moldeado de metal y paneles a soldadura y pintura. Entre 1937 y 1940, gracias a la nueva fábrica de Nagoya, la producción de vehículos pasó de 4.013 a 14.787 unidades al año. Como resultado de la Segunda Guerra Mundial, Toyota y otras firmas importantes se vieron obligadas a depender menos de tecnologías extranjeras y confiar más en el desarrollo de las propias. Cuando Toyota creó su Instituto para la Investigación Física y Química, explicó:

> Ahora que nos enfrentamos a una segunda gran guerra en Europa se ha vuelto muy complicado importar conocimiento occidental y, dado que los Aliados han cerrado nuestros sectores de investigación a gente de fuera, resulta muy difícil conseguir información sobre sus hallazgos. En semejante clima es cada vez más urgente que desarrollemos una investigación independiente y dirigida por nosotros mismos, y que establezcamos instituciones para abrir nuestro propio camino hacia el progreso.

Las bombas estadounidenses destruyeron buena parte de las instalaciones de Toyota. Sin embargo, la empresa se recuperó, sobre todo después de recibir encargos para fabricar componentes de vehículos militares estadounidenses en Corea. En los años cincuenta, Toyota y su competidor Nissan comenzaron a automatizar las cadenas de montaje con robots y a mejorar los procesos productivos, lo que llevó a la introducción de modelos tan populares como el Toyota Corona (1957). Como resultado de estas innovaciones, la industria automovilística japonesa experimentó una expansión espectacular: en 1953, Japón fabricó 11 millones de automóviles y exportó más de la mitad.

Asimismo, el éxito de compañías como Matsuhita (National y Panasonic) y Sony demuestra la diversidad del crecimiento económico durante la posguerra. Tomemos como muestra Sony Corporation, fundada en 1946 por Ibuka Masaru (1908-1997) y Morita Akio (1921-1999). En 1950, merced a la pericia como ingeniero de Ibuka, Japón produjo sus primeras grabadoras. En 1953, Sony perfeccionó el transistor de radio y revolucionó la industria electrónica para el consumo. Si Ibuka era el genio de la ingeniería detrás de las operaciones, Morita aportó la fuerza de la mercadotecnia internacional. En 1970, Sony fue la primera compañía japonesa cuyo nombre figuró en la Bolsa de Nueva York. Con Sony la etiqueta «made in Japan» empezó a ser un sinónimo de calidad y alta

tecnología, no de productos inferiores hechos en Asia. Como Toyota, Sony intentaba continuamente mejorar los productos, también los desarrollados fuera del país. Los televisores Sony son un buen ejemplo: en la década de 1960, lo convencional era que los receptores de televisión fuesen aparatos a válvulas, pero Sony introdujo aparatos que funcionaban con transistores, lo que hizo posible fabricar televisores más pequeños y más adecuados para las pequeñas casas japonesas. Al hacer esto, Sony se convirtió en punta de lanza del compromiso con la miniaturización electrónica, que eventualmente sería el criterio de referencia personal y de la industria electrónica nacional.

No obstante, la miope búsqueda de Japón de la expansión industrial y el crecimiento económico tuvo un alto coste ambiental y humano. Durante la recuperación de la posguerra, cuatro casos de contaminación de gran repercusión hicieron tambalear el compromiso de Japón con el crecimiento económico y obligaron a la Dieta a intervenir para limpiar el aire, el agua y el suelo contaminados de Japón por medio de una legislación específica. Los ahora famosos «cuatro grandes» casos de contaminación fueron el del envenenamiento por metilmercurio en Minamata (prefectura de Kumamoto) y Niigata (prefectura de Niigata), el asma de Yakkaichi (prefectura de Mie) y el envenenamiento por cadmio (prefectura de Toyama). A inicios de la década de 1970, el fotógrafo W. Eugene Smith (1918-1978) atrajo la atención internacional sobre la «enfermedad de Minamata» con sus imágenes de las comunidades de pescadores del mar de Shiranui afectadas por la enfermedad. Documentó su valeroso esfuerzo para recibir justicia del gobierno nacional y la Chisso Corporation, que había vertido mercurio en aguas de las inmediaciones. Chisso tuvo su origen a inicios del siglo XX: Noguchi Shitagau (1873-1944) fundó la compañía en 1908, en un tiempo en que los científicos presionaban en favor de los avances en electroquímica, más concretamente en la tecnología de fijación de nitrógeno para producir fertilizantes.

Chisso se convirtió enseguida en un gigante de la industria japonesa del siglo XX con la producción de compuestos de carburo de calcio y nitrógeno. Los fertilizantes eran cruciales para el desarrollo industrial, porque muchos campesinos dejaban sus granjas para trabajar en las fábricas y había que obtener mayor rentabilidad de la tierra. El esfuerzo bélico japonés aportó otro mercado a los productos químicos de Chisso, sobre todo

la industria armamentística. Como muchos gigantes industriales japoneses, Chisso acabó muy involucrada en la guerra total de Japón. En 1929, por ejemplo, levantó en Hungnam, norte de Corea, una planta de fertilizantes que creció rápidamente y transformó una pequeña aldea de pescadores en un centro industrial con 180.000 habitantes. Chisso construyó centrales hidroeléctricas en los ríos Pujon, Changjin, Honchon y Yalu, por todas partes en el recién adquirido Imperio japonés. La empresa extendió también la fabricación de municiones a Taiwán. En 1932, un ingeniero de Chisso desarrolló el «método de circulación del líquido por reacción química», que insuflaba gas acetileno sobre sales de mercurio para producir acetaldehído (etanal). En 1951, los ingenieros de Chisso sustituyeron el manganeso por ácido nítrico como oxidante en la elaboración de acetaldehído. A continuación, usaron agua salobre del estuario cercano para producir un tipo de metilmercurio altamente soluble. Era absorbido con facilidad por los ecosistemas y organismos, ya se tratase de moluscos, gatos o pescadores locales. Estos avances tecnológicos dispararon la producción y los beneficios en Chisso, pero también contaminaron el entorno marino próximo de distintas maneras. Al final, miles murieron a causa de Chisso.

Entre 1930 y 1960, Chisso vertió 600 toneladas de mercurio en la bahía de Minamata. El metilmercurio recorrió la cadena alimentaria marina del mar de Shiranui y llegó a la cumbre de la cadena trófica local: el feto humano. Dada la solubilidad en lípidos del metilmercurio, este penetraba fácilmente en la placenta. Pruebas posteriores demostraron que los niveles de mercurio en los cordones umbilicales eran mayores que en la misma sangre de las mujeres. Sin saberlo, el cuerpo de la madre desviaba mercurio al feto, alterando fases neurológicas decisivas en la organogénesis fetal. Algunas de las primeras señales de que el metilmercurio había penetrado en el ecosistema fueron los «gatos bailarines» de Minamata. Básicamente, eran gatos escorados y moribundos de los muelles con cerebros marinados en mercurio, los mismos que en otros tiempos habían mantenido a raya la población costera de roedores. Luego vinieron las víctimas humanas: la «enfermedad de Minamata» se caracterizaba por dolorosas manos engarfiadas, ojos en blanco, bocas babeantes, habla mal articulada, y cuerpos temblorosos de niños que habían contraído la enfermedad de modo congénito. Cuando los pescadores pidieron justicia, sus «egoístas» demandas fueron desestimadas, porque amenazaban la lenta recuperación

del Japón de posguerra y destruían puestos de trabajo muy necesarios. En marzo de 1973, en un relevante fallo, el juez Saitô Jirô encontró a Chisso culpable de «negligencia corporativa»: desde entonces, responsables y víctimas han litigado en los tribunales. Decenas de miles de personas aspiraban a la certificación de la enfermedad, pero en 2001 sólo 2.265 víctimas habían sido reconocidas como tales (otras muchas recibieron alguna forma de compensación) y la mayoría ya habían muerto. Para los pescadores de Minamata y sus familias el coste humano de la recuperación fue terriblemente alto.

El envenenamiento por dióxido de sulfuro en Yokkaichi es otro ejemplo del elevado precio medioambiental pagado por la recuperación de Japón en la posguerra, una carga que las comunidades más empobrecidas percibieron siempre como desproporcionada. En 1955, durante la etapa de «crecimiento acelerado», el gobierno escogió Yokkaichi como emplazamiento para un gran complejo petroquímico. Antes de la guerra el lugar había sido un puerto de aguas profundas, así que era perfecto para los grandes petroleros que transportaban el crudo hasta Japón. El petróleo era crítico para la recuperación económica de posguerra, así que las obras empezaron en Yokkaichi en 1956. Para la construcción se ocuparon humedales y se reciclaron escombros de anteriores refinerías. Los planificadores industriales se referían a su visión mundial de Yokkaichi como un *kombinato,* una versión japonesa del término soviético *kombinat,* un gran campus industrial integrado por grupos de industrias relacionadas. En 1958 los petroleros amarraban con regularidad en los embarcaderos de Showa Oil Refineries de Yokkaichi, donde los ingenieros refinaban el crudo para obtener gasolina, queroseno y nafta. A medida que la contaminación inundó el área, la calidad del aire en la cercana Isozu, una pequeña aldea de pescadores, se volvió intolerable. Sus capturas eran rechazadas en el mercado de pescado de Tsukiji por problemas sanitarios y los frágiles medios de vida de los habitantes entraron en una espiral letal. En abril de 1964 se produjo la primera víctima de la afección pulmonar aguda conocida como «asma de Yokkaichi». La siguieron otras muchas. Una vez más, para conseguir gasolina para los coches, queroseno para calentar las casas y nafta para la fabricación de plásticos, el Japón industrial estaba decidido a matar a las personas más vulnerables.

La Dieta aprobó la «Ley Básica para el Control de la Contaminación» en 1967. La ley pretendía «combatir la contaminación ambiental» al nivel más básico y garantizar «la protección de la salud de las personas y la conservación de su entorno vivo». La ley definía términos técnicos como *kôgai*, la palabra japonesa para contaminación ambiental: «Cualquier situación en la que la salud humana y el medio ambiente vivo se vean dañados por la contaminación del aire, el agua o la tierra, ruido, vibración, hundimiento del suelo y olores molestos, que abarquen un área considerable como resultado de la actividad industrial y otras actividades humanas». La nueva legislación abarcaba todo, desde la atmósfera nociva de Yokkaichi al ensordecedor ruido del aeropuerto de Osaka, donde las quejas por contaminación acústica se dispararon en la década de 1960. En diciembre de 1969, con la Ley Básica para el Control de la Contaminación ya en vigor, ciudadanos de los barrios situados en las inmediaciones del aeropuerto Itami de Osaka interpusieron una demanda ante el Tribunal de Distrito exigiendo daños por la alarmante contaminación acústica. Durante diez años, estuvo dando vueltas y varios tribunales fallaron a favor de los demandantes. En noviembre de 1975, se dictó finalmente una sentencia que ordenaba interrumpir los vuelos entre las 9 de la noche y las 7 de la mañana. El caso llegó al Supremo de Japón, uno de los tribunales más conservadores del mundo, que tras seis años de deliberaciones dictaminó que la decisión era ilegal, pero que las víctimas tenían derecho al reasentamiento. Al margen de los debates constitucionales, el aeropuerto internacional de Itami en Osaka sigue estando estrictamente regulado.

En 1970, poco después de la adopción de la ley, la que muchos llaman la «Dieta de la contaminación» presentó 14 disposiciones sobre legislación medioambiental. Los «cuatro grandes» casos fueron zanjados en el plazo de varios años después de la aprobación de la ley: el envenenamiento por metilmercurio de Niigata en 1971, el asma de Yokkaichi en 1972, el envenenamiento por cadmio de Toyama en 1972 y el envenenamiento por metilmercurio de Minamata en 1973. En 1971 el gobierno estableció la Agencia de Medio Ambiente, que pasó a ser Ministerio de Medio Ambiente en septiembre de 2001. En esta época, los legisladores eliminaron el lenguaje respetuoso con la industria, fundamentalmente verborrea, que desde la ley de 1967 buscaba «armonizar» el control de la contaminación con el crecimiento económico. Aún existían muchos retos

medioambientales en Japón, pero a finales de la década de 1960 e inicios de la de 1970 se produjo un fuerte clamor popular contra la industrialización desenfrenada de los años posteriores a la Guerra del Pacífico.

NUEVAS EXPORTACIONES CULTURALES

Japón es conocido hoy tanto por sus exportaciones de cultura popular como por sus productos industriales, sobre todo tras la explosión de la «burbuja económica» japonesa en 1991, que dio paso a lo que muchos han llamado las «décadas pérdidas». El primer icono de esa cultura popular exportada fue el incansable Godzilla, que debutó en las pantallas japonesas en 1954 con la película *Gojira* del director Honda Ishirô (1911-1993). La Tôjô, una de las mayores compañías cinematográficas de Japón, invirtió 60 millones de yenes en los efectos especiales, entonces vanguardistas (figura 23). El actor Shimura Takashi (1905-1982), que ese mismo año se hizo famoso por su papel protagonista en la película de Akira Kurosawa (1910-1998) *Los siete samuráis* (1954), interpretaba al protagonista humano. Godzilla apareció el mismo año del «Incidente del *Dragón Afortunado*»: en marzo de 1954, los pescadores que iban a bordo del atunero japonés se vieron accidentalmente expuestos a los efectos de los ensayos nucleares que Estados Unidos llevaba a cabo en el atolón de Bikini. Menos de siete meses después, el operador de radio del barco murió a causa del síndrome de radiación aguda. Godzilla surgió de esas mismas aguas como protesta de la cultura popular contra las pruebas nucleares y la guerra. En una ocasión, el director Honda explicó: «No teníamos prevista una secuela y esperábamos, ingenuamente, que el fin de Godzilla coincidiese con el fin de los ensayos nucleares». Godzilla no sólo no desapareció en 1954, sino que el adorable cometrenes pasó a formar parte de una de las series más perdurables de la historia del cine japonés. Tôjô no echó el cierre hasta julio de 1995, con *Gojira tai Desutoroia* (Godzilla contra Destroyer). «Como las películas de Godzilla componen una serie, se imponen algunas limitaciones al personaje de Godzilla y a la historia de fondo», admitió un ejecutivo de la empresa Tôhô. «Por eso hemos decidido poner fin a la serie.»



Figura 23. Godzilla se enfrenta a las fuerzas de autodefensa japonesas en Tokio.

Desde el debut de Godzilla en las pantallas de Estados Unidos con el título de 1956 *Godzilla, rey de los monstruos*, muchos otros productos de la cultura popular japonesa se han abierto camino en el mundo. A diferencia de las aguas radioactivas de posguerra en las que nadaba Godzilla, el Japón de los años 1980 se caracterizó por una inexplicable búsqueda de lo «mono». En Tokio y otras ciudades se podía ver a algunas mujeres adultas vestidas de colegialas, con peluches de animales colgando de suéteres rosa o de las cremalleras de sus bolsos. Las mujeres, en particular, querían parecer «aniñadas», como escribió un observador. Es el caso de vocalistas femeninas como Seiko Matsuda (n. 1962) quien arrasaba, sobre todo entre los chicos, cuando se vestía de Little Bo Peep para los conciertos y apariciones en televisión. Por las ciudades de Japón desfilaban cientos de miles de *burikko*, mujeres que encandilaban a los hombres recreando su adolescencia. Pero un producto más duradero de la fase ñona en Japón fue Hello Kitty, creado por la casa Sanrio en 1974. Aunque en apariencia era sólo un motivo simpático para una bolsa de tela, Sanrio le dio una biografía cosmopolita: «Hello Kitty nació en Londres, Inglaterra, donde vive con sus padres y su hermana gemela Mimi. Hello Kitty y Mimi están en tercero [...] Entre sus aficiones está escuchar música, leer, comer las galletas que hace su hermana y, lo mejor de todo, hacer nuevas amistades». Hello Kitty hasta tenía su propio periódico, *Ichigo shinbun* (Noticias fresa). La empresa Sanrio describe su negocio como «regalos de comunicación social» y, a juzgar por los beneficios, parece funcionar. Mientras personalidades

estadounidenses como Lady Gaga llevan bolsos de Hello Kitty, más por sutil ironía que por «noñería», presumo, los beneficios de Sanrio en 2010 alcanzaron casi a 10.000 millones de yenes.

Hasta los media japoneses han logrado popularidad mundial, incluyendo el manga (novelas gráficas) y el anime (cine de animación). Aunque los japoneses leían manga antes de la guerra, y el género probablemente tenga sus raíces culturales en las tallas en madera del periodo premoderno, el formato actual floreció tras la ocupación estadounidense. Hoy abarca desde serias críticas conservadoras de actitudes japonesas ante la Guerra del Pacífico y caliente pornografía sadomasoquista a tratados económicos e historias de ciencia ficción. Tezuka Osamu (1928-1989), conocido como el «dios del manga», fue el artista y contador de historias que impulsó este género a su papel dominante en la cultura popular de posguerra. Tezuka había estudiado para médico pero nunca ejerció. Era también aficionado a la entomología y mostraba un gran interés por el mundo de los insectos: su *nom de plume* era Osamushi, una referencia a un tipo de escarabajo terrestre. En su manga, Tezuka trata una serie de temas importantes, incluyendo historias de frágiles y deslucidos héroes que se enfrentan a problemas irresolubles. Debido a la naturaleza sesuda de sus temas, Tezuka hizo que fuese aceptable que los adultos leyesen manga, cosa que como cualquiera que se haya desplazado en metro en Japón sabe, hacen en tropel. Tezuka creció en Takarazuka, sede de la transgresora Takarazuka Revue Company, donde se quedó fascinado por el cine, en especial las películas de dibujos animados de Walt Disney (1901-1966). En una ocasión declaró que había visto *Blancanieves* y *Bambi* unas 80 veces, hasta memorizar prácticamente cada fotograma. Para la generación de posguerra, el manga más famoso de Tezuka es *Tetswan Atom* (Astro Boy), de entre 1951 y 1969. Hoy el manga está entre las exportaciones japonesas más importantes y el género se ha hecho muy popular fuera de Japón.

El manga está estrechamente relacionado con el anime, o películas de animación, que también goza de popularidad internacional. A diferencia de Tezuka, que adoraba las películas de Disney de joven, el primer creador de anime japonés, Miyazaki Hayao (n. 1941), nunca se interesó mucho por los clásicos de Disney, que solía encontrar triviales. Miyazaki montó con su colaborador, Takahata Isao (n. 1935), el estudio Ghibli, que se ha

convertido en un gigante de la industria cinematográfica de animación. Miyazaki logró reconocimiento mundial con su *Kaze no tani no Nausicaä* (Nausicaä del Valle del Viento, 1984), una de las muchas películas que explora las intersecciones del comportamiento humano, en especial la avaricia comercial, y la fragilidad y mutabilidad del mundo natural. En su ecodrama fantástico, Nausicaä, una sensible muchacha, lucha por sobrevivir en un mundo tóxico postapocalíptico habitado por tribus guerreras de insectos mutantes. El personaje principal recuerda a la princesa Heian de *Mushi mezuru himegimi* (La princesa que amaba a los insectos, siglo XII). También se basa en el personaje de Maryara de Rowlf, obra del ilustrador estadounidense Richard Corben (n. 1940). Otras ecofábulas producidas por los estudios Ghibli incluyen la película de 1994 *Heisei tanuki gassen ponpoko* (La guerra de los mapaches Heisei), la historia de una tribu de mapaches mutantes que aprovechan sus fabulosos poderes para metamorfosearse para combatir el desarrollo de la Nueva Ciudad de Tama. La escena de la «Operación Fantasma», en la que los mapaches de forma cambiante invocan a una serie de espectros japoneses e iconos culturales para atemorizar a los nuevos habitantes de Tama, es visualmente asombrosa. Miyazaki hizo después *Mononokehime* (La princesa Mononoke, 1997), la historia de una joven criada por una pareja de lobos similares a dioses, recuerdo de los lobos reales de Japón, reverenciados en otro tiempo pero cazados hasta la extinción en el periodo Meiji. El personaje principal es un joven príncipe emishi llamado Ashitaka, que se ve inmerso en una lucha entre la industrializada Ciudad del Hierro y los animales del cercano bosque y el Gran Espíritu del Bosque. En ciertos aspectos, la obra explora la muerte de la naturaleza. A medida que se intensifica la industrialización humana y la explotación del mundo natural por parte de los humanos, los animales pierden su existencia subjetiva como dioses y se convierten en objeto de la explotación humana. A lo largo de la película, mientras el mundo natural es explotado por la Ciudad del Hierro, los animales pierden también su capacidad para hablar, un símbolo de su cosificación en el imaginario humano.

Evidentemente, si el crecimiento industrial y el colapso medio ambiente caracterizan los años de posguerra, esas tendencias históricas corren en paralelo con una exploración cultural de esos mismos temas. Desde el Godzilla radioactivo a la princesa loba, la cultura popular japonesa

ha seguido explorando el tema del lugar que ocupa el humano moderno en el mundo natural.

CONCLUSIÓN

En 1991, la «burbuja económica» en Japón explotó con un sonido ahogado. No fue un acontecimiento inmediato, sino más bien un deterioro lento del *boom* económico desencadenado por la construcción y la inflación de los precios. En 1985, por ejemplo, el precio del suelo residencial en Tokio subió un 45 por 100, hasta 297.000 yenes por metro cuadrado; en 1990, en el apogeo de la burbuja, ese mismo metro cuadrado costaba el asombroso precio de 890.000 yenes. Con precios tan elevados para la propiedad la economía se sobrecalentó, lo que también provocó descontrolados flujos de dinero y expansiones del crédito. Después de que el Banco de Japón intentara enfriar la economía con una serie de medidas de ajuste económico, en 1991 los precios de acciones y activos cayeron en picado y Japón se hundió en las «décadas pérdidas». Para una nueva generación de japoneses, los prósperos años ochenta, con los precios inflados de la vivienda y el mercado de valores, son un recuerdo lejano. Muchos japoneses jamás los experimentaron. Sumado al triple desastre, Japón llegó al siglo XXI más vulnerable que nunca, mientras una serie de «barcos negros» en forma de nuevos desafíos ponían a prueba a la emprendedora nación insular.

15
Desastres naturales y el filo de la historia

En el siglo XIX, cuando los reformadores Meiji pusieron en marcha la rápida industrialización de Japón, sólo reconocieron sus obvios beneficios económicos y militares, los mismos exhibidos despiadadamente por el imperialismo occidental. Desde entonces, Japón se ha convertido en parte de una comunidad de naciones ricas, que con la quema de combustibles fósiles han minado lentamente la estabilidad relativa del clima que protegía a las civilizaciones humanas. Desde la transición durante el periodo Meiji a la energía no renovable, Japón se ha convertido en un importante contribuyente global al cambio climático, con emisiones de dióxido de carbono, o gases de efecto invernadero, equivalentes a 1.390 megatones en 2005, más que Alemania o Reino Unido. Una consecuencia del cambio climático en la Tierra es la subida del nivel del mar, que plantea graves retos a muchas naciones insulares del Pacífico, incluido Japón. El vínculo entre la industrialización japonesa en el siglo XIX y la realidad de la elevación de los océanos es innegable y ha colocado a Japón en un precario precipicio histórico. Los beneficios de la «civilización e ilustración» del siglo XIX, y el crecimiento económico que aportaron, se han transformado en unas cuantas generaciones en una amenaza para Japón a un nivel fundamental. El clima, la topografía y la biodiversidad de Japón están sometidos a dramáticos cambios, lo mismo que la nación que este medio ambiente físico sustenta. Como ha observado un historiador: «La disciplina de la historia reside en la asunción de que nuestro pasado, presente y futuro están conectados por una cierta continuidad de la experiencia humana», pero el cambio climático amenaza esa continuidad. En el caso de Japón, el cambio climático ha suscrito medio siglo convulso, en el que las fuerzas naturales, desde eventos sísmicos a supertormentas en el Pacífico, interactúan con otras no naturales, como los patrones de asentamiento costero y la incorporación de tierras, para establecer el tenor de las perspectivas japonesas para el siglo XXI.

NATURALEZAS CAMBIANTES

En Japón, siglos de meditación filosófica han buscado vislumbrar cómo el carácter insular del país determina su cultura. A inicios del siglo XX, la voz más influyente en esta discusión fue el filósofo Watsuji Tetsurô (1889-1960). En respuesta a gigantes europeos como Martin Heidegger (1889-1976), en su obra maestra *Fûdo* (Clima y cultura, 1935), Watsuji vincula el espacio geográfico con el tiempo histórico como determinantes cruciales en la evolución de las culturas nacionales. Watsuji deseaba reconstruir la cultura japonesa desde sus cimientos, poniendo el énfasis en la interrelación entre clima y comunidades humanas. Watsuji asumió que la gente nunca trasciende su medio ambiente y que la topografía, el clima, el suelo, el agua, las plantas y los animales se sincronizan para dar forma a la evolución cultural de una nación. Por esa misma época, Heidegger había apuntado en su influyente *Sein und Zeit* (*Ser y tiempo,* 1927) la básica naturaleza material del entorno. Antes, Watsuji llegó a la conclusión de que «todas las investigaciones sobre la cultura de Japón deben en su simplificación final volver al estudio de su naturaleza».

Pero la constante climatológica de la filosofía de Watsuji cambia drásticamente a causa del «cambio climático» y la subida del nivel del mar. Globalmente, el nivel del mar comenzó a subir por la expansión térmica (el agua se expande cuando se calienta) y la fusión de depósitos de agua terrestre (como glaciares, casquetes nevados y capas de hielo), variando el volumen del agua de los océanos. Procesos locales, como la circulación en los océanos y la presión atmosférica, así como el movimiento tectónico, la subsidencia y la sedimentación, magnifican los incrementos en el volumen oceánico y producen nuevas alteraciones en el nivel del mar. En parte, estas transformaciones climatológicas apuntalan el nacimiento del Antropoceno, en el que las fuerzas de origen humano sobrepasan a las naturales a la hora de crear rasgos en la superficie dinámica de la Tierra.

Mediante el uso de medidores de mareas y altimetría por satelite, los científicos han seguido los cambios recientes en los niveles del mar paralelos a la industrialización de Japón y otras naciones. Al parecer, durante la mayor parte de la historia humana hasta 1900 E.C., los niveles de los océanos permanecieron más o menos estables, lo que hizo posible que filósofos como Watsuji vincularan el desarrollo cultural con una topografía

y una climatología relativamente invariables. Antes de eso, durante el Pleistoceno (aproximadamente 2.588.000 a 11.700 A.P.) el nivel de los mares fluctuó de forma extrema y llegó a los 120 metros. A mediados del Holoceno (11.700 A.P.), sin embargo, el nivel del mar se estabilizó, en buena medida debido a la mayor estabilidad climatológica, que posibilitó la agricultura y el desarrollo de civilizaciones humanas. Pero la industrialización desestabilizó la burbuja climática del Holoceno. A partir de 1900 E.C., debido a la expansión térmica y la fusión de los glaciares, el nivel ha aumentado sensiblemente, siendo más visible al extenderse la industrialización por el globo. En 1900 y 1993, el nivel del mar alcanzó de media 1,7 mm al año. Los científicos del IPCC (Grupo [o Panel] Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático) especulan con la posibilidad de que en 2090 esa cifra se eleve a 4 mm al año.

Además de las variaciones «insignificantes» en el nivel del mar están los episodios «extremos», más devastadores, a los que Japón es propenso y que amplifican la capacidad destructiva de los desastres naturales. Los episodios extremos de incremento en el nivel del mar están generados por tsunamis no relacionados directamente con el cambio climático, sino con los movimientos tectónicos y la brusca aparición de tempestades generadas por tifones y otras tormentas. La frecuencia e intensidad de estas subidas extremas del nivel del mar se dan la mano con el aumento de los eventos insignificantes. En otras palabras, a medida que el nivel medio del mar ascendía durante el siglo XX, también lo hacía la frecuencia e intensidad de grandes tormentas y la devastación causada por los tsunamis, que se han vuelto más peligrosos al ascender el nivel del agua. Como señalan los científicos del IPCC, «el cambio climático puede apreciarse en su mayor parte a través del impacto de los episodios extremos», incluyendo la ferocidad de las tormentas en el Pacífico. Desde la década de 1950, las tormentas en el oeste del Pacífico Norte, las que afectan a Japón directamente, casi han duplicado su índice de poder de disipación (PDI), con un incremento de alrededor del 30 por 100 en el número de tormentas tropicales y huracanes de categorías 4 y 5 desde 1990. La elevación de las temperaturas de los océanos motivadas por el calentamiento global influye en El Niño/Oscilación del Sur (ENSO), lo que exacerba todavía más la intensidad de las tormentas. En la segunda mitad del siglo XX, se produjo en Japón un ascenso de los ciclones extratropicales, además de peligrosas

tormentas tropicales y huracanes. El promedio anual de precipitaciones en Japón (1.000 mm a 2.000 mm) no varió de forma radical durante ese tiempo, pero sí el patrón de dichas precipitaciones. Desde la época de los cortesanos Heian, las predecibles y «deseadas lluvias» suponían precipitaciones puntuales y configuraban los ritmos de la estética japonesa, como afirmaba Watsuji. Pero ahora el patrón de lluvias es mucho más variable y difícil de predecir, lo que significa que el «clima» de la filosofía de Watsuji ya no es una constante. En lugar de eso se está transformando, cambiando al mismo tiempo el panorama natural y el histórico.

La elevación del nivel del mar puede acarrear daños económicos y pérdida de vidas en algunas de las áreas más pobladas de Japón, incluidos 23 distritos del Tokio metropolitano, que los ingenieros construyeron en tierras bajas a nivel del mar. Sectores industriales de Japón, que van desde la fabricación y la generación de energía a la pesca y el ocio, están en zonas bajas costeras, lo que convierte en potencialmente catastrófica para la economía japonesa la amenaza de aumento del nivel del mar. Tokio alberga aproximadamente el 28 por 100 de la producción industrial del país, el 39 por 100 de sus empresas a gran escala, casi la mitad de los estudiantes universitarios de Japón, el 85 por 100 de las compañías extranjeras y más de la mitad de los empleados japoneses de la industria de la información. Si incluimos a Nagoya y Osaka, importantes ciudades levantadas también en áreas costeras bajas que han sido azotadas por terremotos y barridas por tsunamis en el pasado, los porcentajes económicos son abrumadores. El grueso del sector industrial de Japón se ubica en áreas costeras vulnerables a las subidas en el nivel del mar.

Japón tiene una larga línea costera (34.390 km) en comparación con el tamaño de la tierra total del país, lo que lo hace particularmente vulnerable a la elevación del nivel del mar, episodios extremos de meteorología y tsunamis. Del tamaño total de la tierra, en torno al 72 por 100 del país es una cordillera montañosa, lo que implica que la población de Japón tiende a concentrarse en las tierras llanas cerca de la costa. Ahora, unos 11 millones de personas, alrededor de un 10 por 100 de la población total, viven en áreas susceptibles de inundación. Buena parte de la costa japonesa es un entorno urbanizado, caracterizado en zonas por escolleras, rompeolas y otras formas de protección, pero la mayoría está expuesto por completo a los mares que lo rodean.

Las cifras en las zonas industriales son impactantes: el 95 por 100 de la bahía de Osaka, por ejemplo, es artificial y sólo conserva pequeñas parcelas de las en otro tiempo famosas playas con pinos y arena blanca, como las de Suma. Las costas japonesas son predominantemente entornos urbanizados.

LA NATURALEZA ARTIFICIAL DE LOS EPISODIOS EXTREMOS

Un historiador ha mencionado que no sólo los llamados «desastres naturales» se resienten de arrolladores elementos obra del hombre, sino que los políticos y planificadores «consideran estos acontecimientos como estrictamente naturales en un intento de justificar una serie de medidas irresponsables, que han demostrado ser socialmente, si no moralmente, insensatas». Es una dura acusación, pero este razonamiento refleja sin duda la respuesta del gobierno japonés al triple desastre –el terremoto, el tsunami y el accidente nuclear del 11 de marzo de 2011–, en la que se utilizan los aspectos naturales e impredecibles de la calamidad, que generaron un «desastre de mil años», para justificar no sólo la ineptitud del gobierno, sobre todo en relación con la supervisión de la industria nuclear, sino también para legitimar la expansión de la potencia nuclear en Japón. No obstante, los desastres naturales no «ocurren sencillamente» y no se trata de catástrofes indiferentes, «moralmente neutras». Más bien están construidas históricamente a varios niveles y con el cambio climático y la subida del nivel de mar la naturaleza de las supertormentas muestra las huellas humanas de pasadas elecciones y decisiones políticas.

Como han demostrado los científicos del IPCC, los episodios costeros extremos, incluidos los tsnunamis y supertormentas, van parejos a aumentos en el nivel del mar. Según sube el nivel medio de los mares, se incrementan la aparición e intensidad de las tormentas y de las olas que inundan, matan y ponen en peligro la propiedad y otros activos económicos. Esos mismos científicos han demostrado que desde la décadas de 1950 ha crecido la intensidad de las tormentas en el oeste del Pacífico Norte, con cambios en el nivel de los mares, y sostienen que se volverán más violentas en el futuro a medida que los océanos sigan calentándose y el mar ascendiendo. Los científicos estiman que actualmente en Japón unos 861 km^2 de terreno están por debajo del nivel medio de la pleamar, con unos 2 millones de habitantes

y 54 billones de yenes en bienes tangibles en esas áreas bajas vulnerables. Cuando el nivel del mar suba un metro, como se ha predicho que hará a finales de siglo, la tierra por debajo del nivel medio de la marea alta aumentará a 2.340 km^2, casi el triple del tamaño actual. La población de esa zona ascenderá a 4 millones con activos valorados en 109 billones. Las áreas potencialmente anegables de Japón subirán de 6.270 km^2 a 8.900 km^2, con más de 15 millones de personas en peligro. Con un tsunami, las olas pueden alcanzar más de 20 metros de altura dependiendo de las condiciones locales, lo que significa que el nivel del mar puede aumentar todavía más en caso de maremotos.

Cuando de tormentas se trata, las más importantes tienen su propio nombre y como protagonistas de la historia requieren algo de trabajo biográfico. En las condiciones en las que se encuentra la Tierra durante el Antropoceno, el aumento del nivel del mar, el calentamiento de los océanos y el desarrollo costero se han combinado para magnificar la intensidad de las tormentas, y el daño provocado por el aumento de estas, las lluvias torrenciales y los fuertes vientos también se ha visto exacerbado. En la década posterior a la Guerra del Pacífico se produjeron varios tifones importantes, pero en el caso de dos, el tifón Ida (más conocido como tifón Kanagawa en Japón) y el tifón Vera, la presión barométrica, las lecturas de velocidad del viento, las bajas y los daños a la propiedad fueron un reflejo de las supertormentas del Antropoceno.

Durante la noche de los días 26 y 27 de septiembre de 1958, Ida (figura 24) golpeó Japón cerca de la ciudad de Kanagawa con vientos de 190 km/h, y ráfagas de 258 km/h, y las intensas precipitaciones que la acompañaron provocaron destructivos aludes de lodo en todo Japón. La tormenta se había formado al oeste del Pacífico, cerca de Guam, y había ganado fuerza a medida que se desplazaba por las aguas cálidas hacia Japón. El 24 de septiembre, cuando un Hurrican Hunter (avión vulgarmente conocido como cazador de huracanes o rastreador de tifones) empleó una sonda con paracaídas (dispositivo de medición meteorológica) diseñada por el NCAR (Centro Nacional de Investigación Atmosférica de Estados Unidos) para hacer las estimaciones, la lectura de la presión barométrica fue de 877 mb (milibares) y la velocidad máxima del viento de 325 km/h. Estas lecturas convirtieron al tifón Ida en la mayor tormenta registrada. Ida devastó Japón. Tras desbordarse los ríos Kano, Meguro y Arakawa, 2.118

edificaciones quedaron destruidas o fueron directamente barridas. Un metro de aumento en la marea alta inundó más de 48.562 hectáreas de arrozales en el área y causó una destrucción generalizada. El tifón Ida dejó caer casi 430 l/m^2 de agua sobre Tokio, la cifra diaria más alta desde que comenzaron los registros en 1876. Al final, se cobró 1.269 vidas, dejó a decenas de miles de personas sin hogar y originó 50 millones de dólares en daños. Fue la primera de las supertormentas gemelas que presentaron a Japón el clima extremo de la era del Antropoceno.

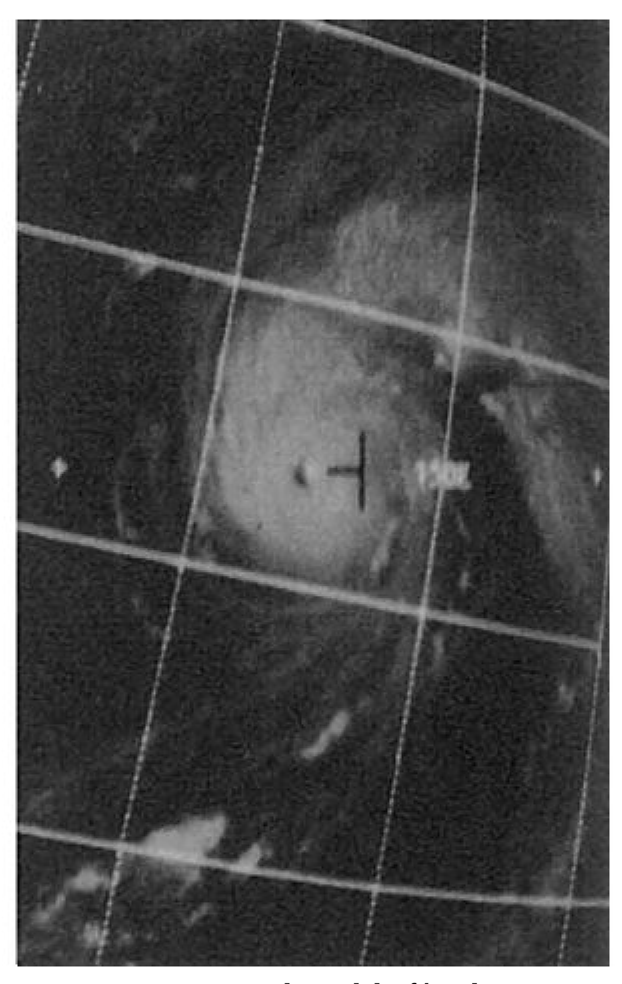


Figura 24. El ojo del tifón Ida.

Exactamente un año después, el tifón Vera arrasó la bahía de Ise en el centro de Japón, cerca de la muy industrializada ciudad de Nagoya. Cuando Vera tocó tierra, los vientos superaron los 193 km/h y los 305 l/m^2 de lluvia

por día causaron aludes de barro que aplastaron o sepultaron 36.000 edificios. Una subida en el nivel del agua de 6 metros inundó la bahía de Ise y se llevó siete embarcaciones, incluido un carguero británico de 7.412 toneladas. Olas de más de 9 metros hundieron 25 barcos de pesca que intentaban capear la tormenta y mataron a casi 50 marineros. El tifón Vera se cobró 5.159 vidas y dejó a un millón de personas sin hogar. Los daños fueron estimados en 2.000 millones de dólares, lo que hizo de Vera la tormenta más destructiva en la historia moderna de Japón. La variación en el nivel del mar tuvo mucho que ver con el poder devastador de estas dos supertormentas, al igual que el calentamiento de los océanos, que hizo que las tormentas se intensificaran mientras avanzaban hacia Japón.

Los cambios en el nivel del mar no influyen sólo las tormentas, sino también los tsunamis. Como hemos visto, Japón es un patrimonio sísmicamente activo. Los siglos XIX y XX tuvieron su porción de terremotos destructivos, muchos de ellos acompañados de tsunamis. Los mejor documentados son el terremoto de Ansei (1854-1855), el de Nôbi en el centro de Japón (1891), el Meiji-Sanriku (1896), el gran terremoto de Kantô (1923) en Yokohama y Tokio, y el gran terremoto de Hanshin-Awaji de 1995. Como el temblor en Ansei se produjo durante el periodo Tokugawa (1603-1868), las crónicas del desastre adoptaron la forma de cientos de grabados en bloques de madera, que representaban a un pez gato junto a mercaderes y funcionarios del gobierno balanceándose sobre su resbaladiza espalda. Cuando el pez gato se retorcía y agitaba su cola, la tierra se sacudía, a menudo desvelando la abundancia de sus riquezas, representadas en forma de monedas de oro que caen del cielo. En la tumultuosa mitad del siglo XIX, cuando, como vimos, «la presión exterior y el desorden interno» habían debilitado al *bakufu* Edo hasta llevarlo al hundimiento, esos terremotos y su interpretación social, que los consideraba una redistribución de la riqueza, resultaban amenazadores para la legitimidad Tokugawa. Los tres terremotos sucesivos provocaron grandes tsunamis, incendios y caos, que tuvieron como resultado unas 17.000 muertes. Pero puede que las resonancias políticas fueran el auténtico legado del terremoto de Ansei, ya que el régimen Tokugawa cayó diez años después.

El terremoto de Nôbi ocurrió durante el periodo Meiji. Alcanzó una magnitud de 8 puntos, la mayor para un terremoto tierra adentro en la

historia de Japón. Se cobró alrededor de 7.000 vidas y redujo a escombros muchos de los modernos bloques de ladrillo tan cuidadosamente levantados por los reformadores Meiji. En Osaka y otros lugares, la mayoría de las casas tradicionales de madera resistieron el temblor del 28 de octubre de 1891, pero la tejeduría de algodón de Naniwa, un «edificio de tres pisos construido en ladrillo al estilo de las fábricas inglesas», como lo describía un periódico, se hundió por completo, el único en todo Osaka en hacerlo. La construcción, que «sólo tenía unos meses» aplastó a 21 personas al venirse abajo. Según se informó, no sólo se hundió la planta de algodón de Naniwa, sino que «todas las fábricas de construcción extranjera resultaron más o menos dañadas», lo mismo que muchas de las casas de ladrillo de las concesiones extranjeras. De modo similar, como contaba otro periódico, se derrumbaron «magníficos edificios de ladrillo» como la oficina de Correos de Nagoya, pero los tradicionales de madera sobrevivieron. Esas construcciones de ladrillo hundidas en el desastre sísmico ponen de manifiesto los elementos humanos del evento natural.

El 1 de septiembre de 1923, cuando el gran terremoto de Kantô redujo a escombros buena parte de Tokio y Yokohama, las grietas en la falla sísmica sacaron a la luz chirriantes divisiones sociales en el nuevo orden imperial japonés, que tuvieron como resultado violencia racial en toda el área de Tokio. El habilidoso Gotô Shinpei (1857-1929), fogueado como administrador colonial en Taiwán y alcalde de Tokio, supervisó la reconstrucción tras el desastre, que con ayuda del ejército imperial se llevó a cabo de manera rápida y eficiente, aunque los militares alardearon innecesariamente. Gotô, con ayuda del historiador y planificador urbano Charles A. Beard (1874-1948), deseaba transformar las zonas arrasadas de Tokio en un entorno moderno modelo, pero los opositores políticos desbarataron sus ambiciones. En cualquier caso, el terremoto dejó al descubierto el punto débil del Japón imperial. El día después del terremoto, un periódico de Tokio informaba de que los «coreanos y socialistas estaban planeando un complot rebelde y traicionero. Urgimos a los ciudadanos a cooperar con el ejército y la policía para defendernos de los coreanos». Simultáneamente, la Armada imperial desplazó barcos a la península de Corea. Con el nacionalismo étnico japonés y las preocupaciones raciales avivando las llamas, el desastre sísmico de 1923 en Japón enseguida se transformó en uno social. Durante varios días, después de que se

extendiesen rumores de que los coreanos habían provocado los incendios y envenenado el abastecimiento de agua de la ciudad, los vigilantes recorrieron las calles de Tokio eliminando a «coreanos» y «bolcheviques». Pese a que hubo momentos de cooperación internacional y buena voluntad, el legado del gran terremoto de Kantô marca el ascenso del militarismo japonés tanto como la retórica de renovación social y recuperación. El desastre natural presagió para muchos la necesidad de cambio en el ámbito artificial de la civilización humana. Como declaró el emperador Taishô (1879-1926) tras el gran terremoto de Kantô: «En años recientes la ciencia y el conocimiento humano han progresado mucho. Al mismo tiempo se han instaurado frívolos y extravagantes hábitos [...] Si no son controlados, tememos que el futuro del país sea oscuro, ya que el desastre sucedido al pueblo japonés es grave».

Históricamente, la mayoría de los terremotos importantes en Japón se produjeron en alta mar y generaron tsunamis. El terremoto de Tônankai del 7 de diciembre de 1944, causó muchos daños a lo largo de la costa de la prefectura de Wakayama y la región de Tôkai; 1.223 personas perdieron la vida en la sacudida y el tsunami de 8 metros, que barrió, destruyó o dañó seriamente 73.000 hogares. El 20 de diciembre de 1946 un terremoto de magnitud 8,1 en Nankaidô golpeó la región en torno al sur de Honshu y las islas Shikoku. El tsunami alcanzó alturas máximas de 6 metros, mató a miles de personas y destruyó 36.000 casas. Muchos de los temblores en el mar más devastadores de Japón ocurrieron al este de la costa de Sanriku en el nordeste de Japón, a lo largo de la fosa oceánica de subducción japonesa. Esta fosa oceánica se crea cuando la placa del Pacífico desciende por debajo de la placa de Okhotsk frente a la costa de Sanriku, un movimiento que causa la mayoría de los peores terremotos y tsunamis en el noroeste de Japón. Durante el periodo Meiji, el terremoto de Sanriku del 15 de junio de 1896 fue una muestra de la devastación que las sacudidas en el nordeste podían provocar, en especial si iban acompañadas de un tsunami. El terremoto, algunos de cuyos temblores se dejaron sentir incluso en la costa de California, tuvo una magnitud de 8,5 y generó un tsunami con alturas máximas de 25 metros. Murieron 22.000 personas como consecuencia del terremoto y el tsunami, que destruyeron 10.000 viviendas y dejaron a mucha gente sin refugio. El 2 de marzo de 1933 otro terremoto en Sanriku recorrió la costa nordeste. Este poseía una magnitud de 8,4 y el tsunami que

lo acompañó barrió miles de hogares. La altura máxima del tsunami fue de 28,7 metros y los daños alcanzaron a Hawái.

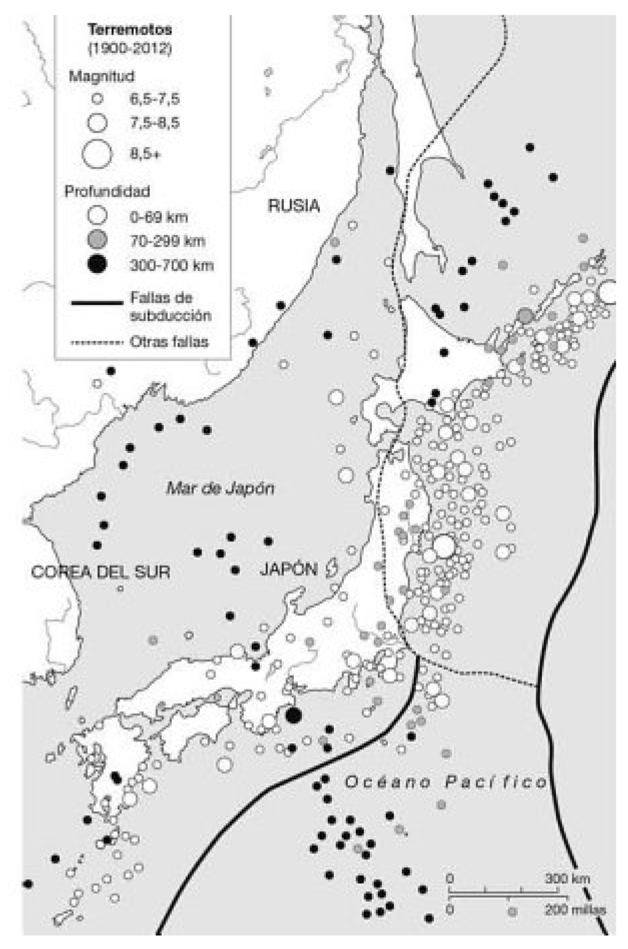
Estos dos terremotos en Sanriku, pese a lo devastadores que fueron, se quedaron cortos en comparación con el megaterremoto del 11 de marzo de 2011, de magnitud 9. Una superposición de fallas cerca de la fosa oceánica de la zona de subducción causó el desastre, el peor en un país frecuentemente visitado por catástrofes sísmicas. La cuestión es que las supertormentas y los episodios sísmicos, con sus correspondientes tsunamis, han sido parte importante de las experiencias modernas de Japón. Mientras el país se enfrenta a un futuro caracterizado por el cambio climático y la subida del nivel del mar, la violencia inhumana de tales desastres naturales promete intensificarse.

EL TRIPLE DESASTRE

El 9 de marzo de 2011, dos días antes del gran terremoto de Japón Oriental, se pudieron percibir varias inquietantes sacudidas previas en ciudades del norte como Sendai, una de ellas de magnitud 7,2. El 11 de marzo, varios temblores más sacudieron con fuerza el nordeste de Japón hasta que el megaterremoto principal golpeó la región 15 minutos antes de las tres de la tarde. Cientos de brutales réplicas siguieron al enorme terremoto y se reprodujeron durante años después del desastre. Geológicamente, como resultado del megaterremoto, la isla de Honshu se movió 2,4 metros hacia el este y el eje de la tierra se desplazó 25 cm. Fue el mayor terremoto jamás registrado en Japón y el quinto más potente en el mundo desde que empezaron los registros modernos en 1900. El epicentro del megaterremoto se originó cerca de la fosa oceánica japonesa, donde la placa del Pacífico se introduce bajo la isla de Honshu, unos 72 km al este de la península de Miyagi. El hipocentro, básicamente la «zona cero» del terremoto, se encontraba a relativamente poca profundidad, 32 km. Como resultado del temblor, olas de más de 40 metros desembarcaron en la prefectura de Iwate y, en algunos casos viajaron hasta 10 km tierra adentro causando grandes estragos en comunidades a baja altitud.

Todos estos factores geológicos y sísmicos contribuyeron a la fuerza natural del enorme terremoto en el este de Japón (mapa 4). Aparte del

efecto que pudo tener la subida del nivel del mar, el origen del terremoto y el tsunami estaban más allá del control humano. El terremoto fue un suceso natural, pero una vez que las oleadas de sacudidas en tierra y el colosal muro de agua del tsunami alcanzaron la costa este de Japón, el desastre natural se convirtió de inmediato en humano, destruyendo o barriendo proyectos de desarrollo económico, divisiones de clase, diques, comercios, escuelas, puertos pesqueros protegidos, invernaderos y otras creaciones de la política y la toma de decisiones japonesas. Los canales de riego, puertos, aparcamientos y calles canalizaron el agua en cuanto tocó tierra. Los antepasados locales de algunas comunidades del nordeste, como los del pueblo de Yoshihama en la prefectura de Iwate, habían trasladado su aldea desde zonas bajas a otras más altas tras los desastres anteriores de 1896 y 1933. En lugar de con estaciones de tren, colegios y viviendas, que los habitantes de Yoshihama habían reubicado en zonas altas, el arrollador tsunami se encontró con plantaciones de arroz, que reprodujeron el modelo de humedales naturales y mitigaron el daño del tsunami. Como consecuencia, sólo murió una persona el 11 de marzo de 2013. Pero el aprendizaje de estas lecciones conllevó un elevado precio. En 1896, Yoshihama perdió a 204 habitantes, la mayoría arrastrados cuando asistían a una boda en la zona baja costera. Después de 1896, el jefe de Yoshihama incentivó la construcción de viviendas en las colinas circundantes, a mayor altitud, lo que dio sus frutos: en 1933 sólo 17 personas perecieron como resultado del desastre. En otras aldeas cercanas, mucha gente con memoria muy corta había empezado a invadir las tierras bajas y a construir casas cerca de los arrozales a medida que el recuerdo de las tragedias de 1896 y 1933 se hundía en un horizonte generacional. Por desgracia, esos lugares pagaron un alto coste el 11 de marzo de 2011 (figura 25).



Mapa 4. Mapa sísmico de la USGS (United States Geological Survey), 1900-2012.


Figura 25. Una niña retorna al emplazamiento donde estaba su hogar después del tsunami del 11 de marzo de 2011.

Uno de esos pueblos fue Minami Sanriku, que se interponía justo en el camino del tsunami de 2011. Olas de 12 metros golpearon la ciudad, destruyéndola casi por completo y llevándose por delante al diez por 100 de sus habitantes. Lo que una vez fue un pueblo de pescadores quedó reducido a escombros por el tsunami. Una de las imágenes más reiteradas del tsunami es la del alcalde de Minami Sanriku subido al punto más alto del edificio del gobierno, una de las 10 personas, de las 130 refugiadas en ese lugar, que sobrevivieron al embate de las olas y la inundación. El tsunami devastó una franja de 500 km de la costa japonesa, borrando muchas comunidades y matando a cerca de 20.000 personas. Cuando la ola llegó a la orilla, atacó con violencia una parte de Japón ya por golpeada por el abandono y la despoblación. Algunos expertos calculan que en 2025 el nordeste habrá perdido el 20 por 100 de su población. Lo terrible es que el tsunami aceleró el proceso de despoblación arrastrando a unas 20.000 personas al mar.

Resultó que el terremoto y el tsunami no eran más que el comienzo de la pesadilla japonesa del 11 de marzo. Se produjo la fusión de tres reactores nucleares en la planta de Fukushima Daiichi dirigida por TEPCO (Tokyo Electric Power Company), que saturaron a las comunidades próximas con peligrosos niveles de radiación que dejaron inhabitables muchas de ellas durante generaciones. Para situarlo en la perspectiva de las experiencias nucleares japonesas, el gobierno estimó que la fusión había producido 170 veces más cesio 137 y dos veces la cantidad de estroncio que el ejército estadounidense descargó sobre Hiroshima al final de la Guerra del Pacífico. En unos días tras el terremoto y el tsunami los japoneses se familiarizaron con unidades especializadas de medición como microsieverts y becquerelios, además de con materiales tan peligrosos como el cesio y el estroncio. La mayoría de las 110.000 personas evacuadas de la zona por el gobierno poseían casas en las que enfermarían si decidieran volver. El material radiactivo apareció en todo: suministros de agua, centros de atención de día, leche materna, alimentos infantiles, peces, carne y té verde. La radiación de Fukushima se infiltró en la cadena alimentaria nacional de Japón. No pasó mucho tiempo antes de que funcionarios del gobierno detectaran radiación en todas las prefecturas japonesas, incluida la lejana Okinawa. La mitad de los niños de Fukushima mostraban radiación interna, una grave amenaza de problemas de salud, entre otros peligrosos cánceres.

En el plazo de dos años después del triple desastre los médicos detectaron tasas de cáncer de tiroides más elevadas de lo normal en los niños de Fukushima y casi la mitad de ellos presentaban módulos tiroideos (aunque algunas de estas evidencias son objeto de polémica).

En ciertos aspectos, el gobierno respondió con celeridad. Estableció de inmediato un Centro de Control de Crisis y Sede Central de Contramedidas y los gobernadores de las prefecturas pidieron enseguida ayuda a las Fuerzas de Autodefensa de Japón (SDF). El primer ministro Kan Naoto (n. 1946) asumió el control de TEPCO durante un tiempo limitado, cuando la gigantesca empresa no informó de la explosión de hidrógeno en el complejo de Fukushima. Movilizó a las SDF al «nivel máximo» y en tres días 100.000 soldados, alrededor de la mitad de los efectivos militares japoneses, estaban inmersos en operaciones de búsqueda y rescate en todo el nordeste. Las SDF distribuyeron casi 5 millones de raciones de comida y 30.000 toneladas de agua, además de reunir los cadáveres de más de 8.000 conciudadanos.

No obstante, también hubo grandes fallos. Un coro de voces lanzó críticas al primer ministro Kan por «temerario» e «incompetente» al no convocar el Consejo Nacional de Seguridad o incluir oficiales militares en sus centros de gestión de emergencias. Los funcionarios japoneses calcularon que el coste del desastre fue de 16,9 billones de yenes, pero Standard & Poor subió la cifra a 50 billones de yenes. La economía japonesa se resintió del desastre de distintas maneras. Por ejemplo, el fabricante de coches Toyota suspendió la producción en Estados Unidos y Europa y sus ventas en 2011 descendieron más de un 30 por 100. En sentido más amplio, como resultado del triple desastre la economía japonesa descendió casi un 4 por 100 en el primer cuarto de 2011 y otro 1,3 por 100 en el segundo cuarto. Ante al temor a los productos alimentarios contaminados por radiación, muchos países restringieron las importaciones japonesas y las exportaciones de alimentos de Japón bajaron un 8 por 100. Sin embargo, esto no evitó que naciones extranjeras, muchas de ellas vecinas, enviaran ayuda y equipos de asistencia. China, que había aceptado la ayuda de Japón, incluida la de las SDF, tras el devastador terremoto de 2008 en Sichuan, devolvió el favor en 2011 mandando un equipo de rescate integrado por 15 personas y se comprometió a contribuir con 4,5 millones de dólares. El pueblo de Corea del Sur también respondió deprisa y la Cruz

Roja coreana reunió 19 millones de dólares para las víctimas del nordeste de Japón. Las organizaciones de beneficencia taiwanesas aportaron 175 millones de dólares en ayudas. Inmediatamente después del triple desastre, los japoneses dejaron a un lado algunas de las rivalidades regionales más susceptibles para socorrer a la tambaleante nación.

Estados Unidos envió unos 630 millones en ayudas a las víctimas del desastre en el nordeste de Japón y el ejército estadounidense desempeñó un destacado papel de apoyo. Cuando golpearon el terremoto y el tsunami, el portaaviones de clase Nimitz USS *Ronald Reagan*, que estaba desarrollando maniobras conjuntas con Corea del Sur, fue rápidamente redesplegado al nordeste de Japón. Se instaló frente a la costa el 13 de marzo, donde sirvió como base avanzada de asistencia, incluyendo el transporte y reabastecimiento de unidades de las SDF. En la llamada «Operación Tomodachi (Amistad)» el ejército estadounidense aportó robots inmunes a la radiación para evaluar el daño en la planta nuclear de Fukushima Daiichi. Pero también hubo críticas a la respuesta de Estados Unidos, como la del dibujante de derechas Kobayashi Yoshinori (n. 1953). Señaló que la «Operación Tomodachi» representaba sólo una pequeña fracción del «apoyo a la nación anfitriona» que Estados Unidos recibe del gobierno japonés con las bases militares. También tachó a Estados Unidos de «amigo desalmado» cuando se enteró de que el *Ronald Reagan* se había desplazado para ponerse a salvo después de la explosión de hidrógeno en el reactor de Fukushima Daiichi.

Para muchos, el triple desastre puso de manifiesto la necesidad de que Japón despertase tras «décadas pérdidas» de recesión y distanciamiento. Recordemos, en el capítulo 3, a Kamo no Chôme, el eremita medieval que describió un terremoto y un tsunami tan salvajes que «el mar ascendió e inundó la tierra». Al situar el desastre natural en el contexto inhumano de su época, concluía que, a raíz del temblor la gente «se convenció de lo efímero de todas las cosas terrenales» y comenzó «a hablar de lo malo de aferrarse a ellas y de la impureza de sus corazones». Sus pensamientos representaban una interpretación budista del terremoto y el tsunami, una en la que, como concluía, «todas las dificultades de la vida surgen de esa fugaz naturaleza evanescente del hombre y su morada». De modo similar, como el gobernador conservador de Tokio Ishihara Shintarô (n. 1932) explicó, el triple desastre representaba la ocasión de «lavar la codicia» de la sociedad

contemporánea japonesa, mientras los científicos izquierdistas consideraban el desastre «el principio de un nuevo capítulo en la historia japonesa». La retórica del desastre y la reconstrucción se hizo palpable de inmediato. Como explicaba el socialdemócrata Abe Tomoko (n. 1948), «todo Japón, no sólo Tohoku, necesita una reconstrucción». Además de tener atributos humanos con frecuencia, los desastres naturales también marcan crisis en el mundo de los hombres.

Al menos un funcionario del gobierno dijo que las instituciones políticas y económicas japonesas estaban afectadas por una «enfermedad geriátrica» y señaló que la recuperación del desastre ofrecía una oportunidad para «crear una nueva nación». Un catedrático de Tokio veía el triple desastre como una ocasión para «cambiar nuestro modo de pensar, nuestra civilización». El filósofo Umehara Takeshi (n. 1925), un destacado esencialista japonés, esgrimió el triple desastre para moralizar acerca de la necesidad de que Japón volviese a una forma simple de vida, una reminiscencia de las culturas cazadoras Jômon a las que aludimos en el primer capítulo. Se refería a la triple catástrofe como un «desastre de la civilización», que dejaba al descubierto los límites de la Ilustración europea y la «arrogante» guerra contra la naturaleza. Prestando oídos a un pasado mitologizado arraigado en el altruismo budista, Japón necesitaba «regresar a la coexistencia con la naturaleza», explicó. Líderes locales evocaban el triple desastre cuando urgían a las comunidades a establecer «vínculos de contacto humano» que engendrasen «solidaridad». En cierto sentido, no sorprendió que el abad del santuario de Kiyomizu en Kioto eligiese «vínculo» como carácter *kanji* del año en 2011. Los héroes también jugaron un papel en el restablecimiento del sentimiento perdido de comunidad en Japón. Destacaron a los «cincuenta de Fukushima», trabajadores que, arriesgando su salud, retornaron al reactor de Fukushima Daiichi para reducir los potenciales daños. Un reportaje en un periódico proclamaba: «Soportando la carga de la incertidumbre, continúan combatiendo contra un enemigo oculto».

Justo después del triple desastre, el término que caracterizaba las conversaciones sobre el suceso era «inimaginable». Como cuando se usa «natural» para describir los desastres, «inimaginable» servía para situar el terremoto y el tsunami, y lo que es más importante, la fusión en Fukushima Daiichi, al margen de la toma de decisiones japonesa respecto a la elección

energética. En palabras de un gerente de TEPCO, el «accidente en Fukushima fue causado por un tsunami que iba mucho más allá de lo imaginable en la base de diseño». Definía el suceso como un «accidente imprevisible». Un profesor de la Universidad de Tokio, especializado en campos que él definía como «riesgología» y «fracasología», criticó a los expertos por utilizar constantemente el término «inimaginable» para describir el triple desastre. «Imaginar desastres es la responsabilidad de los expertos», insistía. Yosano Kaoru, antiguo funcionario del gobierno y empleado de la industria nuclear, dijo en referencia al triple desastre que «no hay explicación para el trabajo de Dios» y repetía que la energía nuclear es segura. Consideraba que era «injusto» hacer pagar a TEPCO por un desastre natural «anormal». «El incidente superó la escala científicamente prevista. No merece que se dañe su imagen», razonaba.

Pero algunos empezaron a reflexionar sobre el triple desastre, sobre todo los integrantes del activo movimiento antinuclear japonés. En los años de posguerra Japón había derivado hacia un futuro nuclear, a pesar de que el recuerdo de Hiroshima y Nagasaki estaba aún muy fresco. En 1945, el Partido Liberal Democrático aprobó el primer presupuesto para energía atómica de 250 millones. Aunque la cantidad inicial fue modesta, durante los años de posguerra Japón siguió gastando cada vez más en energía nuclear. Entre 1970 y 2007 el gobierno japonés invirtió 10 billones en energía nuclear, aproximadamente un tercio del gasto total en energía del sector público y un 95 por 100 del presupuesto nacional para investigación y desarrollo energéticos. El Ministerio de Comercio Internacional e Industria creó «compañías de control público» para ayudar a las empresas privadas a desarrollar energía nuclear, socializando el alto coste de abrir centrales nucleares. Toshiba trabajó con General Electrics, por ejemplo, mientras Mitsubishi lo hacía con Westinghouse. A mediados de los años 1980, todas las empresas de servicios públicos de Japón, a excepción de Okinawa Electric Power Company, tenían en marcha plantas de energía nuclear. Antes del triple desastre, las centrales nucleares generaban en torno al 30 por 100 de la electricidad de Japón, algo menos que de gas natural licuado. A partir de 2011, los críticos reiteraron los ataques hacia la industria afectada. Entre los muchos problemas estaban la eliminación de residuos y el almacenamiento del combustible gastado. Ya en la década de

1970, los reactores nucleares japoneses producían más combustible irradiado del que podían reciclar.

Un subproducto del reprocesado de uranio, el plutonio, había demostrado ser particularmente peligroso y difícil de almacenar, y además podía convertirse en material apto para armas. Hace poco Japón se ha enfrentado a la presión internacional por sus 8 toneladas de plutonio almacenadas en la planta de reciclado de Rokkasho, en la prefectura de Aomori, suficiente para fabricar unas 1.000 cabezas nucleares (aunque se devolvieron 315 kg de plutonio a Estados Unidos en 2014). Rokkasho –2,2 billones de yenes de inversión y sigue sumando– ha sido un enorme sumidero de dinero, pero para muchos expertos en energía el riesgo financiero es aceptable dado que el uranio y el plutonio reprocesados abastecerían las centrales nucleares japonesas hasta mediados del siglo XXI. JNFL (Japan Nuclear Fuel Limited) se encarga de Rokkasho y el mayor accionista de JNFL es TEPCO, responsable de la planta de Fukushima Daiichi. El principal objetivo de Rokkasho es hacer MOX (mixed oxide fuel), una mezcla de óxidos utilizada como combustible en reactores nucleares de fisión, consistente en una combinación de plutonio y uranio que los expertos esperan usar en una nueva generación de reactores de agua pesada. No obstante, la tecnología adecuada ha resultado tan escurridiza como el apetito público por la energía nuclear, lo que deja a Japón con peligrosas cantidades de plutonio que amenazan con proliferar. En el momento de escribir esto, continúan parados todos los reactores nucleares japoneses menos dos, así que el proyecto de Rokkasho está en duda.

La industria de la energía nuclear en Japón está plagada de errores y contratiempos. Hasta 2007, las empresas de servicios públicos informaron de 97 percances, incluidos accidentes críticos en la planta de Fukushima Daiichi en 1978 y 1989. En 1995 se produjo en un reactor de la Power Reactor and Nuclear Fuel Corporation una filtración de sodio. Cuatro años después, tuvo lugar un incidente importante que duró casi un día entero en un reactor de Tôkai, durante el cual dos trabajadores murieron por exposición a la radiación. Los manifestantes se han vuelto osados en sus exigencias nada irrazonables. Empujados a la acción por las preocupaciones sobre la seguridad tras el triple desastre, los padres de Fukushima, al tiempo que protestaban por la decisión del Ministerio de Educación de subir el

máximo permitido de exposición a la radiación para los alumnos en un 2.000 por 100, tiraban sacos de arena del parque infantil en los despachos de los funcionarios. Preguntaban si deberían dejar a sus hijos jugar allí. En septiembre de 2011, el Premio Nobel Ôe Kenzaburô (n. 1935) planteó una protesta en el santuario Meiji en Tokio, donde los manifestantes mostraron pancartas que decían «Sayonara, energía nuclear». Más tarde, en julio de 2012, una manifestación antinuclear en el parque Yoyogi de Tokio congregó a unas 170.000 personas. Está claro que el triple desastre ha provocado sentimientos antinucleares en el único país que ha experimentado el poder destructivo de las armas atómicas.

EPÍLOGO

Japón se enfrenta hoy a muchos retos. Algunos de ellos, como los desafíos de la política internacional con China y Corea, tienen su raíz en decisiones históricas sobre el comportamiento en las guerras y el marco de la paz. Japón y sus vecinos aún luchan con el legado de la Guerra del Pacífico, aunque la generación que combatió en ella ha desaparecido hace mucho. En 2014, después de que el primer ministro Abe Shinzô (n.1954) visitara Yasukuni, el santuario de Tokio en el que están enterrados los caídos de Japón en la guerra, incluidos 14 criminales de guerra de «Clase A», el ministro de Exteriores chino respondió que Abe ya no era bienvenido en China. «Ha quedado al descubierto la hipocresía de las declaraciones de Abe cuando habla de dar prioridad a las relaciones con China y su deseos de diálogo con los líderes chinos», continuó. De los criminales de guerra enterrados en el santuario de Yasukuni, el ministro dijo: «Sus manos están cubiertas con sangre de las víctimas. Son fascistas. Son los nazis de Asia». Como ilustran estos comentarios, las tensiones acerca de la «Guerra de la Gran Asia Oriental» siguen torturando las relaciones entre Japón y sus vecinos asiáticos, definiendo la política y las relaciones exteriores en esta inestable parte del mundo.

Como toda la vida en la Tierra, Japón también se enfrenta a retos relacionados con el cambio climático y la subida del nivel del mar. Mientras escribo, y el clima del planeta se calienta como resultado de los gases de efecto invernadero atrapados en su atmósfera, el futuro de todo el globo,

incluidos sus habitantes humanos y no humanos, se encuentra unido por una amenaza común, que convierte los capítulos relacionados con la energía en la historia de todas las naciones importantes. Según las estimaciones sobre cambio climático de la EPA (Environmental Protection Agency) estadounidense, dependiendo de los niveles en los gases de efecto invernadero, la temperatura global de la Tierra puede subir 11 grados hasta 2100. Desde nuestra ventajosa posición en 2014, esto significa que en aproximadamente el mismo tiempo que va de la Restauración Meiji al bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, es probable que los humanos causen daños catastróficos al planeta por el uso de combustibles fósiles no renovables. En el caso de Japón, o cualquier nación industrializada por ende, hay que analizar cualesquiera políticas o decisiones históricas que propicien el incremento de los gases de efecto invernadero, porque la fusión de los casquetes de hielo y glaciares amenaza seriamente las pobladas costas japonesas. Casi 100 millones de personas, o en torno al 80 por 100 de la población actual de Japón, se puede considerar costera, lo que hace importante cualquier discusión acerca del cambio en el nivel de los mares (mapa 5).



Mapa 5. Efecto del aumento del nivel del mar en Japón a finales de siglo.

Todavía no se sabe cómo afrontará Japón estos múltiples retos, pero las acciones que tome el país insular serán importantes porque mostrarán el camino a todos los que surcamos las agitadas aguas del siglo XXI.

Cronología

NACIMIENTO DEL ESTADO YAMATO (14.500 A.E.C.-710 E.C.)

2,6 millones-11.700 A.P.	Pleistoceno
11.700-100 A.P.	Holoceno
14.500-300 a.E.C.	Fase arqueológica Jômon
12.700 A.P.	Aparición de la alfarería en las islas japonesas
9.500 A.P.	Perros en las islas japonesas
3.000-2.400 a.E.C.	Llegada de la agricultura a las islas japonesas
300 a.E.C.-300 E.C.	Fase arqueológica Yayoi
57 E.C.	Dinastía Han Oriental manda enviados al reino de Wa
107 E.C.	Dinastía Han Oriental manda enviados al reino de Wa
238 E.C.	Enviados de Wa visitan al emperador Wei Cao Rui
247 E.C.	Enviados de Wa visitan a los líderes coreanos
297 E.C.	*Wei zhi* describe el reino de Wa
300-700 E.C.	Fase arqueológica de las tumbas
250-700 E.C.	Confederación Yamato
604 E.C.	Constitución de los diecisiete artículos
645 E.C.	Reformas Taika

669 E.C.	El reino de Wa se convierte en Nihon
689 E.C.	Códigos Kiyomihara
702-718 E.C.	Códigos Taihô-Yôrô

PERIODO DE LAS CORTES (710-1185)

552	El budismo es introducido en Japón desde Corea
562	Las fuerzas de Yamato y Baekje evacuan Mimana
663	La *Armada* Tang derrota a Yamato en el río Geum
710-794	Periodo Nara
710	La capital imperial se desplaza a Nara (Heijô-kyô)
712	Se escribe el *Kojiki*
720	Se escribe el *Nihon shoki*
737	Epidemia de viruela en Kioto
773-811	«Guerra de los Treinta y Ocho Años» entre Yamato y los emishi
794-1185	Periodo Heian
794	La capital imperial se traslada a Kioto (Heian-kyô)
800	Sakanoue no Tamuramaro es enviado a luchar contra los emishi
802	El general emishi Aterui es decapitado
805	Introducción en Japón del budismo Tendai
806	Introducción en Japón del budismo Shingon
905	Compilación del *Kokinshû,* antología imperial de poesía *waka*

ASCENSO DEL GOBIERNO SAMURÁI (1185-1336)

702	El sistema *ritsuryô* crea un Ministerio Militar

792	Abolido el reclutamiento militar imperial
939-940	Rebelión de Taira no Masakado
941	Es asesinado el pirata Fujiwara no Sumitomo
993-995	Brote de viruela
998	Brote de sarampión
1016	Epidemia de enfermedad intestinal
1020	Brote de viruela
1025-1026	Epidemia de sarampión y enfermedad intestinal
1027	Epidemia de enfermedad intestinal
1028-1031	Rebelión de Taira no Tadatsune
1036	Brote de viruela
1051-1063	Guerra de los Primeros Nueve Años
1081	Los monjes de Enryakuji atacan Kioto
1083-1087	Guerra de los Últimos Tres Años
1108-1110	Erupciones del monte Asama y el monte Fuji
1113	Los monjes de Kôfukuji y Enryakuji pelean por el templo de Kiyomizu
1134-1135	Brote de gripe
1156-1160	Rebelión Hôgen-Heiji en Kioto
1180-1185	Guerra Genpei
1180	Hambruna en Kioto
1184	Importante terremoto y tsunami

1192	Minamoto no Yoritomo se convierte en *shogun*
1192-1333	*Bakufu* (sogunato) de Kamakura
1221	El *bakufu* de Kamakura pasa a la familia Hôjô tras la Guerra Jôkyû
1223	Los piratas saquean la costa cerca de Kumajo
1227	Los piratas son decapitados delante del enviado coreano
1232	Se redactan los Códigos Jôei
1274	Primera invasión mongol
1281	Segunda invasión mongol
1333-1336	Restauración Kenmu del emperador Go-Daigo
1336-1392	Periodo de las Cortes del Norte y del Sur

EL JAPÓN MEDIEVAL Y EL PERIODO DE LOS ESTADOS EN GUERRA (1336-1573)

1336-1573	*Bakufu* de Ashikaga
1337-1573	Cultura Muromachi
1338	Ashikaga Takauji se convierte en *shogun*
1368	Ashikaga Yoshimitsu se convierte en *shogun*
1401	El *bakufu* de Ashikaga paga tributo a la China Ming
1467-1477	Guerra Ônin
1467-1573	Periodo de los Estados en guerra
1532	La secta budista Ikkôshû lanza la «Rebelión del Reino Bajo el Cielo»

ENCUENTRO DE JAPÓN CON EUROPA

1542	Los portugueses desembarcan en Tanegashima
1570	El padre Francisco Cabral encabeza la Compañía de Jesús

1579	El padre Alexandro Valignano lidera la Compañía de Jesús
1580	Los portugueses obtienen la autoridad administrativa sobre Nagasaki
1587	Primer edicto de expulsión de Toyotomi Hideyoshi
1596	Incidente del *San Felipe*
1597	Ejecución de los «Veintiséis santos» de Nagasaki
1607	El *Santa Buenaventura* viaja de Japón a México
1623	Cincuenta cristianos quemados en la hoguera en Edo
1637-1638	Rebelión Shimabara

UNIFICACIÓN DEL REINO (1560-1603)

1551	Muere Oda Nobuhide
1555	Oda Nobutomo es asesinado
1557	Oda Nobuyuki es asesinado
1560	Batalla de Okehazama
1571	Oda Nobunaga derrota a los monjes Tendai del monte Hiei
1573	Exilio de Ashikaga Yoshiaki
1574	Oda Nobunaga derrota a los monjes Ikkôshû de la secta Honganji
1575	Takeda Katsuyori es derrotado en el castillo de Nagashino
1579	Construcción del castillo de Azuchi
1582	Oda Nobunaga rechaza a los enviados de la corte
1582	Akechi Mitsuhide asesina a Oda Nobunaga
1582	Toyotomi Hideyoshi pone fin al asedio del castillo de Takamatsu

1582	Toyotomi Hideyoshi y los aliados de Oda derrotan a Akechi Mitsuhide
1582	Se convoca la conferencia de Kiyosu
1583-1597	Construcción del castillo de Osaka
1583	Batalla de Shizugatake
1585	Toyotomi Hideyoshi derrota a Chôsokabe Motochika
1585	El emperador otorga a Toyotomi Hideyoshi el título de *kanpaku*
1585	El emperador da a Toyotomi Hideyoshi el nombre de «Toyotomi»
1587	Toyotomi Hideyoshi derrota a Shimazu Yoshihisa
1587	Los coreanos rechazan las invitaciones japonesas
1588	Se termina el palacio de Jurakudai
1588	Toyotomi Hideyoshi promulga la orden de «Restricción de armas»
1590	Enviados de Corea visitan Japón
1591	Toyotomi Hideyoshi congela el estatus social mediante edictos
1592	Toyotomi Hideyoshi se convierte en *taikô*
1592	Toyotomi Hideyoshi ordena la elaboración de un censo
1592	Toyotomi Hideyoshi invade por primera vez Corea
1593	Nacimiento de Toyotomi Hideyori
1595	Ejecución de Toyotomi Hidetsugu
1595	Toyotomi Hideyoshi promulga los «Códigos del castillo de Osaka»
1597	Toyotomi Hideyoshi invade por segunda vez Corea
1598	Muerte de Toyotomi Hideyoshi
1600	Batalla de Sekigahara

1603-1636	Construcción de Edo
1603	Tokugawa Ieyasu funda el *bakufu* Edo
1615	Se promulgan las «Nuevas leyes militares»
1617	Construcción del mausoleo Nikkô
1635	Se establece el *sankin kôtai*

INICIO DEL JAPÓN PREMODERNO (1600-1800)

1603	Tokugawa Ieyasu se convierte en *shogun*
1616	Muerte de Tokugawa Ieyasu
1642-1643	Hambruna de Kan'ei
1644	Primeros mapas provinciales, *kuniezu*, del *bakufu* Edo
1669	Guerra de Shakushain
1683	Leyes suntuarias de Tokugawa Tsunayoshi
1689	Matsuo Bashô viaja al noreste
1696-1702	Segundos mapas, *kuniezu*, del *bakufu* Edo
1701	Venganza de Akô
1732	La gran hambruna Kyôhô
1749	«Hambruna del jabalí» de Hachinohe
1782-1788	La gran hambruna Tenmei
1808-1810	Mamiya Rinzô cartografía Sajalín y el estuario del río Amur
1821	Se completa el mapa científico de Japón de Inô Tadataka
1833-1837	La gran hambruna Tenpô

1835-1838	Terceros mapas provinciales, *kuniezu*, del *bakufu* Edo

CONSOLIDACIÓN DEL NACIONALISMO (1770-1854)

1652	Sakura Sôgorô se postula directamente como *shogun*
1751	Yamawaki Tôyô lleva a cabo una disección en Kioto
1771	Sugita Genpaku supervisa una disección en Kozukapara
1837	Rebelión de Ôshio Heihachiro
1853-1854	Llegada del comodoro Matthew C. Perry en los «barcos negros»
1858-1860	Purga Ansei
1858	Firma del Tratado de Harris
1860	Ii Naosuke es asesinado por sicarios imperiales en el Incidente de Sakuradamon
1860	El *bakufu* Edo lanza la política *kôbugattai*
1861	Hendrick Heusken es asesinado por sicarios imperiales
1862	Charles Richardson es asesinado por un samurái de Satsuma
1863	El *shogun* Tokugawa Iemochi retenido en Kioto
1866	Revueltas en Shindatsu
1868	Revueltas en Aizu
1868	Matsuo Taseko viaja a Kioto con otros defensores del imperio
1868	El *bakufu* Edo se hunde tras la Guerra Boshim

ILUSTRACIÓN MEIJI (1868-1912)

1858	Se crea la Universidad Keiô
1868-1912	Periodo Meiji

1868	Carta de juramento imperial
1869	Los *daimyô* entregan sus tierras
1871-1873	Misión Iwakura
1871	Se instaura la Ley de Registro de Propiedad
1871	Abolición del antiguo sistema de estatus
1871	Liberación de parias
1872	Se inaugura la línea férrea Tokio-Yokohama
1872	Reconstrucción del barrio de Ginza
1872	Incidente del *María Luz*
1872	Liberación de prostitutas
1872	Se prohíbe a las mujeres llevar el pelo corto
1873-1874	Se funda la Sociedad de los Seis Meiji
1873	Reclutamiento universal
1875	Se instaura la Escuela de Derecho Mercantil
1875	Se construye la prisión de Kajibashi
1877	Se funda la Universidad de Tokio
1881	Políticas deflacionistas de Matsukata Masayoshi
1882	Se instaura el Banco de Japón
1883	Se completa el pabellón Rokumeikan
1889	Promulgación de la Constitución Meiji
1890	Promulgación del Edicto Imperial de Educación
1890	Se aprueba la Ley de Reunión y Asociación

1890	Se aprueba la Ley de Seguridad Policial

REVUELTAS MEIJI (1868-1920)

1868	Se ordena la separación del budismo y el sintoísmo
1868	Obtención de la energía a partir de combustibles fósiles
1872	Se nacionaliza la mina de carbón de Miike
1873	Reforma del Impuesto sobre la Tierra
1873	Rebelión del Impuesto de Sangre de Mimasaka
1873	Revueltas de Fukuoka
1874	Se extraen 208.000 toneladas de carbón
1876	Protestas en la prefectura de Mie
1877	Rebelión de Satsuma
1877	Furukawa Ichibei compra la mina de cobre de Ashio
1881-1885	La política deflacionista causa la masiva bancarrota rural
1881	Se forma el partido Jiyûtô
1884	Levantamiento de Chichibu
1884	Ashio es líder en la producción japonesa de cobre
1889	Se extingue el lobo de Hokkaido
1890-1891	Se desborda el río Watarase y esparce las toxinas de Ashio
1890	Mitsui se hace cargo de la mina de carbón de Miike
1890	Se producen 3 millones de toneladas de carbón
1890	Tanaka Shôzô es elegido para la Dieta

1896	Se desborda el Watarase y propaga toxinas de Ashio
1897	Se descubre una veta de carbón en Hôjô
1899	Una explosión de gas mata a 210 personas en la mina de carbón de Hôkoku
1902	Tanaka Shôzô se traslada a Yanaka
1905	Se extingue el lobo japonés
1907	Una explosión de gas mata a 365 personas en la mina de carbón de Hôkoku
1909	Una explosión mata a 256 personas en la mina de carbón de Ônomura
1914	687 personas mueren a causa de una explosión en la mina de carbón de Hôjô
1917	Una explosión en la mina de carbón de Ônomura mata a 365 personas

NACIMIENTO DEL ESTADO IMPERIAL JAPONÉS (1800-1910)

1170-1771	Rusos y ainu (ainos) mueren en el Incidente de Iturup
1778	Los rusos intentan comerciar con los japoneses en el este de Ezo
1802	El *bakufu* Edo establece la magistratura de Hakodate en Ezo
1857	El bakufu Edo promueve la vacunación contra la viruela entre los ainu
1869-1882	La Comisión Kaitakushi supervisa la colonización de Hokkaido
1872	Se abre una fábrica modelo de seda en Tomioka
1872	Se crea la Oficina Central de Higiene
1875	Barcos japoneses disparan durante el Incidente del *Un'yô*
1875	La diplomacia japonesa se «abre paso» en Corea
1876	Se firma el Tratado de Amistad Japón-Corea
1876	Se funda la cervecera Sapporo
1878	Los ainu son catalogados como «antiguos aborígenes»

1885	Firma de la Convención de Tientsin con la China Qing
1885	Kitasato Shibasaburô se incorpora al laboratorio del alemán Robert Koch
1890	Kitasato Shibasaburô participa en la búsqueda de una cura para la tuberculosis con Koch
1895	Guerra Sinojaponesa
1895	Japón sufre la «Triple Intervención»
1898	Se crea un sistema de higiene escolar
1899	Se aprueba el Acta de Protección de Antiguos Aborígenes de Hokkaido
1902	Japón firma un acuerdo internacional con Inglaterra
1903	El gobierno estudia la tuberculosis en la industria textil
1905	Guerra Rusojaponesa
1905	Tratado de Portsmouth
1910-1911	Proceso de Alta Traición
1913	800.000 personas trabajan en la industria de la seda
	IMPERIO Y DEMOCRACIA IMPERIAL (1905-1931)
1875	Tratado de San Petersburgo
1896	Se instaura el partido Shinpotô
1898	Se funda el Kenseitô
1899	Estados Unidos declara la «política de puertas abiertas»
1900	Se crea el Rikken Seiyûkai
1906	Se funda la Compañía del Ferrocarril del Sur de Manchuria
1906	Decisión de segregar del San Francisco School Board

1908	Japón emplea el primer arrastrero de fondo
1913	Aprobación en California de la Alien Land Law
1915	Imposición a China de las «Veintiuna exigencias»
1919	Tratado de Versalles
1920	Hara Kei recurre al ejército para detener la huelga de los trabajadores del metal
1920	133.930 residentes japoneses en China
1921	El primer ministro Hara Kei es asesinado
1921	Huelga de obreras de la Tokyo Muslim Company
1922	El Supremo de Estados Unidos sostiene que los japoneses no pueden convertirse en ciudadanos estadounidenses
1922	Conferencia Naval de Washington
1922	Se crea la Asociación para la Igualdad de los Parias
1924	La Ley de Inmigración estadounidense prohíbe la inmigración japonesa
1925	Se aprueba la Ley de Preservación de la Seguridad Pública
1927	Se crea el Rikken Minseitô
1927	Huelga de los trabajadores de la Noda Soy Sauce
1930	Se crea la Asociación Ainu
1930	Se crea la ultranacionalista Sociedad del Cerezo en Flor
1931	El primer ministro Hamaguchi Osachi es asesinado
1932	Se funda el Manchukuo
1932	Es asesinado Inoue Junnosuke, anterior gobernador del Banco de Japón
1932	Es asesinado el director general de Mitsui, Dan Takuma

1932	Es asesinado el primer ministro Inukai Tsuyoshi
1941	Japón proclama el Día de la Armada

LA GUERRA DEL PACÍFICO (1931-1945)

1897	Exhiben en el zoo de Tokio «trofeos de guerra» animales
1906	Se establece la guarnición militar de Kwantung
1928	Es bombardeado el tren de Zhang Zoulin
1931	Incidente de Manchuria
1931	El ejército de Kwantung entra en Jilin, Qiqihar, en el sudoeste de Manchuria
1932	El ejército de Kwantung llega a Harbin
1932	La Liga de Naciones publica el «Informe Lytton»
1932	Japón abandona la Liga de Naciones
1936	«Incidente del 26 de febrero» en Tokio
1936	El ministro de Finanzas, Takahashi Korekiyo, es asesinado
1936	Asesinado el anterior primer ministro Saitô Makoto
1937	Se publica *Kokutai no hongi*
1937	Incidente del puente Marco Polo
1937	El ejército imperial toma Pekín
1937	El ejército imperial toma Shanghái
1937	El ejército imperial perpetra la masacre de Nanjing
1939	Sanciones de Estados Unidos contra Japón
1940	Se crea la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental

1940	Pacto Tripartito con Italia y Alemania
1941	Estados Unidos congela los bienes japoneses
1941	Se declara la Gran Guerra de Asia Oriental
1941	Firma de la Alianza entre Tailandia y Japón
1941	Firma del Pacto de Neutralidad Soviético-japonés
1941	El general Douglas MacArthur se convierte en comandante de Extremo Oriente
1941	Se firma la Carta Atlántica
1941	Es nombrado primer ministro el general Tôjô Hideki
1941	Bombardeo de Pearl Harbor
1941	El ejército imperial toma Hong Kong
1942	Toma de Manila, Singapur, Batavia y Rangún
1942	Batalla del mar de Coral
1942	Batalla de Midway
1943	Matanza de animales en el zoológico de Tokio
1944	Batalla del golfo de Leyte
1944	Comienza el proyecto de resina de pino como combustible alternativo
1945	Estados Unidos lanza la campaña incendiaria «Operación Meetinghouse»
1945	Batalla de Iwo Jima
1945	Batalla de Okinawa
1945	Lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki
1945	«Rendición incondicional» de Japón

HISTORIA DEL JAPÓN DE POSGUERRA (1945-HOY)

1895	Japón reclama las islas Senkaku/Diaoyu
1937	Se funda la compañía Toyota
1945-1952	Estados Unidos ocupa Japón
1945	Se firma la rendición
1945	Se aprueba la Ley Sindical
1946	Se funda la corporación Sony
1946	Se aprueba la Ley de Ajuste de las Relaciones Laborales
1946	El emperador Hirohito renuncia a su estatus divino
1946	Se convoca el Tribunal Militar Internacional para Extremo Oriente
1947	Se adopta la Constitución de posguerra
1947	La ocupación estadounidense cancela la huelga general
1947	Se aprueba la Ley de Normas de Trabajo
1949	Joseph Dodge llega a Japón
1950	Se crea la Reserva Nacional de Policía
1951	Firma del Tratado de Paz de San Francisco
1952	Firma del Tratado de Cooperación y Seguridad Mutuas
1954	Ley de Reforma Policial
1954	Incidente del *Lucky Dragon 5*
1955	Se crea el Jimintô
1967	Se aprueba la Ley Básica de Control de la Contaminación del Aire
1969	Pleito contra el aeropuerto de Osaka en Itami

1971	Fallo en Niigata sobre la «enfermedad de Minamata»
1971	Se crea la Agencia de Medio Ambiente
1972	Estados Unidos transfiere a Japón el control de las islas Senkaku/Diaoyu
1972	Fallo judicial sobre el «asma de Yokkaichi»
1972	Fallo judicial sobre la contaminación por cadmio de Toyama
1973	Fallo judicial sobre la «enfermedad de Minamata»
1978	Catorce criminales de guerra de «Clase A» son enterrados en el santuario de Yasukuni
1985	Privatización de la industria del tabaco
1987	Creación del Japan Railways Group
1991	Estallido de la «burbuja económica»
2001	El Ministerio de Medio Ambiente sustituye a la Agencia de Medio Ambiente

DESASTRES NATURALES Y EL FILO DE LA HISTORIA

1854	Terremoto de Ansei
1891	Terremoto de Nôbi
1896	Terremoto de Meiji-Sanriku
1900-1993	El nivel global del mar sube anualmente 1,7 mm
1923	Gran terremoto de Kantô
1958	Tifón Ida
1959	Tifón Vera
1993	El nivel global del mar sube anualmente 3 mm
1995	Terremoto de Hanshin-Awaji

2005	Japón produce 1.390 megatoneladas de gases de efecto invernadero
2011	El «triple desastre» del 11 de marzo en Japón

Glosario

Ameterasu Ômikami 天照大御神:	La diosa del Sol, deidad tutelar de la casa imperial.
Antropoceno:	Periodo geológico posterior al Holoceno, que se caracteriza por la abrumadora presencia de firmas litoestratigráficas y bioestratigráficas de seres humanos, más que por fuerzas naturales. La llegada del Antropoceno coincide con la Revolución industrial.
bakufu 幕府*:*	Literalmente, «gobierno de tienda», el término hace referencia a los gobiernos samuráis en Kamakura, Kioto y Edo.
chonmage 丁髷*:*	Estilo de peinado samurái común en el periodo Edo.
daimyô 大名 *:*	Señor samurái del periodo Edo responsable de un dominio.
dogû 土偶*:*	Figuritas de arcilla de la fase arqueológica Jômon.
emishi 蝦夷:	O «Ezo», el término se refiere a los grupos epi-Jômon del noreste de Japón fuera de la esfera del gobierno imperial en el oeste y el centro de Japón.
fumie 踏み絵 *:*	«Pisar la imagen» era una técnica empleada por los funcionarios Edo para descubrir a los cristianos en las aldeas consistente en hacer que los sospechosos pisotearan una imagen sagrada.
gekokujô 下克上*:*	«Lo bajo contra lo alto», o los más débiles gobiernan a los más fuertes, es una referencia a la agitación social y política del periodo de los Estados en guerra.
gun'eki 軍役 *:*	Sistema de reclutamiento militar del periodo premoderno japonés, en el que los señores de los dominios ofrecían hombres y armas en función del rendimiento previsto, calculado a través de inspecciones catastrales, de las tierras cultivadas.
haiku 俳句*:*	Forma poética de 17 sílabas, normalmente en el orden 5-7-5, popularizada por Matsuo Bashô en el periodo premoderno.
hakama 袴*:*	Pantalones tradicionales japoneses.

Inari (santuarios) 稲荷神社: Los santuarios de la diosa Inari y los *kami* que la acompañan, encarnados a menudo en un zorro rojo, representan una variante del sintoísmo que gira en torno a la agricultura y la industria. Los santuarios Inari suelen estar situados cerca de terrenos cultivables.

Jimintô 自民党: El conservador Partido Liberal Democrático, fundado en 1955, gobernó Japón desde el periodo de la posguerra, a excepción de 11 meses en 1993-1994 y 2009-2012.

jitô 地頭*:* Representantes medievales que gobernaron los estados *shôen* en el *bakufu* Kamakura y el Ashinaga.

Jiyûtô 自由党: El Partido Liberal, oficialmente creado en 1881 por Itagaki Taisuke y Gotô Shôjito. Surgió del Movimiento para los Derechos del Pueblo y pedía el establecimiento de una Asamblea Nacional.

Jômon (cultura) 縄文: Una fase arqueológica del archipiélago japonés entre 15.500 y 300 a.E.C., caracterizada por los motivos en forma de cuerda en la alfarería y patrones de caza y recolección en lo relativo a la subsistencia.

kaikoku 開国*:* Denominación de la postura de «abrir el país» del *bakufu* Edo tras la llegada de Matthew C. Perry en 1853. Esta postura contrasta con «reverenciar al emperador, expulsar a los bárbaros», o *sommô jôi*, lema de los lealistas imperiales.

kana かな*:* Trascripción vernácula japonesa desarrollada sobre todo por las mujeres en el periodo Heian y empleada en estilos poéticos clásicos como el *waka*. Hoy el término adopta la forma de los silabarios *karakana* e *hiragama*.

kanji 漢字*:* Lenguaje silábico compuesto de pictogramas e ideogramas usado hoy con el *katakana* y el *hiragama* en la escritura japonesa.

kampaku 関白*:* Asesor imperial, el emperador otorgó el título de «regente» a algunos de los hombres más poderosos del reino, incluidos Fujinara no Michinaga y Toyotomi Hideyoshi.

karate 空手: Literalmente, «manos vacías», este término alude a una forma de arte marcial de Okinawa. El nombre para esta modalidad de lucha en Okinawa era *tôdi*, pero al Japón imperial no le agradaba esta asociación con China, así que el *kanji* se cambió para reflejar la técnica de combate sin armas.

Kenseitô 憲政党: El Partido Constitucional establecido en 1898 tras la fusión del Shinpotô y el Jiyûtô.

kôbugattai 公武合体*:* Política de «unión de la corte imperial y el *bakufu* Edo» tras el Incidente de Sakuradamon y el asesinato de Ii Naosuke.

Kofun 古墳*:* Fase arqueológica en el archipiélago japonés entre 250 y 700, después de la fase Yayoi, caracterizada por la aparición de grandes enterramientos.

kôgai 公害*:* Literalmente «daño público», término común para todas las formas de contaminación medioambiental. Definido en 1967 como «toda situación en la cual la salud humana y la vida en el entorno son dañados por la contaminación del aire, el agua o el suelo, el ruido, la vibración, la subsidencia del terreno y olores ofensivos en un área considerable como resultado de la industria o de otra actividad humana».

kokutai 国体*:* Terminología nacionalista que hace referencia a la «esencia nacional de Japón». Los intelectuales nativistas del periodo premoderno impulsaron el concepto, al igual que lo harían después los nacionalistas modernos que describían las cualidades únicas del Estado imperial japonés. Los caracteres *kanji* significan literalmente «cuerpo nacional».

kurobune 黒船 (barcos negros): «Barcos negros» se refiere a los barcos de vapor del escuadrón de las Indias Orientales del comodoro Matthew C. Perry durante su expedición a Japón en 1853.

Nanbanjin 南蛮人*:* Referencia a los portugueses y otros europeos del siglo XVI que arribaron al sur de Japón. El término significa «bárbaros del sur».

Nihon 日本 : Nombre japonés del país (el formal es Nippon). El término significa «origen del Sol» y hace referencia al papel de Amaterasu Ômikami, la diosa del Sol, y la fundación mítica del país.

ofudafuri 御札降り*:* Cuando los talismanes del santuario de Ise cayeron del cielo en el siglo XIX, presagiando la caída del *bakufu* Edo y la restauración imperial.

ôkimi 大王: Regentes regionales, en ocasiones llamados *daiô*, que gobernaban las provincias durante la confederación Yamato.

Rikken Minseitô 立憲民政党*:* Partido Democrático Constitucional fundado en 1927 mediante una fusión de los partidos Kenseitô y Seiyu Hontô.

Rikken Seiyûkai 立憲政友会*:* «Amigos del Partido Constitucional del Gobierno», establecido por Itô Hirobumi en 1900.

ritsuryô 律令*:*	Gobierno burocrático imperial «penal y administrativo» importado de la China de la dinastía Tang durante los periodos Yamato y Nara.
sakoku 鎖国*:*	Referencia a Japón como un «país cerrado» tras las prohibiciones marítimas de inicios del siglo XVII, que prohibían el contacto con los países europeos, con excepción de los Países Bajos. Bajo las prohibiciones marítimas, Japón siguió manteniendo lazos diplomáticos y comerciales con otros países asiáticos.
sankin kôtai 参勤交代*:*	En 1635, la política de «asistencia alterna» o «servicio alternado», denominado a veces «sistema de rehenes» exigía que los *daimyô* durante la etapa premoderna mantuviesen residencias en Edo, donde vivían un año de cada dos. Cuando no estaban en Edo, dejaban a sus mujeres e hijos en la capital como rehenes, para evitar que estableciesen alianzas contra el *bakufu* Edo.
seii taishôgun 征夷大将軍*:*	Literalmente «general apaciguador de los bárbaros», título que concedía el emperador al jefe de los gobiernos de los *bakufu* samuráis.
shiki 職*:*	Autorización de la Corte que describía los derechos de una familia aristocrática o un monasterio budista a crear estados *shôen*.
Shinpotô 進歩党:	Partido Progresista, originalmente fundado por Ôkuma Shigenobu en 1896.
shishi 志士 *:*	«Hombres de gran resolución», samuráis que secundaban la consigna «reverenciar al emperador, expulsar a los bárbaros», o *sommô jôi*, y que aspiraban a derrocar el *bakufu* Edo a mediados del siglo XIX.
shôen 荘園*:*	Estados o monasterios budistas autorizados por la Corte a recaudar impuestos. Originalmente, bajo el sistema de «igual terreno» esos Estados eran exclusivamente de propiedad imperial, pero en el transcurso del periodo Heian llegaron a parecerse a estados privados.
shugo 守護*:*	Gobernadores provinciales medievales nombrados por el *bakufu* Ashikaga para supervisar las provincias.
sonnô jôi 尊皇攘夷*:*	«Reverenciar al emperador, expulsar a los bárbaros», lema esgrimido por los lealistas imperiales en los años finales del *bakufu* Edo que propició la restauración imperial de 1868. Esta consigna contrastaba con la de «abrir el país», o *kaikoku*, política inicialmente fomentada por el *bakufu* Edo.
waka 和歌*:*	Forma de poesía clásica de treinta y una sílabas que utilizaba la escritura *kana* popular durante el periodo Heian.

Yayoi (cultura) 弥生:	Fase arqueológica en el archipiélago japonés entre 300 a.E.C. y 300 E.C., caracterizada por la emergencia de la agricultura de los arrozales y la especialización social.
yûgen 幽玄 *:*	Noción estética popular en el periodo medieval que denota una profunda delicadeza conectada con las ideas budistas de lo insondable y lo distante.
zaibatsu 財閥*:*	Conglomerado industrial y financiero, como las corporaciones Mitsubishi o Sumitomo, que controló buena parte de la economía japonesa entre finales del periodo Meiji y 1945.

Bibliografía

INTRODUCCIÓN. LA HISTORIA DE JAPÓN

Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso, 1991.

Babier, Edward B., *Scarcity and Frontiers: How Economies Have Developed through Natural Resource Explotation*, Cambridge University Press, 2011.

Christian, David, *Maps of Time: An Introduction to Big History*, Berkeley y California, University of California Press, 2004.

Duara, Prasenjit, *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1995.

Merchant, Caroline, *The Death of Nature: Women, Ecology, and the Scientific Revolution*, San Francisco, Harper & Row, 1980.

Morris-Suzuki, Tessa, *Re-Inventing Japan: Time, Space, Nation*, Armonk (Nueva York) y Londres, M. E. Sharpe, 1998.

Richards, John F., *The Unending Frontier: An Environmental History of the Early Modern World*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2003.

Steffen, Will; Crutze, Paul J. y McNeill, John R., «The Antropocene: Are Humans Now Overwhelming the Great Forces of Nature?», *Ambio* 36, 8 (diciembre 2007).

Walthall, Anne, *Japan: A Cultural, Social, and Political History*, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Company, 2006.

Weber, Max, *The Religion of China: Confucianism and Taoism*, trad. de H. H. Gerth e intr. de C. K. Yang, Nueva York, Macmillan Company, 1964.

NACIMIENTO DEL ESTADO YAMATO (14500 A.E.C.-710 E.C.)

Brown, Delmer M., *The Cambridge History of Japan*, vol. 1: *Ancient Japan*, Cambridge (RU), Cambridge University Press, 1993.

Farris, William Wayne, *Japan to 1600s: A Social and Economic History*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2009.
Holcombe, Charles, *The Genesis of East Asia, 221 BC-AD 907*, Honolulú, Asian Interactions and Comparisons, University of Hawai'i Press y Association for Asian Studies, 2001.
Hudson, Mark J., *Ruins of Identity: Ethnogenesis in the Japaness Islands*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 1999.
Imamura, Keiji, *Prehistoric Japan: New Perspectives on Insular East Asia*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 1996.
Kidder, J. Edward Jr., *Himiko and Japan's Elusive Chiefdom of Yamatai: Archaelogy, History, and Mithology*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2007.
Ooms, Herman, *Imperial Politics and Symbolics in Ancient Japan: The Tenmu Dinasty, 650-800*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2009.
Piggott, Joan R., *The Emergence of Japanese Kingship*, Stanford University Press, 1997.
Walker, Brett L., *The Lost Wolves of Japan*, prólogo de W. Cronon, Seattle, University of Washington Press, 2005.

LA ERA DE LAS CORTES (710-1185)

Borgen, Robert, *Sugawara no Michizane and the Early Heian Court*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 1986.
Farris, William Wayne, *Japan to 1600: A Social and Economic History*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2009.
— *Population, Disease, and Land in Early Japan, 645-900*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies Harvard University y Harvard-Yenching Institute, distribuido por Harvard University Press, 1985.
Holcombe, Charles, *The Genesis of East Asia, 221 BC-AD 907*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2001.
Morris, Ivan, *The World of the Shinning Prince: Court Life in Ancient Japan*, intr. de B. Ruch, Nueva York y Tokio, Kodansha International, 1964.
Nihongi: Chronicles of Japan from the Earliest Times to AD 697, trad. de W. G. Aston, intr. de T. Barrow, Rutland (Vermont), Charles E. Tuttle

Co., 1972.

Shirane, Haruo, *Japan and the Culture of the Four Seasons: Nature, Literature, and the Arts*, Nueva York, Columbia University Press, 2012.

—, *Traditional Japanese Literature: An Antology, Beginnings to 1600* (editor), Nueva York, Columbia University Press, 2007.

The Gossamer Years: A diary by a Noblewoman of Heian Japan, Tokio y Rutland (Vermont), Charles E. Tuttle Co., 1973.

The Diary of Lady Murasaki, trad. de R. Bowring, Nueva York, Penguin Books, 1996.

The Pillow Book of Sei Shônagon, trad. de I. Morris, Nueva York, Penguin Books, 1967.

Walker, Brett L., *The Conquest of Ainu Lands: Ecology and Culture in Japanese Expansion, 1590-1800*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2001.

Yiengpruksawan, Mimi Hall, *Hiraizumi: Buddhist Art and Regional Politics in Twentieth-Century Japan*, Cambridge (MA), Harvard University Asia Center, Harvard University Press, 1998.

ASCENSO DEL GOBIERNO SAMURÁI (1185-1336)

Farris, William Wayne, *Heavenly Warriors: The Evolution of Japan's Military, 500-1300*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University Press, 1995.

—, *Japan to 1600: A Social and Economic History*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2009.

—, *Population, Disease, and Land in Early Japan, 645-900*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies y Harvard-Yenching Institute Monograph Series 24, Harvard University, 1985.

Friday, Karl F., *Hired Swords: The Rise of Private Warrior Power in Early Japan*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1992.

Goble, Andrew, *Kenmu: Go-Daigo's Revolution*, Cambridge (MA), Council on East Asian Studies, Harvard University, 1996.

In Little Need of Divine Intervention: Takekazi Suenaga's Scrolls of the Mongol Invasions of Japan, trad. y ensayo interpretativo de T. D. Conlan, Ithaca,Cornell University, East Asian Program, Ithaca, 2001.

Ikegami, Eiko, *The Taming of the Samurai: Honorific Individualism and the Making of Modern Japan*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1995.

Souyri, Pierre François, *The World Turned Upside Down: Medieval Japanese Society*, trad. de K. Roth, Nueva York, Columbia University Press, 2001.

The Ten Foot Square Hut and Tales of the Heike, trad. de A. L. Sadler, Rutland (Vermont) y Tokio, Charles E. Tuttle Co., 1972.

Varley, Paul, *Warriors of Japan, As Portrayed in the War Tales*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 1994.

EL JAPÓN MEDIEVAL Y EL PERIODO DE LOS ESTADOS EN GUERRA (1336-1573)

Berry, Mary Elizabeth. *The Culture of Civil War in Kyoto*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1994.

Conlan, Thomas Donald, *State of War: The Violent Order of Fourteenth-Century Japan*, Ann Arbor, University of Michigan, Center for Japanese Studies, 2003.

Goble, Andrew Edmund, *Confluences of Medicine in Medieval Japan: Buddhist Healing, Chinese Knowledge, Islamic Formulas, and Wounds of War*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2011.

Hall, John Whitney; Keiji, Nagahara y Yamamura, Kozo (eds.), *Japan Before Tokugawa: Political Consolidation and Economic Growth, 1500-1650*, Princeton University Press, 1981.

Margulis, Lynn y Sagan, Dorion, *Microcosmos: Four Billion Years of Microbial Evolution*, Londres, Allen & Unwin, 1987.

Richards, John F., *The Unending Frontier: An Environmental History of the Early Modern World*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2003.

Douyri, Pierre François, *The World Turned Upside Down: Medieval Japanese Society*, trad. de K. Roth, Nueva York, Columbia University Press, 2001.

Totman, Conrad, *The Green Archipelago: Forestry in Pre-Industrial Japan*, prólogo de J. L. A. Wevv, Jr., Berkeley y Los Ángeles, University of

California Press, 1989; reed. en Athens, Ohio University Press, 1998.
Varley, H. Paul, *The Ônin War: History of Its Origins and Background – With a Selective Translation of the Chronicle of Ônin*, Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1967.

ENCUENTRO DE JAPÓN CON EUROPA (1543-1640)

Cooper, Michael (comp.), *The Came to Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1965.
Jannetta, Ann B., *Epidemics and Mortality in Early Modern Japan*, Princeton University Press, 1987.
Marks, Robert B., *The Origins of the Modern World: A Global and Ecological Narrative from the Fifteenth to the Twenty-first Century*, Nueva York y Oxford, Towman & Littlefield, 2007.
Pomeranz, Kenneth y Topik, Steven, *The World that Trade Created: Society, Culture and the World Economy, 1400 to the Present*, Armonk (Nueva York) y Londres, M. E. Sharpe, [2]2006.
Richards, John F., *The Unending Frontier: An Environmental History of the Early Modern World*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2003.
Screech, Timon, *The Lens Within the Heart: The Wetern Scientific Gaze and Popular Imagery in Later Edo Japan*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2002.
Smits, Gregory, *Visions of Ryukyu: Identity and Ideology in Early-Modern Though and Politics*, Universty of Hawai'i Press, Honolulú, 1999.
Sugimoto, Masayoshi y Swain, David L., *Science and Culture on Traditional Japan, AD 600-1845*, Cambridge (MA), MIT Press, 1978.
Toby, Ronald P., *State and Diplomacy in Early Modern Japan: Asia and the Development of the Tokugawa Bakufu*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1991.

UNIFICACIÓN DEL REINO (1560-1603)

Berry, Mary Elizabeth, *Hideyoshi*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1982.

Hall, John W.; Keiji, Nagahara y Yamamura, Kozo (eds.), *Japan Before Tokugawa: Political Consolidation and Economic Growth, 1500-1650*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1981.

Lamers, Jeroen, *Japonius Tyrannus: The Japanese Warlord Oda Nobunaga Reconsidered*, Leiden, Hôtei Publishing, 2000.

Totman, Conrad, *Early Modern Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993.

— *The Green Archipelago: Forestry in Pre-Industrial Japan*, prólogo de James L. A. Webb, Jr., Berkeley y Los Ángeles, University of California Press; reed. en Athens, Ohio University Press, 1998.

INICIO DEL JAPÓN PREMODERNO (1600-1800)

Berry, Mary Elizabeth, *Japan in Print: Information and Nation in the Early Modern Period*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2006.

Bahô, Matsuo, *The Narrow Road to the Deep North and Other Travel Sketches*, trad. de N. Yuasa, Nueva York, Penguin Books, 1966.

Hanley, Susan, *Everyday Things in Premodern Japan: The Hidden Legacy of Material Culture*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1997.

Howell, David L., *Capitalism from Within: Economy, Society, and the State in a Japanese Fishery*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1995.

— *Geograhies of Identity in Nineteenth-Century Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2005.

Ikegami, Eiko, *Bonds of Civility: Aesthetic Network and the Political Origins of Japanese Culture*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

Najita, Tetsuo (ed.), *Tokugawa Political Writings*, Nueva York, Cambridge University Press, 1998.

— *Visions of Virtue in Tokugawa Japan: The Kaitokudô Merchant Academy of Osaka*, University of Chicago Press, 1987.

Ooms, Herman, *Tokugawa Ideology: Early Constructs, 1570-1680*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1985.

Roberts, Luke S., *Mercantilism in a Japanese Domain: The Merchant Origins of Economic Nationalim in 18-th Century Tosa*, Cambridge (RU), Cambridge University Press, 1998.

Smith, Thomas C., *Native Sources of Japanese Industrialization, 1750-1920*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1988.

Totman, Conrad, *Early Modern Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993.

Walker, Brett L., *The Conquest of Ainu Land: Ecology and Culture in Japanese Expansion, 1590-1800*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2001.

— «Mamiya Rinzô and the Japanese Exporation of Skhalin Island: Cartography, Ethnography, and Empire», *Journal of Historical Geography* 33, 2 (abril 2007).

Yonemoto, Marcia, *Mapping Early Modern Japan: Space, Place, and Culture inthe Tokugawa Period (1603-1868)*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2003.

EL AUGE DEL NACIONALISMO IMPERIAL (1770-1854)

Burns, Susan L., *Before the Nation: Kokugaku and the Imagining of Community in Early Modern Japan*, Durham (Carolina del Norte) y Londres, Duke University Press, 2003.

Harootunian, H. D., *Things Seen and Unseen: Discourse and Ideology in Tokugawa Nativism*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1988.

— *Towards Restoration: The Growth of Political Consciousness in Tokugawa Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1970.

Keene, Donald, *The Japanese Discovery of Europe, 1720-1830*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1970.

Koschmann, J. Victor, *The Mito Idology: Discourse, Reform, and Insurrection in Late Tokugawa Japan, 1790-1864*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1987.

Najita, Tetsuo, *Japan: The Intellectual Foundations of Modern Japanese Politics*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1974.

Tonomura, Hitomi; Walthall, Anne y Haruko, Wakita (eds.), *Women and Class in Japanese History*, Ann Arbor, University of Michigan, Center for Japanese Studies, 1999.

Totman, Conrad, *The Collapse of the Tokugawa Bakufu, 1862-1868*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 1980.

Vlastos, Stephen, *Peasant Protests and Uprisings in Tokugawa Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1986.

Wakabayashi, Bob Tadashi, *Anti-Foreignism and Western Learning in Early Modern Japan: The «New Theses» of 1825*, Cambridge (MA), Harvard University, Council on East Asian Studies, Harvard University, 1991.

Walthall, Anne (trad. y ed.), *Peasant Uprising in Japan*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1991.

— *The Weak Body of a Useless Woman: Matsuo Taseko and the Meiji Restoration*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1998.

Wilson, George M., *Patriots and Redeemers in Japan: Motives in the Meiji Restoration*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1992.

ILUSTRACIÓN MEIJI (1868-1912)

Beasley, W. G., *The Meiji Restoration*, Princeton (NJ), Stanford University Press, 1972.

Botsman, Daniel V., *Punishment and Power in the Making of Modern Japan*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2005.

Craig, Albert M., *Chôshû in the Meiji Restoration*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1961.

— *Civilization and Enlightenment: The Early Thought of Fukuzawa Yukichi*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2009.

Fujitani, T., *Splendid Monachy: Power and Pageantry in Modern Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1996.

Gluck, Carol, *Japan's Modern Myths: Ideology in the Late Meiji Period*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1985.

Hanes, Jeffrey E., *The City as Subject: Seki Hajime and the Reinvention of Modern Osaka*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2002.

Howell, David L., *Geographies of Identity in Nineteenth-Century Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2005.
Hoeland, Douglas R., *Translating the West: Language and Political Reason in Nineteenth-Century Japan*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2002.
Jansen, Marius B., *Sakamoto Ryôma and the Meiji Restoration*, Nueva York, Columbia University Press, 1961.
— y Rozman, Gilbert (eds.), *Japan in Transition: From Tokugawa to Meiji*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1986.
Miyoshi, Masao, *As We Saw Them: The First Japanese Embassy to the United States*, Nueva York y Tokio, Kodansha International, 1979.
Satow, Ernest, *A Diplomat in Japan: An Inner History of the Japanese Reformation*, Rutland (Vermont) y Tokio, Charles E. Tuttle Co., 1983.
Sievers, Sharon I., *Flowers in Salt: The Beginnings of Feminist Consciousness in Modern Japan*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1983.
The Autobiography of Yukichi Fukuzawa, trad. de E. Kiyooka, Nueva York, Columbia University Press, 1960.

REVUELTAS MEIJI (1868-1920)

Bowen, Roger W., *Rebellion and Democracy in Meiji Japan: A Study of Commoners in the Popular Rights Movement*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1980.
Daikichi, Irokawa, *The Culture of the Meiji Period*, trad. de M. B. Jansen, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1985.
Hane, Mikiso, *Peasants, Rebels, and Outcastes: The Underside of Modern Japan*, Nueva York, Pantheon Books, 1982.
Howell, David L., *Geographies of Identity in Nineteenth-Century Japan*, Berkeley, University of California Press, 2005.
Ketelaar, James Edward, *Of Heretics and Martyrs in Meiji Japan*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1990.
Strong, Kenneth, *Ox Against the Storm: A Biography of Tanaka Shôzô, Japan's Conservationist Pioneer*, Nueva York, Routledge, 2005.

Thal, Sarah, *Rearranging the Landscapes of the Gods: The Politics of a Pilgrimage Site in Japan, 1573-1912*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 2005.

Walker, Brett I., *The Lost Wolves of Japan*, prólogo de William Cronon, Seattle, University of Washington Press, 2005.

— *Toxic Archipelago: A History of Industrial Disease in Japan*, prólogo de William Cronon, Seattle, University of Washington Press, 2010.

NACIMIENTO DEL ESTADO IMPERIAL JAPONÉS (1800-1910)

A Japanese View of Nature: The World of Living Things by Imanishi Kinji, trad. de P. J. Asquith, H. Kawakatsu, S. Yagi e H. Takasaki, Londres, Routledge-Curson, 2002.

Bartholomew, James R., *The Formation of Science in Japan*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1989.

Bernstein, Gail Lee (ed.), *Recreating Japanese Women, 1600-1945*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1991.

Frühstück, Sabine, *Colonizing Sex: Sexology and Social Control in Modern Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2003.

Fujita, Fumiko, *American Pioneers and the Japanese Frontier: American Experts in Nineteenth-Century Japan*, Westport (Connecticut), Greenwood Press, 1994.

Garon, Sheldon, *Molding Japanese Minds: The State in Everyday Life*, Princenton (NJ), Princeton University Press, 1997.

Johnson, William, *The Modern Epidemic: A Historic of Tuberculosis in Japan*, Cambridge (MA), Harvard University Press, Council on East Asian Studies, 1995.

Shigeru, Kayano, *Our Land Was a Forest: An Ainu Memoir*, trad. de K. Selden y L. Seldon, Boulder, Westview Press, 1980.

Siddle, Richard, *Race, Resistance and the Ainu of Japan*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996.

Tsurumi, E. Patricia, *Factory Girls: Women in the Thread Mills of Meiji Japan*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1990.

Walker, Brett L., «The Early Modern Japanese State and Ainu Vaccinations: Redefining the Japanese Body Politic, 1799-1868», *Past and Present* 163

(mayo 1999).

IMPERIO Y DEMOCRACIA IMPERIAL (1905-1931)

Beasley, W. G., *Japanese Imperialism, 1894-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1987.
Ellis, Richard, *The Empty Ocean*, Washington, Island Press/Shearwater Books, 2003.
— *Tuna: A Love Story*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2008.
Garon, Sheldon, *The Estate and Labor in Modern Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1987.
Gordon, Andrew, *Labor and Imperial Democracy in Prewar Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1991.
— *A Modern History of Japan: From Tokugawa Times to the Present*, Nueva York y Oxford, Oxford University Pres, 2009.
Lewis, Michael, *Rioters and Citizens: Mass Protest in Imperial Japan*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1990.
Matsusaka, Yoshihisa Tak, *The Making of Japanese Manchuria, 1904-1932*, Cambridge (MA), Harvard University Press, Harvard University Asia Center, 2001.
McClain, James L., *Japan: A Modern Histor*y, Nueva York, W. W. Norton, 2002.
Muscolino, Micah S., *Fishing Wars and Environmental Change in Late Imperial and Modern China*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2009.
Najita, Tetsuo, *Hara Kei in the Politics of Compromise, 1905-1915*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1967.
Pflugfelder, Gregory M. y Walker, Brett L., *JAPANimals: History and Culture in Japan's Animal Life*, Ann Arbor, University of Michigan, Center for Japanese Studies, 2005.
Safina, Carl, *Song for the Blue Ocean*, Nueva York, John Macrae Books/Henry Holt and Company, 1997.
Tsutsui, William, «The Pelagic Empire: Reconsidering Japanese Expansion», en I. J. Miller, J. Adeney Thomas y B. L. Walker (eds.),

Japan at Nature's Edge: The Environmental Context of a Global Power, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2013.

Uchinada, Koryu, *Ancient Okinawan Martial Arts*, trad. de P. McCarthy, Rutland (Vermon) y Tokio, Tuttle Publishings, 1999.

Young, Louise, *Japan's Total Empire: Manchuria and the Culture of Wartime Imperialism*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1998.

LA GUERRA DEL PACÍFICO (1931-1945)

Bay, Alexander, *Beriberi in Modern Japan: The Making of a National Disease*, Rochester (Nueva York), University of Rochester Press, 2012.

Bix, Herbert, *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Tokio, Harper-Collins, 2000.

Brooks, Timothy (ed.), *Documents on the Rape of Nanking*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1999.

Cook, Karuko Taya y Cook, Theodore F., *Japan at War: An Oral History*, Nueva York, The New Press, 1992.

Dower, John W., *War Without Mercy: Race & Power in the Pacific War*, Nueva York, Pantheon Books, 1986.

Hasegawa, Tsuyoshi, *Racing the Enemy: Stalin, Truman, and the Surrender of Japan*, Cambridge (MA), Bellnap Press, Harvard University Press, 2005.

McClain, James L., *Japan: A Modern History*, Nueva York y Londres, W. W. Norton, 2002.

Miller, Ian Jared, *The Nature of the Beast: Empire and Exhibition at the Tokyo Imperial Zoo*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2013.

Myers, Ramón H. y Peattie, Mark R. (eds.), *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*, Princeton University Press, 1984.

Peattie, Mark R., *Ishiwara Kanji and Japan's Confrontation with the West*, Princenton (NJ), Princeton University Press, 1975.

Saburô, Ienaga, *The Pacific War, 1931-1945*, Nueva York, Pantheon Books, 1968.

Thomas, Julia Adeney, *Reconfiguring Modernity: Concepts of Nature in Japanese Political Ideology*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2001.

Walker, Brett L., *Toxic Archipelago: A History of Industrial Disease in Japan*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 2010.

Young, Louise, *Japan's Total Empire: Manchuria and the Culture of Wartime Imperialism*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1998.

HISTORIA DEL JAPÓN DE POSGUERRA (1945-PRESENTE)

Dower, John W., *Cultures of War: Pearl Harbor, Hiroshima, 9-11, Iraq*, Nueva York, W. W. Norton, 2010.

— *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II,* Nueva York, W. W. Norton, 1999.

— *Empire and Aftermath: Yoshida Shigeru and the Japanese Experience, 1878-1954*, Cambridge (MA), Harvard University Press, Council on East Asian Studies, 1979.

George, Rimothy S., *Minamata: Pollution and the Struggle for Democracy in Postwar Japan*, Cambridge (MA), Harvard University Press, Harvard University Asia Center, 2001.

Gordon, Andrew, *A Modern History of Japan: From Tokugawa Times to the Present*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2009.

— (ed.) *Postwar Japan as History*, Berkeley y Los Ángeles, University of California, 1993.

McClain, James L., *Japan: A Modern History*, Nueva York, W. W. Norton, 2002.

McCormack, Gavan, *The Emptiness of Japanese Affluence*, ed. rev., prólogo de N. Field, Nueva York y Londres, M. E. Sharpe, 2001.

Michiko, Ishimure, *Paradise in the Sea of Sorrow: Our Minamata Disease*, trad. de L. Monnet, Ann Arbor, University of Michigan, Center for Japanese Studies, 2003.

Morris-Suzuki, Tessa, *The Technological Transformation of Japan: From the Seventeenth to the Twenty-first Century*, Cambridge (RU), Cambridge University Press, 1994.

Schilling, Mark, *The Encyclopedia of Japanese Pop Culture*, Nueva York, Weatherhill Inc., 1997.

DESASTRES NATURALES Y EL FILO DE LA HISTORIA

Clancey, Gregory, *Eartquake Nation: The Cultural Politics of Japanese Seismicity, 1868-1930*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2006.

Duus, Peter, «Dealing with Desaster», en J. Kingston (ed.), *Natural Disaster and Nuclear Crisis in Japan: Response and Recovery after Japan's 3-11*, Londres, Nissan Monograph Series, Routledge, 2012.

Emanuel, Kerry, «Increasing Destructiveness of Tropical Cyclones over the Past 30 Years», *Nature* 436 (4 de agosto de 2005).

Furukawa, Tetsushi, «Watsuji Tetsurô, the Man and His Work», en Tetsurô, W., *Climate and Culture: A Philosophical Study*, trad. de G. Bownas, Tokio, The Hokuseido Press, Ministerio de Educación, 1961.

Longshore, David, *Encyclopedia of Hurricanes, Typhoons, and Cyclones*, nueva ed., Nueva York, Facts on File Inc., 2008.

McCormack, Gavan, *The Emptiness of Japanese Afflunce*, ed. rec., prólogo de N. Field Armonk, Nueva York y Londres, M. E. Sharpe, 2001.

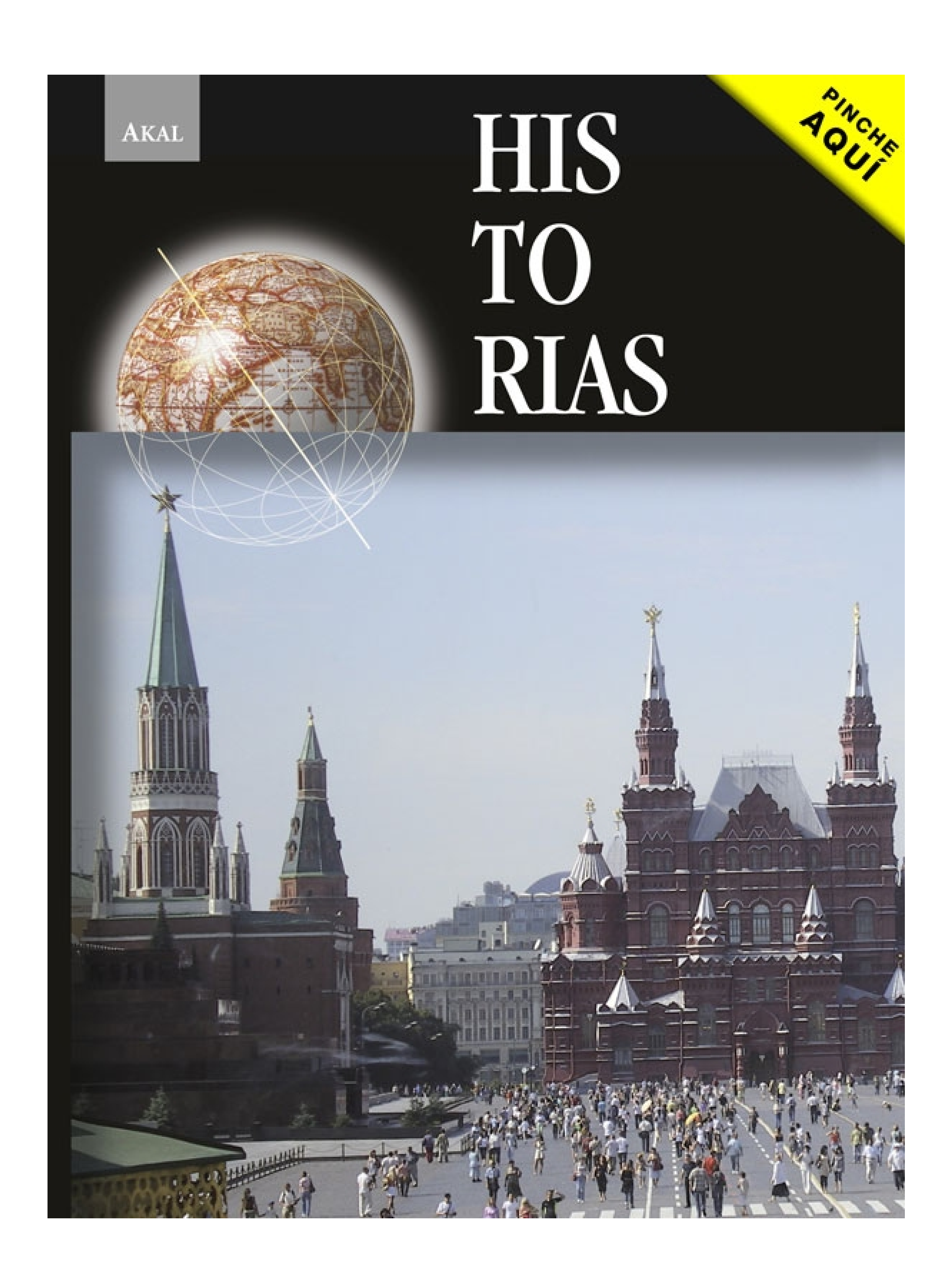
Mimura, Nobuo; Isobe, Masahiro y Hosokawa, Yasushi, «Impacts of Sea Level Rise on Japanese Coastal Zones and Response Strategies», en *Intergovernmental Panel on Climate Change: Climate change 1995: The Science of Climate Change*, Cambridge (RU), Cambridge University Press, 1996.

Solomon, S.; Qin, D.; Manning, M.; Chen, Z.; Marquis, M., Averyt, K. B.; Tignor, M. y Miller H. I. (eds.), *Contribution of Working Group I to the Fourth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change: The Physical Science Basis*, Cambridge (RU) y Nueva York, Cambridge University Press, 2007.

Steinberg, Ted, *Acts of God: The Unnatural History of Natural Disasters in America*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

Thomas, Julia Adeney, *Reconfiguring Modernity: Concepts of Nature in Japanese Political Ideology*, Berkeley, University of California Press, 2001.

Vallianatos, Evanggelos, «The Nuclear Meltdown at Fukushima: Danger, Deception and Betrayal», *The Huffinton Post* (11 de noviembre de 2013).
Webster, P. J.; Holland, G. J.; Curry, J. A. y Chang H. R., «Changes in Tropical Cyclone Number, Duration and Intensity in a Warming Environment», *Science* 309 (16 de septiembre de 2005).


AKAL
HIS
TO
RIAS
PINCHE
AQUÍ